

Serie Petra Delicado

ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT

*Muertos
de papel*



Un periodista del corazón especialista en divulgar las noticias más escandalosas es asesinado en su propia casa. La inspectora Petra Delicado y el subinspector Fermín Garzón se encargan del caso. La lista de sospechosos se extiende a todos los personajes del gran mundo y la farándula que se habían visto perjudicados por las publicaciones de sus distintos devaneos.

No es un ambiente que guste demasiado a los dos policías. Además, su caso se verá complicado con el asesinato de una joven azafata de congresos con el que parece guardar relación. Todo se convierte en una complicada maraña de la que nadie saldrá limpio al final.

OceanofPDF.com



eBooks con estilo

Alicia Giménez Bartlett

Muertos de papel

Petra Delicado - 4

ePUB v1.0

RufusFire 13.02.12

más libros en epubgratis.me

OceanofPDF.com

1

Aquella mañana estaba melancólica. Los nubarrones que habían poblado el cielo durante las últimas horas, parecía que iban a estallar. La humedad apelmazaba mechones de mi pelo. De pronto, tuve una funesta y vivida percepción del efecto que sin duda producía en los demás: una cuarentona que se enfrenta a la jornada de trabajo sin ningún recuerdo memorable del día anterior. Suspiré. ¿Por qué me preocupaba tanto en aquellos momentos la imagen que pudiera proyectar en las mentes ajenas? Habitualmente no suelo pensar demasiado en ese particular, acaba siendo aburrido, incluso enloquecedor. En el fondo todos somos una mezcla variable de la realidad y de cómo nos gustaría ser. Somos... un compendio de estados de ánimo y estados de salud, una amalgama de genética y biografía, de sensibilidad emocional y nutrición. Nunca será igual un sueco que desayuna *smogebort* que un valenciano ahíto de paella. Ni podrá compararse la mirada de una mujer de larga experiencia con la de una chica que acabe de salir del cascarón. Ni daría el mismo perfil caracterológico una hipotética hija de Mae West que otra de Teresa de Calcuta, más hipotética aún.

El tema de mis disertaciones mentales empezaba a resultar mosqueante. ¿Por qué, puesta a filosofar en una crisis de melancolía, quizá únicamente meteorológica, no buscaba un objetivo de más alcance intelectual? Siempre me he preciado de no ser demasiado estúpida y de estar lo suficientemente inquieta por el destino del género humano, como para quedarme encerrada en una cuestión tan superficial. Pero aquella mañana cualquier

razonamiento de altura estaba destinado a zozobrar. En mis circunvoluciones cerebrales había un solo bólido en competición dando vueltas al circuito sin descanso: el triste concepto que el prójimo pudiera elaborar con respecto a mí.

Únicamente después de pasado un tiempo me di cuenta de que se trataba de una premonición. Se me representó entonces la idea con toda claridad, y sentí deseos de proclamar a los cuatro vientos que de todo lo que estaba sucediendo yo había tenido un atisbo inicial. Pero nada hay más inútil que reivindicar el papel de Casandra por parte de una mujer. La gente está acostumbrada a que las mujeres pronostiquemos los problemas con mucha anticipación, y se cansa de escuchar, de cotejar las predicciones con lo que pasa después. Reconozco que es pesado andar siempre previendo las cosas malas. Admito también que los pálpitos tienen poca base científica y cuentan con escasa bibliografía a su favor, pero empíricamente están demostrados. No puedo encontrar otra explicación a que mi tendencia de aquella mañana melancólica se viera respaldada poco más tarde por un caso sin duda muy poco corriente. Un caso en el que la imagen, el aspecto, la influencia en los otros y la consideración pública de un personaje eran el centro de la cuestión. Un caso de asesinato que levantó más polvareda que una caravana de tuaregs en el desierto.

Garzón interrumpió mis meditaciones sin mucho miramiento. Entró en el despacho y cuando me descubrió mirando por la ventana, soltó un mugido que podía significar cualquier cosa. Hacía tiempo que no trabajábamos juntos, pero siempre se las ingeniaba para venir a consultar algún archivo a mi reducto. Eso servía de excusa para pequeñas charlas intrascendentes y a veces constituía la oportunidad de tomar juntos un café. Ya digo que aquel día había amanecido opaco y tormentoso, encapotando los caracteres con una sombra de mal humor. Al ver que mi colega era también víctima del clima, intenté contrarrestar el efecto con amabilidad.

—¿Cómo está hoy, Fermín?

—De pena —masculló—. Me duele la cabeza.

—¿Ha probado con un analgésico?

—Sí —soltó desabridamente.

—¿Y...?

—Si digo que me duele la cabeza será porque no me ha hecho efecto, ¿no?

Más que de simple nublado, su ánimo parecía de auténtico temporal. Cansada de ser simpática sin motivo le espeté:

—¿Qué me dice de una trepanación de cráneo, cree que podría funcionar?

Cerró de sopetón el cajón en el que estaba hurgando y se volvió hacia mí.

—Es usted muy graciosa, inspectora. Es más, desde que nos conocemos, eso es lo más divertido que le he oído decir. Pero quizá le apetezca saber que no hay muchas razones para mostrarse chistoso.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Acaban de encargarnos un caso de rebote.

—¿Cómo?

—Lo que oye. Dentro de una hora nos espera el comisario en su despacho para una reunión. Pero los rumores corren más que los regueros de pólvora, y yo ya sé de qué vamos a tratar.

—Del caso de rebote.

—En efecto.

—¿Y desde dónde rebota el tal caso?

—Desde el inspector Moliner y su ayudante el subinspector Rodríguez.

Silbé. Moliner y Rodríguez tenían fama de llevar los asuntos peliagudos, aquellos en los que era necesaria una buena dosis de diplomacia y otra aún mayor de prudencia. Digamos que se ocupaban de cualquier delito que presentara una vertiente pública cuyo eco pudiera revertir en los medios de comunicación.

—¿Y por qué los han rebotado, si llega hasta ahí la rumorología?

—Porque otro caso ha requerido sus servicios. Uno del que, por lo visto, sí está auténticamente prohibido hablar.

—Razón de más para que los rumores hayan sido completos.

—A más no poder. Lo que dicen es que ha aparecido asesinada una elegante joven de la que todos los indicios proclaman que era la amante de

alguien importante.

—¡Joder!

—Usted comprenderá que ese caso les haya sido encomendado a Moliner y Rodríguez, mientras que el que llevaban entre manos nos pase por herencia a usted y a mí.

—Tampoco estará mal si lo llevaban ellos, lo más granado de la profesión. ¿De qué se trata?

—No lo sé.

—¡Estupendo! Desconoce usted lo único que seguramente le estaba permitido saber.

—Los rumores nunca abarcan lo que puede contarse sin más misterio.

—¿Desde cuándo lo llevaban?

—Tan sólo un par de días.

—Entonces no comprendo por qué la herencia le incomoda tanto. Aún estaremos a tiempo de gestionarlo a nuestra manera.

—Sí, pero ya sabe que me molesta hacerme cargo de asuntos sobre los que otros han tenido derechos.

—A eso se le llama el síndrome de la virginidad, y es propio de gente con muchos prejuicios, digamos de... hombres obsoletos.

Mi propósito era hacer rabiar a Garzón, pero entendía muy bien sus aprensiones. No haber estado presente en los prolegómenos de un caso complica a menudo las tareas. Quizá se tratara sólo de una sensación, pero iniciada la investigación desde unos parámetros, costaba mucho plantearse si eran los mejores, y resultaba aún más complejo, casi imposible, volver al punto cero y reiniciar desde otra óptica el trabajo. Alguien argumentará que el policial no es un oficio de creación, de modo que muy probablemente sólo existe un camino por el que transitar: aquel que marcan las pruebas. Sin embargo, eso sería como admitir que todos los detectives somos iguales, y que no existe en nuestra metodología ni un solo gramo de personalidad. ¿Podía yo permitirme un pensamiento tan poco estimulante al iniciar un caso, en un día tan melancólico como aquél y encima con el pelo apelmazado por la humedad? Ni pensarlo. Mientras nos encaminábamos al despacho de Coronas quise creer que íbamos a poner en aquel próximo caso

la firma del artista, la marca del diseñador, al menos el distintivo de los buenos artesanos. Y no me equivoqué. Puestos a no mentir, incluso grabamos nuestras iniciales a fuego en un caso que, si no gloria, al menos nos proporcionó notoriedad en el servicio. Mucha más de la que hubiéramos querido.

—¿Ustedes saben lo que es un hijoputa? —inquirió el comisario Coronas como toda presentación del asunto.

Al tiempo que Garzón contestaba sin fisuras «Desde luego que sí», yo inicié una perorata de resultados inciertos.

—Hombre, pues no sé. En realidad es curioso que los mayores insultos dirigidos a los hombres acaben también cayendo sobre la cabeza de una mujer. Porque ya me dirá, comisario, si porque un tío sea malvado o cabrón hay que cargárselo también a su madre.

Coronas elevó una mano para que parara mi carro dialéctico.

—No saquemos la cosa del contexto, Petra, tómelo como si fuera una simple expresión. ¿Sabe usted lo que es un hijoputa?

—Sí.

—Pues ahí voy. Es el asesinato de un hijoputa lo que tienen que investigar. Apareció hace dos días muerto en su propia casa de un disparo. Y según el informe de la autopsia, fue degollado después. Un caso de ensañamiento singular.

—Así suelen morir los hijoputas —sentenció el subinspector.

Una vez más, aunque no me pareció oportuno confesarlo, estaba en desacuerdo con lo dicho. Es público y notorio que no siempre los hijoputas mueren como deberían morir. Incluso tengo observado que los auténticos hijoputas de raza presentan una tendencia alarmante a la supervivencia contra viento y marea, incluso me atrevería a decir a la longevidad.

—Se lo cargaron a las doce de la noche, y utilizaron el viejo truco del falso repartidor de pizzas para entrar en su piso. Un trabajo muy limpio, dentro de lo que cabe. Mínimos indicios de lucha, aunque el tipo se resistió, con resultado de una lámpara y un vaso por el suelo. Poco más. Ni una huella. Sin pistas que hayan podido aparecer aún. Hay un testimonio poco concluyente. Una vecina vio salir del portal a un hombre bien vestido que

se alejó corriendo. Se reconoce incapaz de identificarlo porque vive en un cuarto piso y no tenía buena visibilidad. Un caso para gente muy competente, señores, y no exenta de imaginación y experiencia.

—Como Moliner y Rodríguez —apuntó Garzón con malicia.

—Ellos ya tienen otras cosas que hacer —contraatacó el comisario sin cortarse—. Pero si este caso les parece poco para su pedigrí, siempre puedo proponerles para una reyerta callejera entre borrachos que ha quedado sin aclaración.

—No, comisario, no me malinterprete. Me refería a que, personalmente, espero estar a la altura de tan buenos precedentes. Y supongo que a la inspectora Delicado le ocurre exactamente igual.

—Cualquier cosa que piensen sobre sus antecesores, prefiero que se lo digan de viva voz. Les esperan ahora mismo en el despacho de al lado para pasarles los trastos de matar.

Una metáfora muy poco afortunada tratándose de un crimen, como tampoco había sido agradable la indirecta de Garzón. En especial porque nuestros compañeros Moliner y Rodríguez no eran jactanciosos con su condición de detectives estrella de la comisaría. Y si se daban alguna importancia, este hecho quedaba explicado por su condición de policías auténticos. ¿Qué quiero decir con eso, que Garzón y yo somos polis de pega? No, pero algo me mueve a considerarnos como personas normales que, en sus horarios de trabajo, ejercen una profesión sin ir más allá. No así Moliner y Rodríguez, cuyo barro el día de la Creación fue sin duda insuflado con el aliento de lo policial. Nadie como ellos lleva la americana entre caída y marcial, ni nadie tantea con más estilo a los sospechosos infundiendo respeto con sólo su aparición. Y en cuanto a léxico y argot, mil veces me he preguntado qué determina que su jerga, que también utilizo yo, suene en sus labios como en los de un Humphrey Bogart en una consumada interpretación. Ni aun intentándolo con denuedo, obtengo yo los mismos resultados. Pero así es, y si hubiera que conservar dos policías de platino iridiado en el Museo de Sèvres para servir de patrón, éstos serían Moliner y Rodríguez y, si Noé hubiera incluido profesiones humanas además de

especies animales en su Arca, Moliner y Rodríguez hubieran sido salvados de las aguas en el apartado policial.

—¿Así que un hijoputa, eso os ha dicho Coronas? —rió el inspector Moliner al comienzo de la reunión—. Pues no anda muy desencaminado, la verdad. ¿Vosotros qué opináis?

—¿Qué quieres decir? —pregunté sin entender ni una sola palabra.

—Pero si al muerto lo conocéis, ¡seguro que lo conocéis! Se trata de Ernesto Valdés.

—¡No! —dijo Garzón como si la sorpresa le atenazara el alma.

—¡Sí! —soltó Rodríguez encantado de haber ofrecido la primicia.

—¿Y cómo es que aún no se han hecho eco los medios de comunicación?

—¡Hombre, Fermín, sabes que contamos con recursos para demorar un poco la cosa! Pero la bomba no tardará en estallar. Lo cual lamento por vosotros puesto que...

Atajé con maleducada vehemencia.

—Un momento, un momento, ¿se supone que los tres conocéis al tal Ernesto Valdés?

Todos los ojos se fijaron en mí preguntándose quién había colado a una extraterrestre en aquella asamblea. Moliner tomó la iniciativa.

—Bueno, Petra, ya sabes, Ernesto Valdés, el periodista *number one* de la prensa del corazón.

—Pues no, no sé —objeté con la tranquilidad de espíritu que proporciona no estar ignorando a un filósofo trascendental.

Rodríguez se puso zumbón:

—¿Usted ve la tele alguna vez, o lee los periódicos... quizá ojea alguna revista en el salón de su peluquero?

—Ella sólo lee libros sesudos y escucha a Chopin —colaboró en la rechifla Garzón.

Moliner interrumpió el cachondeo incipiente de nuestros subalternos seguramente en honor a mi puesto y condición.

—Nos extraña que no lo conozcas porque sobre Ernesto Valdés se puede tener noticia no sólo a través de la prensa rosa. Es uno de esos

periodistas agresivos y salvajes cuyos programas o artículos a menudo vienen comentados en todos los medios. Siempre trata temas escandalosos: bodas secretas, divorcios, líos de famosos, ya sabes por dónde voy.

—¿Es ese tipo que prácticamente insulta a la gente que entrevista?

—Ése es. Trabaja en televisión y en un par de revistas.

—¿Con qué le dispararon? —preguntó el subinspector.

—Con una semiautomática de nueve milímetros. Un tiro muy preciso en la sien que hace pensar en un profesional.

—¿Un sicario se hubiera entretenido en degollarlo?

—A veces se hacen encargos complicados.

—¿Le disparó primero?

—Eso parece indicar la autopsia.

—Entonces corrió un riesgo quedándose allí un rato más para rematarlo con arma blanca.

—Si alguien le pagó para que llevara a cabo una venganza...

—¿Ésa es vuestra hipótesis?

—Si he de serte sincero, no tenemos hipótesis aún, aunque el club de damnificados de ese tipo es amplísimo. Una venganza no sería impensable.

—Me lo puedo imaginar.

—Quizá te quedes corta. Ha sacado reportajes sin permiso. Ha publicado fotos comprometedoras. Se ha metido en intimidades de toda clase. Era un hombre... ¿cómo decirlo?, un tanto amoral en el ejercicio de su profesión.

—Me gusta más la definición del comisario —dijo Rodríguez.

—Pero ningún crimen está jamás justificado —concluyó Moliner sonriendo con ironía.

—¿Cómo describió el testigo al hombre que vio huir?

—Alto, bien vestido, de complexión atlética y zancada firme. No pudo añadir nada con más concreción; por lo tanto hay que ser cautelosos y tomar el testimonio de modo muy relativo.

—¿En qué punto de la investigación estáis?

—En punto muerto. Hemos recopilado los datos de la autopsia, los de balística y la declaración del hipotético testigo. Es ahora cuando hay que

empezar.

—¿Y el entorno de la víctima?

—Vivía solo. Estaba divorciado desde hace siete años. Tiene una hija de diecisiete que se quedó con su ex mujer. No se le conocen amistades íntimas ni casi amistades superficiales. Estaba completamente entregado al trabajo.

—¿Habéis interrogado a la ex mujer?

—Aún no.

—¿Tus sospechas se inclinan más hacia su mundo profesional?

—Me temo que sí, lo cual lo convierte en algo muy complicado. De manera que, ¡bienvenidos a la vida de la lentejuela y el glamour! ¿Tienes vestidos de noche, Petra?

—Siempre duermo con pijama.

—¿Y usted, Fermín, cuenta su vestuario con un esmoquin?

—No, hace tiempo que dejé de fumar.

Rió de buena gana. Daba la impresión de que estaban librándose de algo, pasándonos un muerto, con toda propiedad. Aunque no me atrevía a opinar sobre si el caso era una mala o una buena herencia. Me parecía pronto aún. Estábamos a tiempo de que sucedieran cosas: aparición de nuevos testigos, chivatazos de última hora... El tercer día tras un asesinato es todavía un cuaderno en blanco sobre el que se puede escribir. Tampoco les envidiaba su suerte a Moliner y Rodríguez. Su víctima había aparecido muerta una semana atrás; pero cuando se tuvieron indicios de que era la amiguita de alguien importante, le quitaron el caso a otros dos y se lo pasaron a Moliner. Un rebote más.

—¿Qué le parece? —me adivinó el pensamiento Garzón cuando estuvimos solos.

—Nada en particular. Me parece que hay que ponerse en marcha.

—¿Una visita de cortesía para empezar?

—Aunque sea sin invitación.

Las pocas veces que había visto a Valdés en televisión se me antojó un tipo de aspecto zafio. Tan imbuida me encontraba de su talante espiritual, que segregar lo físico objetivamente me resultaba poco menos que

imposible. Lo recordaba de modo nebuloso: ojos de comadreja, nariz algo ganchuda, bigotillo poco poblado y una boca de vieja rural que no paraba de espumarajear maldades. Era sin duda vomitivo. Por eso la muerte no le sentaba del todo mal. Lo había dignificado. En su cajón del depósito, emergiendo de la funda plástica como una crisálida dentro de su capullo, tenía una apariencia incluso humana. Apreciamos con claridad el orificio de la bala en la sien izquierda y el tajo del degüello que los médicos habían recompuesto con destreza. Su rostro exangüe no expresaba nada.

—Al fin está callado —comentó Fermín.

—Para sécula seculórum.

—La pregunta es, ¿se lo han cargado para que callara?

—Hay otra pregunta para contraponerla a la suya: ¿o se lo han cargado por haber hablado demasiado?

—Cierto, la precisión del disparo nos llevaría a pensar en un trabajo de disuasión: si está muerto, no hablará. Pero la brutalidad del degüello señala una venganza.

—Dos caminos posibles, Fermín. Aunque tampoco me atrevo a descartar el ámbito privado.

—No debe hacerse jamás.

—¿Cree que este tipo se opondría a que inspeccionáramos su casa?

—Me han dicho que no queda gran cosa allí. Los pocos papeles que conservaba en un escritorio los llevó Rodríguez a comisaría, y el muy cabrito no usaba ordenador.

—Da igual. Quiero ver cómo vivía. ¿Lleva consigo el informe de Moliner y Rodríguez?

—Aquí lo tengo.

—Bien, pues vamos a contrastarlo con la realidad.

Puede que me encuentre más cercana a los tópicos de lo que estoy dispuesta a confesar, pero lo cierto es que esperaba encontrar otra cosa cuando entramos en el precintado apartamento de Valdés. No sé cómo expresarlo exactamente, pero mi imagen preconcebida fluctuaba entre un decorado de novela negra americana y la cutrez de un patio de vecinos. Grave error. La guarida de aquella alimaña informativa estaba decorada con

primor de recién casada. Cortinas con estampado a juego con el diván, paredes color crema, alfombras discretas, lazos enormes en las fundas de las sillas, y borlones de seda colgando por todas partes. Si el aserto «una casa habla sobre la personalidad de su dueño» tiene el más ligero viso de verdad, allí había algo fuera de tono. O bien aquélla no era la casa de Ernesto Valdés, o el encartado poseía unas entretelas muy distintas de su apariencia exterior.

—¿Qué opina sobre esta decoración?

Garzón se encogió de hombros y dijo desganado:

—Es cursi, ¿no cree?

—Demasiado para ser verosímil. Además, todo es absolutamente nuevo. Como si acabaran de montarlo.

—¿Es eso importante?

—Puede ser indicativo de un cambio en la vida de Valdés.

Mi compañero me miró completamente escéptico. Lo interrogué.

—¿Usted en qué circunstancias cambiaría las cortinas de su casa, Fermín?

—No las he cambiado nunca. Aún tengo las que usted me aconsejó que colocara cuando alquilé mi piso.

—Bien, pero abstrayéndose de su caso concreto, ¿cuándo las cambiaría?

Se quedó pensando un rato como si aquella simple cuestión fuera más complicada que el álgebra.

—Pues... —farfulló por fin—, pues las cambiaría si las anteriores hubieran sido atacadas por la polilla.

—¿Es usted imposible, Fermín!

—¿Por qué?

—¿Porque sí, porque ya no existen polillas que ataquen como escuadrones de la muerte y porque no es eso lo que debía contestar! Aunque de todas maneras también me sirve su respuesta. Usted cambiaría las cortinas sólo en un caso de urgencia mayor, ¿no es eso?

—Supongo que sí.

—Y toda la decoración de la casa sólo la cambiaría si hubiera habido un terremoto.

—No sé adónde quiere ir a parar.

—A que debió de existir una razón poderosa para que un hombre divorciado y metido hasta los ojos en un trabajo absorbente se decidiera a llenar de lindezas su salón.

—¿Una mujer?

—Por ejemplo, una mujer con la que planeara vivir. ¿Qué piensa de mi hipótesis?

—Que a mí no se me hubiera ocurrido planteármela en mil años.

—E incluso está convencido de que yo no debería plantearla en otros mil.

—Sinceramente, inspectora, a mí eso de seguir una vía de investigación porque a un tipo se le ha ocurrido cambiarse los muebles me parece cuando menos... frivolón.

—¡Cierto!, pero usted olvida que si bien la frivolidad no es la esencia de las cosas, muchas veces es su motor. ¿Me entiende?

—Desde que me he enterado de que las polillas son otra especie en extinción soy incapaz de pensar.

—¿Sabe lo que significa polilla en Perú?

—¡Tenga piedad, inspectora!, ¿podríamos volver al meollo de la cuestión?

Mientras salíamos del apartamento e íbamos a comisaría, seguí jugando un rato a la mujer sabia de Molière, sobre todo para fastidiar a Garzón. Me gustaba tocarle un poco las narices de vez en cuando. De lo contrario, habríamos encontrado un punto de entendimiento tan bueno que no discutiríamos jamás y se habría aburrido. Además él me lo consentía y eso me gustaba muchísimo. No hay mayor éxito de seducción para una mujer que cualquier hombre, ya sea padre, amigo, marido o compañero, aguante sus ironías e incluso encuentre en ellas un cierto placer.

Los papeles de Valdés sacados de su apartamento estaban en efecto sobre la mesa de mi despacho, formando parte de un más o menos abultado dossier. Una inspección detallada de los mismos nos puso entre las manos el material habitual de un ciudadano corriente: facturas, seguros, recibos y justificantes del banco, declaraciones de Hacienda de años anteriores,

títulos de crédito, documentos legales... Nada parecía extraño o relevante. Moliner y Rodríguez ya habían realizado un estudio exhaustivo de sus llamadas telefónicas. Todo normal: contactos con sus dos centros de trabajo, televisión y revistas, peticiones de comida preparada, alguna llamada a casa de su ex mujer... Ellos no habían resaltado nada que pudiera ponernos sobre aviso. Tampoco de las cuentas del banco emergían sospechas. Eran saneadas y constantes. Según las notas que figuraban con letra de Moliner, se habían contrastado las cantidades ingresadas con los sueldos que Valdés percibía en todos sus empleos, y coincidían. ¿Un ciudadano ejemplar? La mayor parte de la gente lo es, no se podía sacar de eso conclusiones precipitadas.

Siguiendo con mi frívolo sentido de la investigación busqué entre las facturas algunas que correspondieran a una tienda de muebles o artículos para el hogar. No fue eso exactamente lo que hallé, pero sí el recibo de un decorador: «Juan Mallofré. Estilista y diseñador. Proyectos de decoración integral.» Valdés le debía tres millones. Su estudio estaba situado en la Bonanova. Le pedí a Garzón, aún escéptico, que comprobara en las salidas de la cuenta la cantidad que Valdés aparentemente había pagado tan sólo hacía un mes al decorador. Mientras él ejercitaba la obediencia debida, yo abrí un sobre en cuyo interior se encontraba algo que había sido catalogado por nuestros antecesores como documento importante: la agenda de Valdés. Pero el hecho de que nadie se la hubiera llevado del apartamento, o mejor dicho, de que el asesino no se la hubiera llevado, parecía demostrar que no íbamos a encontrar el móvil del crimen entre aquellas páginas cargadas de nombres y números de teléfono escritos con letra pequeñísima.

Cuando Garzón volvió se lo comenté y él dedujo enseguida:

—O sea que no lo habría matado alguien que pretendiera impedir la difusión de una información, sino que cobraría fuerza la hipótesis de la venganza. A no ser que el asesino supiera perfectamente que en esa agenda no había nada que pudiera comprometerlo.

—¿Qué puede haber de interesante en la agenda de un tipo que ni siquiera tiene ordenador para garantizar la confidencialidad de todo cuanto hace?

—Recuerde que puede ser un sicario, y los sicarios son muy brutos. Quizá le ordenaron una venganza y ya no se fijó en nada más. ¿Y si esa agenda estuviera repleta de información crucial?

—Lo dudo, pero dígame, ¿cómo anda su conocimiento del mundo de los asesinos profesionales, subinspector?

Chistó sin mucha fe.

—No es mi especialidad. Oiga inspectora, aquí no está.

—¿Cómo?

—Valdés no sacó tres millones del banco en el último mes, ni firmó ningún cheque por esa cantidad, ni a nombre de Mallofré ni tampoco al portador.

—Eso es interesante, ¿no cree?

—Quizá lo dejó a deber.

—Habrá que averiguarlo. De momento, vámonos.

—¿Adónde?

—A ver a su ex esposa.

—¿Cree que estará compungida por el asesinato?

—¿Lo estaría usted?

—Creo que no. Si yo fuera la ex esposa de Valdés brindaría con champán.

—No esté tan seguro, ¿ha visto cuánto le pasaba al mes como pensión?

—Mucho. ¡Hay que joderse!, ¿cómo es posible que ese tipo ganara tanta pasta por remover en el fango?

—Ahí es donde se encuentran las pepitas de oro, ¿no?

—¡Deben de encontrarse en cualquier parte, menos en una comisaría! ¿Puede usted gastarse tres millones del ala en renovar el mobiliario de su salón?

—¡Ni aunque me hubiera atacado furibundamente todo un ejército de polillas embravecidas!

Me miró con mala cara, pero cuando me eché a reír, él también rió.

La ex esposa de Valdés vivía en San Cugat, en una casa con jardín perteneciente a una lujosa urbanización. Dos perros labradores nos

chupetearon las manos al entrar. La mujer era alta, atractiva, con una mueca de sufrimiento o mal humor ya dibujada para siempre en su semblante. Sin embargo, no fue desagradable. Parecía que esperaba nuestra presencia en su casa, que la juzgaba un incordio difícil de evitar. Nos miraba con indiferencia total, sin ningún rastro de curiosidad en sus ojos.

El salón donde nos recibió estaba decorado con los detalles del lujo convencional. Nos ofreció café y se sentó junto a nosotros más dispuesta a escuchar que a hablar. Ya habíamos comprobado con anticipación que la heredera de todos los bienes de Valdés, no demasiado abundantes por otra parte, era la hija de ambos, Raquel. Ningún seguro de vida beneficiaba a la joven, por lo que no parecía necesario, pues, incidir sobre ese tipo de preguntas. Aquella mujer no se presentaba en principio como sospechosa económica que hubiera podido sacar beneficio directo de la muerte. ¿Lo odiaba quizá, la relación entre ambos después del divorcio se había hecho insostenible por alguna razón, la acosaba Valdés? Sonrió con profundo desdén ante mi batería de preguntas.

—No, Ernesto nunca me acosó. Se portaba bien.

Encendió un cigarrillo mientras Garzón y yo esperábamos que añadiera algo más. Pero había acabado la frase y volvió a sonreír, una sonrisa mecánica, inexpresiva, profesional. Deduje que, si trabajaba en algo, una de sus obligaciones laborales consistía en sonreír.

—¿Trabaja usted, Marta?

—Sí. Soy relaciones públicas de una tienda de joyas.

—Y sin embargo, su ex esposo nunca dejó de enviarle una pensión de alimentos.

—Era para mi hija. Al principio de nuestro divorcio figuraba mi nombre como beneficiaria en el banco porque la niña era menor de edad. Más tarde no se cambió, quizá por descuido, pero era mi hija quien recibía el dinero.

Volvió a hacerse un silencio que a ella aparentemente no la violentaba.

—¿Tuvo alguna dificultad con el señor Valdés en todos estos años?

—No, ya le he dicho que se portaba bien.

—¿Qué quiere decir?

—Pagaba, llamaba de vez en cuando para preguntar por la chica... No nos separamos con odio. La cosa se acabó sin tragedias. La verdad es que...

—¿Qué?

—Entiendo menos por qué me casé con él que por qué nos separamos. Hubiéramos podido seguir mucho tiempo tal como estábamos.

—¿Puedo preguntar qué sucedió?

Sopló como quitando importancia de antemano a su respuesta.

—Mire, no sé, él se fue metiendo más y más en su trabajo... además... bueno, quizá les parezca una barbaridad lo que voy a decir, pero lo cierto es que no pertenecíamos a la misma clase social. Mi padre era notario, el suyo barbero. Al principio esas cosas parece que no tienen importancia, pero después...

Imaginé lo que estaría pensando Garzón.

—Pero no hubo animadversión entre ustedes.

—No, los pecados de juventud deben ser considerados como eso, como pecados de juventud.

Garzón intervino, en un tono tan neutral como el que ella estaba utilizando.

—¿Estaba usted informada del día a día de la vida de su ex esposo?

Negó con la cabeza, haciendo que su cabello surcado por mechas de color artificial se moviera de modo ondulante.

—Prefería no saber demasiado. Ya lo veía alguna vez por televisión.

—¿Sabe quizá por algún comentario de su hija si Ernesto Valdés estaba metido en líos o si frecuentaba a alguien distinto en los últimos tiempos?

—No, no tengo ni idea. Ernesto veía muy poco a nuestra hija. No sé nada de la gente que frecuentaba.

—¿Su hija está en casa?

Por primera vez vi que su rictus amargo o airado se acentuaba.

—No, no está. He preferido que siguiera yendo a clase como si todo fuera normal.

—Tendremos que hablar con ella.

Cruzó y descruzó las piernas embutidas en un pantalón negro de terciopelo. Observé sus botines de reluciente y hermosa piel cobriza.

—Sí, ya me lo imagino. Está afectada, al fin y al cabo han matado a su padre.

—Pero es imprescindible.

—Bueno, vuelvan mañana.

Nos acompañó hasta la puerta con la misma impasibilidad con la que lo hacía todo. Pensé que quizá el rictus impreso en su cara era sólo de aburrimiento. También contribuyó a ese pensamiento la asepsia del vecindario. Algunas mamás jóvenes paseaban a sus retoños en carritos, o bajaban las compras del coche. Imaginé la vida de cualquiera de aquellas mujeres en lo que no dejaba de ser un lujoso barrio dormitorio. La ausencia prolongada de los maridos, la uniformidad de la gente. Largas mañanas sólo punteadas por alguna taza de café. Tardes de sol declinante, la vuelta a casa con los niños desde el colegio... la televisión...

—No parece el tipo de mujer que comete un crimen pasional, ¿verdad?
—apuntó Garzón de vuelta al coche.

—Si alguna vez ha conocido la pasión, ya debe haberse olvidado de ella.

—¿Qué vería en un tipo como Valdés?

—Mi querido Fermín, el tiempo pasa y no sólo produce heridas sino también metamorfosis.

—Deje de hablarme usando filosofías. ¿Qué coño quiere decir con eso?

—Pues que seguramente cuando se conocieron Valdés era un aguerrido periodista recién titulado, loco por la revolución de los Claveles.

—Ya, y ella era una hija de notario llena de romanticismo.

—Algo así.

—Y de todo eso sólo queda que ella sigue siendo la hija de un notario.

—También queda el cadáver de Valdés.

—Por cierto, el juez ya ha dado permiso para que lo entierren. Creo que es esta tarde.

—Pues deberíamos darnos una vuelta por el cementerio.

—¿Para qué?

—No sé, para husmear.

Husmear en el entierro de Valdés no nos sirvió de gran cosa, aunque sí pudimos acumular algunos indicios sobre su personalidad privada. Por ejemplo, observamos que Valdés tenía pocos amigos incluso entre sus compañeros de trabajo. A la ceremonia asistió su jefe, un par de reporteras, y un minúsculo número de allegados. Estaba también su ex mujer y su hija, la única que lloró. Fue de cualquier manera un entierro muy frío y esperamos a que finalizara fuera del cementerio.

—No me gustaría acabar así —comenté.

—A mí, una vez acabado, el acto final me importa un pimiento —objetó el subinspector—. ¿Que me quieren incinerar?... ¡adelante!, ¿que prefieren un entierro de pontifical?... también me conformo. Como si quieren cortarme en trozos y usarme para pienso de leones en el zoo.

—¡No sea bestia, Fermín!

—¡Lo digo en serio! Una vez en el otro mundo, ¿qué más da?

—¿Y las últimas voluntades, la postrera afirmación de nuestra personalidad?

—¡Al carajo las personalidades cuando ya se está muerto, y de las últimas voluntades nadie hace caso!

—Puede que lleve usted razón.

Vimos salir del cementerio a la ex mujer de Valdés acompañada por su hija. Me acerqué a ellas un momento.

—Ya sé que no es la ocasión, pero quisiera saber cuándo podemos contar con su hija para un interrogatorio.

Me miró con repugnancia para que quedara patente que deploraba mi mal gusto.

—Mañana a las cinco. Es cuando acaba sus clases en la facultad.

A Garzón le sorprendió que la hubiera abordado de aquel modo.

—Quiero que esa mujer tenga presente que vamos a estar todo el tiempo dando vueltas a su alrededor —le expliqué.

—¿Y vamos a estarlo?

—Aún no estoy muy segura. De cualquier modo, así nos han visto todos.

—¿Por eso hemos venido?

—Digamos que ha sido una especie de aviso general.

—¿Cuidado con la bofia porque os pisa los talones?

—Algo así.

—Ya me gustaría a mí estar pisándole los talones al asesino, aunque fuera la estela por donde ha pasado.

—¡Quién sabe, quizá está haciéndolo ya!

La tienda de Juan Mallofré, estilista y decorador, no debía de recibir un alto porcentaje de policías. De hecho, la recepcionista que nos atendió no parecía reconocer el significado de nuestra profesión. Garzón se lo recalcó, y especificó que éramos de la brigada de homicidios para que en aquella mente embarullada por la novedad se abrieran algunos claros. Lo primero que se le ocurrió a la chica fue ocultarnos a la mirada de unos clientes que pululaban por allí como si fuéramos un par de paragüeros pasados de moda, indignos de su local.

—Siéntense allí —musitó señalando el rincón más apartado—. Enseguida aviso al señor Mallofré.

—Preferimos dar una vuelta —contesté tan tranquila mientras me lanzaba, seguida por Garzón, al curioso de los muebles expuestos en un enorme hall.

El subinspector observaba las salitas y comedores, las falsas ventanas encortinadas y las lámparas de pie como si nos moviéramos entre bichos animados que en cualquier momento pudieran atacarnos.

—¿No le gustan? —inquirí.

—No sé —dijo con desagrado mirando una base de mesa que era un elefante—. Creo que nunca me acostumbraría a vivir en un sitio con tantos... obstáculos.

—Ni yo tampoco —dije sinceramente.

—¡Menos mal, pensé que no me gustaba porque soy muy horterata!

—Nada de eso —dije bajando la voz—. Éste es un estilo relamido y tradicional.

—¿De nuevo rico?

—Yo diría más bien de gente bienpensante.

La chica de la recepción nos miraba como si existiera algún riesgo de que robáramos uno de aquellos mastodónticos muebles.

—¡Mire aquel catre! —exclamó Garzón un poco más alto de lo adecuado. Aunque el catre no era para menos: cuatro esclavos orientales retorcidos sobre sus fuertes músculos sujetaban las columnas de un barroco dosel.

—¿Se imagina, inspectora? Si quisiera meter ese artefacto en mi dormitorio tendría que derribar la pared. ¿Para qué cree que sirve?

—No entiendo la pregunta.

—Quiero decir que con tantos tíos de turbante y tantas cortinas debe de ser para algo más que para dormir.

—Quizá contribuya a cierta inspiración —dije malévolamente.

Una voz detrás de nosotros saludó:

—¡Hola!, ¿cómo están?

Mallofré era el tipo de comerciante-artista que trataba al cliente como a un amigo de toda la vida. Nos hizo pasar a su despacho demostrando tal naturalidad y dominio de la situación, que empecé a malpensar. ¿Tanto azoramiento le producía nuestra visita que debía disimular con semejante empeño?

—Señor Mallofré. Estamos aquí como consecuencia de la muerte de Ernesto Valdés.

—¿No es espantoso? Lo he leído esta mañana en el periódico.

—Usted lo ha leído hoy, pero lo cierto es que pasó hace un poco más de tiempo. El suficiente como para haber visto en los documentos personales de la víctima que era cliente suyo, ¿estoy en lo cierto?

—Era un hombre muy conocido, muy popular.

Quedé desconcertada frente a su indeterminación.

—Pero, era cliente suyo, ¿no?

—Sí, sí, lo conocía; venía por aquí.

Garzón me pidió con una mirada que se lo pasara a él.

—Señor Mallofré. Hemos encontrado un recibo de su estudio en los papeles de Valdés. El importe era de tres millones de pesetas. La fecha es muy reciente, por lo que supongo que se acordará.

Noté que el decorador sudaba y que el aire se agolpaba en su pecho.

—¡Por supuesto, decoré su salón! Estoy muy satisfecho de ese trabajo. El estilo era sencillo, pero encantador.

—¿Le pagó Valdés esa factura?

Soltó una carcajada falsa y teatral que más parecía un grito de terror.

—¿Se hace cargo la policía de las deudas de las víctimas?

Garzón continuó sin piedad.

—En las cuentas bancarias de Valdés no figura ningún cheque a su nombre, ni ninguna salida coincidente en fecha e importe.

Mallofré, desencajado, se volvió hacia mí olvidando su talante mundano.

—Inspectora, mis clientes son gente importante, personas que ganan mucho dinero y que cotizan siempre grandes porcentajes al erario público. Yo mismo le aseguro que llevo mis declaraciones casi al céntimo. Pero si alguna vez... quiero decir, si ellos manifiestan...

Comprendí.

—No somos inspectores de Hacienda, en ese tema no pensamos entrar.

—No me gustaría que por una bobada...

—Puede estar bien tranquilo, no filtraremos ningún dato. A nosotros nos interesa otra cosa. Valdés le pagó con dinero negro, ¿verdad?

—Él insistió. Dijo que tenía unas cantidades sin justificar y yo... en fin, tres millones no es gran cosa.

Garzón sacó su libretita y se puso a apuntar. Cuando le hice la siguiente pregunta a Mallofré levantó la vista, algo sorprendido.

—¿Cuántas veces vio usted a Valdés?

—Pues... no sabría decirle, dos o tres. Creo que tres, las dos veces que estuve en su casa y después aquí.

—¿Estaba solo en esas ocasiones?

Garzón se sorprendió ya abiertamente y sus cejas me interrogaron.

Algo desconcertado Mallofré contestó:

—Pues... estaba con una mujer, supongo que sería su esposa.

—¿Qué aspecto tenía esa mujer?

El decorador comenzó a relajarse y actuar como pensaba que un testigo debía hacerlo.

—Estatura media, unos treinta y tantos, melena corta, castaña... una chica muy normal.

—¿Por qué pensó que era su esposa?

—No sé, inspectora, ella escogía los colores, los muebles... ¡entendía muchísimo de decoración! Estilos, marcas, tendencias... me quedé sorprendido, no es lo habitual.

—¿La trataba él como si fuera su esposa?

—Pues... si he de decirle la verdad, a él le telefoneaban continuamente por el móvil y salía cada dos por tres de la habitación.

—¿La llamó Valdés por algún nombre?

—No me fijé. Oiga, ¿no estaba casado el señor Valdés?

—Vivía solo. Estaba divorciado.

Se mostró intrigado.

—En ese caso...

Me libré de su curiosidad incipiente poniéndome de pie y saliendo al galope. Suele ser el mejor sistema, un cortante «gracias» y un definitivo «adiós».

—Mucho me temo que se nos presentan cosas que hacer —dijo Fermín.

—¿A qué damos la preferencia, al dinero o al amor?

—¡Al dinero, naturalmente!

—¿Pido una investigación financiera de Valdés?

—Y que sea exhaustiva.

El inspector Sangüesa, nuestro experto económico, nos prometió proceder con celeridad. Al parecer era relativamente fácil detectar cuentas a nombre de Valdés en otros bancos, y más difícil desenmascarar sociedades tipo tapadera que hubiera podido organizar. La localización de inversiones tardaría unos días, aunque sin duda lo más trabajoso sería investigar en los bancos suizos. Entre unas cosas y otras no tendríamos información completa hasta pasado un mes. Pensé que la rapidez con la que nos habíamos movido hasta el momento se remansaba allí. Aquella información

financiera era crucial, y a no ser que surgieran nuevas y sorprendentes revelaciones habría que esperar, inaugurar un día a día de la investigación y seguirlo con paciencia. El espejismo de una inmediata resolución del caso se desintegraba en el aire. Nunca llegaré a comprender por qué todos los policías soñamos con esa posibilidad si raramente topamos con ella. Sin embargo, Garzón reiteraba que no debíamos dormirnos, y que aún eran factibles avances sustanciales en aquellos primeros momentos.

No quise contradecirlo, las pesquisas que se nos avecinaban me parecían lo bastante ingentes como para que trabajar a destajo resultara en cualquier caso una buena solución. Pero estaba cansada. A menudo olvidaba que mi ayudante poseía un empuje y una vitalidad capaces de dejar a cualquiera en la cuneta. Garzón envejecía poco y bien. Carecía de rémoras psicológicas. Cuando se levantaba por las mañanas se aplicaba al presente como si el pasado se hubiera difuminado con el sueño y el futuro consistiera en las siguientes veinticuatro horas. Un carácter así sólo podía calificarse de bendición de los cielos. Nada parecido a mi forma de ser. Yo arrastraba mi carro de recuerdos, contradicciones, errores y frustraciones conmigo. Una impedimenta de la que había que tirar con fuerza. Una fuerza que se restaba para todo lo demás. Por no hablar del futuro, que se me presentaba como un horizonte cargado de dudas que en cualquier momento podía poblarse de imprevistos negativos. Aunque Garzón estaba en lo cierto cuando decía que debíamos avanzar lo más rápido posible. Por el momento, aquél era un caso de asesinato dotado de una cierta normalidad. Implicaciones económicas cada vez más evidentes, entorno familiar con ex esposa, e incluso una misteriosa mujer emboscada en la sombra. Nada que se apartara de la ortodoxia de un delito cometido en un medio social alto. Sin embargo, no estaba garantizado que las cosas continuaran en los mismos parámetros si nos veíamos obligados a entrar en el mundo profesional de Valdés. Información rosa tendente al amarillo y revistas del corazón. ¿Qué tipo de territorio era aquél? Confesaré que no tenía ni idea, pero que a priori se me antojaba como una especie de lodazal en el que la gente chapoteaba entre salpicaduras hediondas. Si la investigación invadía ese camino, extralimitando el núcleo personal de Valdés, estábamos

apañados. No podía asegurar que los deseos de rapidez y precisión del subinspector estuvieran fundamentados en la misma sospecha de complicaciones que me asaltaba a mí, pero sin duda también él veía venir el problema. ¿Qué demonio sabíamos nosotros de los amores, desdichas o escándalos de los famosos? Para empezar, ¿quiénes eran los tales famosos? No se trataba únicamente del desconocimiento de un medio determinado, sino del grado de complejidad que alcanzarían las pesquisas al entrar en un marco en que los protagonistas podían llegar a ser múltiples. Un escalofrío mental me recorrió entera. ¿Estaba precipitando acontecimientos? Si le hubiera hecho esa pregunta a Garzón, me hubiera respondido que sí; pero ni se me ocurrió hacerlo. Ya se sabe que con los optimistas hay que andar con mucho cuidado. Crucé los dedos, cada vez menos convencida de que nos dispusiéramos a transitar por una senda despejada.

Al día siguiente nos enfrentábamos al interrogatorio de Raquel, la hija de Valdés. Sólo con que aquella muchacha se hallara medianamente informada de la vida privada de su padre, podíamos avanzar un buen trecho. Pero la suerte no nos acompañó, Raquel había salido a su madre en la forma de ser y se comportaba con gelidez e impasibilidad. Se agazapó todo el tiempo tras sus hermosos ojos oscuros para negar cualquier cosa que decidiéramos preguntarle: «¿Tu padre te informaba de su trabajo?» «No.» «¿Te hacía confidencias?» «No.» «¿Te comentó si alguien le había amenazado?» «No.» No, no y siempre no ¿Por qué perdíamos el tiempo?, pensé, y así se lo hice saber, harta de tanta negativa. Curiosamente la salida de tono la hizo reaccionar y se sinceró mínimamente.

—Lamento hacerles perder el tiempo. No piensen que no quiero hablar. Lo que ocurre es que nunca he sabido muchas cosas sobre mi padre. Prefería no saberlas. Cada vez que él quería contarme algo privado o de trabajo yo le cortaba. Al final, ya nunca decía nada.

—¿Puedo saber por qué tenías esa actitud?

Miró al techo mostrando abiertamente que la pregunta la fastidiaba. Creí que no pensaba contestarla, pero al final se encaró conmigo y preguntó a su vez:

—¿A usted le gustaban los reportajes de mi padre?

Cogida en falta, carraspeé.

—Bueno, pues... he de reconocer que no los seguía demasiado.

—Yo sí —soltó Garzón.

La chica se volvió hacia él, desafiante, e insistió:

—¿Y qué pensaba de ellos?

—Eran pura basura —dijo Garzón sin pestañear.

Raquel Valdés sonrió tristemente.

—Pues ya está, no hace falta hablar más. Yo comía algún domingo con él porque era mi padre, nos veíamos, pasábamos un rato juntos y en paz; pero no tenía la menor intención de meterme en toda su porquería.

—¿Su vida privada también era porquería?

—Eso ya no lo sé. Sobre eso ni se le ocurría hablar.

Decidí cortar un interrogatorio que no arrojaría ni un solo dato interesante.

—Está bien, Raquel, ya puedes marcharte.

Sin que yo supiera por qué la chica se quedó sorprendida ante mi modo expeditivo de largarla. Afloró a su rostro algo así como un destello de culpabilidad. Se disculpó.

—Les aseguro que no sé nada más.

—Sí, muy bien. Puedes irte.

Pero no se movió.

—Es que parece que yo esté tan tranquila después de que han matado a mi padre y no quiera colaborar.

Intenté sacar algo en claro de su curiosa reacción.

—¿Y no es así?

—¡Desde luego que no es así!, pero ¿qué puedo hacer? Sí, supongo que algo me diría, pero a veces decía cosas que no tenían ni pies ni cabeza.

—¿Como por ejemplo?

—Pues... últimamente dijo que había conocido a una chica estupenda y que su vida iba a cambiar.

Un par de compuertas se abrieron con estruendo en mis oídos. Garzón clavó sus ojos en la joven como un águila avistando un cordero y preguntó

con sutileza dudosa:

—¿A quién?

—Les aseguro que no sé nada más.

Acerqué mi silla a la suya buscando una intimidad que no me había parecido necesaria hasta aquel momento.

—Raquel. Supongo que te das cuenta de que cualquier cosa que recuerdes puede servir, ¿eres consciente de eso?

Titubeó, sin comprender aún la importancia de lo que acababa de confesarnos.

—¿Lo dice por lo de esa chica? Mire, no era la primera vez que mi padre soltaba una cosa por el estilo. A veces le daba por jurar que un día se casaría, que volvería a formar una familia... luego nunca más volvía a mencionarlo.

—¿Te contó algo concreto de esa chica, cuál era su nombre, su aspecto, su profesión, su edad?

—No. Sólo dijo que la había conocido y que su vida iba a cambiar.

—¿Te habló de la decoración de su apartamento?

Me miró como si hablara en otro idioma.

—¿Qué?

—¿No has estado en su casa en los últimos días?

—¡Yo nunca he estado en su casa! —afirmó con vehemencia.

—¿Y no te dijo que había cambiado los muebles del salón?

Con cara de fastidio supino se levantó y, por primera vez, habló con desprecio.

—Oigan, no sé qué tipo de relación piensan que yo tenía con mi padre, pero les aseguro que no era la normal de un padre con su hija. Tal y como les he dicho, comíamos juntos algún domingo, nada más. No sé nada de su decoración ni tampoco me importa. ¿Puedo marcharme ya?

Asentí clavando la vista en los papeles que tenía sobre la mesa para no tener que mirarla directamente. Garzón se indignó cuando estuvimos solos.

—¡Joder con la niña! ¿Es que acaso también le va a hacer ascos a la herencia de su padre?

—Quizá no herede todo lo que él poseía en realidad. Quizá alguien ya tiene en su poder algunas riquezas secretas de su taimado padre.

—¿Se refiere a esa mujer? ¿Adónde nos lleva esa mujer?

—La pregunta no se formula así, la pregunta es ¿qué puede llevarnos hasta esa mujer?

—¿Las cuentas que descubra Sangüesa?

Tiré el lápiz sobre la mesa con mal humor.

—He intentado evitarlo, pero...

—¿Qué quiere decir?

—¿Tiene botas de agua, Fermín?

Garzón, cada vez más despistado, agudizó su mirada sobre mí.

—Botas, ¿para qué?

—Porque, si Dios no lo remedia, vamos a tener que meternos de patas en el barrizal de la prensa rosa.

OceanofPDF.com

2

Siempre me ha hecho ilusión desayunar en la cama con los periódicos desparramados sobre el embozo. Supongo que lo vi en alguna película de los años cincuenta y que, desde entonces y a lo largo de toda mi juventud y madurez, ha seguido pareciéndome el colmo de la sofisticación. Aquella mañana me lo permití. Recogí la prensa del buzón y me preparé un soberano café bien cargado. Era un sábado tonto, uno de esos días en los que ni siquiera te planteas lo que tienes que hacer, no vaya a ser que, en efecto, aparezcan un montón de recados y obligaciones pospuestas. Pero no es fácil huir del destino, sobre todo del destino laboral; de modo que, desde todas las páginas de sucesos, me contempló la desagradable jeta de Ernesto Valdés. La noticia de su asesinato había aparecido el día anterior, pero se consideraba lo suficientemente sensacional como para seguir sacándole partido. Se hablaba de la repercusión que tenía Valdés en el mundo del periodismo, y de cómo había impuesto su estilo poco ortodoxo en el apartado de la prensa rosa haciendo derivar su color hacia el amarillo. Por lo que pude colegir, Valdés había dejado de tratar a los famosos con veneración, criticándolos aviesamente e incluso ridiculizándolos. La fórmula había hecho fortuna, sobre todo en televisión, pero encontraba muchos detractores en las revistas convencionales que se negaban a participar en la caza del famoso, ya que, al fin y al cabo, éste les daba de comer. Todo aquello me pareció interesante, por una vez eran los periodistas quienes brindaban información a la policía y no al revés. Leí con

atención un artículo que se extendía sobre el funcionamiento de la mafia rosa. Al parecer eran las agencias quienes vendían las noticias a las revistas y programas televisivos, noticias que no siempre conseguían en buena lid, sino utilizando confidentes y paparazzi *free-lance*. Por si se tenía alguna duda sobre la importancia del fenómeno, el periódico ofrecía cifras cantarinas en sí mismas: la prensa del corazón tiene una media de doce millones de lectores y sólo entre siete revistas se repartieron unos beneficios anuales de veinticinco mil millones por venta de ejemplares y catorce mil millones por publicidad. Los números de la televisión eran igualmente asombrosos. Bien, la ecuación no solía fallar: donde hay dinero es más factible que haya delincuencia. Comprendí que nos enfrentábamos a un caso que podía tener ramificaciones muy serias. Para empezar, la hipótesis del sicario se tornaba razonable. En un ambiente en el que los millones volaban como palomas en la ciudad, resultaba más fácil cargarse a un tipo contratando a un profesional que correr el más mínimo riesgo directo. El socorrido remedio de que fuera la ex mujer de Valdés quien por venganza amorosa le hubiera pegado un tiro y, encima cortado la yugular, cada vez me sonaba más lejano. ¿Por qué buscar pasión donde reina el dinero? Sólo en los *bestseller* de baja calidad se unen ambas cosas con resultados a menudo inverosímiles. Además, ¿a quién se le ocurre vengarse de su ex marido transcurridos un montón de años? No, estábamos dando los primeros pasos en un planeta recién descubierto y lo que procedía era aprender de nuevo a caminar.

El artículo proseguía afirmando que las exclusivas que se valoraban más eran las que tenían que ver con la reproducción. A saber, embarazos, partos, bautizos, hijos naturales y adopciones. Estuvo a punto de sentarme mal el café. Me resultaba imposible comprender que alguien pagara una sola peseta de su dinero para informarse sobre ese tipo de temas atañendo a la vida ajena. ¡Con lo parecidos que son todos los bebés!, ¿tan extraordinario era verlos en fotografía? Sin duda el asunto tenía una mística que a mí se me escapaba. Cuando iba a la peluquería, nunca se me ocurría hojear una revista del corazón. Había preferido siempre las revistas femeninas que hablan de moda, belleza, decoración y otras frivolidades deliciosas. Resulta

reconfortante, por ejemplo, contemplar la publicidad de cosméticos y leer los textos que la ilustran: complicados nombres de productos químicos que logran gozosos estiramientos de la piel, fotos de rostros juveniles simplemente preciosos, junto a imágenes de cremas untuosas apetecibles como helados o pasteles. ¿Quién puede librarse de esa fascinación, dejar de admirar una posibilidad de belleza al alcance de la mano? Además, últimamente había comprobado que esa clase de publicaciones estaba plagada de fotos de hombres hermosos. Modelos masculinos de labios gruesos intentando con su actitud ante la cámara resultar claramente sexys. Actores posando sugerentes con pantalones ceñidos. En fin, encontraba toda esta caída de los tabúes tradicionales francamente estimulante. Pero no era sólo cuestión de imagen: si alguna vez me había entretenido en leer los artículos, me sorprendieron sistemáticamente un lenguaje y unos planteamientos pletóricos de libertad. Cosas como: «¿Es tímido tu chico en la cama? Veinte modos de espabilarlo» demostraban que las mujeres jóvenes actuales estaban mucho más liberadas de lo que llegaría jamás a estarlo cualquier mujer de mi generación. Así es la vida, pensé, actualmente se vive como juego aquello por lo que nosotras habíamos organizado una revolución. Aunque quizá para jugar, primero hay que pagar el precio de una revolución. No sé si era un consuelo, la verdad, pero al menos analizándolo así no me sentía tan imbécil.

Dejé la prensa apilada en un montón y me decidí a levantarme y darme una ducha. ¡Ya estaba bien de Ernesto Valdés, aquel tipejo no tenía ningún derecho a infiltrarse en mi vida privada como siempre había hecho en las vidas de los demás! Pero iba a ser realmente difícil librarse de él. Tras la ducha fui a la cocina para prepararme huevos y tostadas, encendí la televisión y en menos de dos minutos volvió a aparecer Valdés con su cara de águila morena. El locutor del noticiario aseguraba que podría tratarse de un crimen pasional y que la policía carecía de pistas definitivas. ¿Quién coño habría sido el portavoz subnormal que había pasado semejante versión a los medios? Varios nombres de compañeros me vinieron a la mente, pero desestimé pedirles explicaciones. Estaba bien, que dijeran lo que quisieran, que le echaran un poco de morbo a la cosa. Los periodistas lo necesitaban

para su trabajo y yo no pensaba hacer ninguna declaración. ¿Pasión era lo que querían?, ¡pues pasión iban a tener!, quizá no anduvieran tan desencaminados. En el fondo todo aquel alboroto constituía una especie de restitución para la sociedad: el hombre que vivía de meterse entre sábanas ajenas acababa teniendo los ojos del público fijos en su mortaja.

Después de zamparme los huevos me sentí mucho mejor. Estaba tan relajada que ni siquiera me enfadé cuando Garzón me llamó por teléfono con la pretensión de trabajar. Me limité a decir de modo civilizado:

—No, hoy no me pagan, y por lo tanto me siento liberada del deber.

—Inspectora, no sería propiamente trabajar, sino echar una ojeada a un material que he recopilado.

—¿Pornografía dura?

—Algo así. He conseguido varios vídeos de programas de Valdés, y también sus últimos reportajes en las revistas. Pensé que no estaría de más saber a qué se dedicaba y como no andamos sobrados de tiempo en jornada laboral...

Hice un ruido de difícil interpretación.

—¿Ha dicho algo? —preguntó.

—No, sólo estaba vomitando el desayuno ante la perspectiva de ver los vídeos de Valdés.

—Serán sólo un par de horas; tiempo de tomar una copa y comentar la cuestión.

—Esta mañana no puedo, me voy a una exposición de Chagall.

—¿Y esta tarde?

—Tampoco, voy al cine. Hay una película que hace tiempo que quiero ver.

—Será una de esas películas en versión original.

—¡Exacto, una película danesa! ¿Qué me dice del domingo por la tarde?

—¡Bueno, justamente el domingo por la tarde...!

—Suele ser un día tranquilo.

—Pero hacen un partido de fútbol interesante por televisión.

—¡No sea decadente, Fermín, el fútbol es siempre igual!

—¡Más iguales son siempre los cuadros de Chagall, que como ya está muerto no puede pintar otros nuevos!

—Puede que lleve razón, pero la idea de trabajar en fin de semana fue suya, no mía.

Cedió, no le quedaba más remedio si de verdad pretendía como siempre cumplir con sus obligaciones. ¿Cuál era el misterio de Fermín Garzón?, ¿en serio le gustaba su trabajo hasta el punto de no poder desconectarse de él? Yo me temía que se tratara de una cuestión de años y costumbre, con lo cual intuía que aquello alguna vez llegaría a sucederme a mí también.

Cuando llegó el domingo por la tarde me di cuenta de que no habíamos determinado en cuál de las dos casas se celebraría la reunión. Le llamé. Me sorprendió diciendo que ya había previsto un tentempié para cenar, de modo que aparecí en su puerta a las nueve como un clavo.

Todo estaba preparado para una concienzuda sesión de trabajo. Sobre una mesita baja se apilaban las revistas del corazón y un paquete de vídeos descansaba a su lado. ¿Podría soportarlo? Garzón me animó. No debía preocuparme, un poco de basura sólo era eso, un poco de basura, ¿o acaso prefería la sordidez de los bajos fondos que a menudo nos veíamos obligados a visitar?

—No sé, Fermín, al menos en los bajos fondos piensas que se encuentran los desechos de la sociedad, aquellos que por una u otra razón viven al margen. Pero aquí nos encontramos con una porquería que le gusta paladear al ochenta por ciento de la gente.

—¿Y qué?, eso es alentador; lo contrario sería reconocer que los delincuentes constituyen una raza aparte, y usted sabe muy bien que no es así. Resulta que todo el mundo se pirra por las habladurías, la trastienda familiar, la porquería... nadie es puro, inspectora.

—Ya, pero el sentido de la estética...

Abrí una de las revistas por la mitad. Una serie de invitados a un bautizo se arrebujaba en un grupo compacto para poder salir en la foto. Su aspecto general era atroz: ellas llevaban trajes ceñidos de colores pastel con la falda por encima de las marchitas rodillas, pamelas dejadas caer en sus cabezas como escombros en un vertedero, joyas que afloraban con el brillo del oro

por cualquier resquicio. Los caballeros se empaquetaban en trajes de alpaca opalescente, enlazaban sus gargantas con corbatas azul cielo y se maltrataban los pies encapsulándolos en cámaras de charol con la punta afilada.

Una troupe de monos amaestrados me hubiera parecido mucho más bella.

—Y estos tíos con pinta de horteras, ¿quién *coño* son?

Garzón lanzó una mirada por encima de mi hombro.

—¡Joder, Petra, pues si éstos le parecen horteras...! Mire lo que dice el titular, es el bautizo de los hijos de los marqueses de Hoz, y todos los que ve forman parte de la nobleza.

—Yo creía que la nobleza ya había decaído por completo, pero al parecer les quedan aún varios escalones por bajar.

—Pues espere a ver a los cantantes de tercera, a las folklóricas, a los presentadorzuelos de televisión, a los hijos de los famosos en edad de merecer...

—No siga, aún estoy a tiempo de dimitir.

—No se deprima, ya verá que la especialidad de Valdés era darles caña. Acabará por caerle simpático. Abra esa revista por la sección que él firma.

Fui pasando desgadamente página tras página, todas plagadas de trasgos y horrores. Por fin llegué a una columna en la que Garzón me hizo parar.

—Lea, lea —exclamó gozoso.

Leí, mucho menos entusiasmada que él:

«Albertito de las Heras, que ha dejado deudas y cuentas pendientes incontables en Marbella, dice ahora que va a abrir un restaurante en Madrid. La verdad es que no sabemos en qué parte del establecimiento va a colocarse, si de pinche de cocina o en la caja registradora para poder meter mano a la recaudación antes de pagar a sus empleados. Aunque lo más probable es que se dedique a alternar con los clientes, sobre todo con las clientas, a las que seguro gustará un montón como hasta ahora ha sucedido siempre, ya que a Albertito no se le conoce más mérito que el vivir para, por y de las damas; ¡y no me refiero a un juego como el del ajedrez!»

Me quedé estupefacta. Volví la cara hacia el subinspector, que observaba mi reacción lleno de confianza.

—¿Lo ve? Sabía que se quedaría sorprendida.

—¡Pero si lo insulta sin ningún rubor! Lo que no entiendo, Fermín, es cómo este tío que cita en el artículo no se querella inmediatamente contra él.

—Pues porque el tal Albertito debe de ser un zascandil de mucho cuidado, sin contar con que lo más probable es que le guste que hablen de él, aunque sea en esos términos. La mayoría de esos tipos viven de la publicidad, buena o mala da lo mismo.

—Pero algunas cosas pueden perjudicarles.

—Sin duda alguna, pero se aguantan, porque a lo mejor los insultos dan en el clavo y es mejor no «meneallo». La verdad es que hay protestas contra Valdés, continuas protestas y réplicas por parte de la gente a quien vapulea, pero su índice de querellas judiciales ha sido mínimo.

Garzón se había documentado sobre el tema con mucha profundidad adelantándose al curso de la investigación. Pensé que debía estar seguro de que acabaríamos desembocando en lo profesional una vez explorado el círculo privado del muerto. Seguí leyendo en voz alta, presa de una repentina curiosidad.

«Nacha Domínguez, la pequeña de los Domínguez, parece que por fin va a casarse con su novio de última hornada, el cantante hispanoamericano Chucho Álvarez. No sabemos el éxito que Chucho tiene en su país; pero lo cierto es que aquí no lo conoce nadie. Da igual, la pareja carece de problemas económicos porque de todos es sabido que ella ha heredado un pastón de su abuela. Lo que no sabemos es si se lo ha gastado todo en la operación de estética que se ha hecho para la boda. Puede que no sea ya nunca más una mujer rica pero no cabe duda, a tenor de toda la silicona que le han puesto en los labios, de que siempre podrá besar al novio con enorme pasión.»

Tartamudeé varias veces hasta conseguir decir:

—¡Pero esto es terrible, Fermín, infamante!

Garzón contestó con una sonora carcajada.

—¡Pues qué se creía, inspectora!

—¿Cómo se puede ser tan rastrero, tan malintencionado, tener un estilo tan zafio?

—Era el natural de Valdés, no le costaba nada encontrar ese punto.

—¡Vaya tipo!

—Ése era Valdés y ése era el mundo en el que se movía, y en el que tendremos que movernos a partir de ahora usted y yo.

—Lo intuía, y por eso he querido retrasar al máximo nuestra entrada en el baile, pero nunca pensé que la indignidad llegara a tanto.

—Vamos a tomar un bocado y luego pasamos a la televisión.

—No sé si tengo estómago para comer.

—Ya verá la empanada que he preparado, le encantará.

Por muchos ingredientes que contuviera la empanada de mi compañero, nunca superaría la mezcla de mal gusto, rencor y bajeza que cocinaba Valdés. Comprendí en qué consistía el cambio de estilo en la prensa rosa al que aludía el artículo leído ayer, pero no podía comprender el porqué de su éxito. ¿Quién podía revolcarse con gusto en semejante fango? Sin duda las personas sobre quienes recaían los primores de tal bazofia periodística nunca estarían en la lista de ningún premio Nobel, ni eran grandes hombres, ni benefactores de la humanidad. A buen seguro ni siquiera podía afirmarse de ellos que fueran personas íntegras y cabales, pero en cualquier caso ¿qué gozo cabía extraer de su humillación pública?

Garzón no era de mi parecer. Él opinaba que la mayor parte del género humano anda más que atribulado con su vida diaria. En el trabajo, en el hogar, en sus relaciones corrientes, el ciudadano medio debe bajar la cabeza y tragar amargura con una frecuencia alarmante.

—¡Por eso les gusta comprobar que aquellos que aparentemente tienen más suerte son tratados al final por el mismo patrón! —concluía entre migajas de empanada.

—Es un triste consuelo.

—No hay consuelo alegre, inspectora, y éste encima es barato, y se puede comentar con los amigos, y se puede exagerar, y comparar con casos conocidos y...

—¡Va usted a acabar diciéndome que nos encontramos ante una panacea social!

—En cierto modo lo es, aunque no creo que sea ésa la razón por la que la fórmula se cultiva cada vez más, sino por el dinero que produce.

—Una fórmula sucia y rastrera.

—También las patatas lo son, y mire cuánta gente se alimenta con ellas. Y hablando de comer, ¿qué le ha parecido mi empanada?

—Francamente sobrenatural. ¿Cómo la ha hecho?

—Con paciencia y amor.

—¿No piensa descubrirme la receta?

—Me parecería impropio de bregados policías estar intercambiando recetas de cocina. Mejor tomamos un postre de basura concentrada.

Metió una cinta de vídeo en su aparato y bajó la intensidad de la luz.

—Preparada, inspectora, vamos a seguir solazándonos con las hazañas del muerto, como sucedía con el Cid Campeador.

Unos títulos de crédito ruidosos informaban del inicio de un programa llamado *Latidos*. En un plató decorado con colores estridentes se mostraba un semicírculo de sillas en las que se sentaban diferentes hombres y mujeres. Frente a éstos había una especie de estrado con un solo asiento donde se aposentaba el invitado de honor. Garzón me sopló en voz baja que los del tribunal eran los periodistas, todos al mando de Valdés, que ocupaba un lugar eminente y dirigía la sesión de preguntas y respuestas. La primera encartada era una muchacha joven de aspecto rozagante. «Ésta es la esposa del actor Víctor Doménico, que la acaba de abandonar por una azafata de Iberia», volvió a apuntarme mi compañero. Asistimos entonces a un espectáculo curioso, una especie de juego repugnante en el que los periodistas incitaban a la invitada a hacer declaraciones punzantes y envenenadas contra el hombre que ahora era su enemigo. De modo sibilino, conociendo bien la psicología humana y probablemente la escasez de luces de la chica, los periodistas del hemicírculo tocaban los puntos candentes en los que estaban seguros de que ella iba a hacer una cascada de afirmaciones airadas. Pues bien, cuando las hacía, cuando confesaba demasías como que su marido era pendenciero y bebedor en la intimidad, o que había

contratado a una abogada para poder dejarla en la ruina, era el momento indicado para que el propio Valdés saltara sobre ella y la convirtiera de acusadora en acusada. Con los ojos abiertos como platos vi a aquel hombrecillo de mirada penetrante y nariz ganchuda soltar frases llenas de furia como: «¿Y no es cierto que tú lo incitabas a beber con tus continuos coqueteos entre sus amigos?» o «Pero tú también has contratado a un abogado que tiene la consigna de tirar a matar, incluso de pagar a testigos falsos». La infeliz se defendía como podía, en muchas ocasiones demostrando que también los imbéciles poseen una vesícula de veneno presto a ser escupido sobre el adversario. Si he de decir la verdad, todo aquello me pareció un espectáculo perturbador que movía a sentir vergüenza ajena y a lamentar que los lobos fueran una especie en extinción por culpa de dejar más espacio al hombre civilizado.

Cuando todo aquel despropósito hablado a gritos concluyó, el subinspector rebobinó la cinta en silencio y me miró de modo interrogante.

—¿Qué le ha parecido?

—Insultante.

—Sabía que le parecería espantoso.

—Pero lo que a mí me parezca no es lo peor, Fermín. Lo peor es lo que esto demuestra. Cualquiera, absolutamente cualquiera de los tipos a quienes Valdés humilla así, ha podido cargárselo.

—No sea ingenua, Petra, la gente a quien entrevista Valdés cobra por ir a su programa y sabe muy bien a lo que va.

—Parece que no conozca usted los recovecos del alma humana. Ya me imagino que están dispuestos a cualquier cosa cuando se presentan como presa del tigre, pero ¿y después, cuando solos en su habitación recapacitan y piensan y regurgitan lo que ha pasado? Estoy convencida de que alguno de ellos no ha podido digerir su papel. Póngase usted mismo en la piel de quien intenta dormir después de haber sido vapuleado en público por ese hombre. ¿No le aflorarían a la mente momentos de la entrevista, la cara aviesa de Valdés acosándolo, sus ojos carroñeros, la salivilla que despide su boca?

Garzón se quedó pensando. Realmente estaba proyectando imagen por imagen mi melodramática puesta en escena.

—¡Hombre... visto así...! ¿Nos inclinamos entonces por la hipótesis de la venganza?

—¡Un momento, nada de eso! No nos inclinamos por nada ni ante nadie. Pero me parece evidente que habrá que investigar en los lugares de trabajo de la víctima.

—Sin perder nunca de vista a su ex mujer.

—Ni a su hija ni a su amante fantasma.

—Ni nada ni a nadie.

—Eso es. Vamos a ver, Fermín, prepare las visitas a las dos revistas en las que trabajaba y también a la televisión. Entérese del organigrama, de quiénes eran sus jefes y sus subordinados, de sus horarios y de los recursos con los que contaba para sus programas.

—Las revistas están en Barcelona, pero para la televisión habrá que ir a Madrid. Valdés pasaba allí dos días a la semana, grababa el programa y volvía.

—Está bien, hable con Coronas e infórmele, necesitaremos un contacto en alguna comisaría de Madrid. Entérese de dónde se alojaba el muerto cuando iba a la capital.

—Me encargaré de todo, no se preocupe.

—Y hay algo que estamos dejando de lado.

—¿Qué?

—¿Tiene alguna información nueva sobre el posible sicario?

—No, pero he quedado mañana a las diez con el inspector Abascal; él y sus ayudantes son quienes tienen en comisaría toda la información sobre asesinos a sueldo y han estado contrastando nuestros datos.

—Muy bien.

—Sólo que con todas estas cosas que acaba de ordenarme, no sé si podré estar a tiempo a las diez en punto.

—Yo hablaré con Abascal. ¿Hay algo especial que deba saber?

—Sólo tiene que escuchar lo que le digan, eso es todo.

—Eso es lo único que a estas alturas de mi vida he aprendido a hacer bien.

Habíamos organizado el trabajo con celeridad y eficacia usando una tarde de fiesta para ello. Merecíamos una medalla, pero como estaba segura de que no iban a concedérmola, me limité a sentir satisfacción interior. Llegué a casa dispuesta a irme pronto a dormir, aunque si rememoraba las incidencias de lo que habíamos visto en televisión probablemente no consiguiera pegar ojo. Al pasar por el salón vi que parpadeaba el avisador de mi contestador automático. Con sorpresa relativa oí la voz de mi hermana Amanda diciendo: «Petra, llámame a casa esta noche, aunque sea muy tarde da igual.» Miré mi reloj, eran las doce. En condiciones normales jamás la hubiera llamado a esa hora. Mi hermana Amanda era una mujer de orden, rutinaria y convencional. Casada con un cirujano de prestigio, con dos hijos adolescentes, tras su matrimonio se había trasladado a vivir a Gerona, donde llevaba una existencia tranquila y feliz como ama de casa. A pesar de tener dos años menos, siempre había sido más juiciosa y adulta que yo. Por eso me extrañó tanto su mensaje y la circunstancia de que alterara una noche de domingo con el teléfono.

Su voz al contestar me pareció distante e inexpresiva.

—¿Ocurre algo? —pregunté con inquietud.

—No, sólo quiero ir a tu casa para pasar unos días, ¿es posible?

—¡Por supuesto que sí!, aunque yo tendré que seguir con mi trabajo.

—Ya cuento con ello. No te molestaré.

—Te dejaré una llave en el bar de la esquina. Cuando llegues, diles que eres mi hermana y no tendrás ninguna dificultad. ¿Seguro que no ocurre nada?

—Ya hablaremos —musitó dando nuevas alas a mi preocupación.

Tras colgar, me pregunté cuál era el misterio de aquella inesperada visita. Todas las posibilidades que vinieron a mi mente tenían una base sólida y real: un hijo con problemas, el diagnóstico de una enfermedad, una infidelidad de Enrique, su marido... No me planteaba nada frívolo o azaroso. Amanda no era el tipo de mujer que decide un domingo a última hora irse de compras a Barcelona. Pero especular no tenía sentido, era una

pura deformación profesional; de modo que me acosté y tomé un libro que no hablara de crímenes ni de revistas del corazón.

Acudí a la entrevista con Abascal un cuarto de hora antes de las diez. Sorprendida, topé en la puerta de su despacho con Moliner, que salía en ese momento. También había ido a consultar con Abascal. Al parecer, el asesino de la mujer refinada podía ser un profesional a sueldo. Sin embargo, no se mostraba muy contento del resultado de su entrevista.

—Ni una puta pista. No tienen ni idea, por el modo de operar, de quién puede ser. Un tío con los nervios templados que trabaja en solitario. Ya ves tú qué precisión. Me ha dado un par de contactos que podemos explotar y eso es todo.

—¿Confiabas en que el asesino dejara más rastro?

—Pues sí, la verdad; porque la cosa está bien jodida, pero en fin, ya veremos, por algún lado tendré que tirar.

—Nada es fácil.

—Ni que lo jures. Oye, ¿tienes tiempo de tomar un café?, Abascal aún tardará un rato en poder atenderte, le han llamado de Madrid.

Cruzamos a La Jarra de Oro con paso cansino. Moliner estaba de pésimo humor, renegaba todo el tiempo sin parar, sobre los asesinatos de difícil resolución, sobre los pocos medios con los que contábamos para enfrentarnos a matones a sueldo. Nunca habíamos tenido un contacto muy directo, pero por lo que recordaba de él, era habitualmente un hombre optimista y cordial. De pronto, frente a nuestras tazas de café bien cargado se volvió hacia mí y, mirándome de modo intenso, me espetó:

—Petra, tú has estado casada dos veces, ¿verdad?

Atónita por el brusco cambio de conversación, intenté banalizar.

—¿Los asesinatos a sueldo te sugieren el matrimonio?

Me dejó de una pieza contestando:

—No me sugieren nada bueno, mi mujer va a abandonarme.

¿Qué se hace frente a una confidencia de un calibre tan grueso cuando apenas conoces a tu interlocutor? Sonreír no, desde luego, de modo que me puse seria y farfullé:

—¡Vaya por Dios!

—Sí, vaya por Dios y por el diablo, pero el caso es que se larga.

Intenté relajarme. Al fin y al cabo, no era tan extraordinario que alguien te contara su vida. La gente necesita hablar de esas cosas con personas con quienes no tengan vinculaciones. Me atreví a preguntar:

—¿Por qué te deja?

—No lo sé, Petra, no lo sé. Entiendo menos lo que ha sucedido que la muerte de la tía que llevo entre manos. Estoy despistado, ésa es la verdad.

—¿Qué razones te da ella?

—Dice que llevamos diez años casados y que nunca me he ocupado de ella realmente, que no me gusta su personalidad, que nunca se ha sentido protagonista. ¿Puedes explicarme eso? ¡Protagonista! ¿Qué es lo que quiere ahora, que le monte una película con escenas de amor?

—Bueno, tú has estado siempre muy dedicado a la policía y a veces las mujeres necesitamos cierta atención exclusiva. Aunque supongo que pronto saldrá de su crisis.

—Sí, pero a la salida estará esperándola otro.

—¿Qué quieres decir?

—Que se larga con un tipo mucho más joven que ella. Su monitor de gimnasia, para ser más exacto.

No supe qué contestar. *Touchée*. Sin duda las mujeres habíamos empezado a levantar el vuelo cada vez a más altura. ¿Qué podía decirle, que me alegraba, que en el fondo me parecía una liberación que su mujer se largara si no se sentía a gusto con él? Pero Moliner me miraba como si esperara de mí una reacción oficial por el tercio femenino. Carraspeé. Me percaté con horror de que ni siquiera conocía su nombre de pila.

—¿Tenéis hijos? —me dio por preguntar.

—No.

—Entonces será más fácil, ¿no te parece?

—¿Para quién?

—Mira, Moliner, yo no sé qué decirte. Como no conozco a tu mujer...

—Bueno, pero tú piensas también como una mujer y te has divorciado dos veces, algo podrás explicarme.

No salía de mi asombro. Iba a ser muy difícil hacerle comprender a mi compañero que no piensa igual una mujer que otra, que no todas somos partícipes de una única conciencia colectiva, que influyen los caracteres, la ideología, la época y la herencia, que nunca fueron iguales ni parecidas Marilyn Monroe y Madame Curie. En fin, mucho me temía que fuera a ser muy difícil hacerle entender cualquier cosa relacionada con las féminas, de modo que me salí por la tangente del sentido común, que suele ser una línea aceptable en cualquier circunstancia.

—Mira, Moliner; ante todo mucha calma. Déjala que recapacite, no la presiones ni cometas ninguna tontería.

Hubiera podido enviarme al cuerno, pero tocado en algún resorte interno que funcionaba adecuadamente, se tranquilizó.

—Gracias, Petra. Ya lo sé, tonterías ni una. He visto demasiadas cosas desde donde estoy como para acercarme siquiera al abismo.

Me tranquilicé yo también, no sabía si Moliner era un hombre violento, pero cuando se dispone de un arma siempre es preferible tomarse las cosas con serenidad.

Distraída por lo que acababa de suceder, entré en el despacho de Abascal. La información que éste me reservaba no era de las que hacen saltar de entusiasmo. Desde su punto de vista de experto, el crimen muy bien podía haber sido cometido por un profesional. ¿Cómo justificar entonces el degüello posterior? Puesto que, según la autopsia, había sucedido inmediatamente después del tiro, cabía deducir que el presunto sicario había recibido un claro encargo de encarnizamiento con la víctima; es decir, podía tratarse de una venganza. Una especie de asesinato a la carta.

—¿Es habitual una cosa así?

—No —confesó el inspector—. Como comprenderás, ese tipo de encargos no se hace tan al detalle. Hay algunos casos, por ejemplo bandas mafiosas, en que se dan escarmientos ejemplares, pero si se trata de hacer desaparecer a un tío lo más rápido es tirar de pistola.

—Digamos entonces que una venganza así es improbable pero no imposible.

—Ésa sería una buena manera de decirlo. El tipo aseguró la faena con el disparo y luego añadió la saña.

—A no ser que quisiera remarcar claramente que se trataba de una venganza con el solo propósito de despistarnos.

Cabeceó admitiendo la posibilidad.

—¿Y qué me dices del autor?

—Te voy a dar las señas de un par de confidentes, tipos que conocen a gente armada con esa munición, pero debo advertirte que será muy difícil sacarles información.

—¿No son confidentes fiables?

—Un asesinato profesional es algo muy serio, Petra. En cuanto preguntas por un sicario es como mencionar al diablo. Terreno peligroso, eso todos lo saben.

Me pasó un papel con nombres y señas. Suspiré. A mí tampoco me hacía ninguna gracia meterme en el pantano del disparo profesional, hubiera preferido sin duda el simple navajazo amateur, que era lo sólito y habitual. Las informaciones generales que me dio a continuación sobre la actuación de los sicarios en España no contribuyó tampoco a alegrarme. Me contó que unos años atrás todos eran extranjeros, gente sin un duro o con una entrada ilegal en el país. Entonces encargarles un trabajo era barato, desde palizas hasta asesinatos, y atraparlos resultaba relativamente fácil. Más tarde las cosas habían empezado a sofisticarse y se escogían asesinos más preparados, también extranjeros. Cazarlos empezó a ponerse complicado porque, una vez cometida la fechoría, tenían un billete de avión esperándolos y echarles el guante se hacía imposible sin la intervención de la Interpol. Los precios subieron hasta medio millón. En vista de que el negocio era próspero, los sicarios españoles entraron en acción. Su baza era la seguridad, puesto que raramente estaban dispuestos a huir a otro país. Se movían con extraordinaria discreción y casi nadie estaba dispuesto a denunciarlos si no mediaba una buena cantidad de pasta. Sus honorarios rozaban en la actualidad los dos millones por un crimen. Algunos estaban emboscados en sociedades de cobro a morosos que se investigaban con asiduidad, pero nunca se habían hallado pruebas para emplumarlos.

—Hablas como si España fuera un lugar ideal para los sicarios.

—De todo tiene la culpa el buen clima del país, los extranjeros han venido de nuevo, esta vez una enorme cantidad de mafiosos o delincuentes en fuga decide retirarse a nuestras costas. Ya conoces Marbella.

—Sí, y supongo que tanta caza mayor no se pone a tiro con facilidad.

—Exacta deducción, Petra; de modo que mantén los ojos siempre abiertos aunque te entre el polvo.

Sí, pensé, polvo en los ojos y barro en los zapatos, pocos envidiarían esta situación.

Garzón me esperaba en comisaría sosteniendo en la mano un completo dossier. Le pasé la nota de Abascal con los nombres de los dos confidentes. La miró frunciendo sus bondadosos ojos de ciervo.

—¿Le suenan de algo?

—No, no pertenecen a mi plantilla. Mis confidentes son de muy poca monta, inspectora. Con ellos nunca atraparemos a un asesino a sueldo.

—¿Qué pasa con los asesinos a sueldo, es que forman una especie de élite?

—Los buenos, sí. Los malos suelen ser unos desgraciados de lo más tirado que hay. A éstos solemos pescarlos en tres días. Forman parte de colectivos marginales, o son enfermos terminales que no tienen nada que perder, o delincuentes habituales con problemas de pasta. Unos chapuzas.

—El nuestro no parece un chapucero. Abascal dice que es un auténtico profesional.

—Pues ahí mis confidentes tienen poco que rascar. No se preocupe, ya me haré cargo yo de interrogar a esos dos de la lista.

—No es necesario, lo haré yo.

—Puede ser peligroso. No hay confidente que no pueda ser un agente doble.

Me pasé un rato sonriéndole y mirándolo a la cara hasta que logré incomodarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó al fin.

—¿Cuál es el trato no escrito, Fermín? ¿Usted hace lo peligroso y yo lo moderadamente peligroso?

—No, no, inspectora; era sólo por caballerosidad.

—Eso me pareció.

Me miró con mala uva. Llevaba razón en lo que estaba pensando, no se merecía una jefa como yo.

Lo cierto es que la aparición de la figura de un sicario en nuestro caso me inquietaba vivamente. Mi experiencia en la policía no llegaba hasta ahí. El desconocimiento del que hacía gala era total. Sin embargo, confesarle a Garzón los resquemores que sentía se traduciría ipso facto en un deseo de protección por su parte, y eso no podía consentirlo. Garzón en plan paternal era muy pesado. Debería mantenerme en un equilibrio prudente, y no aceptar ninguna responsabilidad sin haberme informado bien. Para colmo de desmotivaciones, recibimos el informe sobre la agenda de Valdés y no arrojaba la más mínima luz. Los números de teléfono anotados eran contactos profesionales de rutina y otros de tipo personal como su dentista. Era un hombre que se las había compuesto para dejar a su paso rastros de aire.

La revista de Barcelona en la que Valdés trabajaba no era propiamente una revista del corazón. La calificación bajo la que se presentaba al público era «publicación femenina de actualidades», y se llamaba *Mujer Moderna*. La hojeé concienzudamente antes de aparecer por la redacción, pero no encontré nada que pudiera considerarse de verdadera actualidad. Es más, todo lo que allí se consignaba hubiera podido ser actual en el Antiguo Egipto. Modas, maquillaje, peinados, decoración, recetas de cocina y algunos cotilleos del mundo de la farándula, la nobleza y el dinero. En este último apartado del chismorreo se inscribía la columna de Valdés. Leí la que tenía en las manos sin esperar encontrar nada excepcional. Y en efecto, así fue. Valdés hablaba de presentadores de televisión a los que yo nunca había oído nombrar y de cantantes y bailarines igualmente desconocidos para mí. Algo sí me resultó familiar: el estilo envenenado, chulesco e irrespetuoso de su prosa. No entendí muy bien su presencia en un medio como aquél. ¿Por qué una dama dispuesta a enterarse de qué hacer con su celulitis, o qué ponerse para salir a cenar, o cómo cocinar un besugo, podía

desear de repente revolcarse en un artículo tan malicioso? En principio, todas las actividades que proponía la revista presentaban un carácter placentero y carente de agresividad. ¿Cuál era la continuidad lógica entre mirar qué cortinas estaban de moda para colgar en el salón y enterarse de una ruptura matrimonial en el mundo del espectáculo? De pronto, una pregunta tan errática como aquélla me indujo a volver atrás. Localicé las páginas de decoración. Fue todo un hallazgo; estaban dirigidas por una mujer: Pepita Lizarrán. No había fotografía que acompañara a la firmante de la sección. Valoré si el estilo de los muebles que figuraban en ella tenía algo que ver con el de los muebles que Valdés había puesto en su casa. No estaba tan versada en artes decorativas como para determinar puntos de identidad. Todo lo veía parecido: cortinas de colores discretos, cuadros impersonales... Tampoco el texto me facilitó rasgos sobre la personalidad de la autora. Podía ser una chica joven, de mediana edad o muy mayor. Decía a propósito de un sillón verde botella: «La calidez de la tapicería junto con la forma, pensada para la comodidad, pueden proporcionarnos largas horas de lectura y relajación. Es el placer con cuatro patas.» ¡Joder, quién podía dar el más mínimo detalle de su modo de ser hablando de un sillón! Si a mí me hubieran propuesto escribir varias líneas sobre un tema así, seguro que hubiera caído en los mismos lugares comunes. Me pregunté qué haría Pepita Lizarrán en la revista siguiente cuando tuviera que describir otro sillón. Pero no eran ésas las preguntas que debía plantearme, me estaba dejando llevar por el ambiente de frivolidad que el caso entrañaba. Fui en busca de Garzón.

—Subinspector, acompáñeme a investigar en *Mujer Moderna*.

—Aún no he acabado de preparar el material de nuestro viaje a Madrid.

—Ya acabará después, quiero que venga conmigo.

—Con todos los respetos, inspectora. Para hablar con hampones no quiere que la acompañe, pero sí para ir a una revista femenina. No lo puedo entender.

—Quiero que contraste usted mi subjetividad. ¿Lo entiende ahora?

—Menos aún.

—Bueno, da igual. Si hiciéramos sólo las cosas que entendemos podríamos pasarnos la vida sentados en un sillón, el placer con cuatro patas.

—Lo que usted diga, inspectora. ¡Faltaría más!

Me seguía la corriente como a los locos, convencido de que le hubieran ido mejor las cosas teniendo como jefe a Groucho Marx. Pero ¿por qué motivo iba yo a ser más lógica que la sociedad donde nos había tocado vivir, en la que individuos como Valdés podían triunfar antes de que los liquidaran y se describían los sillones uno a uno?

La redacción de *Mujer Moderna* estaba en un entresuelo de la Diagonal. Su directora era una mujer de unos cuarenta años que pareció haber envejecido diez en cuanto se enteró de nuestra condición de policías. Su glamour no se hallaba preparado para resistir un golpe semejante. Enseguida se puso nerviosa y no sabía si debía condolerse ante nosotros por la muerte de Valdés como si fuéramos de la familia o limitarse a una actuación matizada y profesional. Para nuestra desgracia optó por lo primero, enzarzándose en un interminable elogio fúnebre del que no atisbábamos el final. Por fin la corté sin muchos miramientos.

—Señora, estamos convencidos de que Valdés era un buen periodista y un excelente compañero; pero no me negará que estaba considerado como un grandísimo hijo de su madre. ¿No es así?

Llevó su frágil barquilla dialéctica por mares procelosos.

—Usted sabe, inspectora, que en algunas profesiones el ejercicio del deber lleva a tener mala consideración por parte de los demás. Por ejemplo, ustedes...

—¿Está intentando decirme que los policías también tenemos fama de cabrones?

Un rubor intensísimo en sus mejillas contrastó con la preciosa blusa de seda blanca que llevaba. Balbuceó:

—Inspectora, yo...

Garzón no aprobaba en absoluto el innecesario tercer grado al que estaba sometiénola, porque enseguida comenzó su servicio de traducción:

—Lo que la inspectora Delicado quiere decir es que, dada la virulencia de las crónicas del señor Valdés, quizá haya cosechado algunos enemigos. ¿Sabe usted si había recibido amenazas o protestas, ya sea por teléfono o carta?

Agitó la cabeza negativamente con toda convicción.

—¿Tenía en la redacción un ordenador personal?

—Sí, escribía aquí sus artículos, pero luego los borraba. Temía mucho por la confidencialidad, ya saben cómo era. Si quieren puedo hacerles una copia de sus archivos en disquetes, pero seguro que están vacíos.

—Hay algo más que puede hacer por nosotros. ¿Está aquí en estos momentos la redactora que se ocupa de decoración?

Me miró como si aquella pregunta fuera el colmo de la excentricidad.

—Sí, por supuesto, está trabajando.

—¿Podemos hablar con ella un momento?

Mientras iba a buscarla, Garzón se lanzó sobre mí en un placaje sutil:

—¿También está interesada en cambiar su salón?

—Ya ve, por eso quería que estuviera usted presente y corrigiera mi subjetividad si es excesiva.

—Pues para empezar, su subjetividad no ha estado mal.

—¿Qué quiere decir?

—Ha sido un poco brusca con la directora.

Bajé la voz.

—Esta revista me jode, Fermín.

—¡Pero si casi no es de cotilleos!

—Ya lo sé, pero... ya se lo contaré después.

Unas pisadas tras la puerta dieron paso a la directora seguida por Pepita Lizarrán. Menuda, ni fea ni guapa, aspecto acobardado... ¿Era ésta la amante de Valdés, la mujer que había conseguido que su pétreo corazón hiciera aguas, aquella por la que su vida iba a cambiar y que ya había cambiado su salón? Sinceramente no podía determinarlo de una ojeada. En apariencia, no era el tipo de chica por el que suele cambiarse nada, ni siquiera el agua de un jarrón. Pero tampoco Valdés era un hombre común, de hecho podía haber encontrado en aquella mosquita muerta el contrapunto

ideal a su azaroso modo de vida. Tampoco su actitud era muy sospechosa. Ponía cara de circunstancias, algo normal cuando han asesinado a un compañero de trabajo.

Comprobé que la directora pretendía seguir presente durante el interrogatorio; de modo que le di las gracias sin motivo y, entendiéndome, se largó.

—Disculpe, sólo queremos hacerle unas preguntas sobre su compañero el señor Valdés.

—Ustedes dirán.

Tenía una vocecita trémula y unos ojos redondos que parecían siempre asustados.

—¿Mantenía usted alguna relación fuera del trabajo con el señor Valdés?

—¡No, qué va! Nunca tuvimos ocasión ni de tomar un café, Ernesto no paraba mucho por aquí. En cuanto acababa su artículo se marchaba. Iba cada semana a Madrid para su programa, trabajaba una barbaridad.

Observé que se había anticipado en exceso para contestar, que lo había hecho de modo un tanto torrencial y precipitado. Malos síntomas para un detector de mentiras.

—¿Le ayudó usted, dados sus conocimientos en la materia, a decorar su hogar?

—¿Yo? No, no me lo pidió.

—¿Dónde estaba el día veintitrés a las nueve de la noche?

—En un congreso de decoradores que se celebraba en el hotel Majestic. Fui a cubrir la información para la revista.

—Por supuesto puede probarlo.

—Sí, estuve acreditada con la gente de prensa y tengo fotografías mías a lo largo del acto con algunos compañeros.

Una vez en el coche, Garzón opinó que la coartada de la Lizarrán era perfecta. Le parecía, además, que no tenía ningún motivo para mentir sobre la relación con Valdés. Hubiera podido admitir tranquilamente que le había echado una mano como compañero ayudándole a decorar su hogar.

—¡Ni hablar!, eso implicaba que había estado en su casa, que puede conocer al asesino... una complicación para ella.

—Pero ¿por qué negar o afirmar algo que quizá nosotros pudiéramos averiguar preguntando a los otros periodistas que trabajan con ellos?

—Tal y como veo las cosas, debían de llevar su relación en secreto. Un tipo como él tendría montones de gente esperando poder hincar un diente en su vida privada.

—Inspectora, me ha hecho venir para que la avise de un exceso de subjetividad. Pues bien, la aviso.

—Como dato objetivo tengo la prueba del borlón.

Apartó la vista del tráfico para ver qué paloma me había sacado de la manga.

—¿Qué es eso del borlón?

Agité las hojas de *Mujer Moderna* junto a su oído.

—En las fotos de la sección de decoración todo está rematado por unos borlones color canela: las cortinas, la tapicería de los sillones, los manteles... ¿Y sabe una coincidencia? El salón de Valdés estaba también repleto de borlones.

—¡Joder, estarán de moda!

—¡Vamos, subinspector, usted no entiende nada de modas ni de decoración!

—Yo no entiendo nada de nada, es verdad; tampoco entiendo por qué le ha cogido tanta manía a esta revista.

—Intenté explicárselo antes. Encuentro este tipo de revistas femeninas peor que las de cotilleo. Finalmente, los líos de los famosos es un tema general, mientras que lo que se propone aquí resulta una auténtica esclavitud para la mujer.

Aproveché que habíamos parado en un semáforo para enseñarle varios fragmentos.

—Lea, por favor. Sección de belleza: cuida tu piel con cremas adecuadas. Aquí tiene una selección: para la limpieza del cutis, para la mañana, para la noche, para el sol, para después del sol, para el contorno de ojos, para el contorno de labios, para exfoliar la piel muerta, para el cuerpo,

para el busto. Sección de salud: dietas sanas para adelgazar, para tener brillante el pelo, para conseguir uñas fuertes. Gimnasia para cada día. Sesiones de rayos uva. Posibles intervenciones de cirugía estética: párpados, liposucción, aumento o reducción del pecho, aumento de labios. Sección de cocina: menús para que tu familia pueda variar cada día. Sección de decoración: ponte al día. Tú misma puedes cambiar el papel pintado.

Hacía rato que volvíamos a circular.

—¿Quiere que siga?

El subinspector negó con la cabeza y se sumió en un profundo silencio. Deduje que estaba reflexionando y le di una pequeña conclusión por si coincidíamos.

—¿Cree que una mujer puede preocuparse por todas estas cosas a la vez? ¿Cree que queda espacio en su mente o su tiempo para algo interesante de verdad, aunque sólo sea el placer personal?

Continuó callado. Me disponía a prolongar lo que ya se había convertido en una arenga bastante dogmática cuando Garzón musitó:

—Los hombres también leemos prensa deportiva.

—¿Y?

—Si te preocupas por la alineación de los equipos, por los cambios de entrenador, los puntos de la liga, las declaraciones de los jugadores y demás pijotadas también puedes acabar pareciendo subnormal.

—¡Bueno, por fin logramos ponernos de acuerdo en algo esta noche! ¿Quiere llevarme a casa, Fermín? Ya está bien por hoy.

—¿Y los borlones?

—¿Cómo?

—¿Qué piensa hacer con Pepita Lizarrán?

—Intentaremos que la identifique Mallofré.

—¡¿Qué?! ¿Y cómo demonio piensa hacer una cosa así?

—Algo se me ocurrirá. No tengo tiempo de pensar ahora, he de empezar a decidir con qué cremas me embadurnaré antes de ponerme el pijama.

Vi luz en la cocina antes de entrar en casa. ¿Había olvidado a Amanda? De ningún modo. Recordaba perfectamente su aviso de llegada y había

previsto que saliéramos a cenar a un restaurante cercano. En cuanto abrí la puerta la llamé. Salió enseguida y, al tenerla delante, advertí que sus rasgos exactos se habían borrado de mi mente desde la última vez que nos vimos. Fue una sensación especial, una alegría profunda, un reconocimiento de que durante todos aquellos meses me había privado de una presencia grata.

Nos abrazamos riendo en el pasillo, divertidas de ser hermanas después de todo. Entonces, casi de modo inmediato, me di cuenta de que Amanda había pasado de la risa al llanto.

OceanofPDF.com

3

Le preparé un té. Es un sistema para consolar a la gente que, desconozco los motivos, a los ingleses suele funcionarles. Nos sentamos a hablar a la mesa de la cocina. Se limpió las lágrimas intentando serenarse.

—Se trata de Enrique —comenzó al modo clásico—. Se ha liado con una enfermera y creo que se irá.

—¿Adónde se irá?

—¡Petra, es una manera de hablar! Quiero decir que lo más probable es que se vayan a vivir juntos, que Enrique me abandone.

—¿Eso te ha dicho?

—Estuvimos hablando. Está loco por ella, así lo expresó. Tiene dudas sobre el futuro, pero estoy segura de que se irá.

—Ya entiendo.

—La chica es bastante más joven que yo.

—¿La conoces?

—Puede que la haya visto alguna vez por el hospital, pero no sé quién es.

—El médico casado que se enamora de su joven enfermera, no es nada nuevo, ¿verdad?

—Supongo que estas historias son siempre parecidas.

—Puedes estar segura de eso. ¿Qué piensas hacer?

—De momento he venido aquí para poder pensar. Lo he dejado solo con los chicos. Pueden apañárselas muy bien sin mi presencia.

Me miraba de hito en hito, sin duda esperando una reacción más clara por mi parte. Exhaló un suspiro melancólico para decir:

—La vida es una mierda.

—Jodida de verdad. ¿Piensas darle tiempo para reflexionar a él también?

—No sé qué pienso, ni siquiera he tenido ocasión de plantearme seriamente lo que quiero.

—Yo te aconsejaría que empezaras a buscar un trabajo.

Noté en su voz algo cercano al escándalo y la incredulidad.

—Petra, aprecio tu sentido de lo práctico, pero antes de hacer ninguna otra cosa me gustaría comprender.

—Comprender ¿qué?

—La manera de actuar de mi marido.

—Amanda, el amor no es materia analizable, se siente o no se siente; pero con dificultad puede encontrársele un sustrato racional.

Dejó la taza de té sobre la superficie de la mesa dando un golpe más fuerte de lo normal.

—¡Sustrato racional! ¡Hay que ver, Petra! ¿Has sacado ese estilo un frío de la policía?

—¡Pero Amanda, me refiero a...!

—¡Dime si tiene o no un sustrato racional que hayamos pasado un montón de años juntos, que tengamos dos hijos, que yo abandonara mis estudios para casarme con él!

—Bueno, de acuerdo, ha sido una expresión desafortunada, pero el trasfondo es el mismo: Enrique no va a poder darte buenas razones para que tú las aceptes, simplemente porque carece de ellas.

—¿Qué es lo que valoran los hombres, Petra? Tú debes saberlo, has estado casada dos veces. ¿De qué modo funcionan esas mentes estrechas?

Me abandonaron las fuerzas, y noté cómo los músculos me pesaban. En poco tiempo la misma pregunta. Los hombres y las mujeres. La imposible generalización. El deseo de despersonalizar al máximo el dolor para repartirlo entre una comunidad genérica y antigua. No era sorprendente; lo único curioso es que se me considerara una experta en la materia cuando mi

bagaje era sólo de fracasos. ¿No viene un divorcio tras el fracaso de un matrimonio? ¿Qué podía yo saber de las seriadas estirpes de Adán y Eva una vez expulsados del Paraíso? Aunque lo más probable es que tampoco se esperara ninguna respuesta de mí, sino sólo que sirviera de interlocutora paciente y amable.

—Los hombres son muy egoístas —acerté a decir en un delirio de vulgaridad.

—Enrique ha sido un marido perfecto.

—Pues entonces...

—¿Entonces?

—Entonces déjalo marchar y no le guardes rencor.

Volvió a llorar con una amargura que me asustó. Las lágrimas le caían silenciosas y se precipitaban en su jersey. Si pudiéramos evitar el dolor amoroso, los humanos seríamos una raza omnipotente, pensé. No existía consuelo posible. Ni ella misma sabía de qué estaba compuesta su desesperación: pena por la pérdida, miedo al futuro, ego dolido, humillación social, decepción, sensación de tiempo dilapidado... semejante mezcla, cuando hubieran transcurrido unos años, sería considerada como experiencia de la vida y contaría como un tanto a su favor. ¿Atemperaría eso su sufrimiento si se lo decía? No, a buen seguro me lanzaría la tetera a la cabeza si me atrevía a soltarle algo así. Tampoco estaba convencida de que el conocimiento y la experiencia tuvieran mucho que ver entre sí. ¿No sería preferible estudiar en los libros, meditar en lo abstracto, en vez de ir dando trompicones por la existencia? ¿No se perdía con la llamada experiencia capacidad de dilucidación? Serví una nueva taza de té. Mi hermana estaba llorando a moco tendido y a mí sólo se me ocurría ponerme a filosofar. Me pregunté qué se esperaba de mí en una ocasión como aquélla. Era inútil disimular, cada uno es como es, de modo que le pregunté a Amanda:

—¿Tú crees que los sentimientos forman parte del conocimiento global? Amanda empezó a reír otra vez, entre sollozos.

—¡Por Dios, Petra!, ¿es así como resuelves los casos? ¿Cuando te encuentras a un tío destripado en la Morgue empiezas a preguntarte por el

ser y el no ser?

Solté una carcajada.

—A veces, sí. Lo cual pone de muy mala uva a mi compañero Garzón.

—Me siento solidaria con él.

A ambas nos habían educado en el sentido del humor. No existe herencia más rica. Aproveché la apertura del claro para intentar que escampara de una vez, al menos aquella noche.

—Justamente, estoy llevando un caso que me ha puesto en contacto con las delicias de ser mujer.

—¡Ah, maravilloso, de esas puedo dar fe yo también!

—Sí, ya te contaré todo lo que me permita la discreción profesional. Pero, de momento, te diré lo que vamos a hacer. Mañana me tomaré la tarde libre e iremos a experimentar todas las cosas que teóricamente detesto, pero que quizás en la práctica no estén mal.

—¿Qué te propones hacer conmigo?

—Iremos a que nos den un masaje relajante, drenante y todo lo demás. Después una limpieza de cutis. Más tarde, un buen corte de pelo. Maquillaje, manicura, pedicura y sol artificial. Después intentaremos abrírnos paso entre las hordas de admiradores callejeros enloquecidos por nuestra belleza e iremos a cenar.

—¿Tanta historia para acabar en un chino?

—¿En un chino, dices, en un chino? Querida, voy a llevarte a un restaurante donde sirven lo impensable: comida afrodisíaca, hidromiel y tapas de maná.

—¿Crees que podrán asarme una buena chuleta?

—Te pasarán a fuego lento la mismísima costilla de Adán.

—Entonces, no puedo asegurarte que no se me atragante.

Reímos de buena gana y, antes de que su risa volviera a devenir en llanto, fuimos a hacer su cama y preparar su habitación.

El madrugón del día siguiente me sentó como un tiro, pero si de verdad pensaba tomarme la tarde libre en honor a mi hermana, no tenía más narices que aprovechar el tiempo y hacerle caso al despertador. Llegué a comisaría

en lo que a mí me pareció la madrugada. Pregunté por mis recados, cogí las direcciones que Abascal me había dado y salí galopando antes de poder encontrarme con alguien. Necesitaba tener la mente despejada. Nadie me había advertido cómo se las apaña uno con los confidentes, de modo que iba a tener que sacar de mis recursos ocultos una buena cantidad de improvisación.

La primera dirección que me había dado Abascal correspondía a un bar. El nombre del confidente era Francisco Pazos. Pregunté por él en la barra y la dueña me informó de que solía ir a desayunar alrededor de las diez. Hubiera podido ganar un par de horas de sueño, pensé, y me dejé caer con indolencia en un taburete como si fuera una puta que vuelve de una noche cansada. Algo debió entrever la propietaria del local, porque sin demasiadas contemplaciones me preguntó:

—¿Quieres café? Sin tomar nada no puedes estar aquí.

—Sí, claro que quiero café, y también un cruasán.

La mujer suspiró largamente y movió la cabeza. Sin duda se compadecía de mí por la vida arrastrada que llevaba. Me miré en el espejo desconchado que ornamentaba la barra. ¿Realmente tenía aspecto de prostituta? La superficie, nada complaciente, me devolvió una imagen descuidada. Llevaba los pelos en desorden, me había puesto un jersey negro que parecía heredado y mi gabardina se superponía al desastre demostrando que tampoco había nacido ayer. Bien, si seguía sin preocuparme del desaliño que amenazaba mi existencia, cualquier día pasaría la noche en comisaría, acusada de ejercer la mendicidad. Ninguna prostituta se hubiera atrevido a salir con semejante pinta. En el fondo, me divertía que me tomaran por alguien de vida azarosa. ¿Podría pasar también por una yonki de cierta edad? Puse cara de estar fastidiada cuando llegó el café, una vena histriónica imparable se me desató. Me acodé con gesto rendido y soplé de medio lado sobre la taza. La mujer del bar me miró y por fin dijo:

—No has tenido una buena noche, ¿verdad?

—Fatal —contesté echándole coraje.

—Hay que tener valor para pasar la noche por ahí, en serio. Muchas veces pienso en vosotras y la mala vida que lleváis. ¿Es que no hay otras

maneras de ganarse los duros?

—Supongo que sí —aventuré.

—Ya, pero hay que currar demasiado, ¿no?

Chisté, temiendo estar llevando el malentendido demasiado lejos. Moje mi pasta en el café y pedí a los cielos que aquella mujer se olvidara de mí. Como broma ya era suficiente. Pero los cielos no me escucharon y enseguida preguntó:

—¿Tienes hijos?

—No.

—Menos mal. Lo peor es que seres inocentes hayan de pagar por nuestras miserias.

Pensé en la posibilidad de enviarla al infierno y pedirle que me dejara en paz; pero entonces la conversación tomó derroteros imprevistos.

—El otro día se me fue la chica que ayuda en la cocina. Dice que ha encontrado algo mejor. Ella sabrá. El caso es que me he quedado sin nadie que eche una mano. Por las mañanas y las noches ya puedo apañarme, pero a mediodía viene bastante gente a comer. Hay que dejar las patatas y las verduras peladas desde el día anterior, y con lo reventada que voy...

Me di cuenta con cierto retraso de que se proponía ofrecermelo trabajo de un momento a otro, como así fue.

—Si tú quieres quedarte... la paga no es gran cosa, pero desde luego da para vivir si no pides mucho.

Mis ojos la miraban con espanto. Casi me atraganté. En aquel momento apareció un hombrecillo con *look* patibulario que a mí me pareció todo un caballero salvador. La mujer se interrumpió y dijo señalando al recién llegado con desprecio:

—Ahí tienes a tu hombre.

Me incliné hacia el identificado como Francisco Pazos y, cogiendo mi taza, le hice una señal con la cabeza para que nos dirigiéramos a una mesa. Sólo me faltaba en aquellos momentos que la patrona oyera mi conversación.

Con bastante lógica, el individuo preguntó:

—¿Quién es usted?

Y yo, con la taza ya colocada fuera del alcance auditivo de mi benefactora, respondí:

—Soy Petra Delicado, inspectora de policía.

El tipo, que iba a sentarse más o menos mosqueado, al oír mi nombre pegó un salto casi circense y exclamó gritando:

—¿Qué? ¡Pero qué coño! ¿Qué carajo hace aquí?

La mujer, desde la barra, saltó como una exhalación.

—¡Cuidado con lo que hacemos, Pazos, en mi casa ni hablar! No te pases ni un pelo que a mí llamar a la policía no me cuesta demasiado, ¿eh?

Bajó la voz. Me miró con desespero.

—¿Cómo se le ocurre que nos veamos aquí?

—¿Conoce un sitio mejor? —contraataqué a voleo.

Suspiró como si tuviera que enfrentarse al más torpe de los alumnos y, acto seguido, su expresión se tornó de pavor.

—¿Ha traído coche?

—Lo tengo en un aparcamiento, en la calle Comerç.

—Vaya delante, yo la seguiré.

Pagué la consumición sintiéndome observada. Cuando iba a ganar la puerta, la mujer me soltó:

—¡Oye, piensa en lo que te he dicho! Por lo menos no tendrías que aguantar a tipos como ése. ¡Puede que vivieras mejor!

—Lo pensaré —dije por salir del paso. Y oí cómo ella exclamaba en una cansada media voz:

—No, no lo pensarás.

Una vez en la calle caminé mirando de cuando en cuando con discreción hacia atrás. Pazos me seguía. Nada más entrar en el coche, él abrió la portezuela de al lado y se sentó. Estaba indignado.

—Le he dicho muchas veces al comisario que si ustedes no tienen cuidado se acabarán los informes. ¡A quién se le ocurre venir al bar donde siempre desayuno!

Obviamente había metido la pata, y con tal profundidad que no me quedaba más alternativa que sacar virtud del error. Ahuequé la voz hasta encontrar un tono que incluso a mí me pareció irreal.

—Oiga Pazos, deje de joder. Lo del bar ha sido un primer aviso para refrescarle la memoria en caso de que hoy no la tenga en forma.

No se amilanó. Estaba asombrado.

—¿Qué? Pero ¿quién coño es usted? A mí la policía nunca me habla así.

—Lo siento, es mi estilo, y no pienso cambiarlo para no herir su fina sensibilidad.

Cabeceó, indignado.

—¿Qué carajo quiere saber?

—A Ernesto Valdés, el periodista, se lo ha cargado un profesional. Creemos que tú sabes quién ha sido.

Soltó una falsa carcajada que atronó el coche por completo.

—¡Cojonudo! ¿Quiere que le dé el nombre directamente o le paso un fax a comisaría?

—No me haces ni puta gracia —farfullé.

—Oiga, inspectora, del asesinato de Valdés yo no sé nada. ¿Sabe usted lo que cuesta enterarse de quién hace un trabajo profesional?

—Te pagaremos más de lo habitual.

—No se trata de eso; es que no lo sé. Esto no es como cuando una maestra pregunta en clase. No sé si ya se ha dado cuenta.

No podía soportar que se me subiera a las barbas por haber detectado mi falta de experiencia en casos como aquél. Saqué la pistola y se la hiqué en los genitales. Atónito, se tensó, arrimando la espalda contra el asiento.

—Oye tío, yo no soy una maestra, pero algo te voy a enseñar. Si no me dices inmediatamente todo lo que sabes acabaré por volarte esto blando y pequeño que tienes aquí.

—A mí, la policía nunca...

—¡Corta ese rollo ya! En este momento la policía soy yo. Y si no estás convencido te lo voy a demostrar enseguida. Te seguiré por todas partes, Pazos, de uniforme, ya has visto que no me cuesta demasiado darme a conocer. Te seguiré y te esperaré a la puerta de tu casa. Te señalaré con el dedo. Y si no te mata nadie en cosa de cuatro días, entonces yo te castraré, te lo juro por Dios.

Había empezado a sudar, ya completamente convencido de que mi locura ponía en cuestión su inviolabilidad de confidente.

—Lo siento, inspectora, lo siento. No quería ofenderla, hablo en serio. Pero puedo asegurarle que no conozco al tipo que se cargó a Valdés.

—Dime lo que hayas oído por ahí.

—El otro día Higinio Fuentes comentaba algo, pero creo que hablaba de oídas.

—¿Qué dijo?

—Nada en particular, que la poli lo tendría crudo para resolver este crimen, algo así. Ya ve que no era gran cosa. Hable con él.

Guardé la pistola. El tipo suspiró. No se atrevía a volver a renegar contra mí, pero me miraba pensando aún que estaba loca.

—No sé qué mosca le ha picado, inspectora. No tenía motivos para tratarme tan mal, soy un buen colaborador.

—¿A qué te dedicas cuando no colaboras?

—Bueno, hago mis trabajillos.

—Eres proxeneta, ¿verdad?

—Tengo mis chicas, y no me va mal.

—No sé por qué me das más asco, Pazos, si por ser chulo o por ser soplón; pero de todas maneras me das asco. Lárgate de aquí. Y lo dicho, si me entero de que sabes algo y no quieres soltarlo, iré a visitarte de uniforme. El uniforme me sienta muy bien.

Se largó como alma que lleva el diablo, convencido de que algo en el Cuerpo de Policía había dejado de funcionar como Dios manda. Suponía que me había pasado, pero el número completo no me había quedado mal. Pensar en la dueña del bar compadeciéndome me había dado ánimos. Sí, hacer la calle no debía de ser ninguna ganga, sobre todo si te encontrabas bajo el patrocinio de tipos como Pazos.

Comprobé que Higinio Fuentes era el otro nombre que figuraba en la nota de Abascal. Estaba enfocada en buena dirección. Llamé al teléfono de Fuentes y me citó a la mañana siguiente en un bar de la Villa Olímpica. Bien, rastrear sicarios no era tan difícil después de todo. La cosa consistía en tener mala uva y lanzarse al ataque. Aun así me daba cuenta de que las

dificultades que me habían anunciado no eran asunto de pesimismo o imaginación. Lo iba a tener ciertamente crudo.

A media mañana me encontré con Garzón. Le informé de mis avances con los confidentes evitando todo lo que contribuyera a mi desmitificación. Aunque en realidad lo primero que hice al llegar a comisaría fue entrar en los lavabos. Quería peinarme, proporcionarme un acicalamiento mínimo que hiciera huir de mí la imagen doliente que acababa de dar. Nuevamente la imagen, pensé, estaba claro que un caso determina su entorno.

Garzón me preguntó qué demonio pensaba hacer con Pepita Lizarrán.

—Llámela por teléfono y que venga a comisaría.

—¿Con qué objeto?

—Llame también a Mallofré.

—Pero inspectora, de esa manera abandonamos cualquier discreción. Creí que pensaba seguir a esa mujer en caso de que sea quien usted espera. Ella quizá podría llevarnos en alguna dirección.

—Déjese de leches, Fermín. No podemos perder tiempo con esa mosquita muerta. La traemos, la presionamos y en paz. Si es verdad que tenía una relación con Valdés y nos la oculta, tendrá que explicar las razones. Si no las vemos claras, la ponemos de patas en el juzgado. Más presión. Supongo que cantará.

—No sé, usted sabrá. A mí, desde luego, la teoría del borlón se me resiste.

—Es que usted es un hombre de poca fe, y además le encanta tocarme las pelotas.

—Hoy está especialmente brusca.

—Desde que trato con confidentes y matones he cambiado de registro. ¿Sabe que me han ofrecido un trabajo de pinche de cocina en un bar miserable?

—¡Magnífico!, ¿y piensa aceptar?

—Le echaré una ojeada al cocinero, y a poco que sea menos tocagaitas que usted...

—Ya me avisará. Iré a comerme unas patatas bravas, seguro que a usted le salen muy ricas.

Le encantaba un poco de esgrima verbal antes de ponerse al «currelo», ampliaba su concepto laboral y le hacía agudizar el ingenio. Se volvió en el último momento, mirándome como si experimentara una resignación religiosa.

—¿A quién llamo primero, a Lizarrán o a Mallofré?

—Llámelos a los dos a la vez. Que no se vean al entrar. Ella pasará primero, luego haga entrar al decorador.

—Le encantan a usted los números, inspectora.

—Ya sabe que mi pasión es el vodevil.

Entre el vodevil y la tragedia clásica había un género menor que me tocaba ejercitar cada día: la crónica. Puse en marcha el ordenador y me dediqué a escribir el informe puntual de lo que había sucedido a primera hora de la mañana. Era uno de los quehaceres que me resultaba más pesado, aunque su mayor dificultad consistía en traducir los hechos al lenguaje oficial. Nunca acabaría de acostumbrarme a que, para la policía, una «ojeada» se convirtiera en una «inspección ocular». Y no digamos nada de los verbos como «personarse», «pernoctar» o «proceder». Al principio me había resistido a utilizar aquellas fórmulas de estereotipo; pero cuando comprendí que redactar un informe diario era algo que nadie realizaría por mí, me dejé de purismos y sólo busqué acabar pronto. «El individuo se personó en el lugar donde solía pernoctar», y al demonio con el estilo.

Una hora más tarde, cuando ya casi había acabado de pastelear en mi bazofia burocrática, Garzón dejó pasar la cabeza por la estrecha abertura de la puerta y anunció:

—La señorita Lizarrán ya está aquí, inspectora.

Pepita Lizarrán, tan remilgada y poca cosa como me pareció la primera vez que la vi, entró en el despacho sin ni siquiera disimular que estaba asustada. En caso de ser cierto que los perros atacan a quienes se muestran amedrentados, a aquella individua un can la hubiera devorado hasta el tuétano. Iba vestida de beige desvaído, y unas gafitas apaisadas le daban un

aspecto francamente poco atractivo. Me esforcé en no sonreír ni mostrarme amable.

—Siéntese, por favor —casi ordené.

Garzón preguntó con un deje irónico que sólo un oído habituado como el mío podía advertir:

—¿Desea que permanezca en su despacho, inspectora?

—No, vaya a su puesto en espera de órdenes.

Una réplica tan marcial acabó de pararle el corazón a la experta en borlones. Me miró implorando que el tiempo pasara deprisa.

—Siento haber tenido que hacerla venir, pero quería confirmar su declaración del otro día en la revista.

—Ya —musitó con voz débil.

—¿Se reitera usted en la afirmación de que ningún vínculo de amistad u otro tipo la unía al fallecido Ernesto Valdés?

—Yo... —Buscó aire para respirar y palabras que no fueran tajantes. Insistí sin dejarla hablar.

—No era usted ni su amiga ni su amante. ¿Es eso?

—Eso es —dijo en un suspiro.

—Tampoco realizó para él ningún trabajo o asesoría profesional.

Contra lo que esperaba contestó con firmeza:

—No, ningún trabajo.

Aquella mosca muerta aún aleteaba. ¿Me había equivocado del todo al diagnosticar su carácter poco resuelto? Descolgué el auricular.

—Subinspector, ¿está todo preparado por ahí?

Garzón respondió.

—Todo listo.

—Pues le espero en mi despacho.

No la miré. Me puse a hojear papeles como si un trabajo urgente requiriera toda mi atención. Notaba la tensión en el ambiente, pero mi visitante seguía callada. Tenía buen aguante. Al punto apareció mi subordinado acompañado de Mallofré. Le indiqué la silla vacía junto a la mujer. Creí que había metido la pata, porque al principio ninguno de los dos dio signos de conocerse. Sólo un segundo después vi que una luz se

encendía en los ojos del decorador y que un relámpago devorador fulguraba en los de ella. El hombre la saludó sin saber a qué atenerse.

—Hola, ¿cómo está?

Pepita Lizarrán no tuvo más remedio que corresponder al saludo con una inclinación de cabeza. Las cosas iban a ser fáciles después de todo. Tomé las riendas sin esperar acontecimientos.

—Señor Mallofré, ¿reconoce usted a esta señora?

El hombre se sorprendió, sin saber qué se esperaba de él.

—Sí, sí, claro. Siento mucho lo del señor Valdés —aventuró con toda inocencia dirigiéndose a ella.

—¿Puede decirme cómo conoció a la señorita Pepita Lizarrán?

Entonces se dio cuenta de que su cometido allí consistía en aquel reconocimiento. De cualquier modo le resultaba violento hablar frente a la encartada.

—Pues nos conocimos en mi estudio de decoración. Esta señorita vino acompañando al fallecido señor Valdés para aconsejarlo sobre la elección de sus muebles. ¿Recuerda, señora? —dijo para aligerar lo que pudiera haber de afrenta.

Pepita Lizarrán no se molestó en negar ni en hablar, volviendo a asentir con la cabeza.

—Ya puede marcharse, señor Mallofré, siento haber dispuesto de su tiempo con tanta precipitación.

El pobre hombre estaba azarado, pero no podía evitar la curiosidad que ahora le inspiraba el objeto de su reconocimiento. Miraba de refilón a Pepita Lizarrán con riesgo de coger una tortícolis duradera. Supuse que le haría alguna pregunta al subinspector cuando lo acompañó.

Nos quedamos solas frente a frente aquella mujer y yo. La miraba a la cara hasta que la inclinó, incapaz de soportar la tirantez por más tiempo. Me odié a mí misma por obrar como si aquello me divirtiera, no me divertía en absoluto.

—¿Tiene algo que decirme, señora Lizarrán?

Se puso a llorar. El llanto tiene en su comienzo la cualidad de proporcionar dignidad a cualquier situación, pero al cabo de pocos

momentos la contemplación de la dignidad genera impaciencia.

—Serénese y hable, señora Lizarrán. Estamos en una comisaría.

El sitio donde se encontrara parecía traerla sin cuidado. Lloraba a raudales. Maldije mentalmente que todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para hacerme testigo de sus penas. Sacó un pañuelo del bolso, se sonó, miró al techo, y por fin, se arrancó con la historia que yo esperaba, ya resignada a esperar. En cuanto hubo pronunciado tres palabras volví a recordar que estábamos en el mundo de las revistas de color rosa.

—Tengo el corazón destrozado, inspectora, Ernesto lo era todo para mí. Nos conocimos hace dos años y nos enamoramos locamente.

—¿Por qué me lo ocultó?

—Decidimos llevarlo en secreto durante un tiempo; usted ya debe de estar al tanto de que Ernesto tenía muchos enemigos. Nada personal, sólo esos mequetrefes a los que él se permitía criticar en sus programas. Le aseguro que, en privado, Ernesto era un hombre excepcional, tierno y cariñoso. Además estaba su ex mujer.

—¿Qué pasa con su ex mujer?

—Es fría y caprichosa, una auténtica máquina de pedir. Entre ella y su hija parecía que se hubieran propuesto arruinarlo, siempre estaban pidiéndole más dinero, molestándolo, acosándolo. Ella nunca asimiló que su marido la hubiera abandonado.

—No me lo pareció cuando la interrogué.

—No se fíe de las apariencias, inspectora.

—Jamás suelo hacerlo. De todas maneras, no veo qué tiene todo eso que ver con el hecho de que usted decidiera callar ante la policía.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Nadie sabía que estábamos juntos, fue un secreto bien llevado. Habíamos decidido dar la campanada por fin y casarnos el mes que viene. Cuando lo mataron me asusté.

Volvió a llorar. La atajé de cuajo.

—¿Qué hubieran podido hacer los enemigos de Valdés por el hecho de que se casara?

Me miró sin comprender que no comprendiera.

—Le tenían muchas ganas, inspectora. Hubieran sacado la historia de su divorcio, venteado sus miserias, que las tenía, como todo el mundo. Me hubieran hecho la vida imposible a mí. Entre todos le hubieran hundido.

—¿Ese tipo de cosas es lo que él hacía a los demás?

—¿Estamos aquí para juzgarle?

La mosquita muerta tiraba con bala, pero llevaba razón.

—No, estamos aquí para que usted me diga todo lo que pueda saber sobre su asesinato.

—¿Cree que si hubiera sabido algo me hubiera llamado?

—En cualquier caso, señora Lizarrán, usted debe contestar las preguntas, y no plantearlas. Dígame con quién tenía contacto Valdés en los últimos días antes de su muerte.

—Nunca me hablaba de su trabajo.

—¿Sólo concibe la posibilidad de que lo asesinara alguien relacionado con su trabajo?

—Ernesto tenía pocos amigos, toda su vida personal la ocupaba yo; y por supuesto su ex mujer y su hija, aunque casi no se veían.

—Lo sé. Sin embargo, algo pudo comentarle de manera tangencial.

—Ni siquiera me he puesto a pensarlo.

—Pues póngase. Le doy mi número de móvil y cualquier cosa que recuerde quiero que me la haga saber inmediatamente. De todos modos tendrá que volver para hacer una declaración formal y explicarle a un juez por qué se ocultó. Ahora puede marcharse.

Vi en su mirada que me consideraba un monstruo de insensibilidad. Y no andaba desencaminada, aquel caso me anesthesiaba todo sentimiento de piedad por el género humano. Quizá estaba comprendiendo que la vida afectiva no deja de ser un artículo en venta.

Garzón asomó su rostro rubicundo, que pedía saber.

—La amante —espeté antes de que pudiera preguntar.

—¿Por qué se calló?

—Por miedo al follón. Nadie sabía que estaban juntos.

—¿Y sabe algo?

—Dice que no, pero apunta los cañones hacia la ex mujer.

—La rival —concluyó el subinspector al estilo folletinesco.

Nos miramos sin nada más que decir. La síntesis de nuestra comunicación era tan habitual y fluida que pronto acabaríamos emitiendo sólo sonidos para entendernos, como en el mundo animal.

—Bueno, en ese caso podemos irnos a comer.

—No cuente conmigo hoy. Comeré un bocadillo. Tengo hora en un instituto de belleza.

—No me lo puedo creer.

—Ese comentario no tiene ninguna gracia.

—¡Pero si hablo muy en serio!

—En ese caso le gustará saber que voy a tomarme la tarde libre. ¿Y sabe para qué? Pues para que me masajeen los músculos hasta deshacérmelos, para nadar en espumas perfumadas, para que me embalsamen con crema hidratante... en fin, para que hagan de mí una flor primorosa.

—Eso ya lo es.

—Muy bien, Fermín, ese comentario ha estado mejor. Luego iré a cenar con mi hermana que ha venido a visitarme. ¿Por qué no se une a nosotras?

—¿Tendré también que hacerme embalsamar?

—Bastará con que se cambie de camisa.

—Bueno, llámeme y dígame dónde van a estar.

—De acuerdo, ¡ah, y esta tarde espero que trabaje por los dos!

Enarcó las cejas con la misma actitud filosófica con la que debía hacerlo Sócrates. ¿Por qué le había invitado? Eso impediría cualquier conversación confidencial entre mi hermana y yo. Sí, seguramente había sido por eso. Además, ella quería indagar sobre los motivos masculinos y yo le llevaba un hombre de cuerpo entero. Que le preguntara a él.

Amanda me esperaba ya en la puerta del salón de belleza. Las oscuras gafas de sol impedían advertir sus ojos enrojecidos por el llanto. ¿Por qué las mujeres llorábamos hasta la deshidratación?, ¿no existían otras maneras de demostrar nuestro descontento?

—¿Has estado llorando? —pregunté con inutilidad.

—¡No! —mintió.

—Entonces es que el clima de Barcelona le sienta fatal a tus ojos. Nada que ahí dentro no puedan arreglar. ¿Preparada?

Sonrió desmayadamente y pasamos al instituto para la defensa de la vanidad.

En la sección de masajes una joven fuerte como un roble se hizo cargo de mí. Tumbada sobre una camilla, en pelotas, indefensa, privada de lo más elemental, empecé a sentir un cierto síndrome de cadáver en el depósito y me tensé. La rolliza muchacha se dio cuenta enseguida y exigió de mí un poco de participación.

—¿Por qué no se relaja?

¿Y por qué se suponía que debía relajarme? Tenía un caso abandonado por estar allí, una hermana con conflictos matrimoniales y ninguna costumbre de que alguien se ocupara de mí como si yo fuera un cuerpo sin voluntad. Creo que todas estas reflexiones hicieron que mis músculos se contrajeran aún con más fuerza. La masajista dejó su trabajo y se inclinó, buscándome la cara.

—Oiga, ¿cuánto tiempo hace que nadie cuida de usted?

—¡Hombre!, cuidar, cuidar... —Me había cogido por sorpresa.

—¿Por qué no piensa un momento que usted se merece que alguien la cuide? Sí, en serio, piénselo, usted se lo merece, no hay más.

Sonreí tontamente. Me sentía una imbécil.

—¿Usted me cuidaría si nadie le pagara?

—¡Por supuesto que lo haría, por supuesto que sí! Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que debe darse un respiro, pensar que puede perder el tiempo, recibir un masaje, dedicar un día entero a sí misma si le apetece. No hay que estar esforzándose siempre como bestias de carga y tener encima sentimientos de culpabilidad; eso es algo que las mujeres deberíamos aprender de una vez por todas.

Se trataba sin duda de una receta psicologista que le habían enseñado a soltar. O no, daba igual. Tal vez se trataba de una psicoanalista desempleada, pero llevaba razón. ¿Cuánto tiempo hacía que no me cuidaba nadie, ni siquiera yo misma? Lo más cerca que había estado de que alguien

se preocupara por mí fue cuando aquella buena mujer del bar me ofreció un puesto de pelapatatas. Bueno ¿y era eso tan grave? No, no necesitaba cuidados de nadie, podía cuidarme yo, o al menos podía pagar para que alguien lo hiciera. Sí, aquella chica rubicunda llevaba razón. Me relajé.

Cuando acabó conmigo creí que había vuelto a nacer. Le di las gracias de todo corazón y, perdido todo pudor, me desplacé hasta las termas tapada tan sólo por una minúscula toalla. Amanda ya estaba allí, semioculta por densas nubes de vapor. Había tres o cuatro mujeres más, yaciendo sobre el mármol, todas de edades diferentes.

—¿Cómo va eso? —pregunté.

—Mucho mejor. Dos horas más aquí y olvidaré que alguna vez he estado casada.

Le hice señas de que no hablara tan alto porque el resto de bañistas de vapor podía oírnos. Se encogió de hombros sin darle importancia. Enseguida comprendí por qué, una señora bien entrada en los sesenta contestó con los ojos cerrados:

—¡Dichosa usted!, yo llevo treinta y cinco años casada y no he conseguido olvidarlo ni un momento.

Hubo risas provenientes de todos lados, y los cuerpos desnudos de las mujeres se incorporaron.

—Pero a usted su marido no la ha abandonado, ¿me equivoco?

—No me diga, querida, que el suyo sí.

Aquello era inconcebible, no lo podía creer, mi propia hermana se aprestaba a contar en público a unas perfectas desconocidas su crisis matrimonial. Pero aquella confidencia general no fue lo peor; lo peor fue que casi todas aquellas féminas, jóvenes o viejas daba igual, se interesaron vivamente por la historia, contaron por turno sus propios casos con toda naturalidad y luego se enzarzaron en un rosario de comentarios sin desperdicio sobre los hombres, su manera desconsiderada de portarse, su debilidad interior, su incapacidad para afrontar los cambios de la edad... Ni en el matadero hubiera podido asistir al despiece más profesional y sistemático de una res. Por fortuna se respetó mi silencio, reconozco que hubiera sido incapaz de decir una palabra en aquel linchamiento colectivo.

Encima, llegado un punto, alguna de ellas suspiró y desgranó un comentario como al azar:

—Sí, pero ¿qué le vamos a hacer?, los hombres son como son.

Hubo acuerdo por unanimidad, y lo que habían sido denuestos se convirtieron como por magia en frases de aceptación e inexorabilidad para acabar siendo bromas, cada vez más subidas de tono. Un rato de jolgorio a cuenta de la longitud y el grosor del miembro viril más común dio por terminado el improvisado debate termal. A solas con Amanda la increpé:

—¿Cómo has podido, delante de todo el mundo... ?

—¡Pero, Petra! ¿Qué crees que hacían las matronas romanas cuando iban a los baños? Todo esto forma parte de una larga tradición.

—No entiendo nada, de verdad.

—Creo que has estado demasiado tiempo metida en contextos masculinos. Las mujeres decimos lo que sentimos, no hay nada vergonzoso en ello, ¿o sí?

—Vergonzoso no, pero la intimidad...

—La intimidad es un cuento para que todos nos aguantemos solos nuestras penas.

No lo entendía. Era posible que mi hermana estuviera en lo cierto, pero yo hubiera sido incapaz de obrar así. ¿Demasiado contexto masculino, demasiada soledad? ¿Qué se ganaba callando, qué se perdía con una comunicación tan abierta? No lo sabía, pero yo prefería dosificar los datos sobre mí misma.

La limpieza de cutis me dejó definitivamente fuera de combate; las sucesivas capas de cremas que extendieron y retiraron de mi rostro, con movimientos suaves, ondulantes, sinuosos, me llevaron hasta las puertas del sueño. Al final quedé lista para ser maquillada. Allí las posibilidades de relajación eran menores. Tuve que mirar para abajo mientras perfilaban mi párpado superior y para arriba cuando me ponían rímel en las pestañas. Tuve que estirar los labios y luego fruncirlos, y más tarde sonreír para ver el efecto general frente al espejo. Estaba guapa. Me sentía bien. Me rondaba la impresión de no ser enteramente yo, pero la aparté de un plumazo. El único problema era la hora. Las nueve de la noche. Habíamos pasado cinco horas

en el placentero quehacer de ser cuidadas. Volví a contemplarme en el espejo. Las horas se notaban, y el relax y todas y cada una de las capas de cremas. Debería darme una vuelta para que me viera mi benefactora del bar.

Amanda resplandecía también y, lo más importante, de sus ojos habían desaparecido los rastros de lágrimas.

—¿Y ahora? —preguntó esperando el resto del plan.

—Ahora a cenar con champán. Por cierto, he invitado a mi compañero de trabajo, espero que no te importe, aún puedo cancelarlo.

—¿Es guapo?

—¿El subinspector Garzón? Bueno... es fuerte.

—¿Como para cargar con dos?

—Sí, sí, lo aguantará.

—¿Aunque sean de la misma familia?

—No te desmandes lo más mínimo, yo soy su jefa.

—¡Ay, Petra, por Dios!, ¿es que nunca abandonas tu autocontrol?

Autocontrol fue lo que necesitó Amanda cuando vio al subinspector llegando a la cita. Un autocontrol tibetano. Garzón se había preparado con una de sus pintas más juncales. Traje de raya diplomática, camisa negra y corbata lila. Yo ya estaba acostumbrada a su gusto peculiar, pero he de decir que cada vez que lo veía preparado para una ocasión, aún experimentaba un primer ramalazo de sorpresa. Mi hermana le dio la mano blandamente, impresionada, y el subinspector correspondió al saludo con la mezcla de estilo marcial y caballeroso con que expresaba su galantería.

—¿No nos encuentra usted bellas, Fermín? —le espeté.

—Como dos gacelas salvajes —contestó sin amilanarse.

En cuanto Amanda oyó semejante réplica, se echó a reír. Y eso fue lo que continuó haciendo durante toda la noche en el lujoso restaurante que escogimos para cenar. He de reconocer que Garzón estaba sembrado, en uno de esos momentos en los que, tocado por la gracia, era capaz de convertir cualquier cosa sagrada en motivo de burla. Contó anécdotas de juventud, casos del servicio, incidencias de su vida cotidiana como viudo solitario... todo el conjunto venía teñido de una divertida desmitificación en la que el principal objetivo de revisión era él mismo. Comprobé que la

finalidad última de la cena estaba cumplida, mi hermana parecía encantada. Y sin duda se encontraba aligerada de sus más negros nubarrones, aunque la procesión con Cristos supliciados y Madonnas dolientes fuera por dentro. No tardó mucho en salir. A la hora del café, cuando se remansan los efluvios de la euforia y cada uno da vueltas a su azúcar mirando a la taza como en una meditación, Amanda soltó:

—¿Usted se enamoraría de una chica mucho más joven, Fermín?

Garzón creyó que el pitorreo seguía y respondió:

—¿Me ve capaz de seducir a un pimpollito?

—No, estoy hablando en serio, ¿cree que con el amor de una chica de veintitantos el hombre recupera algo de su juventud?

El subinspector se dio cuenta de que algo funcionaba mal y me miró, le devolví una mirada de inquietud. Empezó a titubear.

—Bueno... no sé... quizá si me encontrara en unas circunstancias límite...

—¿Qué circunstancias?

Se pasó el dedo por el borde del bigote.

—Pues... en fin... en una isla desierta...

—De acuerdo, y en esa isla desierta, al enamorarse de ella, ¿se sentiría más joven y pletórico?

Garzón se puso serio de repente.

—Mire, yo me quedo embobado a veces por la calle cuando pasa una jovencita. Tienen buen cuerpo, la piel sedosa... no se lo voy a negar; pero de eso a enamorarme para sentirme joven... En primer lugar me da mucha pereza y además yo creo que la juventud no te la devuelve ni Dios.

—Lo sé, pero no se trata ni siquiera del aspecto físico, es algo más. Un joven tiene los ojos limpios, carece de experiencia, apenas si ha sufrido, es como si estuviera nuevo, como si el mundo aún no lo hubiera estropeado. Vivir junto a él debe ser como descubrir otra vez las cosas.

—Yo no soy una persona complicada y sólo descubro lo que siento en mis propias costillas.

—Obviamente, mi marido no es así. Se ha enamorado de una joven y proyecta abandonarme para vivir con ella. ¿Qué le parece?

La mirada que me lanzó Garzón era un auténtico SOS, pero decliné salir en su ayuda, yo tampoco hubiera sabido qué decir.

—Debe de ser difícil para usted.

—Sí que lo es. Sería más fácil si pudiera comprender su postura en profundidad.

Garzón se encogió de hombros.

—De todo lo que me ha pasado en la vida, no entiendo ni la mitad. Las cosas pasan, y a veces no hay nada que entender.

—La fuerza de los hechos, ¿verdad?

Un silencio melancólico se extendió por la mesa, todos mirábamos al interior de nuestras vacías tazas de café, como si quisiéramos leer el futuro en los posos. Levanté la sesión con un impulso enérgico. Pagué y salimos a la calle. Garzón se despidió con cordialidad, y mi hermana comentó su encanto de camino hacia casa.

Al mirarme al espejo me sorprendió mi maquillaje profesional, del que ya no me acordaba. Los años, la belleza, la juventud, el amor. Mis planes para la vejez no contaban con el amor. No quería ver a nadie declinando junto a mí siendo al mismo tiempo testigo de mi declive. Había decidido vivir en el campo, leer, pasear y llegar hasta el pueblo cada noche para tomar una copa con los marineros o los campesinos, eso estaba aún por determinar. Me compraría un gato lustroso, un perro simpático. Me negaba a que alguien me recordara las miserias de lo cotidiano dejándose el dentífrico abierto, o sorbiendo la sopa, o quejándose de dolores musculares antes de meterse en la cama. Hay una cierta elegancia en la soledad, hasta que la muerte te separa del mundo. Sin embargo, era innegable que me fastidiaba perder la belleza de la juventud. No pensaba en ello demasiado, pero el día que lo hacía... Si al menos envejecer fuera cambiar hacia otra cosa... pero no, era una decadencia de los tejidos, y una degeneración de las células, por no hablar de las neuronas, que morían como las moscas del panal de rica miel. Nada, contra eso no había nada que hacer, ya podías yacer en innumerables camillas mientras manos eficientes te masajeaban, te untaban, te perfumaban o llenaban de ungüentos maravillosos, daba igual, cada minuto, cada segundo habías envejecido un minuto y un segundo más.

¿La experiencia, los hechos, la novedad, todo aquello no físico a lo que mi hermana se había referido...? Ése sí era otro cantar, le había cogido cariño a mi escepticismo, no echaba de menos la ilusión, incluso detestaba la excesiva vitalidad y la falta de reflexión de la juventud. No, todo estaba bien, no hubiera vuelto atrás, y además no podía. Punto.

Me desmaquillé los ojos con una loción. Me puse el pijama. ¿Había alguna manera de ayudar a mi hermana en su crisis? No. ¿Podía intentar al menos mitigar el dolor de los malos momentos? Quizá, aunque en medio de un caso cada vez más complicado no tendría demasiado tiempo para intentarlo.

OceanofPDF.com

4

El inspector Sangüesa vino personalmente a traernos los resultados de su investigación. No era para menos. Cien millones, el cabrón de Valdés tenía una cuenta en Suiza con un montante de cien millones de pesetas a su nombre. Era evidente que el oficio de periodista rosáceo daba para ahorrar y acumular un capitalito.

—Divertido, ¿verdad? ¿Crees que ha ganado ese dinero entrevistando a famosos?

—Suma los tres sueldos que tenía y verás como no.

—¿Alguna herencia, inversiones en Bolsa?

—Nada de nada. Tu hombre se sacó ese dinero de la manga como un prestidigitador.

—Me gustaría saber cómo lo prestidigitó. ¿Puedes averiguar algo más?

—He rastreado por todas partes. No forma parte de sociedades anónimas ni se le conoce otra participación en negocio alguno.

—¿Cuándo llegó ese dinero a su cuenta?

—Hace dos años hizo la primera imposición. Diez millones. Luego ha ido imponiendo a una media de veinte en veinte. No se repiten las fechas, parecen aleatorias. Nunca sacó nada.

—Es evidente que pensaba jubilarse en la Riviera.

—Desde luego, no pensaba hacerlo en su pueblo con el botijo.

—No está mal. Por supuesto, supongo que nunca ingresó un cheque del que fuera titular.

—Buena suposición. Hizo los ingresos personalmente y en metálico. Ninguna entidad lo impuso a su nombre.

—A la clásica. Viajaba con la maleta.

—Es lo más seguro.

—Que lo hiciera así coincide con su personalidad, no se fiaba de nadie. Bien. Ha sido un buen trabajo, Sangüesa.

—Pienso seguir ahondando un poco más, pero me temo que ya no salga nada.

—Lo que ha salido, sirve, con semejante pasta en danza ya podemos descartar un crimen pasional.

—¿Cómo vas con los sicarios?

—Intentándolo, pero sin resultados.

No era fácil, todas las piezas que iban apareciendo no hacían más que dar nuevos motivos de muerte para Valdés. Y eso era lo que nos sobraba, motivos para cargárselo.

—¿Descartamos también la venganza de algún perjudicado profesionalmente? —preguntó Garzón cuando le informé sobre el descubrimiento de Sangüesa.

—No me atrevo a ser tajante, Fermín, sinceramente no lo sé.

—Tengo dos billetes de puente aéreo para mañana. Habrá que echar una mirada en su programa de televisión.

—Por supuesto, no podemos dejarlo; pero antes creo que deberíamos remachar aquí unos cuantos clavos. Volveremos a ver a la ex y a la amante.

—Una vuelta de tuerca más.

—Eso es. Llevaremos materiales convincentes. Vaya a sacar una fotocopia del informe de Sangüesa y hable con nuestro experto en sicarios. Quiero fotografías.

—¿De quién?

—Me da igual, que sean víctimas salvajemente agredidas por asesinos profesionales, cuanto más sangrientas mejor.

—¿Y usted?

—He quedado con el confidente.

—Por descontado, quiere ir sola.

—Sí, por pura cabezonería, ya me conoce usted. Además, nos estamos durmiendo. El tiempo pasa.

—Está bien. Si da usted su permiso...

Asentí, pero cuando había caminado dos pasos para irse, volvió y se puso frente a mí sin hablar.

—¿De qué se olvida?

—Nada, quería comentarle que su hermana... en fin, es una triste situación.

—Cosas así se dan todos los días. No se preocupe por ella, lo superará. Hay hombres a montones, Fermín, quizá demasiados.

Hizo un gesto de fastidio.

—Me está bien empleado, por hablar.

Dio media vuelta y desapareció, sin duda renegando acerca de mi espantosa manera de ser. Pero yo no podía permitirle que se metiera en los problemas familiares. Tampoco creía que fuera necesaria la compasión cuando alguien ha perdido el amor de su marido o su mujer. Las penas amorosas no deberían figurar en las tragedias humanas, habría que negarles entidad para tanto. En fin, mi confidente me esperaba, no debía darme tiempo para pensar en cosas privadas. Ante todo, el deber, dije para mí, y esta frase que ya nunca se utiliza me hizo sonreír con ironía.

En esta ocasión sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Pero aun así, los acontecimientos marcharon por delante y me encontré con una buena sorpresa inicial. Justo esa sorpresa que siempre había despreciado cuando la veía en los demás, y es que el confidente que se presentó a la cita era una mujer. Me explicó que su marido, Higinio Fuentes, el verdadero colaborador de la policía, había tenido que salir de viaje y que, en estos casos, ella solía echarle una mano, cualquier cosa antes de dejar sin cumplir una cita con la pasma. Comprobé por teléfono si su información era cierta y me la corroboraron, ambos trabajaban juntos, no era la primera vez que aquella confidente consorte suplía una ausencia de su marido. La observé con curiosidad. Tenía apenas treinta años, y masticaba chicle como si en ello le fuera la vida. Me miraba con toda la sorna de la que era capaz. Estábamos haciendo un juicio mutuo y supuse que yo era la que obtenía

peores resultados. Me quedé como en blanco, no sabía por dónde empezar. Fue ella quien se cansó antes del recíproco tanteo y, haciendo un gesto brusco con la cabeza, preguntó:

—Bueno, ¿de qué se trata hoy?

—¿Se ha enterado del asesinato de Ernesto Valdés?

—Algo he visto por ahí.

—Creemos que lo ha matado un sicario, y queremos saber quién es.

Hizo un globo de chicle y lo explotó con pericia.

—Ya. ¿Y?

—Hay quien piensa que su marido podría saber algo.

—Podría, sí, o tal vez no. De todos modos, esas cosas necesitan bastante investigación. Además, es peligroso.

Se calló mirándome inquisitivamente, pero no supe reaccionar. Entonces, con cierta impaciencia, se rascó la nariz casi perfecta.

—¿Cuánto la han autorizado a pagar?

No había preparado nada sobre esa cuestión. Intenté salir airosa.

—Lo habitual.

—¡Ah, nada de lo habitual! Estamos hablando de asesinos a sueldo.

—Bueno, todo dependerá de la información que me dé.

—A poco que sea, no menos de cien mil, y si la información es muy sustanciosa elevamos la cifra hasta trescientas.

—Oiga, ¿no debería consultarlo con su marido, ya que él es nuestro contacto?

—Lo siento, no serviría para nada, los asuntos de dinero siempre los llevo yo. ¿No hace usted lo mismo en su matrimonio?

—Dejemos la conversación personal, yo sí tengo que consultar con mi comisario.

—Le dirá que sí. Coronas es muy legal. En cuanto llegue mi marido, le paso el recado. Él sabrá qué hacer.

—De acuerdo, llámeme.

—Déme el número de su móvil, nosotros no llamamos a comisaría.

Se lo di, y me pregunté cómo demonio reflejaría esta conversación en mi informe. Seguía siendo una pardilla, la sistemática de trato con los

confidentes se me resistía, quizá porque, en el fondo, me parecía una práctica indigna de un buen profesional.

Garzón me esperaba casi con el coche en marcha. Había cumplido mis órdenes a carta cabal, como de costumbre. Ya obraban en su poder la fotocopia del informe de Sangüesa y las fotos de víctimas. Mientras nos dirigíamos a la lujosa urbanización de la ex de Valdés, les eché una mirada. Se me arrugó el corazón. La primera mostraba a un hombre con el cuerpo quemado, emergiendo como una siniestra aparición de una bolsa de plástico. Tragué saliva. Garzón me miró de reojo.

—Divertido, ¿verdad?

—Encantador.

—Es la marca de fábrica de los sicarios sudamericanos que se mueven en el mundo de la droga. Siga, aún no ha visto lo peor.

En la siguiente había un cuerpo troceado que había sido extendido sobre una sábana para la fotografía. Se percibían con toda claridad los miembros, el tronco y, con una mueca atroz, la cabeza de un hombre de mediana edad.

—Ése es un pobre desgraciado que se resistió a pagar una deuda pendiente. Lo hicieron polacos.

—¡Qué barbaridad!

—Pero fíjese en la técnica de los italianos, son los más imaginativos. Fotografía número diez.

Me costó distinguir qué era qué en aquel amasijo sanguinolento, pero al final lo conseguí. Un hombre joven aparecía con la tráquea abierta, y por la terrible incisión salía algo carnosos y macilentos. Era su propia lengua.

—Le llaman «la corbata». Garganta abierta. Luego le abren la boca y le dan la vuelta a la lengua hasta sacársela por la raja. Se supone que lo hacen cuando el individuo está ya muerto. Ése era un mafioso que huyó sin despedirse.

—¡Ya es suficiente, Garzón, me voy a marear!

—Y no crea que todos son extranjeros de mafias y postín. Todas las demás fotos son trabajos de sicarios españoles, y le aseguro que no tenemos nada que envidiar a otros países.

Guardé bruscamente las fotografías en el sobre.

—Estoy horrorizada. Espero que Pepita Lizarrán tenga la misma sensibilidad que yo.

—¿Va a jugar de farol?

—Voy a jugar con las pocas cartas que tenemos, pero no podemos dejar pasar la baza. Algo tiene que saber, si no, hubiera acudido a la policía.

Nos abrió la puerta una criada con bata rosa. Sin dejarnos pasar llamó a la ex de Valdés. Ésta apareció compuesta y hierática, dueña como siempre de la situación. Entramos en la misma salita donde estuvimos la otra vez y disparé desde el primer momento ahorrando preámbulos educados.

—Se ha descubierto que su ex marido tenía una cuenta de cien millones en Suiza. —Elevó las cejas en un mínimo gesto de sorpresa—. ¿Sabía usted algo de esa cuenta?

—Nada en absoluto. ¿Es que acaso voy a heredarla?

—No lo creo. Ese dinero quedará inmediatamente bloqueado por orden judicial.

Sonrió por primera vez desde que habíamos llegado.

—Inspectora, usted sabe lo que es una separación, ¿verdad? Las personas no siempre se juran amor eterno en la despedida. ¿Cree que mi ex marido me hubiera dicho algo de su situación financiera real o de sus manejos para conseguir grandes sumas de dinero?

—Supongo que no, pero quizás usted observó algunos de los sistemas de trabajo de su marido cuando aún vivían juntos.

Negó con la cabeza, haciendo oscilar su hermoso cabello cobrizo.

—No, nunca me informé.

—¿Y usted no dedujo nada de sus comentarios, de sus idas y venidas?

—Yo tengo mi trabajo, inspectora Delicado, y como profesional en un puesto de importancia he de dedicar muchas horas al día a resolver asuntos. Cuando volvíamos a casa, ni mi marido ni yo comentábamos nada que no fuera estrictamente personal. Además, a mí, desde que se dedicó a la prensa rosa, había dejado de interesarme por completo lo que hacía.

—Lo comprendo, pero puede que...

Me atajó con resolución pero sin levantar la voz.

—Si soy sospechosa de algo, le ruego que me acusen formalmente, y si no...

Quedó en un silencio interrogante. Yo completé la frase.

—Y si no, nos sugiere que la dejemos en paz.

—Veo que lo ha entendido.

—Las cosas no son tan fáciles en una investigación, señora. A veces es necesario hacer preguntas aun cuando no se sospeche de una persona. Si no hay deseo de colaboración por parte de esa persona, lo que suele hacerse es pedir una orden al juez.

—Si es eso lo usual...

—Muy bien. Gracias por habernos recibido.

En cuanto respiramos aire fresco le dije a Garzón:

—Ordene que la sigan.

—¿Se ahonda su sospecha?

—Vamos a ver, Fermín, una tipa se pasa un montón de años casada con un individuo de conducta dudosa, se separan y siguen en una relativa buena relación. Él nunca falla en las mensualidades y visita de vez en cuando a su hija, ¿de verdad se traga usted que ella no sabe nada de nada, que nunca ha oído comentarios sobre dinero o trabajo, que nunca ha hecho ninguna conjetura?

—Si hubiera hablado en base a conjeturas, usted no le habría dado crédito. Además, Pepita Lizarrán dijo que ella y Valdés no guardaban una buena relación.

—Puede que no, pero su actitud me parecería más normal si intentara atacarlo. No, ni siquiera la vida de las personas más frías o distinguidas funciona así. ¿La ha visto a ella? No se ríe, no se enfada, no titubea... un poco más y ni siquiera necesitaría comer.

—He conocido gente así, y no siempre ocultaban algo.

—Bueno, un poco de vigilancia no le irá mal, así estaremos seguros de que es trigo limpio.

La segunda visita del día estuvo dedicada a Pepita Lizarrán, y más que una visita se trataba de un intento de intimidación en toda regla.

Nos recibió acobardada, como siempre, y cuando le pedimos hablar en un sitio que no fuera la recepción de la revista se puso tensa, pero no rechistó. Nos sentamos en una salita impersonal cuyas paredes estaban llenas de portadas con marcos de colores.

—Ustedes dirán —dijo sin sangre en el cuerpo. Aprovechando lo que parecía una clara fragilidad emocional, decidí no andarme con contemplaciones y saqué el sobre con las fotografías sin pronunciar ni una palabra. Ella, en idéntico silencio, lo cogió y empezó a mirarlas una a una. Mientras lo hacía señalé a media voz:

—Todos esos hombres que ve usted ahí son víctimas de asesinos a sueldo. Como comprobará, los métodos que usan no tienen nada de humanitario.

Empezaron a temblarle las manos.

—Se trata de gente sin la más mínima piedad que ejecuta la venganza sistemáticamente y deja su firma. Uno de esos hombres quizá mató a Ernesto Valdés. —Dejó caer las fotografías sobre su regazo y empezó a sollozar con la cara escondida en el pecho—. Sé que es desagradable, pero quería que tuviera una idea clara de lo que estamos tratando. También sé que usted no tiene nada que ver con la muerte de Valdés, pero deseo que sea consciente de a qué tipo de gente está dejando escapar si oculta algo o, mejor dicho, si se inhibe de participar aunque sea con mínimos detalles en la investigación.

Su espalda continuaba estremeciéndose con los sollozos. Entonces Garzón se llevó la mano al bolsillo y le dijo:

—¿Quiere ver lo que hicieron con Valdés?

Ella levantó la cara, llena de regueros de lágrimas, y lo miró suplicante:

—¡No, por favor, tengan compasión de mí!

Me lancé a acosarla con voz afable.

—Pepita, piense, por favor, no nos vea como un peligro, incluso por su seguridad, piense si hay algo que deba decirnos. Hemos descubierto que Valdés tenía una abultada cuenta en Suiza.

Se sorbió los mocos ruidosamente, y pareció dispuesta a serenarse.

—¡Dios mío!, ¿no es suficiente con haber perdido al hombre al que amaba?, ¿tendré que tener siempre la pesadilla de lo mucho que sufrió?

Ostentaba un abominable estilo retórico, pero siguió pareciéndome que era un buen momento para hacerla desembuchar. Pasé de la rudeza a la dulzura.

—Cualquier cosa puede servir para atrapar a esos canallas. Lo conseguiremos, Pepita, ya lo verá.

—Él me dijo... —nos miró con los labios fruncidos por los pucheros. Garzón y yo la escuchábamos con el alma en vilo—, me dijo que estaba ganando mucho dinero, que dentro de un par de años los dos podríamos dejar nuestros trabajos, que nos iríamos para siempre a vivir fuera de España. Dijo que éste era un país de porteras, y que allá donde fuéramos nadie nos conocería y nos dejarían en paz. Le gustaba Canadá para vivir.

—¿Le habló de una cuenta en Suiza?

—No.

—¿Le dijo cómo había obtenido tanto dinero?

—No, yo tampoco se lo pregunté; pero siempre me pareció que no se refería a su trabajo de periodista, sino a algo especial. Algunas veces acudía a citas con un hombre llamado Lesgano, me dijo siempre que no lo comentara, por seguridad, pero tenía mucha confianza en que Lesgano podía ayudarnos.

—¿Lesgano, no será Lizcano?

—No, él siempre dijo Lesgano, con toda claridad.

—¿Era italiano, hispanoamericano, portugués?

—Nunca me comentó su nacionalidad, ni si era joven ni viejo, les juro por Dios que nunca me dijo nada más. Me miraba con sus ojos bondadosos y me pedía que confiara en él. Yo siempre le rogué que no se metiera en nada raro, que con lo que teníamos era suficiente para vivir, que no quería abandonar España, pero él tenía sus planes, era muy decidido, así era él.

—Está bien, tranquilícese. Ya sabe nuestro número de teléfono. Piense que todo lo que recuerde inopinadamente puede ser valioso, todo.

—¿Ustedes me comunicarán lo que vayan descubriendo?

—Estandremos en contacto, no se preocupe. Garzón me acompañó a casa en el coche.

—Acojonante, ¿verdad? —exclamó.

—¿A qué se refiere?

—A que ella pudiera describir los ojos de Valdés como bondadosos.

—Más acojonante me parece que él tuviera las pelotas de decir que éste es un país de porteras. ¡Quién habló!

—Y ese cuento de la casita en Canadá...

—Es obvio que andaba metido en algo tan grave que debía dejar el país cuando lo acabara.

—Exacto. Cada vez estoy más convencido de que andamos tras un asunto de envergadura.

—¿Drogas?

—No da el perfil.

—Está bien, ya lo veremos. Venga a recogerme dentro de dos horas. ¿Tiene ya hecha su maleta?

—Está en el portaequipajes.

—Siempre rápido y previsor. Tanto mejor, aproveche ese tiempo para averiguar cuántos Lesgano hay en el listín telefónico, y averigüe si es un apellido de origen español.

—Puede ser sólo un alias.

—Entonces que lo rastreen en nuestras fichas.

Mi hermana no estaba en casa. Había dejado una lacónica nota diciendo: «Me voy a pasear por la ciudad.» Yo le dejé otra informándola de que pasaría un par de días en Madrid. Me complació que hubiera encontrado algo que hacer. Que se decidiera a salir de casa era ya un avance hacia su normalidad. Seguramente, dando vueltas por las calles tendría tiempo para pensar sobre lo que estaba ocurriendo, y en público no se le presentaría la ocasión de llorar. Llorar es funesto, quizás aligera tensiones, pero quita tiempo para recapacitar, aparte de disminuir la autoestima y convertir los ojos en lagunas rojizas.

A las dos horas justas, Fermín Garzón llamaba a mi puerta. Tomé el maletín que había preparado llenándolo sólo con un pijama, un neceser y un

cambio completo de ropa. Más tarde pude comprobar que el equipaje del subinspector era aún más sucinto. Viajaba ligero como los hijos de la mar.

No tuvimos que esperar para coger el avión y el vuelo no presentó la más mínima incidencia. A la hora de cenar estábamos en Madrid.

Garzón conocía la capital mejor que yo desde sus tiempos de Salamanca. Así que se ofreció a servirme de guía.

—Creo que se impone un tapeo —dijo enseguida.

Me pareció bien. Estaba cansada y tenía hambre, me gustaba además el ambiente bullicioso de la ciudad, sus bares llenos de gente, la impresión duradera de que te encontrabas en un lugar con un montón de años de historia.

Fuimos cerca de la Puerta del Sol, en pleno centro, y nos metimos en un bar de azulejos en la pared y cabeza de toro presidiendo el conjunto. No había mesas, tan sólo la barra, atestada de gente.

—Está lleno, vámonos a otra parte —le dije a Garzón.

—Ni hablar, espere un momento. En cuanto nos avistó, uno de los camareros cantó alegremente:

—¿Qué va a ser, señores?

Garzón, desde detrás de la barrera humana respondió:

—¡Dos vinos y dos raciones de bacalao!

—¡Marchando! —aulló el camarero, ataviado con un enorme mandil.

Entonces, de la misma manera como se abrían las aguas del mar Rojo al paso de Moisés, la gente se fue retirando mínimamente y nosotros avanzamos con toda naturalidad haciéndonos con nuestros vasos y comida. Aquel movimiento estaba ensayado durante siglos, y hubieran podido caber en el recinto cincuenta personas más.

—Larga tradición de bares —le dije al subinspector, y éste afirmó tragando bocaditos de bacalao.

—Es toda una civilización, inspectora. En Barcelona no hay nada igual.

Acudimos a cinco o seis tascas parecidas hasta haber perdido por completo el apetito y bastante nuestra sobriedad. Mientras nos dirigíamos al hotel, Garzón estaba callado.

—¿Está cansado, Fermín?

—Sí, me pregunto si no empezaré a ser demasiado viejo para tanto meneo.

—No me lo parece.

—Me mira usted con los ojos de la caridad.

—Detesto la caridad.

Sonó su teléfono móvil.

—El que me llama a estas horas sí que no tiene caridad.

Lo observé de reojo dar preocupados cabezazos y hacer cortas preguntas sin sentido para mí. Por fin dijo un lacónico: «espere órdenes» y colgó.

—Tenemos problemas, inspectora. Se trata de Marta Merchán, la ex de Valdés. Los que la han seguido dicen que ha ido a una calle humilde de la Meridiana y se ha metido en una casa humilde también. Pasa el tiempo y no sale. Preguntan qué deben hacer.

—La Meridiana no parece cuadrarle mucho a la dama, ¿verdad? Seguro que ha ido a alguna visita interesante.

—No podemos cazarla in fraganti. Ni siquiera tenemos una orden de detención.

—No, que se queden con la dirección y que sigan vigilándola. Lo siento, subinspector, pero tendrá que irse para allá, puede ser algo importante, yo tengo cita a primera hora con los de televisión. Creo que aún puede llegar al último vuelo.

—Sí —dijo con un suspiro.

—Según lo que sea, voy yo a Barcelona o usted vuelve a Madrid.

—¿Ve como yo no puedo permitirme el lujo de estar cansado?

—Ya descansará cuando de verdad sea viejo.

—Supongo que es un cumplido.

—No lo es, yo le encuentro hecho un chaval.

—Un chaval al que castigan sin ir a la cama. Antes solía ser al revés.

Lamenté que tuviera que marcharse en aquellas condiciones, pero no pensaba decírselo. A poco que se sintiera compadecido, se extendería en exclamaciones victimistas que no tendrían final. En eso era muy acorde con todos los de su sexo.

El hotel me acogió con su impersonalidad. Quizá la preocupación por el caso hubiera debido quitarme el sueño, pero no fue así. Dormí como el más insensible de los troncos. Sin embargo, en cuanto me desperté llamé a Garzón.

—Nada de particular, inspectora. La dama había ido a visitar a su criada. Por lo visto tiene cierta vena social y lo hace de vez en cuando.

—Es muy loable. ¿Ha levantado la liebre?

—La investigación fue discreta, pero en estos casos nunca se puede descartar que a algún vecino le extrañe nuestro interés y largue. En ese caso la asistenta se lo contará a su señora.

—No importa, correremos el riesgo. Averigüe todo sobre esa asistenta. Si tiene cuentas pendientes con la justicia, o algún hijo metido en la droga. Infórmese sobre su marido.

—Es viuda. Nos lo dijo una vieja que andaba por allí.

—Menos trabajo para usted.

—¿Encargo que alguien haga todo eso?

—Prefiero que lo resuelva usted mismo. Cuando acabe, vuelva a Madrid. ¿Ha podido dormir algo?

—Algo.

—Aproveche los tres cuartos de hora del vuelo.

—Gracias, inspectora, es un consejo casi maternal.

El director general de Teletotal me esperaba a las once, así que desayuné los típicos churritos de Madrid y tomé un taxi hasta los estudios, que estaban en las afueras. Por el camino disfruté de las hechuras de gran ciudad que tiene la capital, extrañamente mezcladas con el aire de pueblo de Castilla. La fascinación que siente alguien que vive en Barcelona por Madrid sólo puede compararse con la de los madrileños frente a la ciudad condal. Dos mundos distintos a una hora de avión.

Avelino Sáez era un atractivo ejecutivo cincuentón que no tenía la más mínima intención de perder su tiempo conmigo. Me aplicó un ritual de cortesía y cooperación que debía tener bien ensayado en otros tercios. Que fuera a indagar sobre la muerte de Valdés le parecía la cosa más natural,

pero se encargó de advertirme sobre las pocas posibilidades de hallazgos con que contaba. ¿Qué podían saber sus empleados acerca del crimen si Valdés sólo iba a la cadena una vez por semana? Además, al periodista lo habían matado en otra ciudad. Le expliqué que eso no era una razón contundente, y que andábamos tras las pistas de su entorno profesional. Tampoco ante esa confesión se sintió muy implicado, él no se ocupaba de las cosas concretas de la programación, sino que dirigía los grandes trazos y, desde luego, los macronúmeros y presupuestos. Mandó llamar a la productora de *Latidos*, el programa del que Valdés era la estrella principal. Ante mí le pidió que me ayudara en todo, que pusiera el mundo a mis pies si era necesario, y convencido de haber demostrado su óptima disposición se quitó de en medio.

La productora aparentaba más o menos mi edad y, como toda la gente que trabaja en los medios de comunicación, parecía estar continuamente a punto de sufrir un colapso causado por la prisa y el estrés. Cuando vi que pretendía darme dos pasavolantes para salir del compromiso la atajé.

—¿Puede decirme cómo se llama?

—Maribel —respondió con cierta inseguridad.

—Maribel, quizá será mejor que le diga que pienso quedarme todo el día aquí haciendo mi trabajo. Incluso es posible que mi estancia se prolongue más si encuentro algo interesante. Así que, por favor, vayamos muy despacio y, si es posible, ofrézcame un poquito de café.

Se sintió tocada en su alma de *public relations* y sonrió.

—Siento haberle parecido precipitada. Lleva usted toda la razón, pero ¿tiene alguna idea del ritmo al que se trabaja en esta cadena?

—Y usted, ¿sabe a qué ritmo funciona una investigación policial?

—No —dijo, desconcertada.

—Pues a un ritmo muy lento. Hay que abordar un punto, volver a pasar sobre él, retroceder una vez más... en ocasiones sólo se advierte algo que teníamos ante los ojos cuando lo has repasado hasta la saciedad.

—Ya la entiendo.

—En ese caso...

—¿Quiere entrar en mi despacho y tomar un café?

—Nada me complacería más.

Me sentí llena de beatitud, como si hubiera salvado un alma del tráfago imparable de la vida moderna. Maribel cambió de registro e incluso apagó el teléfono móvil.

—Cuénteme, Maribel, ¿cómo funciona su programa?

—Pues vería... —dijo adoptando un aire de reposo—. En él participan cuatro periodistas. ¿Lo ha visto alguna vez?

Asentí.

—En ese caso sabe que hay varios personajes que se prestan a venir para ser entrevistados.

—¿Previo pago?

—Así es.

—¿Todos cobran igual?

—¡Ni mucho menos!; eso depende de su cotización en el mundo de los famosos y de las revistas del corazón. Hay diferencias notables. Pues bien, los cuatro periodistas someten al personaje a una rueda de preguntas como ya debe de saber. Después de eso, cada uno prepara unos reportajes sobre temas variados que constituyen la segunda parte del programa. Mi trabajo es buscarles los temas, rastrear cómo está el patio en el mundillo social, qué incidencias o cotilleos han sucedido poniendo a una persona de máxima actualidad... ¿lo entiende?

—Creo que sí. ¿También prepara los temas de reportaje?

—No, tan sólo los coordino cuando ya están acabados. Los temas de reportaje los propone y aborda cada periodista según su inspiración. En eso, Valdés era un maestro.

—¿Todo el trabajo que eso comporta lo hacen ellos mismos?

—No, no, para eso tengo a mi gente.

—¿Quién es su gente, Maribel?

—Cada uno de los periodistas tiene un encargado que está bajo las órdenes de producción. Ellos son quienes ejecutan el programa en realidad. Contactan con la gente, llevan a los cámaras a filmar exteriores... a veces tienen que esperar horas a la puerta de las casas para ver entrar o salir a

alguien, se enteran de algunos secretos... en fin, es un trabajo bastante duro, casi todos son gente muy joven.

—¿Quién era el encargado de Ernesto Valdés?

—Es Maggy, una chica. En realidad la trajo Ernesto Valdés, es una excepción. Ahora no sabemos si continuará trabajando para nosotros, pero es muy posible que no sea así.

—¿Había profesionales interesados en sustituir a Valdés?

Me miró por entre las pestañas alquitranadas.

—Si está pensando en que alguien ha querido quitarlo de en medio para medrar, me parece que debe ir por otro lado. No hay nadie a la espera de que cese un profesional. El director de la cadena lo escogerá entre gente de la calle que haya destacado en otros medios. No es una cuestión de escalafones. Además, Ernesto nunca tuvo problemas entre sus compañeros de trabajo.

—Bien, descartémoslo pues. ¿Qué me dice de los personajes a los que entrevistaba o reportajeaba?

—¿Qué quiere saber?

—¿Había alguien entre ellos que se la tuviera jurada?

Se echó a reír echando hacia atrás su cabello peinado a la última.

—¿Está bromeando?, ¡todos se la tenían jurada!, ya sabe cómo se las gastaba el bueno de Ernesto. Pero era algo en realidad ambivalente; en el fondo todos deseaban que Valdés se ocupara de ellos, era el que tenía mayor aceptación entre el público. Aunque algunos después lo lamentaran.

—¿Puede explicarme eso?

—Sí, yo lo sé bien. A veces algunos famosillos me llamaban, me pedían que intercediera para salir en sus entrevistas o reportajes. Creían tenerlo todo muy bien atado, tanto como para enfrentarse a Valdés, pero luego él se enteraba de cosas con las que los protagonistas no habían contado, se las soltaba en antena y... ¡Dios, se llevaban buenas sorpresas! Valdés siempre lograba que lamentaran haberse ofrecido, ¡era un número uno!

—¿Cómo conseguía esas informaciones?

—¡Ah, para eso tendrá que hablar con Maggy, yo no lo sé!

—¿Le habían amenazado de muerte alguna vez?

—¡Por supuesto que sí! Tenía amenazas maravillosas: sacarle los ojos, rebanarle el pescuezo, hacerse un collar con sus atributos, reventarle el hígado... no había parte de su anatomía que no hubiera sido sentenciada con alguna atrocidad. Él estaba muy orgulloso de eso; era una especie de índice de popularidad.

—Un índice muy peculiar. ¿Y quién le amenazaba?

—A veces los famosos en persona. Otras, eran los espectadores que llamaban o escribían al programa. Piense que algunos famosos, por muy repugnantes que puedan parecernos, tienen su club de fans.

Sólo pensar en que fuera un espectador anónimo y loco quien se lo hubiera cargado me hizo sudar de espanto. Eso podía significar un caso sin resolución. Luego enseguida pensé en el matón a sueldo. ¿Un espectador que paga a un matón? Terriblemente improbable, me autorrespondí más tranquila. Maribel me miraba, muy serena. La interpele una vez más.

—Dígame una cosa, y piénselo con tranquilidad, sin que esto suponga una acusación o un compromiso. ¿Tiene usted una versión propia sobre quién lo asesinó?

La productora reflexionó, se estiró bien las mangas de su elegante traje de chaqueta y empezó a negar con la cabeza.

—Ya puede imaginarse, inspectora, que estos días la cadena ha sido un hervidero de rumores y teorías, a cada cual más pintoresca, pero le aseguro que todo lo que he oído me han parecido estupideces dichas con el ánimo de jugar. Yo creo firmemente que ha tenido que ser alguien de su vida personal quien lo mató.

—¿Tiene algún dato para pensar eso?

—No, sólo se trata de la mediocridad de la gente de la que nos ocupamos en este programa: folklóricas, toreros, algún noble atontado, algún empresario con ganas de figurar, actores de segunda, presentadoras de televisión... Sinceramente, ninguno me parece que pueda tener la sangre fría o la resolución para matar.

—Es una teoría interesante.

—¿Lo es?

—Y muy sincera, además.

Se echó a reír.

—¿Quiere que le diga una cosa, inspectora? Me gustaría que siguiera interrogándome unas horas más. ¡Ha conseguido que me relajara!

—¡A lo mejor la policía y los psicólogos tenemos algo que ver!

Reímos un momento en clave conspiradora. De repente, ella se llevó las ensortijadas manos a la cabeza.

—¡Tanto me he relajado que ni siquiera le he dado el café prometido!

—Me conformaré.

—Si quiere podemos ir a tomarlo las dos. En la planta primera tenemos una cafetería.

—No quiero hacerle perder más tiempo. Además, me gustaría poder hablar con...

—¿Maggy?

—Eso es. ¿Por qué no me la manda a ese bar?

—Estaré encantada de hacerlo.

Cogió el teléfono y le pidió a su secretaria que buscara a la encartada y la llevara al bar. Observé que, en aquella minúscula operación, había recuperado el rictus de estrés. Otra vez acelerada y presa de angustia, me acompañó.

El bar no estaba lleno, pero los ruidos de las conversaciones formaban en el aire una cúpula envolvente. La gente tenía diferente edad y aspecto, aunque todos compartían una especie de pátina moderna. Ropas sueltas, cortes de cabello estudiados y monturas de gafas que salían de lo común. Pedí el ansiado café y esperé a que apareciera la factótum del muerto. Al cabo de un rato una chica muy joven se plantaba ante mí de modo decidido.

—¿Es usted la policía? —me espetó.

—Pues sí, soy la inspectora Petra Delicado.

—Yo soy Maggy. Quería hablar conmigo, ¿no?

Nunca hubiera creído que aquella fuera la mujer que esperaba. Delgada, con tejanos gastados y camiseta raída, lucía una oreja cargada de pendientes y el pelo muy corto teñido de amarillo chillón. Parecía sacada de una película americana de pandilleros del Bronx.

—Sí, tengo que hacerle algunas preguntas sobre Ernesto Valdés.

—Vamos a la sala de reuniones, aquí hay mucho follón. Dice mi jefa que no pague el café.

Le hizo un gesto al camarero y echó a andar. Caminamos por un pasillo sin dirigirnos la palabra. Comprendí que Maggy prescindía de la educación convencional y me alegré, eso siempre ahorra tiempo.

La sala de reuniones contenía junto a los muebles habituales una gran pantalla de televisión. Se sentó desgarradamente y me miró a la cara.

—¿Qué quiere saber?

—Ya se lo imagina.

—Sí, quién mató a Valdés, pero de eso yo no tengo ni idea.

—¿Ni idea?

—No. Si lo supiera, hubiera ido a la poli.

—Lo sé, pero a veces se tienen intuiciones.

—Yo no tengo ninguna.

—Está bien. ¿Cómo se llevaba con Valdés?

—Valdés era un cabrón, pero como yo tengo mala leche no nos llevábamos mal.

—Usted indagaba en la vida de las personas que él sacaba en el programa.

—Entre otras cosas.

—¿Qué estaban preparando cuando se cargaron a Valdés?

—Un reportaje sobre Lali Sepúlveda. Acaba de tener un bebé. Yo me encargué de contactar con una prima suya a quien le robó el novio, que ahora es su marido. Estaba dispuesta a largar por un poco de pasta.

—Largar ¿qué?

—Ya sabe, chorradas, que si se había portado muy mal, que si no quería ponerse al teléfono cuando ella la llamaba, que si no le había dado ninguna explicación. Un poco de basura, justo para joder.

—Bonito trabajo el suyo, ¿verdad?

—Me busco la vida, cuando sea millonaria ya haré reportajes culturales para la BBC.

Masticaba la ironía con fiereza, y no sonreía jamás. Me gustó.

—En cualquier caso no parece un tema tan grave como para que la tal Lali mandara asesinar a Valdés, ¿verdad?

—No, ¡qué va!, habíamos hecho putadas mucho mayores en los últimos tiempos.

—¿Puede recordar cuáles?

—Pues no, tendría que buscar en los archivos.

—Le pediré que lo haga más tarde. Ahora dígame, ¿dejó Valdés alguna libreta de notas, un teléfono móvil, algo que...?

—Cuando se lo cargaron ya estuvieron buscando por orden del juez y no salió nada.

—Sí, lo sé, pero pensé que quizá...

—Valdés era muy zorro, no le gustaba dejar rastros de nada, trabajaba así.

—¿Usted recibía las llamadas que le hacía la gente?

—Sí. Cuando estaba en Barcelona me llamaba y yo le comentaba las que eran urgentes, las otras las apuntaba para cuando llegaba.

—¿Tiene alguna lista donde figuren esas llamadas?

—No. Se escriben en una especie de papelitos individuales que luego se tiran. Él mismo lo hacía.

—¿Había llamadas que se repitieran?

—Bueno, sí, supongo. Alguna vez le llamaba su ex, otras desde las revistas de Barcelona..., algún espectador plasta... no me acuerdo, tendría que pensarlo mejor.

—¿Alguna vez le llamó alguien de nombre Lesgano?

Iba a negar con la cabeza pero se cortó.

—Sí, alguna vez le llamó un tal Lesgano.

—¿Dejaba recados, algún número de localización?

Pensaba con intensidad, pero sin abandonar un rictus de aburrimiento que debía serle consustancial.

—No, no creo, aunque ahora que lo dice, en los últimos meses llamó bastante, muchas veces urgente, pero no me dejaba ningún número.

—¿Tenía algún acento extranjero, italiano quizá?

Resopló de mala gana.

—Oiga, de verdad que no me acuerdo; no creo, pero tampoco podría asegurarlo.

—Lo comprendo. ¿Cuándo podemos echarle una mirada a su archivo?

—Esta tarde si quiere. Hasta que no me pongan jefe nuevo, no tengo mucho que hacer, si es que no me echan.

—Vendré sobre las cinco, ¿qué le parece?

Se encogió de hombros como único signo de aquiescencia. Luego nos levantamos en silencio y en cuanto traspasamos la puerta se largó con un escueto «adiós».

Encendí el teléfono móvil y tenía dos llamadas de Garzón. Al ponerme en contacto con él oía los altavoces del aeropuerto como fondo de su voz.

—Inspectora, estoy casi a punto de embarcar.

—¿Cómo le ha ido?

—Los hijos de la asistenta parecen limpios. No están fichados, trabajan y son gente normal. Uno es albañil y el otro es ¡cura! Quién iba a decirlo, ¿verdad?

—Hombre, tampoco hubiera dicho lo contrario.

—Ya, pero es curioso. Uno no sabe de dónde salen los curas y luego, mire, pues son hijos de gente como cada quisque. —Por fortuna ya estaba acostumbrada a los comentarios desconcertantes de Garzón—. ¿Qué tal le ha ido a usted?

—Le contaré cuando llegue. Iremos a comer. ¿Conoce El callejón de la Ternera?

—Por supuesto que sí.

—Le espero allí a las dos.

Recuerdo haber leído una novela negra que transcurría en Madrid. Un personaje americano le dice a un español: «Llévame a cualquier restaurante donde no haya comido Hemingway», y el otro le responde: «Lo tenemos difícil, sinceramente.» Nadie sabe dónde comía el escritor en realidad, es un privilegio del que se jactan todos los propietarios de cualquier figón antiguo, pero del Callejón es seguro que era cliente. De todos modos, la carne es excelente, y el lugar, muy bonito. Pedí vino mientras llegaba el

subinspector y pasé el rato mirando las fotos dedicadas que inundan la pared.

A las dos y cuarto vi entrar a Garzón. Tenía el aspecto de un muerto viviente. Se dejó caer sobre la silla.

—¿Cansado, Fermín?

—¿Yo cansado? ¡Ni hablar!, puedo estar una semana sin pegar ojo, lo tengo comprobado. Al cabo de ese tiempo, empiezan las alucinaciones y después ya fallezco; pero nunca he llegado hasta ese punto, ¿quiere hacerme llegar usted?

—No sea tan exagerado, yo le veo hecho un sol.

—Prefiero no hablar.

Mientras le servía una copa de Rioja y pedíamos la comida al camarero le informé de mis pesquisas y de lo que nos esperaba por la tarde. Luego trajeron el primer plato, y el bueno de mi compañero se lanzó sobre sus perdices escabechadas como si temiera ver que echaban a volar. Tras recuperar unas mínimas fuerzas, suspiró y confesó encontrarse un poco mejor.

—¡Con lo fácil que hubiera sido que todo saliera bien! Las piezas cuadraban —comentó—. Marta Merchán se entera un buen día de que su ex marido ha amasado dinero de alguna forma. Le encarga al hijo de su sirvienta, un chico delincuente, que lo mate, pero luego no encuentra la pasta porque está en Suiza.

—Eso es más bien la cuadratura del círculo, Garzón. Primera pieza que se resiste: ¿de dónde ha sacado tanto dinero Valdés?, ¿qué pasa cuando el dinero oculta su origen?

—¡Que hay delito seguro, ya lo sé, inspectora, no soy un novato! Además, ¿cómo se habría enterado la ex esposa?, y ¿con qué garantías esperaba encontrar el dinero si no sabía dónde estaba? Sólo decía que hubiera sido hermoso haberlo resuelto ya.

—Lo cierto es que ese jodido dinero no hace más que fastidiar. ¿Qué me dice del trabajo que vamos a hacer esta tarde? Imagine que descubrimos un par de casos cojonudos en los que Valdés claramente cargó las tintas en televisión contra el personaje que entrevistaba. Entonces éste se quiso

vengar del descrédito y se lo cepilló. Esa posibilidad sigue sin tener ninguna relación con el dinero.

—Según eso, deberíamos ocuparnos sólo de saber el origen del dinero y dejar lo demás.

Hice una bolita con la miga del pan y le di un papirotazo, de mal humor.

—¡Y yo qué sé lo que deberíamos hacer!

—No se desanime, inspectora. Ya verá, en una de las averiguaciones saldrá a relucir el dinero y quedará aclarado también junto con otras cosas. Lo que ocurre es que el dinero por sí mismo es muy difícil de rastrear, como no tiene cara ni ojos, ni siquiera corazón...

—¿Usted mataría por cien millones?

—A Valdés hasta por cien mil pesetillas me lo hubiera cargado. Incluso gratis, fíjese bien.

Me eché a reír y acabé mi chuletón. Mientras traían el café, el subinspector me dijo:

—¿Sabe que aquí venía Hemingway a cenar?

—Sí, y a emborracharse.

—¡Aquello sí que eran tiempos!: los toreros, Ava Gardner, las tascas, los cochazos...

—Pura mitomanía desfasada. Ahora en Madrid sólo hay ejecutivos de multinacionales y funcionarios de ministerio.

—¡Bah, no entiende usted nada, inspectora, nunca deja volar la imaginación! Hemingway era un gran tipo.

—Un turista ilustrado.

Se puso a rezongar por lo bajo:

—Sí, claro, y Ava Gardner una chica monilla. Todo eso sólo son ganas de llevar la contraria.

Lo observé con atención. Nunca le había visto reivindicar imágenes de aquel tipo. Pensé que alguna vez Garzón habría deseado pasearse por la Gran Vía con una mujer de bandera, o acudir a un estreno de cine junto a actores famosos, o ser un torero importante y tener el camerino lleno de millonarias americanas pasadas de whisky, locas por él. Obviamente, de haber existido aquella ilusión, había quedado atrás hacía mucho tiempo, y

hoy Garzón sólo era un hombre muerto de sueño charlando de un pasado que ni siquiera conoció.

—Le sugiero que se vaya a dormir una siesta al hotel. Le llamaré cuando salga de los estudios de televisión. ¿Qué le parece?

—He venido aquí a trabajar.

—Muy bien; entonces en vez de sugerírselo se lo ordenaré. No pienso pasarme toda la tarde aguantando su mal humor por no haber dormido.

No tuvo más remedio que obedecerme. Yo volví a los estudios de Teletotal donde la dulce Maggy ya estaba esperándome.

De la mañana a la tarde no habían mejorado sus modales, como era de esperar. Me saludó tan sólo con un gesto y me condujo hasta el archivo. Era una sala pequeña con una mesa y un ordenador. En las paredes había estanterías repletas de disquetes. Se sentó frente a la pantalla y me dijo:

—¿Qué quiere saber?

Encendí un cigarrillo y le pegué una mirada asesina. Una calada, dos... seguí guardando silencio. Por primera vez empezó a ponerse nerviosa.

—¿Le ocurre alguna cosa? —preguntó disminuyendo el nivel de su impertinencia.

—Oye Maggy, a mí tampoco me gusta la vida y también me joden mucho los placeres de la civilización; de modo que como no soy bondadosa y amable, te agradecería mucho que cambiaras de actitud y decidieras colaborar de una vez. De lo contrario, voy a pensar que tienes algún grado de implicación en el asesinato de Valdés y que estás intentando obstaculizar mi trabajo.

—¿Yo?, pero si yo...

—Sí, lo sé, a ti te importa un carajo todo esto y estás dispuesta a ayudarme. Sólo que ya me dirás qué coño voy a hacer yo buscando en un ordenador algo que no sé. Eres tú quien debe orientarme, quien debe pensar y seleccionar aquellos casos que tuvieron violencia, escándalo o algún tipo de controversia. ¿He hablado bien claro?

—Sí —dijo con una nueva fuerza en la mirada. Al fin había comprendido que yo estaba dispuesta a ser borde, y ese detalle de fortaleza evidentemente le gustó.

—Bien, ¿qué le parece si empezamos desde tres meses atrás?

—Perfecto, tres meses es un buen período si alguien decidió cargárselo por algo que dijo en el programa.

—Pues vamos allá.

Sacó un chicle mugriento del desvencijado bolsillo y mientras lo mascaba con brío se puso a teclear. Por primera vez me di cuenta de que llevaba dos calaveras de plata prendidas en el lóbulo derecho. Entre los muchos pendientes que le ilustraban el izquierdo sobresalía el cruce de una tibia y un peroné.

—Bueno —dijo—. Vamos a ver cuál de estos hijoputas tuvo algún follón sonado con el jefe.

Su lenguaje soez me hizo presagiar una mejor disposición por su parte. Encendí un cigarrillo, ya más tranquila.

—¡Ah, también es de las que ha decidido reventarse los pulmones! —soltó.

—No se preocupe por mi salud y concéntrese, Maggy.

—Me llamo María Magdalena, pero como usted comprenderá con ese nombre no podía ir por el mundo, así que me llaman Maggy.

—Bien.

—Se lo digo por si prefiere llamarme por mi nombre verdadero, como la policía es tan carca...

Conté hasta tres antes de hablar.

—Maggy está bien.

Se encogió de hombros demostrándome su indiferencia. Probablemente el privilegio de llamarla Magdalena era una de las concesiones máximas que hacía a los humanos, pero yo no estaba segura de querer intimar. Oí cómo canturreaba algo para acompañar su incesante búsqueda informática. Por fin, decidió pasar a la pantalla uno de los archivos que manejaba y leyó:

—Beatriz del Peral. Aquí la tenemos. ¿Sabe quién es?

—Ni idea.

—Una pelmaza. Bailarina de baile español. Pero no se imagine una de esas tías de ballet artístico. Ésta era una tipa completamente arrastrada, de

tablao para turistas, de las de «Josú mi arma» y todo lo demás, aunque me parece que nació en Galicia.

—¿Qué es lo que sucedió con ella?

—Se hizo famosa porque ligó con Herminio Castelló, el banquero. No sé qué le encontró, pero parece que estaba dispuesto a abandonar a su mujer por ella. Entonces nos llegó el chivatazo de que la habían visto un par de noches morreando con un gilipollas de discoteca. Indagué, pero ninguna agencia tenía fotos de la historia. Valdés me prometió una prima si las conseguía. Entre un amiguete y yo lo montamos con paciencia. La seguimos por todos lados sin que se enterara, y después de dos meses cayó. La fotografié abrazada a un guaperas, y él le tenía la mano metida en el escote. Un diez.

—¿Qué sucedió entonces?

—Nada especial. Le llevé las fotos al jefe y montó el reportaje. Lo pasaron en el programa. Tuvo bastante repercusión porque el banquero y la tía habían aparecido muy amartelados en todos los medios, haciendo declaraciones chorras. Naturalmente a la bailaora se le jodió el matrimonio y el banquero debió pescarse un cabreo de mucho cuidado, aunque no dijo nada. Había quedado en ridículo frente a todo el país. Los del banco lo botaron del consejo de administración, ya debían tenerlo en el disparadero desde el momento en que se prestó a salir en los papeles con la furcia aquella, pero nuestro programa le dio la puntilla. ¿Qué le parece, le edito el archivo?

Asentí, en un silencio meditativo. Maggy puso la impresora en marcha.

—¿Hubo amenazas?

—Al tío debieron destinarlo al desierto del Sahara, porque desapareció de Madrid, no sé qué ha pasado con él. Ella cogió un rebote de la hostia y esperó a Valdés un día en el aeropuerto. Le montó un cristo allí mismo, lo insultó y quería pegarle. Como el jefe se esperaba algo así, hacía días que había ordenado a un fotógrafo que le siguiera. Hizo fotos del altercado que circularon por ahí. La amenazó con demandarla por agresión y ella se achantó. No ha vuelto a levantar cabeza, debe de estar en la plantilla de algún burdel. Interesante, ¿verdad?

—¿Están todos los datos en esa ficha?

—Sí, voy a seguir buscando.

Leí los papeles recién impresos. Figuraba la dirección y el teléfono de ambos protagonistas. Lo guardé.

Maggy estaba lanzada, tecleaba en el ordenador con aquel estilo suyo tan barriobajero y moderno a la vez, un estilo que marcaba todos sus gestos y palabras.

—Ya he encontrado otra pieza de caza, inspectora: Jacinto Ruiz Northwell. ¿Le suena?

—En absoluto.

—Debería ver nuestro programa de vez en cuando.

—Tengo otras cosas que hacer.

—A veces nadar en la mierda es bueno para hacerse una idea del mundo.

—¿Es necesario que hable tan mal?

—¿Le molesta mi vocabulario?, ¿ve como la poli es un poco carca?

—Vayamos al grano, Maggy, por favor.

—Ya me moderaré, aunque le advierto que eso de «ir al grano» tampoco es muy fino, hubiera podido decir: «centrémonos en lo principal».

No lo podía creer. Tomé aire y sonreí aviesamente.

—¿Qué hay de la pieza de caza?

—¡Ah, sí! Jacinto Ruiz Northwell, llamado el marqués. Le llaman así porque lo es. Está emparentado con la reina de Inglaterra o no sé qué co... caramba. No tiene ni un duro, pero está en todas las fiestas y saraos porque su presencia prestigia mucho. Va de conquistador porque es guapete y se viste como un figurín. Lo sacamos en el programa varias veces, una incluso se le entrevistó. Nunca pasó nada, cobraba y en paz. Hasta que un promotor de Marbella se fijó en él como reclamo publicitario para una urbanización de lujo. Montaron un pollo con publicidad en todas partes. El marqués era la imagen de la urbanización. Entonces al jefe le llegó alguna honda chungueta que venía de Londres, relacionada con el pasado financiero del marqués. Y allá que nos fuimos Remigio y yo, Remigio es mi amiguete y también, tal y como se dice, mi compañero sentimental. Enseguida vimos que los datos

que tenía Valdés estaban bien encaminados, así que preguntando y sobornando aquí y allá nos hicimos con la información: el marqués contaba con impagados hasta en el pub del barrio, había sido acusado de malversación de fondos cuando trabajaba en una sociedad londinense y, para colmo, un día lo trincaron con drogas encima. Nada de importancia, eran para consumo personal, pero le pusieron una multa y estaba fichado por la *police*.

—Y ustedes se trajeron toda esa mina para Madrid.

—Acertó. Se armó la de Dios cuando la sacamos en el programa con pruebas y todo. Los de la urbanización estaban que trinaban, hasta tuvieron que cambiarle el nombre. A ver, déjeme mirar... sí, se llamaba El jardín del marquesado, y le pusieron Los girasoles, como cada quisqui, a ver.

—¿Qué pasó con el marqués?

—Que se le frustró el negocio y cualquier otro parecido que le hubiera podido salir. Ahora anda abiertamente de gigoló. Al principio se puso muy digno y juró ante todo el mundo que nos demandaría ante los tribunales y que habíamos dañado su honor... pero nada, por supuesto tuvo que envainársela. ¿Le gusta la historia?

—Sí. Imprímala. Oiga, tengo una curiosidad. ¿También le dio prima Valdés por esta historia?

—No, se suponía que quince días en Londres ya era un premio, aunque estuviera currando, y como a Remigio también le pagaba los gastos...

—No es justo.

—¡A que no!

Vi que, por primera vez desde que nos conocíamos, su rostro exhibía una franca sonrisa. Me miró con más condescendencia.

—No, si yo ya digo que no toda la gente de la pasma es igual; tiene que haber algún tío potable, lo que pasa es que...

Interrumpí su piropo ambivalente con tono seco.

—¿Hay alguna cosa más?

—He seleccionado mentalmente otro caso, ¿lo busco?

—Pues sí, naturalmente, para eso he venido.

Recuperó su cara de aburrimiento cósmico y me pasó el segundo resumen. Mientras yo lo hojeaba volvió al teclado y al chicle. Comprobé que en este informe también figuraban direcciones y teléfonos de contacto.

Esta vez tardó un poco más, pero yo ya tenía en qué entretenerme, pensaba e intentaba atar cabos.

—Aquí está. Éste es muy corto. Emiliana Cobos Vallés. Chica lista habitual de la jet. Fue subiendo en los negocios y yendo a cenas y cotarros cada vez de mayor altura. Fotos, vestiditos, posturas, rumores de romances con lo más granado de la sociedad... En 1997 el Gremio Nacional de Empresarios le dio el premio de empresaria joven más prometedora.

—¿A qué se dedica?

—Ahí está el quid de la cuestión. Diseñadora y fabricante de ropita para niños. Llegó a tener dos tiendas abiertas en Madrid y una en Barcelona. Anuncios en televisión con niñitos rubios dando los primeros pasos con pantalón y camiseta a juego, angelical. Y cuando la entrevistaban siempre la misma pregunta: «¿Cuántos niños tendrá cuando se case?» Y ella venga a largar: «Por mi gusto tendría familia numerosa, pero no sé, estoy tan ocupada... de todos modos el hombre que se case conmigo debe saber que la maternidad es prioritaria para mí.» Bien, bombazo, un día nos enteramos de que tuvo un hijo de soltera, a los dieciséis años, el chaval está aquejado de síndrome de Down y vive en una institución en Suiza por donde ella no aparece a verlo ni en Navidad.

—¿Airearon ustedes eso? Es repugnante.

—Se lo crea o no, no fui yo quien buscó la información. Vino un *freelance* a ofrecérsela a Valdés, y él la pagó muy bien. Le trajo hasta las fotos con el pobre chico subnormal de ojos achinados sonriéndole a la cámara. La cosa era tan fuerte que no se armó ni revuelo; todo el mundo se calló por caridad. Lo que está claro es que la fábrica acaba de quebrar, que la lady no ha vuelto a salir en la prensa y que las tiendas están en traspaso, por lo menos las de Madrid; se habla de que va a comprarlas una nueva cadena de cocina rápida tradicional, ya sabe, lentejas con chorizo y cocido en envase de cartón. A lo mejor tiene éxito, ya no saben qué hacer.

—Déme una copia de eso también.

Notó que mis rasgos se habían estirado como reflejo de mi indignación interior.

—Todo esto le parece una pasta asquerosa, ¿verdad, inspectora?

—Sinceramente, Maggy, no me explico qué hace aquí una mujer joven como usted.

—De algo hay que vivir. Muchos de mis amigos no tienen curro. Valdés me ayudó, veremos si ahora sigo teniendo tanta suerte.

—¡Reparta propaganda, o lárguese a una ONG, o alístese a la Legión Femenina, cualquier cosa antes de andar metida en toda esta infamia!

—Puede que sea infame lo que hacemos, pero tampoco se lo hacemos a hermanitas de la Caridad. ¿O no es repugnante una tía que quiere casarse con un rico sólo por la pasta y es incapaz de serle fiel ni al principio? ¿Y qué me dice de un gilipollas que es capaz de recorrerse el mundo dejando pufos en todas partes y encima esperando que le rían las gracias? ¡Y no me haga hablar de la mamaíta que quiere tener familia numerosa y envía al subnormal a la montaña más alta de Europa para que se pudra allí y deje de joder! ¡Eso es también infamia!

—Ustedes están al mismo nivel de degradación.

—¡Ejercemos una profesión, también la de policía tiene tela!

Bajé la cabeza y me contuve. Si hubiera sido mínimamente cuerda jamás hubiera comenzado aquella discusión.

—¿Hay algo más?

Me dio la espalda de mal humor y tecleó furibundamente.

—No sé. En los últimos tres meses esto ha sido lo más fuerte. Ha habido también algún torero al que Valdés llamó «hortera» en público, una actriz a la que le sacamos a relucir dos operaciones de estética... pero no sé si es suficiente para matar. Aunque seguro que usted a nosotros nos hubiera matado por menos.

—No me gusta ensuciarme las manos. —Me miraba, dolida y rencorosa. Le alargué una tarjeta—. La entrevista no ha sido agradable, pero he de reconocer que me ha ayudado mucho. Llame aquí si se le ocurre algo más. Le recuerdo que es su obligación como ciudadana.

—Si llamo será por obligación, le aseguro que no por el placer de ayudarla.

Mientras iba en taxi hacia el hotel, el corazón me saltaba en el pecho. Empecé a reflexionar. ¿Cómo había podido ser tan torpe, tan estúpida, tan pagada de mí misma, tan pasional, tan rematada y jodidamente necia? ¿Quién era yo para juzgar moralmente a nadie y encima soltárselo en sus propias narices? ¿Ésta era la inspectora Delicado, conocida en el servicio por su temple, ironía y buenos modales? Estuve a punto de llamarle maricón al taxista para que me abofeteara y obtener así mi merecido. Maggy era una chica que había demostrado una inteligencia fuera de lo normal seleccionándome los casos que me había brindado. ¡Todos ellos tenían los ingredientes básicos de mi investigación! Encima, a su manera, había sido amable, ¡incluso me caía bien con sus adornos de pirata y el pelo color paella! En fin, lo único que había hecho era dejarme llevar por un sentido de la moralidad completamente ramplón y permitir que influyeran en mí ciertos resquicios de educación religiosa. Juzgar, ¡una afición propia de individuos acobardados! Para colmo, aquella visceralidad entre monjil e izquierdista podía perjudicar el caso. ¡Con pocas ganas volvería a pensar Maggy en mi investigación como para llamarme y comentarme novedades! Aquello había sido una metedura de pata en toda su plenitud, o como la propia Maggy hubiera dicho, una cagada del carajo.

Llamé a Garzón desde el bar del hotel y al cabo de diez minutos bajó de su cuarto recién duchado y con ropa limpia. El descanso lo había puesto de un buen humor fastuoso. Me encontró en los primeros tragos de mi whisky con hielo.

—¿Cómo le ha ido en la tele, inspectora?

Le tendí los dosieres que me había dado Maggy como toda contestación.

—¡Vaya, observo que está de malas! ¿Eso es por cuestión de trabajo o estrictamente personal?

—Limítese a leer.

Lo hizo sin darse en absoluto por ofendido. Pasaba las páginas con enorme atención. Acabó al tiempo que yo vaciaba mi vaso.

—¡Buen material, válganme los cielos! Todos estos tiparracos tenían el móvil de la venganza para cargarse a Valdés. Estamos, además, en contextos en los que no faltaba el dinero, cualquiera pudo contratar un matón para que lo quitara de en medio. Que escogiera su casa de Barcelona para hacerlo me parece normal, así quedaba aún más disimulado, más lejano a alguien de Madrid.

—Todo eso está muy bien, pero ¿cómo justifica usted los cien millones de Suiza?

Llamó al camarero con un gesto y le pidió un whisky al llegar. Yo encargué mi segundo. Luego, en un tono sereno y coloquial, me expuso su teoría.

—He estado pensando en el caso, aparte de dormir. Ya sabe usted que soy una persona de capacidad por encima de la media.

Asentí, con pocas ganas de bromear. Él ni se inmutó, olisqueó el whisky que trajeron y le dio un sorbo lleno de evidente placer.

—¡Ah, es maravilloso levantarse a las ocho de la tarde y desayunar con whisky! Deberíamos hacerlo cada día.

Me volví hacia él con impaciencia.

—Aparte de autoexaltar sus capacidades y desear la vida muelle que sin duda un hombre de su talento merece, ¿tenía algo que decir sobre el caso?

La mordacidad no consiguió sacarlo de su *impasse* beatífico.

—¿El caso?, ¡ah, sí! Le decía que quizá no debemos ligar por narices la cuenta de Suiza con el asesinato de Valdés. ¿Ha pensado en la posibilidad de que Valdés cobrara un dinero a sus personajes por no publicar la basura que averiguaba sobre ellos? Los que no se avenían, salían retratados en sus columnas o en el programa de televisión.

—¡Es mucho dinero!

—El dinero va sumando poco a poco... o quién sabe, quizá encontró un pez gordo que era un verdadero filón.

—Un chantaje.

—Ni más ni menos. Estaba en unas condiciones inmejorables para hacerlo. Imagínese que, buscando otra cosa o chapoteando en su basura habitual, un buen día se encuentra sin esperarlo con un secreto de alto

voltaje referente a un personaje de alto voltaje también. El tipo recela, ¿lo publica, no lo publica? En caso de hacerlo, ¿qué le puede ocurrir? No, descarta sacarle partido profesional, la cosa incluso excede el marco en el que sus reportajes se desenvuelven. ¿Cree que un ave de rapiña como él dejaría escapar el conejo de la trampa sin haber intentado al menos arrancarle algún jirón de carne? No, se va por otro camino e intenta un chantaje.

—Como teoría tiene fuste y atractivo, pero si resulta cierta andamos jodidos del todo.

—¿Por qué?

—¿Cómo podemos hacer aflorar una cosa así? ¿Por dónde encauzar la investigación?

—Bueno, tenemos abierto un frente en la búsqueda de ese matón.

—Olvídese, ese puto confidente ni siquiera me ha llamado.

—Tranquilícese, inspectora, un buen confidente necesita tiempo cuando va tras un dato. Aunque sea para decirle que no ha conseguido nada, la llamará; siempre les interesa quedar bien con la policía. Es más, yo diría que el hecho de que aún no la haya llamado es una buena señal.

—Si usted lo dice...

—Bueno, y ahora le toca hablar a usted.

—¿Qué quiere saber?

—¿Por qué está de mal humor?

—¡Ah!, ¿eso? Da igual. Sólo me estoy arrepintiendo de haber sido grosera con una chica que me ayudó.

—¿Uno de sus ramalazos?

—¿Cree que los ramalazos forman parte de mi carácter?

—Creo que sí.

—¡Vaya, yo creía que era una mujer amable y equilibrada!

—También lo es. Podría decirse que es usted equilibrada con ramalazos intermitentes, arrepentimientos posteriores y algunas caídas en la depresión.

—No siga, para animarme ya tengo suficiente.

—Bien, en ese caso, vámonos a cenar. Mañana ya veremos qué pasa con estos tres famosillos puteados.

—Yo me largo a dormir, estoy cansada.

—No tendré más remedio que irme solo. ¡Un paleta de provincias en la capital!

—Por cierto, avise a comisaría de que nos quedaremos, como mínimo un día más. Interrogar a esos tres pájaros puede llevarnos tiempo.

—Muy bien, inspectora, que descanse.

Me levanté y lo dejé allí, feliz, disfrutando de su whisky en aquel salón, como si fuera Hércules Poirot en el Pera-Palace.

Subí a mi habitación y me desnudé para darme una ducha. Envuelta en la toalla telefoneé a mi casa. Amanda enseguida se puso.

—Amanda, ¿cómo estás? Créeme que lo siento en el alma, pero no voy a poder volver hasta al menos pasado mañana, las cosas se me han complicado y...

—No te preocupes, querida, estoy pasándolo muy bien. Por cierto, yo también quería decirte que... esta noche salgo a cenar con un colega tuyo.

—¿Cómo dices?

—Sí, con el inspector Moliner. ¡Es muy simpático! Ayer por la tarde vino a casa, quería hablar contigo de un asunto del servicio. Le dije que estabas en Madrid y lo invité a un café. Estuvimos charlando, total que al final hemos quedado hoy para cenar.

—Amanda, ¿tú sabes que ese hombre está separándose de su mujer?

—¡Sí!, ¿no es una coincidencia encantadora?

—¡Cojonuda!, sólo que no es una coincidencia.

—No te entiendo.

—Amanda, tú ya eres mayorcita y sabes qué pasa con los hombres en proceso de separación.

—¿Estás previniéndome sobre una seducción a la desesperada, es eso lo que dices?

—Bueno, Amanda, no sé, yo...

—¡No me lo puedo creer, Petra! ¿Tú dándome consejos? ¿Qué es lo que temes, que me enamore como una imbécil de él, que me viole?

—Sólo pretendía ponerte en antecedentes de la situación.

—¡Naturalmente!, los tíos despechados se cogen a un clavo ardiendo para subirse la moral, y las tías tres cuartos de lo mismo. Oye, Petra, hazme un favor: ¡olvídate de mí! ¡Ah y, por cierto, esta noche cuando te acuestes pregúntate si de verdad eres tan liberada y progresista como has creído siempre!

—Estamos diciendo gilipolleces, Amanda.

—Sí, sobre todo tú. Perdona, tengo que dejarte, me espera el Burlador de Sevilla para cenar.

Colgó. Colgué yo también. Me contemplé en la luna del espejo. Una antigua progresista envuelta en una toalla empeñada en ser servidora de la moralidad allá por donde pasa. Eso es lo que vi. Después me metí en la ducha, convencida de que una de las soluciones para mi vida era resbalar fatalmente con el jabón.

OceanofPDF.com

5

No todos los mitos, un tanto astrosos, que Garzón recordaba de los años cincuenta iban a estar presentes en nuestra investigación madrileña, pero con aquel plantel de sospechosos —marqueses, tonadilleras y chicas bien— sí tenía esperanza de poder ofrecerle alguno bastante enmohecido y decadente.

La bailaora no estaba en casa. Su vecina nos dio sin ningún problema la dirección donde la encontraríamos, la cual según dijo, pertenecía a su lugar de trabajo. Confié en que correspondiera a algún tablao flamenco, por muy cutre que fuera, de modo que el subinspector pudiera trasladarse mentalmente al universo de *La condesa descalza*. Pero el alma de la gran Ava no se paseaba aún por Madrid. En vez de batas de cola y ojos sombreados de oscuro, lo único que encontramos en aquella dirección fue unos almacenes de ropa de deporte. En la sección de aerobio, rodeada de mallas, zapatillas y maillots, se hallaba la hermosa Beatriz del Peral cuyo nombre auténtico, ¡oh desesperación!, era Josefina García. Era hermosa, eso sí, tanto que no me costó imaginar que un financiero se enamorara de ella. Delgada, teñida de rubio peleón, con los rasgos finos y la espetera altiva, lucía un uniforme de dependienta que no conseguía enturbiar sus encantos. Nos recibió con bastante mal humor y ninguna sorpresa, por lo que deduje que su amable vecina le había pasado una llamada avisándola de nuestra visita inminente.

No nos dejó hablar. Se encaró con Garzón, a quien por sexo y edad atribuyó la condición de jefe, y le soltó como una ametralladora:

—Aquí no, por favor. ¿O es que quieren que pierda también este trabajo de mierda?

El subinspector me miró con la indefensión de un niño. Asentí, no tenía ganas de follones suplementarios.

—Salgo dentro de hora y media. Espérenme en el bar de enfrente, no me voy a fugar.

Obedecemos en aras de la coexistencia pacífica con el sospechoso. Un par de cervezas heladas tampoco nos vendrían mal. Tenían una primavera calurosa en Madrid. Garzón sudaba como Louis Armstrong aferrado a su trompeta.

—¿Qué le parece? —preguntó, y añadió sacando del vaso el bigote perlado de espuma—. En principio no parece alguien que tenga sus ahorros preparados para pagar a un matón.

—No se fíe demasiado. Puede tener un amante rico que le haya prestado dinero para vengarse.

—¿Con un amante rico trabaja ahí?

—Los amantes ya no son lo que eran, Garzón, eso de retirar a la querida del mundo laboral creo que está de capa caída. Una cena de vez en cuando en el Ritz es suficiente. Como no desgrava...

—Entonces hasta yo podría permitírmelo.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Adelante.

—¿Cómo lo soluciona usted?

—¿Cómo soluciono, qué?

—El problema del sexo y la emotividad. Nunca me comenta nada.

Me miró deseándome la rueda de molino para que me tiraran al mar.

—Sinceramente, inspectora, nunca pensé que se atreviera a preguntarme una cosa así. Es impropio de usted.

—¿Lo he escandalizado?

—Sí.

—No comprendo por qué.

—En primer lugar es usted una mujer, espero que no se le haya olvidado. Y, además, es usted mi superior, eso estoy seguro de que no se le ha olvidado. De modo que...

—Sí, perdóneme, lleva usted razón, ha sido una vulgaridad. Es que estoy un poco nerviosa con las cuestiones sentimentales. ¿Sabe que mi hermana parece estar saliendo con Moliner?

—¿El inspector Moliner?

—Sí, ambos están en proceso de separación. No sé qué puede pasar.

—No lo veo tan alarmante.

—Mi hermana ha sido una mujer muy preservada de las realidades de la vida.

—Bueno, a lo mejor le viene bien echar una cana al aire.

—Pero dudo que Moliner sea la persona ideal para peinarse canas mano a mano.

—¿Sabe por qué dice eso?, porque el inspector es policía también, y usted no tiene buen concepto de la policía, Petra, siempre lo he sabido.

—Nunca se tiene buen concepto de lo que se conoce bien.

—Me permito la libertad de decirle que es usted una mujer muy contradictoria.

—No más que el resto de los humanos.

—Discrepo, usted lo es mucho más que la media. Es feminista y le preocupa que su hermana ligue un poco. Es policía y cree que todos los policías somos gente de poco fiar. Y le aseguro que podría continuar con otros ejemplos.

—No se canse, seguro que acertaría al ciento por ciento. Pero una cosa téngala por cierta: no soy feminista. Si lo fuera no trabajaría como policía, ni viviría aún en este país, ni me hubiera casado dos veces, ni siquiera saldría a la calle, fíjese lo que le digo.

Vi que se quedaba callado y que sus ojos se perdían a mi espalda. Me volví y llegué a tiempo de observar cómo Josefina García se acercaba hasta nosotros. Su atuendo no era muy folklórico ni difería demasiado del de cualquier ama de casa. Sólo sus zapatos rojos de tacón alto y el color arrebatado de su pelo la retrotraían a sus días de Beatriz del Peral.

Ni siquiera nos dio las gracias por no haberla interrogado en la tienda. Pidió una cerveza y se sentó junto a nosotros. Le pregunté por su coartada del día de autos, sin mediar más preámbulos.

—Trabajé como siempre y luego me fui a casa.

—¿Vive usted sola?

—No. Hace dos meses que me casé. Mi marido es agente de seguros y se gana bien la vida; de modo que se acabó la época de la farándula, ¿estamos?

Garzón la interrogó con toda frialdad.

—Hace tres meses tenía usted otro novio, ¿cómo ha pasado tan rápido a casarse con su actual marido?

—Era mi novio de toda la vida, y también estuve a punto de perderlo. Un poco más y ese cabrón de Valdés me destroza por completo. Pero yo no lo maté, ¿comprenden? No ando por el mundo matando a quien me perjudica, ya me hubiera cargado a unos cuantos. De todas maneras, puedo decirles que cuando me enteré de que lo habían liquidado me bebí una botella de champán. ¡Y no fui yo la única!

—¿Su marido ha tenido algún asunto con la justicia?

El odio burbujeó en sus ojos cuando me contestó.

—Miren, dejen ya de joderme. Con toda la movida que tuvimos, mi marido ahora está celoso y van a tener que pasar muchos años hasta que me perdone lo que le hice. De modo que sólo faltaría que empezaran a tocarle las pelotas. Busquen por donde deben y no molesten a la gente honrada.

—¿Dónde debemos buscar?

—Se decía que Valdés tenía asuntos de mucho dinero, asuntos no muy claros, según tengo entendido.

—¿Qué asuntos?

—¿Cree que si lo hubiera sabido no me hubiera dado prisa en sacarlos a relucir? Por desgracia, no sé nada.

—¿Quién le comentó sobre esos asuntos?

—¡Bah, eran rumores que se oían aquí y allá! Decían que Valdés hacía viajes a Suiza para meter pasta en una cuenta... pero nadie tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Era un tío muy listo.

Intenté borrar su animadversión mirándola con fijeza y una media sonrisa.

—Josefina, usted sabe que no saca ninguna ventaja de que el asesino de Valdés quede suelto, ¿verdad?

—Desde luego que lo sé. Al contrario, me gustaría que lo cogieran porque seguro que el cabrón de Valdés tenía tratos con él. Pero no sé más, se lo juro por Dios.

Ya nos disponíamos a replegar velas cuando Garzón tuvo una iluminación repentina.

—Los asuntos de los que oyó rumores, ¿pasaban en Barcelona o en Madrid?

Beatriz del Peral se quedó absorta un momento y contestó sin dudas:

—En Madrid. La gente decía que los chollos los tenía aquí mismo.

—Bien, díganos cómo se llama su esposo.

Para que no se plantearan nuevos problemas, precisé la exigencia de Garzón.

—Haremos la comprobación de sus antecedentes y ya está. Él no se enterará de nada. Le prometo que los dejaremos tranquilos.

Miró hacia la puerta de la tienda.

—Fíjense, ahí está mi marido. Viene todos los días a buscarme. Exigió que si volvía con él teníamos que casarnos enseguida, pero eso no ha disminuido sus celos. Me tiene fichada las veinticuatro horas. Ahora tendré que explicarle por qué estaba en el bar. A lo mejor hasta los ha visto a ustedes.

—Dígale que soy una amiga de su etapa anterior. —Me compadecí. Hizo un gesto entre despectivo y doloroso.

—¿De verdad? Usted sabe perfectamente que nadie se tragaría eso. Está claro que usted y yo nunca podríamos haber sido amigas, no somos de la misma clase social, y eso se nota en todo. Le aseguro que ésa es una lección que sí he aprendido, inspectora.

Sonrió con amargura.

—Mi marido se llama Lorenzo Álvarez Bailen. Que tengan un buen día.

Salió. La vimos cruzar la calle y enlazarse al brazo de un hombre joven. Se alejaron hablando con intensidad. Supuse que él estaba sometiéndola a un interrogatorio más exhaustivo que el nuestro. Me invadió la tristeza. Intenté convertirla en ira hablando con Garzón.

—¿Ve, Fermín, ve por qué no soy feminista? Si fuera feminista saldría a la calle y le daría una somanta al tipo ese. Y a ella también por pensar que el matrimonio, sea con quien sea, es su única solución. Y a Valdés volvería a matarlo por lo que hizo. Tampoco me olvidaría de darle unas leches al imbécil de financiero que quiso comprarla como una oveja. Para acabar les pondría una bomba a todos los que ven el programa de Valdés y a los que compran las revistas de cotilleo.

El subinspector pagaba las copas distraídamente. No se inmutó demasiado.

—Vale, vale, inspectora. Enrólese usted en el Ejército de Salvación Feminista y cuando me toque a mí el paredón, recuerde que éramos amigos.

—A usted lo fusilaría primero.

Se echó a reír como un bajo de ópera, encantado con poder embromarme un poco. Luego se acordó de repente:

—He oído su móvil cuando estábamos con esa chica. ¿No mira quién era?

Lo saqué del bolso y rescaté el mensaje. Miré al subinspector con cara seria.

—¿Vuelve usted conmigo a Barcelona o se queda aquí?

—¿Qué coño ha pasado?

—El confidente me espera esta tarde a las cinco en El Velódromo. Tiene datos que quiere pasarme.

—Bien. Me largo con usted e iré consultando si ese Lorenzo Álvarez tiene antecedentes. Según lo que le diga el confidente a lo mejor no tenemos que volver.

—Pues dése prisa. Ese cabrón de confidente no me ha dado opción a variar la cita. ¿Quién se creen que son los confidentes, el mismísimo Dios? Volvamos al jodido puente aéreo, Fermín. No da tiempo ni a pasar por el hotel.

Llegué antes de las cinco y esperé inútilmente durante hora y media el advenimiento de Dios a El Velódromo, pero no llegaron ni él ni su portavoz femenina. Llamé por teléfono a Abascal para preguntarle si aquel retraso podía considerarse normal o táctico. Me respondió negativamente. Le pedí la dirección del confidente que sólo debíamos utilizar en última instancia. Me la dio y, acto seguido, dijo tajantemente:

—Petra, esta vez sí que no debes ir sola allí. Manda una patrulla por delante.

—¿Por qué?

—Es muy posible que topen con algo imprevisto.

Así fue. Encontraron a Higinio Fuentes en el suelo del recibidor y a su esposa tendida en la cama, ambos con un tiro en mitad de la frente disparado a bocajarro. Una ejecución sumarásima. La puerta no estaba forzada ni había señales de violencia por lo que dedujimos que el asesino llamó y Fuentes le abrió sin desconfiar. O se conocían o empleó alguna estratagema. Lo que sí quedó claro es que los datos que tenía e iba a pasarnos eran fiables, de otro modo no le hubieran matado. La habitación estaba patas arriba. La imagen de la mujer en el lecho era patética. La recordé perfectamente. Había muerto sólo por estar durmiendo junto a su hombre. Ordené un registro aun sabiendo que no hallaríamos nada.

—Que se presentara en esta casa con riesgo de que nosotros estuviéramos vigilándola indica que el asesino es un tío con muchas agallas, que hay desesperación y máxima urgencia. La manera de actuar indica que quizá estamos de nuevo ante un profesional. La muerte de la mujer también lo indica así. Era un posible testigo y la eliminó. Sin duda un profesional —dijo Abascal cuando todas las diligencias hubieron concluido.

—Un profesional contratado por muchísima pasta; de lo contrario no hubiera hecho nada parecido. Era arriesgado —apostilló Garzón.

—¿Qué me dices de los disparos?

—Los proyectiles han pasado a balística.

Hice crujir mis dedos con nerviosismo.

—¿Habéis interrogado a los vecinos?

—Sin ningún resultado. Nadie vio nada ni oyó nada.

—¡Joder, todo parece esfumarse en el aire!

—Si los protagonistas de la historia son matones y confidentes es casi lógico que sea así. Estamos en el reino de las sombras.

—¡Algunos datos tendremos sobre ese confidente!

—Muchísimos, pero me juego algo a que no van a servirnos.

—Se lo han cargado para que no hablara con nosotros. Es como si fuéramos cómplices de un delito.

—En eso consisten los confidentes, Petra, lamento sacarte de tu inocencia. Ellos saben que corren un riesgo.

Volví a casa hecha trizas. Garzón llamó al hotel de Madrid para que conservaran nuestras cosas en recepción. Calculábamos poder regresar en un par de días.

Amanda se preparaba para salir a cenar cuando entré.

—He tenido que comprarme un par de vestidos —comentó—. No pensaba llevar tanta vida social.

Estaba preciosa, elegante, sensual...

—¿Sales con Moliner?

—Sí. Acaba de llamar, dice que ha surgido un imprevisto y que va a retrasarse un poco. Sabe que estás de vuelta en Barcelona y quiere comentarte algo.

—¿Del servicio?

—¿De qué si no?

—A lo mejor pretende pedirme tu mano.

—No creo, no tiene ninguna necesidad de permisos familiares, ¿o sí?

—Y si llama tu marido ¿qué le digo?

—Dile que me he ido de juerga, aunque hoy ha llamado ya.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Bah, no sé, llama todos los días una o dos veces! Me asegura que lo siente, que lo está pasando fatal y que cuándo voy a volver. Debe tener prisa por largarse con su amante.

—Amanda, yo... lamento haberte parecido metomentodo. Lo único que pasa es que no me hace mucha gracia Moliner.

—¿Porque te implica indirectamente?

—Un policía no debería tener familia.

—Si lo prefieres, puedo irme a un hotel.

—No creo que sea necesario.

—Mira Petra, no sé cuál es el motivo real, pero el caso es que me apetece ligar con él. Y por una vez en la vida voy a hacer lo que el cuerpo me pide, y no pienso cambiar de idea ni por el sentido común, ni por ti, ni por Enrique... no me lo pidas porque no lo haré.

Bueno, ¿qué podía contestarle?, ¿debía reconocer que no se trataba más que de una manía personal? ¿Por qué estaba presentando aquella ridícula oposición a mi hermana? Nunca he sido protectora ni familiar. ¿No sería la causa real mi vieja y conocida aspiración de que me dejaran tranquila, sin la menor complicación, sin hacerme pensar ni un momento en problemas ajenos? ¡Ojalá fuera eso! No hubiera podido soportar hacerme moralista pasados los cuarenta.

Tomamos una copa en la cocina y a las diez menos cuarto llegó Moliner. Esperaba encontrarlo arreglado y pimpante, pero acababa de salir de comisaría.

—Petra, quería hablar contigo.

Mi hermana, discreta, se marchó del salón con su copa. Moliner empezó a decirme algo, pero no lo escuchaba, estaba ocupada observándolo bien. Como hombre no estaba mal: alto, bien parecido, cortés. Quizá Amanda no tuviera tan mal tino.

—¿Puedes volver a empezar? —le espeté de repente.

—Quizá no tiene demasiada importancia, pero... Volvimos a coincidir en confidente, ¿no lo sabías?

—No.

—Higinio Fuentes me había citado también, un par de horas después que a ti.

—¿Demasiada coincidencia?

—Quizá. Pero lo que más me escamó fue su actitud. Se inquietaba por si yo no cumplía el acuerdo pactado, quería que le pagara antes de darme los informes que supuestamente tenía.

—No veo la relación.

—Petra, ¿has pensado en que fuera a delatarnos a la misma persona a ti y a mí? Es posible que los datos que iba a pasarnos fueran idénticos. En ese caso, yo hubiera podido negarme a pagar lo acordado. Me extraña que se preocupara por su paga, un confidente sabe que siempre se cumple lo prometido.

—Comprendo. ¿Cómo va tu investigación?

—Esperaba ese soplo como agua de mayo.

—Yo también. ¿Sabes qué pienso, Moliner? Creo que si fuéramos mínimamente conscientes nos iríamos ahora mismo a trabajar a comisaría. Necesitamos comparar nuestros casos.

—¿Y Amanda?

—Es cosa del servicio, tendrá que comprenderlo.

—¿Te importa que se lo diga yo?

La mirada que me lanzó mi hermana cuando nos fuimos hubiera podido taladrar la pared. Curiosamente, se despidió de Moliner con toda simpatía. Me daba igual, el trabajo es el trabajo, me dije a mí misma en un arrebato de lugar común.

Nos reunimos en su despacho y preparamos café. Puso en marcha su ordenador.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Todo.

—La víctima de mi caso se llama Rosario Campos, una chica de familia acomodada que trabajaba como azafata de congresos. Lo único que he conseguido averiguar, y no es poco, es que esa pobre chica era la amante fija del ministro de Sanidad. Ella viajaba con frecuencia a Madrid, donde se veían en un hotel.

—¡No me jodas! Un escándalo en toda regla.

—Especialmente considerando que el ministro está casado, tiene siete hijos y pertenece al Opus Dei.

El silbido me salió del corazón.

—¿Cuándo lo habéis averiguado?

—Hace bien poco.

—¿Qué movimientos has hecho después de saberlo?

—Estoy quieto como una momia. Quería tener el soplo del confidente que se han cargado antes de lanzar ningún proyectil. Ya sabes que cuando se dispara hacia arriba hay que estar bien seguro si no quieres que te caiga un rebote en la cabeza.

—¿Y ahora?

—Ya no puedo pararlo más. He hablado con Coronas y el juez va a citar al ministro para una primera declaración. Se va a armar una buena.

—¿Crees que Valdés podía estar implicado?

—Las balas que mataron a tu víctima y a la mía son diferentes, tampoco el estilo parece igual, pero ¿es eso significativo?

—No lo sé. Si era el mismo sicario pudo cambiar de arma, incluso pudo matar de modo diferente. Veremos qué dice balística del asesinato de Higinio Fuentes y su mujer.

—Todo sería demasiado fácil, ¿no? Por alguna razón, quizá una amenaza de abandono, Rosario Campos decide vengarse o forzar al ministro y acude a ver a Valdés ofreciéndole su historia para la publicación. Ambos chantajea al ministro hasta un punto en que no puede más y decide cargárselos. Contrata a un sicario y los quita de en medio.

—¿En cuánto tiempo calculas que habría sucedido todo eso?

—No lo puedo afirmar, ¿ocho meses, un año...?

—Las imposiciones en la cuenta suiza de Valdés datan de mucho antes, las cantidades son muy periódicas y regulares.

—El pago de un chantaje. Podría coincidir.

—En tiempo, no.

—Puede tratarse de chantajes a otras personas.

—¿Adivino cuál es tu teoría? Valdés, en sus cotilleos banales, encuentra de vez en cuando cosas de envergadura mayor; y éstas las usa para chantajear.

—Ni más ni menos. Pero hay algo en la teoría que me falla, y es que a Rosario Campos no se le ha encontrado dinero en cantidades fuertes, ni en Suiza ni en ningún otro lugar.

—Quizá no le dio tiempo a comenzar siquiera su venganza. A la primera amenaza, el ministro se la cargó. ¿Cómo descubristeis que estaban

liados?

—Los vecinos dijeron algo, una amiga de ella, los padres... picamos de aquí y de allá. Por fin un allegado del equipo ministerial se avino a colaborar con nosotros, en el más estricto secreto.

—Siempre hay alguien dispuesto a crucificarte en la Administración.

—En la Administración y en todas partes.

—La teoría está bien, aunque tiene cabos sueltos.

—¿Las fechas?

—No sólo eso. Un montaje de chantajes frecuentes necesita una infraestructura, Valdés solo no daba la talla.

—¿Van tus averiguaciones por ese camino?

—De momento no hay indicios de tal cosa. Estamos interrogando a los más recientes enemigos públicos que se forjó.

—Incluye en el cuestionario si Valdés intentó llegar a un acuerdo con ellos mediando dinero.

—Lo haré. ¿Qué vas a hacer tú, Moliner?

—En cuanto Coronas me dé permiso me largo a Madrid a levantar liebres ministeriales.

—¡Vaya papeleta!, supongo que lo harás con discreción.

—Dicen que es mi especialidad. El juez impondrá el secreto y de momento podremos evitar que pase a los medios, pero la esposa...

Volví a silbar como en un barrio bajo.

—¡Una esposa del Opus Dei, un ministro de Sanidad con joven amante fija... ni siquiera *The Sun* podría aspirar a más! Quizá esto suponga un ascenso para ti.

—O me expulsan del Cuerpo si deciden echar un montón de tierra encima.

—Demasiados cadáveres que tapar, sería un montón excesivo.

—Eso mismo pienso yo. No quiero parecerte inmodesto, pero confío en mi diplomacia y *savoir-faire*.

—¿Damos parte de nuestras comunes sospechas a Coronas?

—¿Qué te parece a ti?

—Quizá será mejor que esperemos un poco. Todo se basa en una deducción sobre base imprecisa.

—No, cada vez lo veo más claro, el jodido Higinio Fuentes iba a darnos el mismo nombre a ti y a mí, estoy casi seguro. Los confidentes hablan hasta muertos.

Esperaba que la diplomacia y *savoir-faire* de Moliner sirviera para mi hermana. Cuando se enterara de que él también se iba a Madrid, vería fantasmas por todas partes y me acusaría de haber tenido algo que ver. Aunque la culpa era mía, jamás hubiera debido meterme en con quién salía o dejaba de salir.

Al llegar a casa, Amanda dormía. Entré en el lavabo sin hacer ruido. Me miré en el espejo. ¡Dios, la mujer del bar hubiera vuelto a ofrecerme el puesto de pelapatatas! Todo el glamour del instituto de belleza se había desvanecido ya. Realmente era difícil mantener la buena imagen y trabajar. Me embadurné con crema nocturna leyendo el prospecto adjunto. Había observado que conociendo las ventajas teóricas del producto, el efecto se potenciaba. Radicales libres, enzimas, ácidos recién descubiertos sólo para la belleza de la mujer. ¡Menuda tontería!, pensé; pero me equivocaba, la belleza era importante. Por la belleza, un financiero se enamoraba de una folklórica de poca monta y un hombre religioso y conservador quizá se había visto impelido a matar. Aunque ninguno de los dos había huido con la chica como en un cuento de hadas. Uno no pudo soportar el ridículo público y otro ni siquiera se planteó cambiar su vida. Ninguno de los dos se quedó con la amada. Así son las cosas, ser bella no parecía suficiente. Me embutí en mi pijama sintiéndome fea como un sapo, son demasiados requisitos los que deben atenderse para alcanzar la felicidad. Afortunadamente hacía mucho tiempo que la aspiración de ser feliz me parecía absurda; de modo que dejé a mis radicales libres de verdad y el sueño me inundó.

A Garzón toda aquella coña de la coincidencia de delitos y sicarios no dejaba de parecerle una peregrinación hacia la nada. Se mostró muy escéptico cuando se lo conté durante el vuelo de regreso a Madrid.

—Lo que pasa es que el inspector Moliner quiere ligar con usted. Quizá se le ha antojado que sería divertido flirtear con dos hermanas al mismo tiempo.

—Creí que no íbamos a permitirnos comentarios demasiado personales.

—Discúlpeme, lleva razón.

Volvimos a ocupar nuestras habitaciones en el hotel. La siguiente sospechosa a investigar era Emiliana Cobos Vallés.

Tenía los ojos de un azul muy profundo y un aspecto inocente e infantil. Sin embargo, en cuanto empezó a hablar, comprendí que la vida le había pasado muchas facturas.

—¿Me interrogan como sospechosa de haber matado a Ernesto Valdés?

—Soltó una carcajada sarcástica—. ¡No, por Dios, no tengo vocación de benefactora social!

—Tendrá que decirnos dónde estuvo aquel día.

—¿Lo mataron el mismo día que lo anunciaron los periódicos?

—El anterior.

—Yo estaba en Ibiza. Paso muchas semanas allí.

—¿Haciendo qué?

—Dejo que el tiempo pase. Gané bastante dinero, aún no necesito trabajar. Y como ustedes podrán comprender, la gente acabará olvidándose de si tengo un hijo tonto en Suiza o en Sebastopol. Dentro de un par de años, volveré a organizar algún negocio. Soy batalladora y me sobra creatividad. A mí no me echa de la escena ningún Valdés.

—Dénos su dirección en Ibiza.

Nos garabateó las señas en un papel con toda tranquilidad. Luego me lanzó una mirada irónica.

—¿Piensan investigar a todos los que salían en el programa de Valdés? ¡Qué barbaridad! Les auguro duras jornadas de trabajo.

—¿Intentó Valdés chantajearla a cambio de su silencio?

—No —dijo de modo indiferente—. ¡Qué va! Hundir a la gente le interesaba más que el dinero. Era un resentido social. Además, si hubiera intentado hacerlo le hubiera dicho que no. Yo era consciente de que lo de mi hijo saldría a la palestra tarde o temprano. Fue un error dedicarme a la ropa

infantil. Con otra actividad, a la gente no le hubiera importado tanto la historia. Yo hubiera podido decir que aquella residencia era lo mejor para mi hijo... en fin, ahora ya lo sé. Ni siquiera le guardo rencor a Valdés; a la larga, todo esto será publicidad.

Garzón me miró para subrayar el comentario. Bien, subrayado quedaba, poco más se podía añadir. Me puse en contacto con Sangüesa por teléfono y le pedí que investigara los fondos bancarios de Emiliana Cobos. Para no dejar ningún cabo suelto, Garzón telefoneó a comisaría para que ellos a su vez hablaran con Ibiza. De ese modo sabríamos si la sospechosa se había metido en algún lío allí.

Nos fuimos a comer, pero el subinspector se mostraba insatisfecho.

—¿Qué le parece esta tía?

—A no ser que salgan pruebas contra ella, no veo que se la pueda acusar de nada en concreto.

—Parece de armas tomar.

—Ya ha visto que no nos movemos en el Paraíso.

—Pero el comentario que ha hecho sobre su hijo... a veces comprendo al difunto Valdés.

—¿Cree que el difunto Valdés obraba para impartir justicia entre los hombres...? ¡Despierte, Fermín!

—¡Claro que no pretendía hacer el bien, pero esta tipa se merecía el chaparrón que le cayó!

—Está usted reaccionando como los lectores y espectadores de ese buitre, con sensiblería justiciera. ¡Ah, pobrecito niño subnormal abandonado por su madre en Suiza! Nadie puede juzgar lo que pasa en las vidas ajenas.

—Usted lo hace.

—¿Yo?

—Dijo que le daría una somanta al marido de Beatriz del Peral, y a ella también, y a un montón de gente más. ¡Hasta una bomba quería ponerles! Si eso no es juzgar... lo que pasa es que usted sólo es sensible al problema del machismo.

Tenía una jarra de cerveza en la mano y la dejé sobre la mesa, con pesadez pero sin brusquedad. Permanecí unos momentos callada y luego miré a mi compañero.

—Estoy cansada, Garzón, cansada hasta la médula.

—Inspectora, yo no pretendía...

—No, escúcheme. Nos hallamos en medio de un caso que, en vez de irse aclarando, cada vez se complica más. Tengo a mi hermana en casa cabreada conmigo porque no la dejo en paz. Encima, me doy cuenta de que ya no soy joven y de que mi *look* resulta un asco. Pues bien, como si todas estas circunstancias no fueran suficientes para deprimir a cualquiera, la persona que se supone debería estar de mi lado, no para un momento de afearme mi conducta, decir que soy contradictoria, sectaria, feminista barata y casi boba.

—Yo no he pronunciado semejantes palabras.

—¿Sabe lo que le digo, subinspector?, que en el fondo no me importa. Nunca he sido una santa y, si hubiera tenido vocación de ayuda al prójimo, ahora estaría en una ONG peinándole los rizos a negritos en vez de encontrarme metida hasta las cachas en este pozo de... llamémosle podredumbre social. ¿Me ha entendido?

—Sólo estaba intentando...

—No quiero saberlo, de verdad.

—Muy bien.

Llegó la sopa humeante. Conocía muy bien a Garzón, sabía que lo había ofendido y que se pasaría el resto del almuerzo sin decir ni palabra. Y así fue. Acabamos la sopa, atacamos el pescado y ni siquiera para comer su boca abandonó un mohín de cabreo. Mejor para todos, eso me permitiría pensar.

Pensé en el poco aspecto de asesina que tenía Emiliana Cobos Vallés, casi tan poco como Beatriz del Peral. Probablemente, el marquesito al que por la tarde íbamos a interrogar tampoco había ordenado matar a nuestro periodista. No, no íbamos bien, que alguien te haya dado un buen revolcón en la vida no es motivo suficiente para matarlo mediando un sicario. La venganza directa es algo demasiado primario para un mundo tan complejo

como el nuestro. Si hubiera sido en un arrebató de pasión descontrolada, pero matar con semejante frialdad... no se hace un asesino de la noche a la mañana. ¿Y Lesgano, quién era Lesgano? Luego estaba la cuestión del dinero. Dinero, dinero, ahí residía la clave, ¿por qué otro motivo se movían todos los personajes de aquella comedia? Debíamos profundizar en el dinero.

Acabado el postre en silencio franciscano, le di una orden a Garzón.

—Subinspector, quiero que llame al inspector Sangüesa de nuevo. Dígale que necesitamos conocer los datos bancarios de todos los encartados en este caso, de todos.

Sacó una ridícula libretita y se puso a apuntar.

—Eso quiere decir...

—No sólo de Emiliana Cobos, sino también de Beatriz del Peral, del marqués que luego veremos, de Pepita Lizarrán, de la dueña de la revista, de... ¿me dejó a alguien más?

—¿De Marta Merchán, la ex de Valdés?

—También. Quiero saber cuánta pasta puede tener toda esa gente escondida por el mundo.

—A lo mejor el juez no ve necesario redactar tantas órdenes.

—Lo hará, el juez cooperará. Si se demuestra que el caso de Moliner y el nuestro están ligados, el juez nos dará muchas más órdenes de las que sean necesarias. Es un caso que afecta a gente importante.

—De acuerdo, inspectora.

—¿Tiene localizada la dirección del marqués?

—Sí, inspectora.

—Muy bien. Nos veremos allí a las cinco.

—A la orden, inspectora.

Era perfecto. ¿Por qué a las personas nos daba por intimar, por saber las unas de las otras, por trabar lazos amistosos? Resultaba mucho más fácil así. Garzón era mi subordinado y yo su superior. Teníamos un trabajo que hacer. Bueno, pues lo hacíamos y en paz. Por desgracia nuestro trabajo no se desarrollaba en una cadena de producción en la que hablar hubiera estado penado por el reglamento. No, nosotros esperábamos juntos y viajábamos

juntos y comíamos y cenábamos en franca hermandad. Ahora Garzón me conocía casi tan bien como yo a él. Ambos nos empeñábamos en actuar como conciencia del otro, ¡en voz alta, además! Aquello tenía que acabar de alguna manera. ¿Sería una solución pedirle a Coronas que me cambiara de lugarteniente? También los religiosos lo hacen así. Cuando un monje le ha tomado gusto a su comunidad, el prior lo envía a otra parte. Supongo que en su caso se trata de que sufran una mayor mortificación. Es decir, lo que se pretende es que hagan mejor su trabajo, ya que mortificarse forma parte de él. Tal vez mi rendimiento mejorara también sin Fermín Garzón.

Medité sobre todas estas cosas paseando por Madrid. Miré el cielo inmaculado de Castilla, su luz radiante sin influencia del mar. Me encontraba pasando una crisis. ¿De qué modo, si no, podía explicar que me molestara tanto cualquier implicación de los demás en mi vida? Había llegado a la soledad tras firme determinación y ahora quizá pretendía alcanzar una fase más solitaria aún. Pero eso era difícil, siempre hay gente a tu alrededor, y la gente se relaciona, te da y quiere que le devuelvas, sonríe, se mueve, juzga, se odia y se ama, habla, te ve y pretende ser vista.

Cuando acabara aquel caso, si es que aquel caso acababa alguna vez, le pediría a Coronas que me concediera un mes de vacaciones continuadas. Me iría a un convento. Uno de esos monasterios en los que te alquilan una habitación con derecho a comida. Pasearía por el campo. Leería las obras completas de Pushkin, una laguna en mi biografía intelectual que había que rellenar. Observaría los movimientos gregarios de las hormigas si no era en invierno. Le pediría a la monja que actuara como recepcionista, que me sirvieran la comida en mi celda. Si veía a alguien en un pasillo, daría la vuelta para no saludar. Y si al cabo de un mes el plan me gustaba, me quedaría como monja en la congregación. Aunque eso sería muy duro, por supuesto. Yo no tenía fe, ni soportaría el voto de obediencia, ni los rezos, ni levantarme a las cinco de la mañana, ni formar parte de una comunidad. Por no hablar de la privación de libros, música, cigarrillos, whisky y café.

Llegué a la conclusión de que deberían existir monasterios para seglares, gente un poco baqueteada a quien le gustara la soledad sin abandonar los placeres de la existencia. ¿Qué pasaría entonces con el sexo y

el amor? ¿Habría que renunciar a eso también a riesgo de que el monasterio se convirtiera en una casa de putas a los tres días? ¿Y de qué viviría la comunidad? ¿De dónde sacaban el dinero los monjes y las monjas? ¿Hacían aún licores dulzones y labores de punto de cruz? ¿Cómo proveerse de dinero? Ésa sería la mayor dificultad, una vez más. El dinero, el dinero, el dinero, el dinero. Recordé el caso de nuevo. ¿Cómo le iría a Moliner con el ministro? Habíamos quedado a las nueve en el hotel, donde él tenía también reservada habitación. Me contaría, quizá... De vuelta a la realidad miré dónde me encontraba. No tenía ni idea, obviamente estaba perdida.

Tomé un taxi y le di al taxista el papel con la dirección de Jacinto Ruiz Northwell. Eran casi las cinco. Sólo faltaba que llegara tarde a la cita con Garzón. El taxista hizo un amago de entablar conversación.

—¿Cree que lloverá? —dijo.

—*I don't speak Spanish* —respondí.

No era cuestión de dejarlo que hablara, que de la lluvia pasara a la sequedad, de la sequedad a la vida y de la vida a contarme lo que sentía su pobre corazón, para luego acabar preguntando: ¿qué le parece a usted? ¡Al carajo las relaciones humanas! Por fortuna todo se desarrolló como una seda y no me dijo ni adiós.

Garzón me esperaba en la portería sin haber variado para nada su rictus de hombre seriamente dañado en su sensibilidad.

—El marquesito nos espera.

—¿Ha puesto alguna dificultad?

—Al contrario, ha dicho que nos hubiera buscado si no nos hubiéramos puesto en contacto con él. Quiere hablar.

—¿Sobre qué?

—No tengo ni idea.

—Interesante, ¿no le parece?

Se encogió de hombros, darme su opinión debía parecerle una frivolidad estando enfadados. Suspiré interiormente armándome de paciencia, no soportaba los cabreos sordos del subinspector.

Nos abrió una asistenta muy vieja. Pasamos a un saloncito atestado de cretonas, cuadros de sacristía y *bibelots*.

—¡Signos de esplendores antiguos! —comenté.

Garzón se había quedado anonadado mirando un gran óleo que representaba al arcángel san Miguel aplastándole la cabeza al Diablo. Llevaba una coraza reluciente sobre la túnica corta a la romana, y una cabellera rubia y rizada ondeaba en el aire para señalar el dramatismo de la acción.

—Eso debe de valer una pasta —dijo mi compañero.

—Quizá como antigüedad... porque mérito artístico no tiene ninguno.

Me miró sorprendido.

—¿Ah, no?

Nos levantamos y nos pusimos frente al lienzo.

—No, fíjese en las dimensiones de la cabeza del demonio, está desproporcionada, ¿no lo ve? Además, los colores son planos. ¿Y qué me dice de las manos del arcángel?, ¿se da cuenta de la torpeza con que están dibujadas? Debe de ser un cuadro de algún artista religioso local de un pueblo de Castilla.

—Ya.

—Cuando tenga duda sobre la calidad de un cuadro, fíjese siempre en cómo están pintados los pies y las manos. Es una prueba que no falla. No puede ponerse en práctica si el estilo es abstracto, ahí te pueden colar cualquier birria.

—A mí me las colarían en todos los estilos.

—No lo crea.

—Sí, yo no tengo cultura ni he estudiado historia del arte. ¿No se acuerda?

Me miró con rencor. Sentí una oleada de despecho hacia él. Lo hubiera asesinado allí mismo. Pero no tuve tiempo, una voz sonó a nuestra espalda:

—Les gusta ese cuadro, ¿verdad? Ha estado en la familia durante doscientos años, y no es el más antiguo, ¿eh? En mi casa solariega hay algunos también interesantes.

Jacinto Ruiz Northwell se presentó ante nosotros con la pinta más elaborada de un *play boy*: pantalón beige, americana blazier y un pañuelito de seda anudado bajo la nuez prominente. Era joven, rubio y atlético, comprendí que quedara bien en cualquier labor promocional. Sin embargo, su entonación era la de un auténtico pijo, casi llegando a la caricatura. Imaginé que la forzaba.

—Señor Ruiz, buenos días, queremos hablar con usted.

—Lo sé, inspectora, lo sé. ¿Cuál es su nombre?

—Delicado.

—Muy bien, inspectora Delicado, yo también quiero hablarles. De hecho, si hubieran pasado unos días más me hubiera personado en comisaría. Creo que todo esto ya sobrepasa la medida.

—¿Puede aclarar sus palabras?

—Sí. Vamos a ver, ustedes han venido aquí considerándome sospechoso de la muerte del periodista Valdés. Cierto, ¿verdad?

—Bueno, veré, según nuestra información...

—Sí, de acuerdo, lo sé. Yo tenía motivos para matar a ese cerdo de Valdés, pero el caso es que no lo maté. Es más, yo hubiera podido perjudicarlo seriamente y meterlo en un lío y no quise hacerlo. Ya ven cómo son las cosas. Me explicaré. Ustedes saben que yo, como figura pública, había tenido contactos frecuentes con ese periodista. Incluso aparecí varias veces en su programa de televisión. Sabía que era una rata, pero en fin, hoy en día uno se debe a los medios de comunicación. ¿Me comprenden?

—Supongo que sí.

—Pues bien, en una de las ocasiones en que nos vimos, yo le pasé una información codiciadísima a Valdés. Le conté que el ministro de Sanidad tenía una amante en Barcelona.

Se me aceleró el corazón, pero me contuve, había que dejarle hablar y actuar con cautela.

—Se preguntarán por qué motivo hice una cosa así. Pues bien, lo hice por piedad. Conocía a la chica, Rosario Campos, una joven prometedora de verdad, bella, discreta, de buena familia... pues bien, todo este asunto del ministro la estaba malogrando. Se pasaba la vida deprimida, llorando, con

la esperanza inútil de que ese tipo abandonara a su mujer por ella. Yo le advertí mil veces que no se hiciera la más mínima ilusión, pero no me hizo caso. Un día, charlando con Valdés, que siempre intentaba sacarme informaciones, se lo comenté. Sólo en beneficio de la chica, ¿eh? Más tarde alguien se la cargó sin duda para tapar el pastel. Como ustedes comprenderán, yo hubiera podido amenazar a Valdés con decir lo que sabía, o decirlo sin más para que se viera que él estaba metido en el escándalo, pero no lo hice. De modo que mucho menos lo asesiné.

—¿Por qué no le pasó a la policía la información de Valdés? —preguntó Garzón.

—¡Nobleza obliga!, no es mi estilo, ¿comprenden? Puede que alguien piense que soy igual que todos esos que salen en las revistas, pero no es así. Yo tengo un apellido que llevar con dignidad y no quería verme implicado en asuntos sucios.

—¿Le pagó o prometió pagarle Valdés por su información?

Esperaba que aquella pregunta del subinspector le ofendiera, pero ni se inmutó.

—No, ¿ha perdido la razón? Valdés nunca hubiera pagado a alguien que saliera en su programa como protagonista. Hubiera sido su fin, mezclar personajes con informadores. Además, ya les digo que yo tengo una dignidad. No es lo que se estila por aquí, pero... al final quizá me decida a abandonar España, este país no me merece.

—Puede que lleve razón, señor Ruiz, pero al margen de consideraciones personales hay algo que no entiendo bien. ¿Por qué un político podía interesarle a Ernesto Valdés? Los personajes de los que se ocupaba no formaban parte de ese mundo. Supongo que ni siquiera los medios periodísticos en los que trabajaba hubieran admitido una información de ese tipo.

—Ya lo sé, pero él siempre andaba pidiendo datos sobre gente influyente: políticos, financieros... supongo que sólo quería tener más poder.

—¿Recuerda algo en concreto?

—No, nada exacto, preguntaba hasta por el rey, pero si supo algo nunca lo utilizó. Ni siquiera utilizó lo que yo le dije sobre Rosario y el ministro. Se limitó en todo momento a publicar cotilleos sobre los de siempre, tampoco tenía categoría para más.

—¿Recuerda cuánto tiempo hace que le habló usted de esa chica y el ministro?

—Pues... ¿cinco o seis meses?, sí, algo así. Después, sólo hace tres meses, Valdés me gastó la mala pasada que ustedes ya conocen y me quedé sin el contrato que tanto había esperado. ¡Y todo con mentiras, por supuesto!

—Señor Ruiz, me temo que va a tener usted que declarar ante el juez y contarle todas esas cosas que nos ha dicho. No descarto que pueda acusarle de haber ocultado datos frente a la ley.

—¿Por no haber contado lo de Valdés?

—Exacto, en el momento en que asesinaron a Rosario Campos.

—Pero eso es ridículo, inspectora, yo no sabía que tuviera relación. Además no me he enterado hasta días después.

—Es posible, el juez le dirá. Yo por mi parte quiero que hable usted con un colega mío, el inspector Moliner. Es quien lleva el caso del asesinato de Rosario Campos.

—Tendré muchísimo gusto en charlar con él.

—De momento será mejor que no se ausente de Madrid.

—Tampoco tenía proyectos de hacerlo, hasta que no llegue la temporada de esquí...

Una vez en la calle el primer denuesto de Garzón no se hizo esperar.

—¡Valiente capullo! Mi apellido, mi casa solariega, mi dignidad..., ¡hay que joderse con su dignidad! Si yo fuera un ratero me negaría a estar en la misma celda que él.

Le dejé descargar su ira, eran malas vibraciones que esta vez no venían directamente destinadas a mi persona.

—¿Cree que miente? —pregunté.

—¡Por supuesto, todo el rato, sin parar un instante! Su casa solariega... ¡si lo único que tiene es esa birria de cuadros de santos destripando lagartos

con cara!

—Me refiero a lo esencial. ¿Cree que miente con respecto a Valdés?

—Pues... no lo he pensado aún. ¿Y usted? ¿Cree usted que miente?

—Bueno, yo creo que miente en lo accesorio y dice la verdad sobre los hechos principales.

—No sé si la entiendo bien.

—Es verdad que le pasó el dato del ministro a Valdés, pero no es cierto que lo hiciera de modo desinteresado.

—¿Piensa que cobró?

—Ni siquiera, quizá lo hizo en plan compadreo para congraciarse con él y que lo tratara adecuadamente en sus programas. Él vive de eso.

—Pues no lo consiguió.

—Roma no paga a traidores, ya sabe. Tampoco miente cuando afirma que estaba dispuesto a hablar con la policía. Claro que no precisa que sólo pensaba hacerlo si la policía daba con él. De otro modo jamás se hubiera metido por propio gusto en el lío. Ahora está aterrorizado de que alguien pudiera implicarlo y se muere de ganas de hablar con quien sea. Supongo que ésa es la triste verdad de nuestro amigo el noble.

—A mí también me parece que ese gilipollas nunca se ha cargado a nadie, y menos contratando a un sicario.

—Abundo en esa opinión. De todas maneras será mejor que Moliner lo interrogue. Él tiene todas las informaciones sobre Rosario Campos. Al menos servirá para dilucidar de qué la conocía, o pueda aportar más datos sobre ella y sus actividades. Como ve, la hipótesis del inspector Moliner parece tomar fuerza. Creo que compartimos caso.

—¿Ha hablado con él?

—Voy a llamarle para quedar, debe estar ocupado aún.

Lo hice, y nos dimos cita para cenar aquella misma noche en una cafetería que había junto al hotel.

—¿Puedo asistir yo también a esa cena? —preguntó extemporáneamente Garzón.

—¡Pues claro, vaya pregunta, es para trabajar!

—Me gusta asegurarme de que no soy una molestia.

Paré de caminar y me encaré a Garzón completamente seria:

—Subinspector, ¿se da cuenta de que su actitud de niño mimado puede entorpecer la investigación?

—¿Yo, niño mimado yo? ¡En toda mi vida me habían llamado nada semejante! ¡A mí, que empecé a trabajar a los catorce!

—Me refiero a que parece estar permanentemente enfadado y ofendido.

—Es que a veces, inspectora, usted no se da cuenta, pero me dice cada cosa...

—No sé qué pude decir que tanto le molestó.

—¡Me dijo que me metía en su vida!

—Mire, subinspector, hagamos una cosa. Vamos a firmar un pacto entre usted y yo. Ninguno de los dos hará ninguna alusión personal con respecto al otro, ¿de acuerdo? Todo lo demás se desarrollará con plena naturalidad. Nos hemos llevado siempre bien, ¿o no?

—Sí, pero últimamente...

Remoloneó aún un poco más, por fin se avino.

—Está bien, ¿dónde hay que firmar?

—Firmemos con una cerveza simbólica.

—De acuerdo.

—Pero jure que dejará de poner caras cabreadas.

—Lo intentaré.

Supuse que, aparte de mis broncas, también le desagradaba que otro inspector entrara en nuestro caso. Muchos de los defectos policiales típicos anidaban en él.

Bebimos cerveza en una tasquita gallega.

—Ese mamarracho ha dicho cosas muy interesantes, ¿no le parece? Es significativo que Valdés recabara información sobre gente realmente importante.

—No sé, inspectora, yo me encontraba en tal estado de excitación contra él, que le hubiera saltado al cuello. No me fijé muy bien en lo que dijo.

—¡Vaya, Fermín, es que usted es un hombre muy lleno de pasión!

—Ese comentario es demasiado personal.

—Lleva razón, lo retiro.

Quizá iba a ser peor el remedio que la enfermedad y tuviera que pasarme todo el día batallando con Garzón para lograr un acuerdo en la clasificación de frases personales y no personales. En aquel momento, la cosa quedó así, entre otros motivos porque mi teléfono sonó. Era el inspector Sangüesa.

—¿Petra? Tengo un par de cositas para ti.

—¿Sólo un par?

—¿Tienes ni repañetera idea de lo que cuesta conseguir este tipo de información?

—Está bien, está bien. Cuéntamela de una vez.

—Se trata de Pepita Lizarrán y de esa bailaora. Nada ninguna de las dos. La primera, su nómina de periodista y nada más. La segunda ni un duro, un sueldecillo pequeño.

—¿Y de Suiza, qué?

—De Suiza quizá tengan algún reloj, aunque lo dudo.

—Está bien, descartadas. ¿Y los demás?

—Petra, por tus muertos, que me meta prisas alguien que no fuera policía, pero tú...

—Lo siento, Sangüesa, pero no puedes imaginarte lo importantes que son esos informes. Es incluso posible que te pida alguno más. ¿Puedes darte toda la prisa del mundo?

—¡Hombre, si me lo pides así...! Al final, siempre se nota que eres una dulce mujer.

—¿En serio?

—Un tío me hubiera dicho: «Daos prisa, cabrones, que no la hincáis.»

Preferí no entrar en especificaciones y respondí:

—Yo ya sé que tenéis mucho trabajo, pero te rogaría que le dieras prioridad a mi lista.

—Está bien, Petra, lo intentaré.

—Sangüesa.

—¿Sí?

—Y mientras lo intentas, a ver si la hincas de una puta vez.

Oí sus carcajadas antes de colgar. Cuando se quería lograr un trato especial de algún compañero había que mezclar la delicadeza con la camaradería. Solía dar resultados.

Garzón había pedido unas morcillitas al camarero aprovechando mi distracción. Y podría volver a hacerlo ya que el móvil sonó de nuevo. Esta vez sólo tuve que asentir y despedirme.

—Era de balística —le comenté a mi compañero—. Las balas que mataron al confidente y a su esposa salieron de la misma arma que mató a Valdés.

Garzón rumió su bocado mientras pensaba.

—¿Y eso qué le parece?

—Aún no lo sé, pero le aseguro que esta noche vamos a tener una cena entretenida.

OceanofPDF.com

6

No conocía demasiado a Moliner, pero pude advertir con facilidad en su rostro los rasgos de un hombre cansado. Los ojos, hundidos. Las facciones, levemente desencajadas. Nos esperaba ya sentado en una mesa, con un vaso de cerveza a medio consumir. Sonrió como sonreímos los policías cuando estamos exhaustos, exhibiendo un cierto orgullo por nuestro maravilloso sentido del deber. Casi no lo saludé y, sin contener mi ansiedad, le pregunté:

—¿Qué tal?

Él supo enseguida que no estaba refiriéndome a su estado de salud.

—Terrible —contestó, y añadió apurando su momento de protagonismo —: Muchísima tensión.

Pedimos la cena. Estaba tan deseosa de saber, que ni siquiera me fijé en lo que escogía. Garzón sí lo hizo, y a conciencia, por lo que sentí un ramalazo de odio puro hacia su persona. Al fin, estallé:

—Moliner, por Dios, si no me cuentas ya qué ha ocurrido con el ministro, soy capaz de zarandearte aquí mismo.

Hizo una mueca de paciencia, indicativa de que era mucho más policía que yo, y después con una voz algo teatral, comenzó:

—El tal ministro estaba muy nervioso, muchísimo. He pasado casi cuatro horas hablando con él. Le aconsejé que avisara a su abogado pero declinó. Ha negado toda vinculación con Rosario Campos. Un fatídico error desde mi punto de vista, pero ya veis. Se ha contradicho varias veces, ha rectificado, se ha liado... en fin, no creo que exista ninguna duda de que

tiene algo que ver en el asunto. Ha sido una auténtica guerra de nervios y creo que la ha perdido. En algunos momentos pensé que se desfondaba e iba a confesar, pero aguantó malamente.

—¿Qué has hecho por fin?

—Mañana lo citará el juez, con un poco de suerte esta noche tendrá tiempo de reflexionar y hablar con su abogado. Espero que se dé cuenta cabal de que hay un testimonio expreso afirmando que Rosario era su amante. Sólo que admita eso, el camino está expedito. También llamarán a declarar al colaborador que lo denunció. Yo no creo que le queden muchas más salidas, tendrá que confesar.

—¿Piensas que cometió el asesinato?

—No tenemos la seguridad, pero tras los interrogatorios podremos ser más directos.

—No quisiera estar en su piel —comentó Garzón hincándole el diente a un pastel de verduras.

—Ni yo, esta noche tendrá que hablar con su mujer. Supongo que será toda una tragedia personal, aunque con las mujeres nunca se sabe; quizá ella sabía ya que tenía una amante y prefería callar.

Pasé por alto el críptico comentario.

—¿Conocía a Valdés?

—¿Crees que lo hubiera admitido? No, su única solución es negar.

—Nosotros tenemos una sorpresa para ti.

—¿Ah, sí? —dijo como un Humphrey Bogart a quien ya nada pudiera sorprender.

—Uno de los sospechosos que teníamos nos ha dicho que él mismo le contó a Valdés que Rosario Campos era amante del ministro.

—¿Cómo lo supo él?

—La misma chica se lo contó. Se conocían. El tipo se llama Jacinto Ruiz Northwell y es un...

—Sé quién es. Mi ex mujer solía comprar revistas de cotilleo.

—¿Te parece plausible que se conocieran?

—Sí, por qué no. Rosario Campos era azafata de congresos, hija de un comerciante de Barcelona con pasta. Se movía por ahí. Así conocería al

ministro, digo yo. ¿Cómo entrasteis en contacto con Ruiz Northwell?

—Era uno de los tipos a quienes Valdés había jodido más en los últimos meses con su programa, pero que conociera a Rosario Campos ha sido una puta casualidad.

—Nada en este mundo en que estamos moviéndonos es una puta casualidad, Petra, todos se conocen, se ven en las fiestas, son siempre los mismos y no demasiados.

—Pues a mí me parecen legión.

—Más legión somos los que nos lo curramos día a día.

—En eso lleva mucha razón, inspector —dijo Garzón tocado en su sentimiento de clase.

—Bien, en cualquier caso ya es evidente que nuestros dos casos están relacionados. Sólo falta descubrir en qué consiste el vínculo exacto. ¿Intentó Valdés chantajear al ministro con la complicidad de Rosario y éste se los cargó a los dos, incluso más tarde también al confidente?

—Habrá que informar al comisario Coronas. ¿Lo haces tú o lo hago yo?

—Prefiero que lo hagas tú, Moliner. Me pregunto qué nos ordenará. Es capaz de quitarnos del caso a Garzón y a mí.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Tú eres el inspector con más prestigio en comisaría. Además, una mujer en un caso de tanta trascendencia...

Me miró atónito.

—Estás de cachondeo, ¿verdad?

—Hablo muy en serio.

—No sé si sabrás lo que se comenta, pero es vox populi en comisaría que Coronas tiene especial predilección por ti. Está claro que, últimamente, te ha dado casos importantes. Además, sólo hay que oír sus comentarios: Petra Delicado tiene diplomacia, sagacidad, da gusto cómo trata a los sospechosos, se puede confiar en ella... Suele ponerte como ejemplo.

—Será para despistar.

—Petra, me parece que estás equivocada.

—Puede que sí, pero en cuanto se supo que Rosario Campos estaba relacionada con gente de influencia te pasaron el caso a ti.

—Porque tengo cierta experiencia en el tema, no creo que el sexo tuviera nada que ver.

Garzón, que asistía al pequeño duelo enfrascado en su postre, levantó la mirada del plato para decir:

—No se canse, inspector Moliner, nunca la convencerá.

A continuación, puso cara de mártir resignado con su cruz y ambos intercambiaron una mirada llena de complicidad masculina.

—Las mujeres... —empezó a decir Moliner, pero yo le interrumpí enseguida.

—Las mujeres no somos una raza aparte, ni una categoría social, ni una estirpe maldita, querido Moliner. Simplemente hemos estado muy puteadas. Quizá eso nos ha generado ciertos resabios, pero la mayor parte de las veces los justifica la realidad.

—No me negarás al menos que tenéis una característica común.

—¿Cuál?

—Sois completamente imprevisibles.

Garzón se echó a reír. Le encantaba que alguien le quitara de las manos el testigo de la eterna batalla. Moliner subrayó su comentario sonriendo:

—Petra, Petra, dura como la piedra.

—Filosofal, ¿y sabes qué era la piedra filosofal?

—Reconozco que no.

Garzón soltó una imprevista carcajada.

—¿Ve?, ya lo ha jodido, inspector. Cuando menos lo esperas echa mano de algo cultural y te jode vivo.

Ahora parecía que le divirtiera una hipotética victoria mía en aquel absurdo pique dialéctico. Le palmeé la espalda a Moliner para que considerara todo aquello en su justa medida de juego.

—¿Qué les parece si nos vamos a dormir y dejamos de decir chorradas?

En el fondo Moliner era buen tipo porque lejos de haberse mosqueado de verdad, respondió:

—Es lo único sensato que se ha dicho esta noche aquí.

El hotel se encontraba justo al lado, de modo que no fue necesario caminar.

En cuanto entramos en recepción la vi. Estaba sentada en unos sillones, leyendo una revista como si tal cosa. ¿Era ella en verdad?

—¡Amanda! —solté sin poder reprimir mi sorpresa.

Moliner se quedó de una pieza, era evidente que tampoco la esperaba. Farfulló un saludo impreciso. El único que supo reaccionar fue Garzón. Se encaminó hacia ella y le dio la mano.

—¿Ha decidido sumarse al grupo? —le dijo cordialmente.

—Mi hermana me dijo que estarían en este hotel; de modo que he tomado una habitación. Me apetecía pasar unos días en Madrid.

—Pero... estamos trabajando —dije como toda bienvenida.

—Ya lo sé, y no pienso molestaros. Yo también tengo cosas que hacer.

Moliner permanecía a mi lado, quieto y callado como un pasmarote. Amanda, que estaba mirándome con desafío, metamorfoseó la mirada hacia la dulzura y empezó a dirigirse a él:

—¿Qué tal estás, tienes tiempo para tomar una copa?

Mi colega se debatía a mi lado sin saber qué actitud tomar. Me miraba como pidiéndome permiso, sonreía como un párvulo. Decidí acabar con aquella violenta situación. Cogí a Garzón del brazo y dije:

—El subinspector y yo nos vamos a dormir, ha sido un día pesado. Amanda, llámame mañana si quieres que comamos juntas, quizá pueda arreglarlo.

—Veremos. De momento, no te preocupes por mí.

En el ascensor, Garzón sonreía en silencio como un asceta poseedor de la verdad. Cometí el grave error de no callarme yo también.

—¿Por qué sonrío de ese modo?

—Pensaba que el inspector Moliner llevaba razón sobre el asunto de la imprevisibilidad de las mujeres.

Me cabreé.

—¡Subinspector, creí que habíamos acordado algo sobre los comentarios personales!

—¿Era eso un comentario personal?

—No se haga el tonto conmigo.

—¿Ve, inspectora?, no es justo. Pase lo que pase, siempre he de cargármelas yo.

—Buenas noches —le dije secamente—. Mañana le espero a las ocho en punto para desayunar.

Tiré el bolso sobre la cama. No sabía si estaba más enfadada por Garzón, por la presencia de mi hermana allí o por mi propia sarta de errores concatenados. ¡Cojonudo! Había creado una situación entre mi hermana y yo que no llevaba camino de corregirse sino todo lo contrario. Había discutido estúpidamente haciéndome la sabia con Moliner. Encima, el subinspector estaba en lo cierto, siempre se la cargaba sin comerlo ni beberlo. Pero es que el pobre tenía la cualidad del niño tonto que se acerca a tocar las narices del maestro cuando éste lleva todo el día aguantando y, claro, el grito que estaba dirigido para todos, acaba tragándoselo él.

Mal, mal, muy mal, me dije a mí misma. Uno se pregunta por la impresión que causa a los demás y empieza a hacer esfuerzos porque esa imagen sea buena. Ése era el primer error, todos los demás venían solos. Pero daba igual, todo daba igual. Sin duda se trataba de la influencia pasajera de aquel caso y todos sus oropeles. Por suerte tenía el presentimiento de que no tardaríamos mucho en resolverlo.

Fui al lavabo y mientras me desmaquillaba y lavaba los dientes, no me miré ni una sola vez en el espejo. ¡Al carajo con la imagen! Era una resistencia pasiva un tanto infantil, pero lo mismo dijeron de Gandhi antes de que derrotara a los ingleses con su fuerza interna.

Sólo conseguí serenarme leyendo en la cama un ensayo sobre el proceso de la civilización occidental. Me dormí pensando en qué etapa primaria del mismo nos encontraríamos aún.

El teléfono me sobresaltó en pleno sueño. Miré el reloj. Las cinco de la mañana. Descolgué con el corazón batiéndome en el pecho.

—¿Inspectora Delicado? La llamo de recepción. Lamento molestarla a estas horas pero es que no sé qué hacer. Han llamado de una comisaría de Madrid preguntando por el inspector Moliner, dicen que es urgente y que no contesta en su móvil. Pero es que tampoco está en su habitación, por mucho

que le llamo... Como sé que están en el mismo grupo, pensé que quizá usted sepa dónde localizarlo.

—Sí, gracias, lo sé. Pásame con la habitación de Amanda Delicado, por favor.

No más errores, no más errores, repetía, martilleando mi cabeza.

—¿Amanda?

—¡Pero, Petra! ¿Sabes qué hora es?

—Sí, lo siento. ¿Está ahí el inspector Moliner?

—¡Petra, te advierto que...!

—Es una cuestión urgente de servicio, pásamelo enseguida, por favor.

Tras una pausa oí la voz culpable y soñolienta de mi compañero.

—Moliner, ponte en contacto inmediatamente con la comisaría donde estés trabajando en Madrid. No podían localizarte y es urgente.

—Voy enseguida.

Volví a llamar a recepción.

—¿Conoce usted físicamente al inspector Moliner?

—Sí, le vi ayer, ¿lo recuerda?

—Bien, pues en cuanto lo vea pasar por ahí dígame que me espere, estoy a punto de bajar. Y si no le hace caso, llámeme usted mismo a mi habitación.

—Descuide, así lo haré —dijo algo desconcertado el recepcionista. Aún no era seguro que nuestros casos fueran el mismo, pero no pensaba perderme los primeros momentos de aquella urgencia.

Cuando llegamos a casa del ministro ya estaba el circo montado. Gente de la comisaría de Tetuán, un forense, un juez... El ministro, de nombre Jorge García Pacheco, yacía desmadejado sobre un sillón de su despacho, vistiendo un pijama de seda gris y una bata del mismo color y material. Según nos informaron enseguida, se había pegado un tiro en el paladar con su escopeta de caza. Había dejado una carta para su esposa y otra para el juez.

—Debí haberlo imaginado —dijo Moliner.

—No podías hacer más de lo que hiciste.

—Me equivoqué. Le puse vigilancia por si escapaba, hubiera debido detenerlo cautelarmente.

—Estamos empatados a muertos.

—¿Cómo?

—Tú dos y yo otros dos. Coronas se va a poner muy contento.

—Me lo imagino. Lo malo es que habrá que esperar hasta que el juez abra la carta. Según lo que haya escrito en ella, quizá no haga falta nada más.

—¿Dónde está su mujer?

—En el salón, con los hijos.

—¿La han interrogado ya?

—Me esperaban a mí. Habrá que hablar con ella de momento, aunque sin conocer los hechos no sé qué voy a exponerle ni a comentarle. Acompáñame, Petra, será mejor que vayamos los dos.

Entramos en el amplio y sobrio salón. La imagen que vi me impresionó vivamente. En la esquina que formaban una butaca y un sofá había un grupo humano colocado como para posar en un retrato. No se movieron al vernos. En el centro destacaba una mujer de unos cincuenta y tantos. A su alrededor seis jóvenes, chicos y chicas de edades descendentes. No lloraban, no mostraban expresión, sólo seriedad. El hieratismo y la posición que habían adoptado era lo que causaba la impresión extraña de que se habían preparado para la inmortalidad.

—Buenos días a todos —dijo cortésmente mi compañero—. Somos los inspectores Delicado y Moliner, de Barcelona, y ante todo queremos presentarles nuestras condolencias por la pérdida.

—Gracias —contestó la mujer sin rastro de emotividad, y añadió con una voz clara y dura—: Éstos son todos mis hijos, a excepción del mayor que está casado y al cual aún no se ha podido avisar. Me gustaría que, si no tiene nada que preguntarles, abandonaran la habitación durante nuestra charla.

Moliner asintió, y todos aquellos chicos rubios, que tenían un idéntico aire de familia, salieron ordenadamente por la puerta conteniendo a la perfección los sentimientos que sin duda debían experimentar tras la trágica

muerte de su padre. Cuando estuvimos a solas, la señora García preguntó con sequedad.

—¿Puedo saber qué hacen aquí si pertenecen a una comisaría de Barcelona?

Moliner me miró, tomé la palabra:

—Verá, señora, es posible que este caso esté relacionado con uno sucedido en Barcelona y del que nosotros nos ocupamos.

—No sé a qué caso se refiere.

—Su esposo...

—Mi esposo ha sufrido un triste accidente mientras limpiaba la escopeta.

—Al parecer se ha suicidado —dijo Moliner.

La mujer se puso roja como la grana.

—¡No vuelva a decir eso en mi casa nunca más, ni en la calle tampoco!, ¿entendido? Somos una familia religiosa y de orden y vamos a seguir siéndolo.

Intervine enseguida viendo que Moliner podía explotar:

—Ha quedado muy claro, señora. Para todo el que quiera saberlo, su esposo no se suicidó.

Volvió a su inexpresiva normalidad.

—Hay una carta que ha dejado para usted, ¿podemos saber qué dice?

—No.

—Quizá sea necesario que nos la enseñe.

—Tendrá que ordenarlo un juez.

—Señora... —dijo Moliner—. ¿Sabía usted que su esposo tenía una joven amante en Barcelona y que la asesinaron tan sólo hace unos días?

—No contestaré a nada, y menos si es ofensivo.

Entró sin llamar un hombre de unos treinta y cinco, con el aspecto rubio y desvaído de la familia, y se precipitó hacia la mujer.

—No digas nada, mamá. El abogado viene hacia aquí. La policía no tiene ningún derecho a interrogarte.

Lo miré del modo más despreciativo que figuraba en mis registros y dejé que mi voz sonara llena de cinismo.

—Puede estar bien tranquilo. Su madre conoce perfectamente los derechos que la asisten. De cualquier manera, ya nos ha quedado todo muy claro: su padre no se suicidó y no tenía una amante en Barcelona a la que han asesinado.

Moliner me tocó en el brazo y salimos sin despedirnos.

—Sólo les importa que todo quede en orden —comentó yendo hacia la salida.

—Defienden lo que queda.

Garzón nos esperaba con los ojos como platos. Ya se había informado de todo, pero esperaba de nosotros una última palabra de clarificación que no pudimos darle.

—Esto parece que está liquidado —aventuró.

—Yo creo que lo más probable es que la carta del tipo contenga una confesión general diciendo que él ordenó los asesinatos —respondió Moliner.

Lamentaba no compartir para nada sus certidumbres. ¿Se suicida un tipo que ha tenido la sangre fría de contratar a un asesino profesional para liquidar a su amante? ¿No sería más lógico que intentara escaparse? Puede que me fallara la psicología aplicada, y contratar a un sicario fuera una manera suave de asesinar, algo de lo que no acababas de tomar conciencia exacta, como si realmente el crimen lo hubiera cometido otra persona. Pronto lo sabríamos, el juez nos citó a las cuatro de la tarde en el juzgado número diez.

Moliner se largó a comer con mi hermana mientras Garzón y yo tomamos cualquier cosa en un bar. Sólo intercambiamos dos o tres comentarios, y esta vez no porque mediara enfado o mosqueo alguno sino porque nuestras mentes especulaban en solitario a todo tren.

Sentados los tres frente al juez, parecíamos una familia expectante y recelosa esperando conocer el testamento del patriarca. Al juez no le importaba demasiado lo que se disponía a leer; de modo que imprimió a toda la ceremonia un carácter funcional que no consiguió despejar nuestra tensión. Después de hacer dos o tres interminables comentarios

sobre las delicias ciudadanas de Barcelona, y de nombrarnos por si los conocíamos a todos los jueces con los que allí tenía amistad, abrió la carta del difunto ministro. Efectuó un carraspeo tradicional y leyó con un sonsonete legaloide.

Señor juez:

En pleno disfrute de mis facultades mentales y con plena conciencia de lo que hago me dispongo a poner fin a mi vida hoy, día veinte de los corrientes a las tres de la madrugada en el despacho de mi domicilio, utilizando para ello mi escopeta cuya licencia figura a mi nombre en el registro.

Deseo pues hacer constar que no debe culparse a nadie de mi muerte.

El motivo que me lleva a tomar tan execrable decisión no es otro que el sufrimiento en el que me encuentro y al que no veo más salida que la muerte.

He pecado. Cometí el error imperdonable de apartarme de los sagrados vínculos del matrimonio y enamorarme de Rosario Campos, una joven barcelonesa a la que creí pura e inocente. Sin embargo, esta mujer, sin duda dirigida por otros, intentó chantajearme con amenazas de que contaría nuestra historia amorosa a los medios de comunicación. Me encontraba meditando sobre qué hacer, y me hallaba ya dispuesto a no ceder ante sus presiones aunque estallara el escándalo, cuando alguien asesinó a Rosario, supongo que alguno de sus cómplices, por razones que desconozco.

Desde entonces vivo en la desazón de que alguien vuelva a amenazarme surgiendo de las sombras. Tampoco soporto la duda de pensar si fui responsable indirecto de la muerte de Rosario.

Todo esto es demasiado para mí y no tengo fuerzas para confesar la verdad a mi esposa o a la policía. En el cargo que ocupó, el escándalo sería excesivo.

Otro pecado, el de quitarme la vida que el Creador me dio, será ya el último que cometa. Él me juzgará y, quizá en su misericordia infinita,

decida perdonarme. Mientras tanto, el oprobio no caerá sobre mi familia y no les causaré sufrimientos.

Que Dios me perdone.

Quedamos todos en silencio. El juez nos miró por encima de las gafas.

—Eso es todo —dijo. Y viendo que nadie hablaba, preguntó—: ¿Qué les parece?

Garzón fue el único que pudo contestar.

—Está muy bien escrita —dijo—. Parece que hubiera estado suicidándose toda su vida.

El juez soltó una risotada y se puso de pie.

—Voy a pedir que les hagan una fotocopia; el original tengo que enviarlo al juez que instruye el caso de esa chica en Barcelona.

Salimos a la calle como si acabáramos de presenciar una sesión de cine de ocho horas. Moliner no conseguía reaccionar. Por fin habló como para sí mismo.

—O sea que Valdés se cargó a esa chica por alguna desavenencia interna y luego...

—¡Basta, basta! Ya ves que las hipótesis lanzadas al viento no sirven de mucho.

Le llamaron por el móvil. Habló ante nosotros utilizando tan sólo monosílabos. Cuando colgó dijo lacónicamente:

—Ahora tengo que dejaros, en la Moncloa quieren hablar conmigo.

—¿Quién?

—El presidente del Gobierno.

Garzón especulaba como loco dando sólo un sorbo de vez en cuando a su cerveza.

—¿Usted cree que alguien miente cuando va a suicidarse, inspectora?

—Supongo que no.

—A no ser que quiera proteger a alguien, ¿a quién podría querer proteger el ministro, a su esposa, a alguno de sus hijos, quizá, al misterioso Lesgano, un fantasma de apellido único en el país?

—No lo sé, Garzón, en este momento estoy en blanco. Ni siquiera tengo idea del próximo paso que debemos dar.

—El próximo paso es llamar al comisario Coronas. Estará de los nervios con el suicidio del ministro.

—¡Deje de llamarle el ministro! Ahora ya no es ministro ni es nada.

—¡Joder, está usted de un humor...!

—¿Y de qué humor quiere que esté? Esto es un embrollo de mil demonios y empiezo a temer que no lo vamos a solucionar ni en un lustro.

—Vamos a ver, inspectora, centrémonos. Parece obvio, después de la información que tenemos, que al difunto ministro lo quería chantajear su amante Rosario Campos y que ésta no actuaba en solitario. ¿Era Valdés quien dirigía sus pasos? Pongamos que sí. De hecho, tenemos motivos para sospecharlo. A Valdés le hemos encontrado una cuenta en Suiza que puede provenir de otros tantos chantajes a personas influyentes. Contamos además con el dato complementario que nos dio el marquesito: Valdés andaba preguntando por ahí sobre personajes que superaban en importancia a sus secciones de cotilleo.

—De acuerdo, de acuerdo, ¿y dónde podía publicar la información con la que amenazaba si ninguno de los directores para los que trabajaba la hubiera admitido?

—Inspectora, no seamos obtusos, con perdón. Quizá él no pudiera publicarla, pero podía venderla a algún periodista amarillo que sí se ocupara de política y otros temas de envergadura.

Me callé. El subinspector llevaba razón. Pero aunque la suya fuera una hipótesis factible, no explicaba los asesinatos. Protestó cuando se lo hice saber.

—No los explica en todos sus puntos, pero abre un campo de investigación. Sé que es usted contraria a trabajar sobre supuestos, pero tiene que reconocer que tampoco debemos echar en saco roto los indicios claros con los que contamos.

—Faltan nexos de unión.

—Los encontraremos, Petra, sería la primera vez que nos quedásemos a dos velas en algún asunto.

—Todas las personas implicadas en el caso tienden a desaparecer.

—Más fácil entonces; nos quedaremos con un solo responsable.

—¿Usted nunca se desanima, Fermín?

—Tengo mis baches, pero los supero. Hundirme del todo, jamás. Y usted tampoco, si lo piensa bien.

—¿Sabe que tiene un buen coco instalado entre los hombros?

—Eso mismo me decía mi mamá, pero siempre sospeché que se refería sólo al tamaño. No era muy halagadora, mi mamá.

Me eché a reír.

—Quiero pedirle disculpas, subinspector. Mucho me temo que no he estado demasiado agradable en los últimos días. Creo que arrastro una cierta tensión por este caso.

—Sí, yo también.

—Pero usted sabe disimularla mejor.

—Sólo porque soy más viejo.

—Eso es cierto, muchísimo más.

—Por lo menos en sabiduría.

—Suple usted muy bien la falta de halagos de su mamá.

Ahora fue él quien rió.

Cuando Moliner volvió de la Moncloa estábamos esperándolo en el bar del hotel. Venía aún investido de la dignidad que proporciona que el presidente de un país te llame a su despacho.

—¿Qué le ha dicho el presidente? —preguntó el subinspector.

—Discreción, sobre todo discreción.

—¿Quiere eso decir que no puede hablar? —dijo Garzón en plan agente secreto.

—No, quiere decir que nosotros debemos ser discretos. A la prensa, ni una palabra. Ellos van a pasar una nota oficial diciendo que el ministro se ha muerto de un infarto.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues así es, mi querida Petra, tal y como muy claramente nos dijo su esposa, no se suicidó.

—Eso de suicidarse queda para presidiarios, artistas y cajeras de supermercado con depresión, ¿no es cierto?

La gente importante y sobre todo si es de derechas, siempre muere de muerte natural. ¡Vaya gilipollez!

—A mí que me registren. El caso es que no se suicidó, ¿lo entendéis? Si algún periodista empieza a dar la tabarra sobre el tema lo mandáis al carajo.

—¿Os dais cuenta? Estoy segura de que apenas nos enteramos de los hechos que en realidad suceden en el mundo. Sin embargo, Valdés se ganaba la vida publicando qué actrizuela se había operado la celulitis o quién escondía en la trastienda un hijo subnormal.

Moliner se desesperó.

—Oye, Petra, paz en la Tierra para un hombre hecho cisco. Si quieres puedes seguir reivindicando el resto de la noche, pero dime si has entendido lo que hemos de hacer.

—¡Pues claro, pues claro que lo he entendido!

—Es que si lo que he dicho te cabrea, espera a oír el resto.

—Adelante, nada puede sorprenderme.

—He hablado por teléfono con Coronas. Dice que quiere vernos ahora mismo a los tres, y no lo dijo de manera risueña.

—¿Ahora mismo, qué significa ahora mismo?

—Significa que ya podemos subir a las habitaciones para recoger la ropa. Con un poco de suerte llegaremos al próximo puente aéreo.

—¡Ja!, ¿para qué queremos las telefonías y redes de comunicación más sofisticadas si después para echar una bronca siempre se recurre al *tête-à-tête*?

—Petra, ¿protestas por sistema todas las órdenes superiores?

Garzón, convencido de ser muy gracioso, contestó por mí.

—Las mujeres detestan la autoridad... que no pueden ejercer.

Salimos escapados de Madrid, como alma que lleva el diablo, como una exhalación. Moliner era hombre muy cuidadoso con la superioridad. En esos momentos, yo lamentaba no ser comisaria, y no por ejercer el mando, como decía Garzón, sino para poder colocar cada cosa en su sitio y exponer al menos mis opiniones. ¿O sí quería mandar? ¿Protestaba contra las

órdenes superiores y estaba deseando darlas yo? Quizá el subinspector estuviera en lo cierto y la principal característica de mi carácter era la contradicción. Si seguía reconociendo que mi compañero siempre llevaba razón, pronto debería admitir que lo hacía todo bien, y eso no era verdad, no lo hacía todo bien. Por ejemplo, ante la reprimenda de Coronas se mostró manso como un corderito de Belén, exactamente igual que Moliner. ¿Cómo podía batirme yo sola contra la incomprensión de los jefes? Coronas clamaba como un golpe de mar en la costa noruega.

—¡Son ustedes cojonudos, auténticamente cojonudos! Los señores consideran que no tienen la certeza absoluta de que sus casos estén relacionados y, naturalmente, no me lo notifican hasta que no haya más evidencias. He tenido mucha suerte de no enterarme leyendo el periódico. Aunque de todas maneras, para los resultados que están obteniendo...

Levanté la mano sin poder quedarme más rato en silencio.

—Señor, estoy segura de que si llegamos a llamarle para informarlo de lo que era sólo una sospecha, nos hubiera ordenado no volver a hacerlo hasta que no estuviera probada.

—¡Ah, Petra!, ¿es usted la portavoz? ¡Perfecto, y además de la portavoz parece ser también mi psiquiatra! Me conoce tan bien que se adelanta a mis pensamientos y, por tanto, a mis órdenes. Maravilloso, ¿sabe qué es lo próximo que voy a decir?

—No, señor.

—Muy bien, pues se lo aclararé. Cuando les encomendé a ustedes sendos casos, no había más que un muerto en cada uno de ellos, ¿de acuerdo? Pues bien, unos días después esto parece un camposanto, Waterloo después de la batalla. ¿No deberían concentrarse en adelantarse al asesino en vez de aventurar lo que voy a ordenarles yo?

—Eso no es justo, comisario; si desde el principio hubiéramos estado aunando nuestros esfuerzos en vez de ir cada uno por su lado...

—¡Petra Delicado!, ¿ha probado usted a callarse alguna vez?

—Yo...

—¡Usted es más peleona que un vino de fonda y cree que hay que concederle la opción a soltar su soflama! ¿Verdad? ¡Pues no, se callará

como los demás y aguantará el chaparrón porque eso es lo que le corresponde hacer! Y cuando venga con resultados y sin un nuevo muerto al hombro como si fuera otro bolso recién adquirido, entonces la escucharé. ¿Entendido?

—Lo del bolso es excesivo, señor.

Coronas se tapó la cara con las manos en plan muy teatral, como si realmente estuviera encomendándose a Dios para no saltar sobre mi cuello y apretarlo hasta verme morir. De repente descubrió la cara y dijo con una voz grave y paciente.

—Les espero en la sala de juntas dentro de una hora. Piensen bien en todo el material que llevan entre manos. Buscaremos estrategias y decidiremos qué hacer. ¿Me han comprendido?

Los tres asentimos al unísono. Entonces Coronas se dirigió a mí y soltó:

—Y usted, Petra, ¿lo ha entendido?

—Sí, señor.

—¿Y no tiene nada que objetar?

—No, señor.

—Bien, ¡alabado sea Jesucristo!, márchense ya.

Caminamos los tres por el pasillo, en un silencio que sólo rompí yo dirigiéndome a Moliner.

—¿Te convences de que Coronas no siente por mí ninguna predilección?

—Me he convencido justamente de lo contrario. ¿Sabes lo que hubiera hecho conmigo si llego a soltarle lo mismo que tú?

Garzón se unió enseguida a la charla.

—Pues hoy ha estado duro. Una vez la inspectora le llamó machista y él se rió.

—Los hombres tenéis mitificada la figura del jefe, y no hay para tanto, con respeto siempre se puede discrepar.

—No, lo que ocurre es que no es lo mismo cuando las cosas las dice una mujer; se os consiente más.

Garzón ratificó la frase de Moliner con enérgicos golpes de cabeza. Paré de andar.

—En cualquier caso, ninguno de los tres está cumpliendo las órdenes de Coronas.

—¿Por qué?

—¿Alguien está pensando en el material que tenemos entre manos de cara a la reunión de después?

—El material que tenemos entre manos apesta.

—Pues entonces cuanto antes nos lo quitemos de en medio tanto mejor. Vamos a mi despacho, allí podremos hablar tranquilamente.

La sesión con Coronas fue sinceramente agotadora. Editamos los informes que día a día, tanto Moliner como nosotros, habíamos estado haciendo sobre ambos casos y los estudiamos con minuciosidad. Rodríguez, el adlátere asignado habitualmente a Moliner, se unió a nosotros hacia la mitad de la reunión. También opinó sobre por dónde era pertinente seguir investigando.

El comisario se fijó en que las casillas designadas a la información financiera no estaban completas, y protestó. Tuve que intervenir.

—El inspector Sangüesa no ha tenido tiempo de completar esa parte, señor.

Gruñó como un oso recién despertado en primavera. Tomó el teléfono y le oímos hablar.

—¿Cómo que faltaba pasar el informe al ordenador? Les tengo dicho que el ordenador es una herramienta para agilizar el trabajo, no para ralentizarlo. A ver, dígame... ¡Sí, joder, pues los que haya terminado! Bien, espere, estoy apuntando, ellos ya sabrán. Está bien, Sangüesa, me hago cargo, pero espabídense, que una cosa sea difícil no justifica la lentitud exagerada. Nos hace mucha falta, de modo que pónganse a trabajar. Y si no pueden comer, no coman, llévense un bocadillo al despacho, como los americanos, que mire si han progresado haciéndolo así.

Comprobé la gran cantidad de aptitudes que me faltaban para mandar con propiedad en el fino estilo policial. Por si se me había olvidado algún detalle, Coronas se volvió hacia mí y completó la lección.

—¿Y usted, Petra, se puede saber por qué no había reclamado estos datos ya?

—Ya los reclamé, no quería ejercer demasiada presión sobre los compañeros.

Soltó una falsa carcajada en do mayor.

—Esto no es un club de golf donde los socios toman el té después de jugar. Aquí cada uno es responsable de su investigación, y si le hacen falta datos de otro departamento para seguir, tiene que presionarlos con los mismos métodos con los que presionaría a un delincuente. ¿Me explico?

—Sí, señor.

—Muy bien. Sangüesa les ha averiguado las cuentas de dos sospechosos más que parecen estar limpios. A saber, la tal Pepita Lizarrán y Emiliana Cobos. Por cierto, esta última no recuerdo quién es.

—La del hijo subnormal —dijo Garzón reincidiendo una vez más en el oprobio.

Coronas enseguida le entendió, estaba claro que lo del hijo subnormal les parecía más reprovable que un atraco a mano armada.

—Y otro punto muy importante, la víctima Rosario Campos tampoco tenía nada económico que ocultar. Su cuenta coincide con las nóminas.

—Faltan el marquesito y la ex de Valdés.

—Veremos qué ocurre con éstos. ¿Y el ministro?

—Los datos financieros del ministro los buscarán en Madrid, aunque me temo que va a ser muy jodido —dijo Moliner.

—Puede jurarlo. No creo que haya manera de saber si pagó alguna cantidad a Valdés.

—No figuraban imposiciones recientes en su cuenta de Suiza. Y a Rosario Campos es evidente que no le pagó.

—Entonces es que no mintió antes de morir.

—Quizá ésa fue la única vez en su vida que no mintió —dijo con malicia.

Coronas me miró, curiosamente escandalizado, y dijo en voz baja:

—Dejemos a los muertos en paz.

Al final, se decidió que Moliner y Rodríguez profundizarían en el entorno amistoso y familiar de Rosario Campos y estarían en contacto con la comisaría de Madrid que investigaba ya al ministro. Quizá alguien podría

informar sobre la calidad de chantajista aficionada de la chica asesinada, o algún lugarteniente del ministro se decidía a hablar. Garzón y yo debíamos volver a Madrid y seguir con la pista que nos había proporcionado Ruiz Northwell, también llamado el marqués. ¿Era Valdés un chantajista profesional, de ahí sacó su pasta suplementaria?

Teóricamente, las estrategias pintaban muy bien, pero yo me preguntaba cómo podíamos sacar algo más de un tipo que hablaba de oídas y que no dejaba aún de estar bajo sospecha. ¿Habría que frecuentar los bares de la jet en Madrid, meter las narices en el epicentro de los rumores que siempre circulan a miles por la capital? Aquella perspectiva me horrorizó, no la veía todo lo directa y efectiva que hubiera deseado en aquel terrible punto muerto de nuestras pesquisas.

Las broncas e invectivas de Coronas acabaron con una orden brutal: no había que esperar a mañana para viajar a Madrid. Quería que la primera hora del día siguiente nos cogiera ya a punto para empezar en el tajo. Teníamos tiempo para dejar la ropa sucia en nuestras casas y proveernos de limpia. Después iríamos al aeropuerto, desde donde a las once salía el último vuelo regular. Nos reservarían dos billetes por conducto especial.

Quedamos con Garzón para vernos en el aeropuerto.

—Allí tendremos tiempo para cenar —se le ocurrió como cosa más interesante que comentar antes de meterse en un taxi.

Llegué a casa con los nervios a flor de piel. Todo aquello estaba llenando mi caldera de excesivo vapor que en cualquier momento podía estallar. Al pasar junto al espejo del recibidor me miré de refilón. Tenía una pinta innoble, despeinada y con cara de cansancio. Por desgracia no había tiempo ni para una ducha. Fui directamente a mi dormitorio y empecé a sacar la ropa sucia de la maleta. Entonces Amanda apareció en la puerta.

—Hola.

Di un respingo y me volví hacia ella.

—Me has asustado. No sabía que estabas aquí.

—¿Te marchas?

—Otra vez a Madrid, han surgido complicaciones.

—Creo que yo me iré también.

—¿Vuelves a Gerona?

—No, me quedo aquí, pero me trasladaré a un hotel.

—¿Por qué demonio vas a trasladarte a un hotel?

—Comprendo que mi presencia te resulte molesta.

—Eso es absurdo; además, no te preocupes, ya te he dicho que me voy.

Moliner se queda en Barcelona de momento.

—Bien, entonces no me iré a un hotel.

—Me parece perfecto.

—Lamento lo que ha sucedido; pero sinceramente no creo que hayas estado a la altura de las circunstancias. ¿Por qué no me diste consejos todos estos años cuando estaba casada y perdiendo el tiempo? Quizá entonces era el momento ideal.

—El tiempo se pierde siempre, casada o no. Al final siempre te mueres. Pero llevas razón, no debiera haberme metido en tu vida. Ahora he rectificado, me da igual que ligan con un policía o que te folles a un orangután.

Me miró fijamente con cara de odio.

—Petra, te has convertido en una mujer dura y egoísta, insensible. No me extraña que vivas sola, creo que seguirás sola toda la vida.

Salió de la habitación suavemente. La oí trajar en la cocina.

Acabé de preparar la maleta y le dije adiós desde la puerta principal, como si sólo saliera a comprar el periódico. Amanda no respondió.

En el aeropuerto me esperaba el subinspector. Había tiempo de sobra, nuestro vuelo partiría con dos horas de retraso. Según él se nos planteaba el problema de la cena. El bar de la zona destinada a vuelos nacionales estaba cerrado.

—Podemos decir que somos policías; nos dejarán esperar en la zona internacional. Allí la cafetería está abierta aún.

Lo hicimos, mi compañero no parecía dispuesto a pasarse sin comer y a mí me apetecía beber algo fuerte. Una bronca del jefe y una disputa familiar son dos de los motivos que hacen lícita una buena borrachera.

Allí, rodeados de extranjeros en tránsito, dimos rienda suelta a nuestros instintos. Garzón se hizo con un par de bocadillos y me trajo una ensalada de atún que regué con abundante cerveza. Después, ambos pasamos al whisky.

—¡Hemos recibido un buen varapalo laboral! —comenté.

—¡Bah!, si viera lo que pasa en otras comisarías. Coronas tenía que hacerse notar un poco, para dinamizar la investigación. Lo que ocurre es que usted tiene una fina sensibilidad.

—¿Sí?, ¡no me diga! Hay quien opina lo contrario.

—Será que no la conoce bien.

—¿Usted cree que me he vuelto egoísta y dura?

—A todos los policías nos pasa un poco; es por estar tan en contacto con la realidad desagradable. Y si vivimos solos, las cosas se agravan aún más.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Fermín?

—Si no es personal...

—Es personal.

—Pues entonces no. Usted misma me hizo prometer que no hablaríamos de cosas personales.

—Podemos hacerlo siempre que al día siguiente no recordemos nada de lo que hemos dicho. ¿Es usted capaz de algo así?

—No sé si tiene mucho derecho a pedírmelo, pero supongo que sí. Intentémoslo.

—De acuerdo, ahí va mi pregunta: ¿le pesa a usted la soledad?

—Creí que iba a ser algo más sustancioso, pero bueno, le contestaré. Desde luego que sí, inspectora, desde luego que me pesa. La mayor parte de los días no pienso en ello, pero a veces cuando me voy a la cama me da por imaginar que no me despertaré, que moriré durante el sueño. Entonces pienso que nadie me echaría de menos y que ninguna vida ajena se alteraría por mi muerte. Es triste, bastante descorazonador. ¿Qué le parece?

—Fúnebre. ¿Y qué suele hacer en esos casos?

—Depende. Lo más usual es que me levante y vaya a la cocina a picar un poco. Ya sabe, un ligero tentempié, una lonchita de jamón... después de

tomar algo me siento más entero. Entonces pienso que no es para tanto y que, si me muriera por la noche, al día siguiente no iría a comisaría e inmediatamente Coronas mandaría a buscarme hecho un basilisco. Entonces descubrirían mi cadáver, tendrían que certificar que es de muerte natural, vendrían los compañeros, usted, avisarían a mi hijo a Nueva York, habría un entierro... un buen ceremonial. Si lo que queremos es que se arme follón a nuestra muerte, yo con ése ya tengo bastante.

—No está mal pensado.

—Y a usted, ¿le molesta la soledad?

—¿Molestarme? No, usted sabe que soy solitaria por convicción. Pero hay algo tan tonto que... no sé si contárselo siquiera.

—Cuéntemelo, pediremos otro whisky para afrontar el tema.

—Pues... hay algo que nunca he aprendido a hacer. Es más, yo diría que me he negado en redondo a aprenderlo. ¿Sabe Garzón?, yo no sé colocar los cordones en unos zapatos nuevos.

Me miró pensando si había sido prudente pedir otro whisky.

—Supongo que entiende lo que quiero decir. Sé atármelos, pero no ir colocándolos estratégicamente dentro de los agujeritos para poder estirarlos al final.

—No es muy complicado.

—Lo sé, pero siempre ha habido alguien que lo hacía por mí: mi padre, mis maridos. Yo no quería aprenderlo; era algo así como dejarme querer, como permitir que los demás me mimaran un poco. ¿Qué le parece?

—Muy propio de usted; es decir, raro.

—Es una gilipollez, pero aunque no se lo crea, aún ahora procuro que alguien lo haga en mi lugar. Lo pido en la tienda si los zapatos son recién comprados, o a mi asistenta cuando la veo. Pero, claro, ya no es igual. Sé que un buen día ya no podré pedírselo a nadie, pero sigo sin querer aprender. Pienso que es algo que la vida me debe.

—Ya entiendo.

—¿A usted qué le debe la vida?

—La vida y yo estamos en paz. Yo ya no le pido nada para el futuro; pero que la vida no vaya jodiendo tampoco y me pida algo a mí. Ni

sacrificios extras ni incomodidades, ¡se acabó!

—¡Justo! Ése es el egoísmo de los que vivimos solos; pero ¿no cree que tenemos derecho a reivindicarlo?

—¡Faltaría más!

Bebimos en silencio, cargados de razón. La luz artificial eliminaba los contornos de los muebles de plástico. Un aire de cansancio recorría a los viajeros que esperaban junto a nosotros. Nos miraban algo sorprendidos por la extraña pareja que formábamos. Durante un momento me pregunté qué hacíamos allí, en un lugar impersonal, frío, de paso. Garzón me sacó de cualquier posibilidad melancólica con una exclamación procaz después de mirar el reloj. El alcohol había aligerado las penas y el tiempo, era casi hora de partir. Volvimos a nuestra zona y tomamos el avión.

A la mañana siguiente, me desperté en el hotel sin reconocer a ciencia cierta mi ubicación. Lo primero que hice fue jurarme a mí misma que en cuanto resolviéramos aquel caso infecto le diría a Coronas que quería disfrutar mis vacaciones pendientes. Estaba empezando a volverme neurasténica; de modo que cogería las maletas y viajaría a algún lugar donde no hubiera prensa rosa ni de ninguna otra coloración. Pensé en los numerosos muertos que habían quedado en el camino: Rosario Campos, Valdés, aquel pobre diablo de confidente y su mujer, cuyo asesino ni siquiera pensábamos en buscar, y por último el ministro. Habíamos dado con una veta de muerte pura y seguíamos moviéndonos a tientas, sin un paso firme. Coronas llevaba razón, los acontecimientos se nos anticipaban continuamente y podía hablarse de fracaso con toda propiedad.

Garzón daba cuenta escrupulosa de su desayuno cuando se lo comenté.

—¿Y qué quiere que hagamos? —respondió—. Ahora mismo volveremos a entrevistarnos con ese marquesito.

—¡Al carajo con el marquesito! Él ya hizo su gracia indicándonos la posible relación de Valdés con el mundo de los grandes chantajes. No sacaremos de ese tipo ni una gota más de información.

—Coronas ha ordenado que lo interroguemos y que lo presionemos a más no poder.

—Sí, eso está muy bien, pero el marqués nos pasó el dato, usted lo elaboró y dedujo de él una valiosa posibilidad, pero ¿qué hacemos luego con esa posibilidad? La olvidamos y seguimos como perros las indicaciones de nuestro comisario.

—No creo que debamos arriesgarnos a que se ponga como una fiera otra vez.

—¿Quién lleva en puridad este caso, nosotros o él?

—¡Hombre, inspectora, si nos ponemos así...!

—Escúcheme bien, Garzón; es hora de seguir donde nos habíamos quedado. Hablamos de chantajes, ¿no es cierto?, y le aseguro que ese pobre ministro no se ha cargado a nadie. Ha de haber alguien más. ¿Recuerda a Lesgano? Debemos volver atrás.

—¿Puede sugerir de qué manera?

—Volviendo al mundo de la comunicación. ¿Se acuerda de Maggy, aquella chica con la que fui tan amable y sutil? Creo que tenemos que darle prioridad frente al marqués.

—¡Dios, la que vamos a armar!

—Relájese, Coronas no está en Madrid.

Regresamos a Teletotal, donde Maggy nos recibió de nuevo sin demostrar el más mínimo interés o deseo de comunicación. Había potenciado su aspecto entre moderno y marginal colocándose un par de aretes minúsculos que le horadaban la aleta derecha de su nariz pequeña y respingona. Me miró con ironía.

—Creí que no volvería a verla por esta casa, como le repugna este ambiente sin moral...

Sonreí, decidida a ser inclemente conmigo misma.

—La menosprecié, Maggy, de todas las personas con las que hemos hablado me parece que usted ha sido la única inteligente.

—¡Vaya, me siento muy honrada!

—Lo digo en serio, y debo añadir que en estos momentos usted puede ayudarnos más que nadie a aclarar la muerte de Valdés.

—Sí, ya veo, ¿esto es un llamamiento como «la patria te necesita» o algo así?

—Llámelo como quiera, pero sí es verdad que la necesitamos.

Se sacudió unas minúsculas motas de la camiseta ecologista que lucía.

—Bueno, pues ustedes dirán.

—Es muy fácil. Sabemos que Valdés accedía a información más comprometida que las operaciones estéticas de una *vedette*. ¿Tiene usted idea de a quién podía estar vendiéndosela?

Resopló varias veces haciendo jugar las guedejas de su flequillo en punta.

—¡Y yo qué voy a saber! ¿Cree que un tipo como mi jefe, que ni siquiera guardaba notas para que nadie las leyera, iba a comentarme una cosa de ese calibre?

Intervino Garzón.

—No aspiramos a tanta felicidad, pero usted colaboraba más que nadie con él, sabía con quién hablaba, qué contactos tenía.

—Despídanse, él sólo sabía sacar información de mí; la que obtuviera por otros cauces jamás la compartía conmigo. Yo aquí sólo era una especie de peón, y pronto no seré ni eso.

—¿Qué me dice de la directora de esta cadena?

Se echó a reír con ganas.

—¡Joder, por mí la pueden emplumar, pero dudo mucho que esta televisión esté mezclada en algo semejante!

—¿Quién hubiera sido capaz de publicar un escándalo que llegara a cargarse a una figura pública, pongamos a un ministro?

—¿Está de cachondeo? ¡Todos, inspectora, todos los periodistas de este país lo harían! Éste es el mundo de la prensa moderna, ¿o pensaba a lo mejor que sólo la asquerosa prensa rosa era capaz de hacer esas guarradas?

Llevaba razón, llevaba irónica y fatal razón. Todos. Cualquier periódico lo haría. Crucificarían al mismísimo presidente de la nación con una información contrastada. Lo machacarían vivo. Si era adversario de la tendencia política del periódico, lo harían aún con mayor ensañamiento. Cualquiera de las grandes cabeceras del país tendría arrestos para sacar trapos sucios en portada, del tipo que fueran: públicos o privados, de cariz económico o sexual.

Mis escrúpulos hacia la prensa rosa no dejaban de ser el exponente de un montón de anticuados prejuicios. Ahora el envilecimiento era general, profundo, nos comprendía a todos. Y tenía que ser una jovencita de ojos redondos y pelo amarillo quien me pusiera a la vista algo tan obvio. Me avergoncé.

—Supongo que es así, Maggy, que estás en lo cierto. ¿No recuerdas que Valdés acudiera nunca a ninguna entrevista con el director de un periódico? ¿Recibió quizá alguna llamada, alguna invitación oficial del gobierno? ¿Lesgano podía ser quizá algún político?

Negaba con la cabeza, dándose cuenta de mi progresiva desesperación. Me mostré indefensa, como en realidad estaba.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer, recorrer todos los diarios de Madrid y Barcelona preguntándole a su director si le pagaba a Valdés por noticias confidenciales, entrar en los despachos de todos los ministerios?

—Lo único que puedo hacer por ustedes es acompañarlos a la hemeroteca. Allí podemos mirar los periódicos de los últimos tiempos y recordar si publicaron alguna noticia escandalosa sobre algún personaje importante. Eso correspondería a un intento de chantaje periodístico no consumado. También puedo indagar entre mis contactos, preguntar por políticos o periodistas. ¿Qué les parece?

—¡Dios! Muy trabajoso, me parece muy trabajoso, muy impreciso además; pero quizá no haya otro remedio. ¡Y yo que pensaba que en los ambientes de las revistas rosas iríamos a muchas fiestas! Detesto las investigaciones en hemeroteca.

Maggy se echó a reír. En el fondo, le caíamos simpáticos, pero yo no estaba de humor.

—Está bien, Maggy. Si decidimos aprovechar su oferta, la llamaremos mañana. Mientras tanto, le ruego que intente pensar en algún dato que hubiera podido escapársele. ¿Conserva mi número de teléfono?

Asintió varias veces. Al verme desfondada me dijo:

—¿Ve que la patria no podía confiar demasiado en mí? Lo siento.

—Yo también siento haber sido desagradable la otra vez. La próxima lo haré mejor.

—Hoy no lo ha hecho mal del todo.

Sonrió iluminando su cara de mascota perdida en busca de dueño. Era una buena chica.

Caminamos por la calle, sin demasiada prisa, en silencio, con el mal humor y la frustración creando una nubécula a nuestro alrededor. Garzón le dio un puntapié a una colilla, dada la ausencia de piedras en la ciudad.

—¿Usted cree que con la acumulación de cadáveres que llevamos encima es buen momento para ponerse a hurgar en periódicos atrasados?

—No, supongo que eso le hubiera correspondido a una etapa anterior; ahora sería absurdo y nos haría perder un montón de tiempo. ¿Qué le parece la táctica de prender fuego al bosque periodístico? Eso quizá pueda hacer salir a algunas alimañas emboscadas. ¿Y qué me dice del mundo de la política?

—Le recuerdo, inspectora, que lo malo de los periódicos es que publican las cosas. Si empezamos a visitar las redacciones abiertamente y a hacer correr rumores, enseguida trascenderá a los papeles. ¿Dónde queda entonces la discreción?

—De acuerdo, acabaría siendo perjudicial, pero al menos obtendríamos cierto movimiento.

—O no. Si Valdés formaba parte de alguna red de extorsionadores enmarcada en el mundo periodístico, no creo que se tratara de una banda de pardillos. Lo pensarán bien antes de cometer una equivocación. Además, excuso decirle que si vamos a hacer caer alguna torre elevada, tendremos que ocuparnos de que existan pruebas. Olvídese de intuiciones o acorralamientos psicológicos.

—Bueno, en ese caso creo que estoy preparada para dimitir.

—Ni lo sueñe. Les pasarían el caso a Moliner y Rodríguez, justo cuando estamos en condiciones de descubrir algo gordo.

—Quizá usted esté en esas condiciones, porque lo que soy yo... Además, aunque así fuera, éste es un caso comprometedor que se va a quedar en la sombra. ¿Qué espera si lo resolvemos, que nos den las llaves de la ciudad?

—Sólo quiero cumplir con mi deber.

—¡No me joda, Garzón, por favor!

—Bueno, quizá me he pasado. Digamos que tengo prurito profesional. De todas maneras, inspectora, reconozca que estamos perdiendo el tiempo.

—Tiempo nos sobra; lo que faltan son pistas.

—Vamos a ver al marqués.

—Está bien, vamos a ver al marqués; pero diez contra uno a que jurará que no sabe más de lo que dijo.

—En esta oportunidad lo presionaré. ¿Se acuerda del cuadro que tiene en su casa con aquel santo bestia que patea al diablo? Pues así voy a tratarlo yo.

—No se olvide de la espada flamígera.

—¿Y eso qué es?

—Una espada con fuego, creo que funciona a gas.

—Dejémonos de inventos, con una buena hostia será suficiente.

La añeja criada de Ruiz Northwell nos informó de que éste no estaba en casa, de modo que tuvimos que esperarlo en un bar cercano desde donde se veía la puerta de entrada. Aprovechamos para comer algo.

—Voy a llamar a Sangüesa —dije—. Sería conveniente interrogar a ese tipo sabiendo algo sobre el estado de su cuenta.

—¿Cree que tendrá algo ya?

—Según la teoría de Coronas, bastará con ser grosera con él para que lo improvise.

Sangüesa no había completado el informe sobre el marqués, como era de esperar. Sin embargo, y sin necesidad de groserías, me dijo que todo cuanto llevaban investigado le llevaba a afirmar que el marqués no contaba con cuenta en Suiza. Sin embargo, sí tenía una, bastante peculiar, en un banco de Madrid. Se me abrió una ventana en la mente, de par en par. Los movimientos que en ésta se registraban eran extraños. Había imposiciones relativamente fuertes, entre las que no existía ningún paralelismo de tiempo ni cantidad.

—¿Puedes especificar un poco más?

—En fin, esperaba hacerlo en mi informe; pero creo recordar que, de repente, ingresa cinco o seis millones, a veces diez. Luego esa cantidad va menguando hasta que prácticamente queda a cero. Entonces hay una nueva imposición parecida, sin ninguna periodicidad.

—Entiendo. Sangüesa, eres un sol. Lamento que el jefe te echara una bronca el otro día. Por si te consuela, te diré que a mí también me tocó.

—¡Bah!, ¿qué tipo de jefe sería Coronas si no echara una bronca de vez en cuando? y ¿qué tipo de subordinados seríamos nosotros si nos la tomáramos en serio?

—¡Ésa sí es una buena filosofía! De todas maneras, reitero lo de que eres un sol. No sé qué hubiéramos hecho sin tu colaboración... ¡ni siquiera sé lo que vamos a hacer contando con ella!

—No me eches piropos antes de haber cumplido tu lista en su totalidad. La tal Marta Merchán se nos está resistiendo.

—¿La ex de Valdés?

—Sí, no te digo que haya nada raro; probablemente no sea así, pero hay un rastro que se escapa, quizá inversiones... no sé. Ya te diré algo.

Me volví hacia Garzón.

—¿Ve?, ya tenemos más información. ¡Y sin necesidad de presionar ni berrear como hizo Coronas!

—No es lo mismo un compañero que un subordinado —objetó.

Me puse a gritar de improviso.

—¡¿Quiere dejar de decir estupideces y acabar con esos putos calamares de una vez?! ¡Debería estar repasando los datos del marqués antes de que entremos ahí a partirle los dientes!

Se quedó estupefacto. Sonreí.

—¿Le gusta más este estilo con el subordinado?

Sonrió él también, entendiendo la broma.

—Que usted no chille no significa que no sepa mandar. Lo hace, y mucho; lo que ocurre es que las mujeres recurren a otras maneras.

—Mucho más delicadas.

—Más retorcidas, diría yo.

—Es decir, peores.

Se encogió de hombros y cambió de conversación.

—¿Qué le ha dicho Sangüesa?

Se lo conté con todo detalle. Estaba mucho más animada, incluso me encontraba mejor. Que Ruiz Northwell tuviera una cuenta oscilante, sin que se le conociera oficio ni beneficio, parecía muy prometedor. El juego de las hipótesis volvió a ganar terreno. ¿Sería el marqués una especie de intermediario entre las altas esferas y Valdés?, apuntaba Garzón. Puede que con su reputación de «pelado» no tuviera acceso a la élite, pero bien podía hacerse eco de rumores que luego Valdés verificaría con su fino olfato profesional.

Nos mantuvimos en el reino de la conjetura casi una hora más, justo hasta que vimos a Ruiz entrando en el portal de su casa con estudiado paso atlético. Esperamos unos minutos y nos encaminamos hacia allí.

Abrió la veterana sirvienta, y su renqueante silueta nos condujo hasta el salón donde ya habíamos estado. Inmediatamente, Garzón se colocó frente al cuadro de san Miguel, como fascinado, quizá sólo buscando inspiración para vapulear al marqués tal y como había prometido. Al poco entró Ruiz Northwell sonriendo, como si la nuestra fuera una visita social.

—¡Hola!, ¿de vuelta por aquí?, ¿qué tal están?

Sin que pudiera apenas darme cuenta, Garzón saltó en dirección a él y lo acorraló.

—¡Ya está bien de chorradas! —aulló—. O nos dices todo lo que sabes o te quito el marquesado a hostias.

Yo misma me quedé de una pieza, y semejante salida estuvo a punto de hacer que me echara a reír. El marqués me miró aterrorizado, esperando que le diera una orden disuasoria al perro que lo tenía cogido por el cuello. Me acerqué lentamente al improvisado san Miguel.

—Reconozco que mi compañero es un poco impulsivo; pero la verdad, señor Ruiz, es que usted nos ha agotado la paciencia.

—¿Yo... por qué?

—Porque en un caso en el que las muertes se suceden no se puede ocultar la verdad, ni mucho menos mentir.

Garzón lo zarandeó.

—¡Tú sabes más de lo que dices, cabrón!

—¿De qué están hablando? ¡Esto es anticonstitucional!

—Sin duda no es ortodoxo, pero tampoco lo es tener cuentas en el banco cuando no se trabaja. ¿De dónde salen las imposiciones que hace usted de vez en cuando, marqués?

Nos miró con angustia.

—Dígale que me suelte, por favor.

Garzón me salvó de tener que tratarlo como a un animal amaestrado y lo soltó de motu propio.

—Señores, lo tengo todo en regla; de verdad. Pago casi todos mis impuestos.

—Ése no es el asunto, queremos saber de dónde sale el dinero.

—No tienen derecho a...

Me sentí de pronto cansada, harta de representar siempre la misma comedia. Me dejé caer en uno de los incómodos silloncitos de estilo rococó.

—Escúcheme bien. Podemos hacer que esto dure minutos, días, semanas, meses. Podemos seguirlo por todas partes y hacerle la vida imposible. Será pesado, violento, agotador. Créame, no vale la pena. Cuéntenos de dónde viene el dinero y acabemos ya.

Asintió.

—De acuerdo, inspectora, se lo contaré, no tengo nada que ocultar. Acompañenme, les enseñaré el resto de la casa.

Lo seguimos sin comprender muy bien qué se proponía. Al pasar por el recibidor vimos dormitando a la vieja criada, que aparentemente no tenía mucho que hacer.

Ruiz Northwell fue mostrándonos una a una las habitaciones de su casa. Estaban prácticamente vacías. A juzgar por aquella desolación, la única habitación amueblada era aquella donde solía recibirnos.

—¿Ven? ¿Creen que esta casa ha estado siempre así? Faltan muebles isabelinos, cornucopias de gran valor, cuadros, cuberterías de plata, juegos de café de porcelana antigua. Todo he ido vendiéndolo para subsistir. No he tenido suerte en los últimos tiempos, este pequeño patrimonio era lo único que me quedaba, y ahora pueden comprobar cómo está.

—¿Lo ha vendido a anticuarios?

—Sí, de la mayor parte de operaciones conservo recibos. Otras se han llevado a cabo con dinero negro, me da igual si me quieren denunciar. Con el contrato que me ofrecieron, creí que las cosas iban a cambiar pero ese cabrón de Valdés lo estropeó todo.

—¿Usted le mató? —preguntó Garzón.

—No. ¿No se dan cuenta? Yo no tengo valor para matar a nadie. No mataría a nadie si de ahí no sacara nada en concreto. La venganza es cosa del pasado, y yo tengo otros problemas en los que pensar.

—Usted dijo que Valdés siempre pedía informaciones sobre gente importante. Díganos más sobre eso. ¿Conoce a un tal Lesgano?

—Les aseguro que no sé nada. Si hubiera sabido algo, hubiera intentado chantajearle, eso sí lo hubiera hecho con placer. Aunque estoy seguro de que andaba metido en algo gordo. Yo no soy un estúpido y algo le sonsaqué a Rosario Campos, pero no lo suficiente como para actuar.

—¿Le dijo Rosario Campos que pensaban realizar una extorsión?

—No, no dijo nada claro, pero un día alardeaba de que conocía a Valdés, otro dejaba caer que quizá se iría a vivir al extranjero, ¡qué sé yo, era extraño! De todas maneras, no pude sacarle nada más.

Pensé que sus palabras tenían una cierta lógica. Debió de intentar sacar algún trapo sucio de Valdés para pagarle con la misma moneda. Siguió hablando, cada vez con mayor exaltación.

—Él mismo debió de matar a esa chica, inspectora; era un individuo sin escrúpulos. Siempre sacaba partido de las mujeres. ¡Incluso a su ex mujer debía martirizarla de alguna manera!

—¿Por qué dice eso?

—Una noche los vi cenando juntos en un mesón. No era un sitio de los habituales a los que solemos ir la gente del mundillo. ¿Qué hacían cenando los dos en Madrid cuando pueden verse siempre que quieran en Barcelona?

—Oiga, Ruiz, no creo que...

—Sí. Además, cuando él me reconoció, dio un respingo y ocultó la cara. Pero yo ya lo había fichado, ¡desde luego que sí! Y a ella también. Seguro que estaba intentando chantajearla. Era un cerdo, un maldito cabrón.

—Está bien, está bien; es suficiente. No se vaya a ninguna parte, podemos necesitar tener con usted otra... conversación.

—No tengo nada que ocultar.

—¿Está seguro? Quizá a los inspectores de Hacienda les apetecería charlar sobre sus transacciones de objetos artísticos.

—No ganará nada denunciándome, inspectora. Lo mío es poca cosa si lo compara con lo que hay por ahí. Además, dudo que a usted le guste hacer leña del árbol caído. Piense en un hombre que viene de una alcurnia semejante y que se ve reducido a estos extremos; sentirá piedad de mí.

—A nosotros la alcurnia nos la suda —le espetó Garzón—. De modo que no dé por hecho nuestro silencio, ¿estamos?

Era evidente que el subinspector se había quedado con las ganas de ejercer de santo vengador con el noble. No lo culpaba, la verdad, aquel último intento de movernos a compasión había sido patético. Sin que el paso de transeúntes a nuestro lado lo inhibiera lo más mínimo, se puso a despotricar en voz alta en medio de la calle.

—¡Sentir piedad de ese parásito social! ¡A picar piedra, lo pondría yo, y con pan seco como única comida!

—Es sólo un pobre tipo.

—Supongo que no le tiene la más mínima lástima, que no se habrá tragado todo ese rollo del hombre venido a menos.

—Lo único que quiero decir es que es un desgraciado. Éste no ha matado a nadie ni sabe mucho más sobre las actividades de Valdés.

—¿Y toda esa historia de la ex mujer cenando en un mesón? Apuesto a que es una cortina de humo para ocultar algo.

—Más bien me parece un intento desesperado de demostrar que nos diría cualquier cosa que supiera.

—¿Entonces es verdad?

—Probablemente sí, aunque no creo que sea significativo.

—¿Valdés mantenía relaciones lo suficientemente buenas con su ex mujer como para cenar con ella en Madrid?

—Tendrían algo que tratar, se encontrarían por pura potra. No me líe, Garzón, todo eso nos aleja del meollo. Déjeme hacer una llamada.

Llamé a Maggy. Estaba segura de que había tomado en serio nuestra visita, de que había pasado el tiempo buscando algún papel de Valdés. Y no me equivoqué, la vocecilla de aquella francotiradora del periodismo rosa me hizo concebir alguna esperanza al decir:

—Yo también iba a llamarla, inspectora, hay algo que quizá... He recordado que mi jefe tenía contratado un servicio de taxis. Se desplazaba así por la ciudad cuando venía. Utilizaba siempre la misma compañía, Taxi-Rápid, el pago iba a cargo de la televisión. No es mucho, pero es algo.

—¿Guardan los comprobantes?

—Creo que sí; los del último año. Los tienen en Administración. ¿Quiere que se los pida?

—Nos hará ganar tiempo. En una hora podemos estar ahí.

—No creo que tarde mucho más en conseguirlos.

Por fin habíamos dado con una estela que atestiguaba el paso de Ernesto Valdés por el mundo. No podíamos depositar en ella excesiva ilusión, pero quizá de alguna manera nos permitiría recomponer sus pasos en Madrid, y aquello, sumidos como estábamos en la más absoluta oscuridad, me pareció muchísimo.

OceanofPDF.com

7

Los destinos, casi todos repetidos, de los taxis que Valdés había tomado en el último año no significaban gran cosa para nosotros, que no conocíamos bien Madrid. Tuve que hablar con la directora de la cadena para pedirle que le permitiera a Maggy abandonar su trabajo durante un buen rato. Como Maggy no hacía nada desde la muerte de su jefe y benefactor, no le quedó más remedio que acceder, intrigada por el valor que pudiera tener para nosotros aquel ínfimo soldado de su ejército televisivo.

Maggy tradujo para nosotros las direcciones que logró reconocer. Dos de ellas resultaron un enigma que desentrañó a primera vista. La primera correspondía al hotel donde se alojaba Valdés cuando venía a Madrid. La segunda era una tienda de ropa donde el periodista solía comprar.

—Siempre me comentaba que prefería comprar aquí sus prendas de más uso.

—Tenía un gusto espantoso —comenté.

—Ya, aunque por lo menos le gustaban los colores, no iba vestido de enterrador como el resto de la gente.

Una mirada a su indumentaria, entre lo neohippy y el andrajo integral, me dio la explicación a su apostilla.

Garzón, algo mosqueado por lo que debía considerar desviaciones típicamente femeninas, nos apresuró:

—¿Y qué me dicen de las otras dos direcciones?

Maggy observó el papel, encantada con su labor de policía.

—Ni idea. Una sólo se repite dos veces; la otra... ¡Dieciséis!

—Habrá que ir.

Garzón me miró algo preocupado:

—¿Cree que la señorita también tendrá que acompañarnos?

Maggy esperó mi dictamen aparentando indiferencia; es decir, mascando su chicle con más fuerza.

—No estará de más. Ella puede decirnos si el lugar había merecido algún comentario de su jefe.

Sus ojillos bovinos sonrieron. Se rascó la oreja cargada de pendientes y dijo con sorna:

—No vayan a pensar que me hace mucha gracia colaborar con la bofia. Si fueran de uniforme no les acompañaría ni a la vuelta de la esquina. Tengo muchos amigos que no lo aprobarían.

—Estamos convencidos de eso —respondí.

El encargado general de Taxi-Rápid conocía muy bien a Valdés, era uno de sus clientes distinguidos. No había un chófer que se encargara específicamente de atenderlo a él, lo hacía quien estaba libre. En las dependencias se hallaba casualmente uno que recordaba haberlo llevado a bordo una vez en el último mes. No aportó ningún detalle; al parecer, el periodista no era hombre que apreciara la conversación. Deduje que no sacaríamos nada de allí, de modo que pusimos rumbo a la dirección repetida dieciséis veces.

Resultó ser una cafetería normal y corriente, La Gloria, nada especial. Gente de paso y clientes de la zona desayunaban, merendaban y paraban para tomar café. Ni lujosa, ni cutre, una barra y varias mesas, eso era todo. Por supuesto, el dueño recordaba a Valdés, todo el mundo recordaba a Valdés en su calidad de estrella televisiva. Dieciséis visitas en un año no era una asistencia habitual, pero sí suficiente para que el hombre pudiera hacernos algunas precisiones. Valdés se reunía allí con otro señor, normalmente hacia media mañana. Pudo hacer una descripción somera de su acompañante: de unos cincuenta, alto, bien vestido, con gafas sin montura y aspecto elegante. Se sentaban en una mesa retirada al lado de la

ventana y hablaban durante al menos una hora, otras veces más. Nunca oyó de qué. Le parecía que, en alguna ocasión, habían revisado papeles. Creía que, incluso en una oportunidad, intercambiaron unas carpetillas de colores. Siempre había pensado que quizá el contertulio de Valdés fuese un hombre importante del mundo de las revistas o la televisión. Un día, aquel hombre llegó con su esposa, una mujer muy bonita de aproximadamente la misma edad. Valdés parecía conocerla porque el hombre elegante no se la presentó. Charlaron los tres. No se atrevió a describir a la mujer: alta, delgada y poco más. No recordaba el color de su pelo ni cómo iba vestida.

De nuevo en la calle, mi mente era presa de una gran excitación. Sin embargo, como Maggy estaba presente, no me atreví a comentar mis especulaciones con el subinspector. Decidí encargarle trabajo para alejarla de nosotros sin herir su fina sensibilidad.

—Maggy, tú conoces la ciudad y a la gente importante que vive en ella. Si quieres seguir colaborando con nosotros te propongo que nos ayudes en algo de vital importancia.

Su rostro de monito inteligente se llenó de interés enseguida. Lo disimuló al instante y preguntó como perdonándome la vida:

—¿Qué quiere que haga? Tendré que faltar al trabajo, aunque como de todos modos me van a echar...

—No será necesario que te alejes de los estudios. Vuelve allí y revisa el plano de este barrio con todo cuidado. Mira si aquí se encuentra la sede de algún banco importante, de algún periódico, la delegación de algún partido político, la residencia de algún personaje destacado de la jet. ¿Me comprendes?

Se encogió de hombros, sin duda esperando una explicación que la implicara más en el conocimiento del caso, que yo no le di.

—Bueno —aceptó sin entusiasmo—. ¿Y qué hago cuando lo tenga todo revisado?

—Me llamas.

Dio unos cuantos cabezazos de asentimiento, y se largó sin decir ni adiós. Vimos su desgarbada figura alejarse calle abajo.

—¡Por fin! —soltó Garzón—. Esta niña me pone muy nervioso.

—¿Qué tiene contra ella?

—Esa indolencia... ese modo desmadejado de hablar y mascar chicle... Además, me enferman los detectives aficionados.

—Pura ingratitud; esa chica nos ha puesto sobre una pista muy valiosa. ¿Qué le parecen las entrevistas de Valdés con el hombre misterioso?

—Supongo que es Lesgano, quien le compraba información y pagaba por ella.

—Quizá su asesino, o quien lo contrató.

—Quizá el asesino de Rosario Campos.

—Está claro, Fermín, que entre Moliner y nosotros hemos logrado reunir un montón de piezas.

—Ahora hay que armarlas. Usted conoce la dificultad de los testimonios meramente visuales, como el del dueño del bar. Lo vio, un hombre alto, una mujer... ¿quiénes eran? Nadie lo sabe. Muchos casos se han cerrado en falso con un testimonio así. Quienes de verdad podían hablar están muertos.

—No todos, queda quien los mató.

—O quienes los mataron. ¿Quiere más dificultad? Ni siquiera sabemos a cuántos asesinos andamos buscando.

—Tenemos suficientes cadáveres para una *troupe*; de eso no debe preocuparse. ¿Nos ponemos en marcha otra vez?

La segunda dirección proporcionada por los recibos de taxis correspondía a un mesón, Mesón de Sancho Panza, y estaba en el barrio de Chamberí. Todo muy auténtico, muy castizo, aunque en eso acababa nuestra información. Los camareros, que eran más de cuatro, no recordaban haber servido a Valdés. Incluso el más joven no sabía quién era Valdés, lo cual me insufló cierta esperanza acerca del futuro de la juventud. De repente, un dato se me cruzó entre la abundante y desordenada despensa con que contaba. Llamé al marqués. No pudo disimular su desagrado cuando oyó mi voz. Sin embargo, sus palabras no revelaban en absoluto su reacción instintiva.

—¿Inspectora, de nuevo usted? ¡Por supuesto que puedo contestarle a una pregunta, para usted siempre estoy disponible!

Puede que una educación mundana no sirviera para ser honrado, trabajador o pagar los impuestos; pero parecía perfecta para la mentira social.

—¿Sancho Panza, mesón Sancho Panza?... pues no sé, la verdad; en Madrid debe haber quinientos mesones con el nombre de Sancho, y otros mil con el del Quijote.

—El que estoy mencionándole está en el barrio de Chamberí. ¿Puede ser ahí donde vio a Valdés cenando con su ex esposa?

—Eso es otra historia, tiene usted mucha razón. En el barrio vive un amigo mío, había ido a visitarlo pero aún no estaba en casa. Me metí en el mesón a tomar un café mientras esperaba y me los encontré. Ciertamente, puede ser.

Conseguí librarme pronto de la hojarasca de su cortesía forzada. Colgué y observé al subinspector, que ponía cara de asco sólo al saber que me había comunicado con el noble.

—En el fondo es amable —le dije para picarlo—. Comprendo que algunas mujeres se pirren por él.

—Si quiere que desaparezca durante unas horas, no tiene más que decirlo.

—No es necesario, sabré resistir su *sex appeal*. En el fondo, me temo que sólo intenta caerme bien para evitar que lo denuncie a Hacienda.

—Pues se está olvidando de seducirme a mí.

—¿Piensa denunciarlo usted?

—¡Joder, como hay Dios que pienso hacerlo! En cuanto todo esto haya acabado y no podamos sacar más de ese petimetre, iré a Hacienda para que lo emplumen. ¡Estoy hasta los cojones de toda esta serie de ganapanes! ¡Por una vez van a pagar!

—Bueno, es una opción. De cualquier modo, parece que el mesón sí estaba en Chamberí. Es evidente que después de todo, Valdés y su ex esposa eran una pareja civilizada y solían reunirse a cenar en alguna ocasión, quizá cada vez que ella venía a Madrid.

—¿En un sitio tan cutre? ¿Y por qué en Madrid y no en Barcelona? Me parece raro, la verdad.

—Puede que ella fuera más conocida en Barcelona y desearan conservar el anonimato. A mí no me parece nada especial. A usted, lo que le parece raro es que se reunieran. Es posible que usted fuera implacable con una ex mujer.

—Afortunadamente, no he tenido que pasar por eso; pero sí, la verdad, estar soltándole la pasta a una tipa con la que ya no me une nada y encima sonreír...

—Ya decía yo.

—¿Y ahora qué hacemos? Porque yo tengo un hambre. ..

—Comeremos algo, para que vea que soy una jefa comprensiva con la debilidad; pero antes déjeme llamar a Moliner. Quiero comprobar cómo van sus asuntos.

No iban muy bien. Los primeros datos económicos que se habían obtenido del ministro se encontraban en los parámetros de la más absoluta normalidad. No había extracciones de dinero significativas. Aparentemente, no había pagado ningún chantaje. Pero ¿significaba eso algo en sí mismo? No. El proceso de intento de chantaje pudo realizarse igualmente. Nada en los papeles personales del ministro hablaba de la relación extramatrimonial que mantuvo, a no ser el gasto puntual en una floristería de la calle Muntaner. Un ramo de rosas rojas todos los miércoles que eran enviadas al domicilio de Rosario Campos. El encargo se facturaba al nombre supuesto de Federico Chopin.

—¡Qué cursilada! —exclamé.

—Pues ya ves cómo están las cosas. En el entorno de Rosario, la situación no es mucho más transparente. Hizo comentarios sueltos a algunas amigas, frases como que había encontrado al hombre de su vida, que por fin estaba enamorada... cursiladas también.

—Supongo que fue el desencanto lo que la hizo revolverse contra Federico Chopin. En algún momento debió de darse cuenta de que éste nunca abandonaría a su esposa. Ahí cambió de planes; sin duda, con la ayuda puntual de Valdés. ¿Dicen algo sus padres?

—Están sumidos en el dolor, y también en el silencio. Si saben algo, se escudan en que su hija vivía independizada y alejada de ellos para no

hablar.

—Es muy comprensible.

—Lo será, pero te aseguro que estoy hasta las bolas. En estos ambientes es imposible sacar una palabra a nadie. Resulta muy distinto a los crímenes cometidos en el arroyo. Ahí siempre surge un testigo, o las familias hablan hasta que te dan un dato que puede servir.

—Sí, los pobres están más indefensos frente a los enemigos, es una vieja tradición.

—Llámalo como quieras, pero el caso es que estoy harto, demasiado cansancio acumulado.

—También contribuirá al cansancio que te acuestes tan tarde.

Hubo un largo silencio en el auricular. Después, Moliner contestó sin cambiar el tono sereno:

—Si lo dices por Amanda, estás equivocada; hemos dejado de salir.

Ahora el silencio vino por mi parte. Moliner añadió:

—Está saliendo con Guillermo Franquesa, de la brigada de estupefacientes.

—¿Qué?

—Nos encontramos en un restaurante y se la presenté. Está visto que congeniaron mucho, porque me plantó y está saliendo con él. Ya te dije que no hay quien entienda a las mujeres, y ahora me ratifico aún más.

Compartía su sorpresa, y así se lo hice saber a Garzón mientras comíamos en un bar. A él le dio por ponerse comprensivo.

—Que tu marido te abandone debe de ser un palo de mucho cuidado. Supongo que tienes ganas de quitarte la espina de la fidelidad que hayas podido guardarle toda la vida.

—Eso está muy bien, y todos hemos pasado por la fase de desmadre inicial, pero ¿por qué no busca otros pagos para sus correrías? ¿Qué piensa hacer, cepillarse a toda la policía nacional?

Garzón continuó, filosófico.

—A usted le molesta el qué dirán, aunque le parezca mentira. Por muy moderna que quiera ser, tampoco está a salvo de esas cosas sociales.

—Está bien, Fermín, deje de hacerse el consejero sentimental conmigo. Lo que dice es muy cierto. Lo reconozco, y reconozco que estoy deseando que mi hermana se largue y se enfrente por fin a su situación. De momento, no ha hecho más que huir. Alguna vez tendrá que regresar a su casa y ver qué está pasando.

—Todo esto de los divorcios y las relaciones con los ex maridos es muy complicado.

—Cada uno lo soluciona como puede.

—Usted misma ha roto cualquier vínculo con Hugo y, sin embargo, con Pepe guarda una relación de amistad.

—Nadie sabe qué es lo mejor; no hay modelos a seguir. Ésa es la gracia.

—¿Algún día se volverá a casar, Petra?

—¡Y yo qué sé!

—No se lo pregunto por curiosidad.

—Pues entonces, ¿por qué?

—Para saber si piensa fugarse con el marqués.

Me eché a reír con ganas. Miré a mi compañero. Como en los demás hombres, había en él un componente infantil que lo hacía atractivo. Conservé una sonrisa para decir:

—No sé si me casaré, Fermín, y si lo hago será sin proponérmelo como algo teórico. He llegado a la conclusión de que, como casi todo en la vida, el amor es una selva, un caos, un follón, un sálvese quien pueda. Por eso hacer planes me parece absurdo, pero no menos absurdo que no planear nada... no sé, da miedo buscar orden donde no lo hay. Al final acabas dándote cuenta de que vives en la Tierra de puta casualidad, de que eres un animalito, una espora, un simple eslabón en la cadena vital.

Garzón me escuchaba serio como un devoto, achicando los ojos en un esfuerzo por sintetizar mi filosofía de sobremesa. Guardó silencio.

—¿Y usted, volverá a casarse algún día?

—Yo...

Sonó mi teléfono, interrumpiendo su parlamento. Miré el número del comunicante.

—Creo que es otra vez nuestra detective aficionada.

—¡Joder, dígale que ingrese en la academia y, así podrá cobrar sus servicios cuando ya sea poli!

Hablé con Maggy mientras Garzón lanzaba miradas furibundas y daba tragos a su café. Cuando acabé me volví hacia él.

—Dice que ya está.

—Que ya está ¿qué?

—En la zona del bar que le acotamos no hay sedes de partidos políticos ni organismos oficiales, pero sí se encuentra la redacción del periódico *El Universal*. Es un hallazgo interesante, han aireado varios escándalos políticos en los últimos tiempos. En cuanto acabe su café iremos a ver al director. Veremos si sabe algo sobre ventas de información comprometedoras y posibles chantajes. Ahora puede seguir.

—¿Seguir?

—Sí, iba a revelarme si piensa casarse o no.

—¡Carajo, inspectora, nos encontramos en el curso de una apasionante investigación y usted se interesa por el matrimonio de un viejo solitario! ¡Y yo qué sé si volveré a casarme! Si encuentro a la mujer indicada, quizá sí.

—¿Una mujer dulce y hogareña que le saque las zapatillas cuando vuelva del trabajo?

—¡Eso, y que me sople el café cuando esté demasiado caliente! ¡Venga, inspectora, no me toque los cojones que ya la conozco! Llevo demasiado tiempo trabajando con usted.

—¡Tampoco tanto, aún debería sorprenderle en alguna oportunidad!

—¡Y lo hace, incluso demasiado! Digamos que tiene toda la capacidad de sorpresa que yo puedo asimilar.

Disfrutaba cuando Garzón me decía esa clase de cosas; en el fondo mantenía vivo mi pequeño mito personal, cada vez más declinante por las diversas circunstancias de la vida.

Para pasar el control de seguridad de *El Universal* fue suficiente con enseñar nuestras placas. Nos costó un poco más conseguir que el director nos recibiera. Su nombre era Andrés Nogales y al parecer estaba en una reunión, de modo que tuvimos que esperarle cerca de media hora. Pero no

llevábamos prisa; la idea era charlar con él y preguntarle si alguno de los periodistas de la redacción tenía las características físicas del hombre que desayunaba con Valdés en el bar La Gloria. Sin embargo, hubimos de variar la estrategia en cuanto se presentó ante nosotros. Ante nuestro asombro total, él mismo respondía a la descripción que el camarero había dado: alto, elegante, con gafas sin montura y cercano a los cincuenta años. Garzón me miró en una ráfaga y yo apreté mínimamente los párpados para que comprendiera que estaba avisada. Me costó reaccionar con rapidez. ¿Nos encontrábamos por fin frente al asesino de Valdés? Decidí ser cautelosa y no precipitar las conclusiones. El director de un periódico importante no es un quinqui al que se puede intimidar con un acorralamiento falto de pruebas. No sabía por dónde empezar, pero me daba la impresión de que levantar el juego ante sus ojos sería un error imperdonable. Garzón seguía callado como un muerto cuando nos sentamos en los dos silloncitos frente a la mesa gerencial. Nos sonrió y abrió los brazos en un gesto acogedor perfectamente estudiado.

—¿Qué puedo hacer por nuestra amada policía?

Era del tipo irónico mundano o quizá estaba nervioso. Cualquiera de las dos posibilidades me beneficiaba. Sonreí yo también.

—Tenemos interés en charlar con usted.

—¿Sobre algo en concreto?

—Una aproximación a la práctica periodística.

—Sabía que nos movíamos en una frontera difícil, pero siempre he creído que la práctica periodística aún no era delito en sí misma.

—Y no lo es. Lo único que le pediremos será que nos ilustre sobre algunos procedimientos.

—¿Como por ejemplo?

—¿Cómo se lleva a cabo el llamado periodismo de investigación? Se echó a reír.

—Inspectora, por favor, no habla con un niño.

—¿Qué quiere decir?

—Que ésa es la única cosa que puede interesarle a la policía en una redacción. De hecho, no hay nada más, lo otro es puro servicio de agencia,

y ése saben ustedes cómo funciona.

—Perfecto, ¿podría decirme, pues, si son sus periodistas los que llevan a cabo las investigaciones o se contratan informadores externos?

Cerró un cajón sin llegar a ser brusco, pero demostrando una cierta impaciencia. Me miró con repentina seriedad.

—Miren, a mí también me gusta jugar, pero les ruego que seamos sensatos. Soy director de un periódico de ámbito nacional y estoy al tanto de muchas cosas, en contacto con muchas otras. De verdad no van a hacerme creer que han venido aquí para interesarse por nuestros métodos de trabajo en abstracto. Tampoco voy a hablarles a ciegas de asuntos en los que saben que me asiste el derecho de silencio profesional. Ustedes investigan un caso concreto, ¿puedo saber cuál es?

—El asesinato de Ernesto Valdés.

—Muy bien, acabáramos, eso está mejor. Veamos... Ernesto Valdés, Ernesto Valdés... Sí, de acuerdo, el periodista del corazón. Eso sucedió en Barcelona, ¿no? Están ustedes un poco lejos del lugar de los hechos.

—Alguien vio a Ernesto Valdés entrar en esta redacción poco antes de morir. Queríamos saber qué tenía que hacer aquí. Investigamos todos sus últimos pasos.

—¿Valdés aquí? No sé, me extrañaría, pero tampoco controlo lo que hacen todas las secciones, quizá lo entrevistaron, o nos dio datos sobre la prensa del corazón... Espérese, vamos a comprobarlo.

Llamó por un teléfono interior, tapó el auricular con la mano para informarnos:

—Hablo con el servicio de documentación. Están al día de lo último que hemos ido publicando. Veremos si ellos...

Pidió el dato, insistió, pero naturalmente tan sólo recibía negativas. Cinco minutos más tarde colgó.

—Pues no, les han informado mal. Valdés no ha estado en *El Universal*; de hecho, según acaban de decirme, no ha pisado esta redacción en la vida. Todos somos periodistas pero de negociados muy distintos, ¿comprenden?

—Creo que sí. Bueno, mala suerte.

—¿Eso era todo?

—Me temo que sí.

—Inspectora, voy a hacerle una sugerencia y espero que no se la tome a mal. Cuando tengan algún dato policial que recabar, no es necesario que pregunten por mí. Mi secretaria o algún redactor les atenderán con la misma eficiencia. No piensen que no me gusta colaborar, tengo muy buenas relaciones con la policía; es más, mantengo contacto fluido con el ministro del Interior, su ministro; pero realmente estoy siempre tan ocupado...

—Lo comprendo muy bien.

—¿Quién les pasó una información semejante?

—Lo siento, señor Nogales, pero a mí también me asiste el derecho al silencio profesional. ¿Se hace cargo?

—Desde luego que sí. Los acompañaré a la salida.

—¿Podemos dar una vuelta por la redacción? No incordiaremos a nadie, pero la verdad es que siento mucha curiosidad por saber cómo es un periódico por dentro.

Por primera vez vi una sombra de duda en su rostro. Reaccionó con prontitud.

—Le diré a mi secretaria que les sirva de guía.

—¡Estupendo! Se lo agradecemos de verdad.

Mientras esperábamos a la secretaria, Garzón rezongó en mi oído:

—¡Vaya tiparraco! Nos ha perdonado la vida.

—Calma, Fermín —musité—. Que todo sea muy suave y muy cortés. Abra bien los ojos por si ve a alguien con la misma descripción que Nogales. Es una precaución que debemos tomar.

Una precaución inútil, nadie se parecía tanto al retrato verbal hecho por el camarero. Nuestro hombre era Andrés Nogales, me hubiera jugado mi virtud de haberla conservado. Tanto era así, que salir del periódico me produjo la sensación de darle una oportunidad al culpable para que huyera. Pero no podíamos precipitarnos, de momento no teníamos nada firme en su contra, ni siquiera nos hacíamos una idea clara de cuál era el perfil exacto de su delito.

Fuimos a la comisaría madrileña en la que Moliner había estado trabajando. Pedí que intervinieran el teléfono de Nogales, que lo siguieran

por satélite y que apostaran un agente cerca de *El Universal* para que le tomara fotografías. Después regresamos al hotel. Si después de todo, mis sospechas eran infundadas, tantas exigencias me harían quedar a la altura del betún, pero no podíamos correr riesgos.

Antes de meterme en la cama, telefoneó Sangüesa. La hora intempestiva me extrañó en él.

—Siento llamarte a estas horas, Petra, pero la verdad es que he ido de culo con tu puñetero informe. La tal Marta Merchán se me ha resistido una barbaridad, y se me resiste aún.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Tú sabes lo secretos que son los fondos de inversión del Estado? Ahí muchas veces tenemos que recular, ni que seas policía ni que seas juez; los tíos no sueltan prenda.

—Lo sé.

—Pero quizá también sepas que soy el mejor investigador económico del país.

—¡Por supuesto que lo sé!

—Pues bien, manejando mis contactos a alto nivel he averiguado que Marta Merchán hace quince días que ha invertido una importante cantidad.

—¿Qué cantidad?

—Veinte millones de pesetas.

Silbé, sin estar segura de si debía sentirme impresionada. Sangüesa lo aclaró:

—Extraño, ¿verdad? ¿De dónde los ha sacado? No figuran en sus cuentas, y tampoco sus ingresos los justifican. ¿Los tenía en un calcetín? ¿Los ha ganado hace poco de algún modo imprevisto? Yo puedo llegar hasta ahí, pero saber el origen del dinero está fuera de mi jurisdicción.

—Entiendo.

Me quedé pensando, intentando ordenar esa nueva información. La voz de Sangüesa me reclamó.

—Petra, ¿no dices nada?

—Tendré que reflexionar un poco.

—Pero no me dices qué te parece mi gestión.

Comprendí al fin lo que quería.

—Sangüesa, estoy anonadada, no me lo puedo ni creer. Sabía que eras bueno en lo tuyo, pero aclarar ese tipo de inversión... pero no es eso sólo, es toda la labor que has hecho con la cantidad de informes que te pedí. Sinceramente, no creo que haya nadie en el servicio tan capaz como tú.

Una risilla satisfecha me indicó que podía parar en los halagos, quizá ya era suficiente.

—Bueno, Petra, tengo que dejarte. Cuídate, no me gustaría que le pasara nada a la mejor inspectora que tenemos.

—Te adoro, Sangüesa, adiós.

La increíble vanidad de los hombres, tan fácil sin embargo de satisfacer. Puedes exagerar hasta el límite, lisonjearlos de un modo infantil, masivo, rozando lo inverosímil. Ellos lo aceptan sin parpadear, nunca les parece excesivo o burdo, lo admiten encantados, aunque piensen que no lo merecen, como un mimo maternal.

Miré hacia las cuatro esquinas de la habitación. Luego paseé la vista por el ecléctico mobiliario, típico de hotel. ¡Joder!, mi mente no estaba preparada para introducir un dato más, un dato que no concordaba con el resto, que desbarataba incluso el orden que había logrado imponer entre mis deducciones y sospechas. ¿Qué coño pintaba ahora la ex esposa de Valdés? ¿Qué tenía que ver en el embrollo de la venta de información confidencial? Pero ¿era de verdad la venta de esa información el desencadenante de tantas muertes? ¿En qué punto de la investigación nos encontrábamos realmente, otra vez al principio? Empecé a sentir un vértigo profundo, como si cayera en el vacío sin intentar siquiera agarrarme a algún lugar seguro. Cuidado, Petra, pensé. No debía dejarme vencer por la inseguridad. Ni adelantar en exceso ni retroceder. Despacio, estaba donde había llegado y algo me habría conducido hasta allí. Inútil repasar las pruebas, recapitular, dudar. Podía fiarme de la intuición policial, ¿o no?

Me levanté de la cama. Un poco de calma, sólo era un dato más. ¿Acaso un ordenador entra en pánico cuando le introducen un nuevo dato? ¿Qué hace? Lo archiva y en paz, pero ¿dónde lo archiva? Ése era el problema. ¿Y si el hallazgo de Sangüesa no tenía nada que ver con el asunto presente?

Estábamos moviéndonos en un mundo de tramposos. Todos los miembros de aquella parte enrarecida de la sociedad tenían algo que ocultar, principalmente dinero. Eran defraudadores natos, tenían más oportunidades que nadie para hacer transacciones económicas de difícil catalogación. Hacienda era el diablo para ellos. Quizá Marta Merchán había hecho una inversión anterior que no constaba en parte alguna, quizá había recibido una herencia secreta de Valdés que guardaba su abogado para no cotizar. Sí, ésa era una bonita posibilidad, ¿no estaban en tan buenos términos a pesar de su separación?

¿Qué hacer?, ¿cuál era el paso siguiente?, ¿viajar a Barcelona? Imposible, no con Nogales en el punto de mira y tan cerca del disparo final. ¿Enviar a Garzón para interrogar a la ex? No era el tipo de sospechosa que le iba mejor al subinspector. Tomé una decisión que me pareció la menos mala. Telefoneé a Moliner. Estaba ya en su casa. Le pedí que fuera él mismo a entrevistarse con Marta Merchán. Conocía los pormenores del caso, no habíamos aún descartado que se tratara del mismo realmente, era él quien debía dar un vistazo y hacerse una idea de la situación. Según lo que dijera, actuaríamos.

Por supuesto, accedió. Vi el problema colocado de momento. Respiré con más tranquilidad, pero el destino aún no me deparaba el sosiego suficiente como para entregarme al sueño. Cuando iba a colgar, Moliner me retuvo.

—Petra, ¿sabes en qué momento has llamado?

Me encomendé a todos los santos salvadores sin saber muy bien por qué, sólo intuyendo un cataclismo. Negué, intentando parecer despistada. El cataclismo se produjo.

—Mi mujer acaba de marcharse definitivamente.

—Oye, perdona, ni siquiera he preguntado... lo siento, enseguida te dejo tranquilo.

No coló, en realidad dudé de que me oyera.

—Lo cierto es que ya se había marchado hace unos días, también se había llevado sus cosas, tiene un nuevo apartamento. Pero habíamos quedado hoy para cenar, en un último intento de despedirnos de manera

amistosa... No sé por qué, yo conservaba la estúpida esperanza de que al final... pero se ha ido, Petra. Estaba dando una vuelta por la casa cuando has llamado, y pensando que ya nunca más volveré a verla andando por aquí.

—Mira, si de verdad habéis logrado despediros amistosamente... volverás a verla, y charlaréis y con el tiempo tú...

—No ha sido así.

—¿Cómo?

—Le he montado un numerito de la hostia. No he sabido contenerme, no sé qué me pasó.

Tomé un cigarrillo de la mesita de noche. Cualquier intento de interrumpirlo me hubiera parecido una falta de solidaridad con el género humano. Inhalé el humo con toda profundidad y escuché, eso era lo único que se esperaba una vez más de mí.

—Le he dicho todo lo que no debía decirle, todo lo que no siento. Total, ¿para qué? Un desastre, Petra, soy un imbécil; seguramente mi mujer tiene buenas razones para largarse con otro.

—No caigas en la tentación de echarte toda la culpa a ti mismo. Es algo que funciona casi tan mal como echársela al otro.

—¿Y qué es lo que funciona?

—Dejar pasar el tiempo y, si de verdad te interesa saber lo que pasó, ponerte a pensar una vez se ha disipado el dolor, el resentimiento, la mala leche.

—¿Cuándo sucede eso, Petra?

—No lo sé.

—Dejar pasar el tiempo. Es fácil de decir.

—Pero si de verdad necesitas un culpable inmediato, piensa en tu profesión, no suele fallar. ¿Tienes alguna idea de la cantidad de hombres y mujeres policías que son solteros o divorciados?

—Nunca lo había pensado.

—Pues hay un montón. Es lo normal, Moliner, no hay cónyuge que aguante los horarios desordenados, la tensión que generamos, el montón de tiempo que dedicamos a un caso complicado, las llamadas a cualquier hora...

—¿Y crees que me consuela pensar que mientras yo trabajaba con esa intensidad ella estaba camelándose con otro?

—Pensar eso es una vulgaridad; si es eso lo único que te duele, entonces es un problema menor.

Oí una triste carcajada.

—¡Petra Delicado, siempre tan original!

—Deberían sacarme en las revistas del corazón.

—Oye, respecto a lo de tu hermana...

—¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?, como dijo el célebre Caín. Olvídalo, dedícate a cosas más interesantes.

—Petra, lo haré, iré a interrogar a Marta Merchán. Lo haré con la misma pasión que si fueras tú misma.

—Probablemente más, tú siempre has sido mejor policía que yo.

Es curioso, pero entre divorciados tarde o temprano se genera una corriente de simpatía y solidaridad. Siempre he pensado que, con el tiempo, acabará por crearse un grupo de fuerte presión social. Los políticos nos citarán en los discursos para que les votemos, tendremos nuestras tiendas especializadas y nuestros clubes. Quién sabe si no seremos en el futuro un pilar de la civilización en vez de la apergaminada institución monomatrimonial, tan previsible y estereotipada, tan carente de emociones fuertes. Cuando llegara esa época de esplendor, yo ya estaría fuera de combate, de modo que haría mejor en no fantasear y hacer lo único que me convenía en aquellos momentos: dormir.

Nuestra comisaría adscrita en Madrid funcionaba muy bien. A la mañana siguiente ya teníamos resultados esperándonos. Habían seguido a Nogales minuto a minuto. No había nada sospechoso en su actividad de la tarde y noche anterior. Se quedó en la redacción del periódico hasta muy tarde. Salió con Juan Montes, el subdirector, y fueron a cenar a uno de esos restaurantes que no cierran hasta la madrugada. Después se retiró a su casa. Tampoco sus llamadas tenían nada de especial; todas eran, en apariencia, comunicaciones relacionadas con el trabajo. Nuestro tercer encargo, las fotos de Nogales, nos sorprendieron por su calidad. Lo habían enganchado

de pleno, saliendo del periódico de perfil, entrando en el restaurante casi de frente. Estaba perfectamente reconocible.

—¿Le apetece desayunar? —le pregunté a Garzón.

—Sólo si es en la cafetería La Gloria.

Adolfo, el camarero, admitió reconocer a Nogales de modo instintivo en cuanto le pusimos las fotos delante, no tuvo la menor dificultad. Sin embargo, acto seguido se retrajo, quizá lamentando no haberlo pensado mejor. Era una reacción habitual, no es lo mismo afirmar que has visto a un tipo sin nombre en un determinado lugar, que señalarlo en una fotografía que te muestra la pasma. Acusar a alguien con nombre y apellidos es un paso más que pocos están dispuestos a dar.

—Bueno, no sé, digo yo que será el mismo, aunque ustedes ya saben, aquí vemos a tanta gente... igual es una idea que me he hecho yo.

No era conveniente hablarle en aquel momento de una declaración frente al juez, para eso habría que pillarlo desprevenido nuevamente. Intenté que se significara lo más posible.

—Pero digamos que guarda un parecido más que razonable con el hombre que usted vio en repetidas ocasiones junto a Valdés.

—Sí, digamos que se parece bastante.

Se debatía entre el sentimiento de haber metido la pata confesando lo que sabía y el instinto de decir la verdad. Pensé que era mejor dejarlo en aquel punto, pero cuando salimos Garzón me lo recriminó.

—Debería haberlo forzado más, no es un testigo en el que podamos confiar lo más mínimo. Puede rajarse en cualquier momento, y entonces ¿qué vamos a hacer, decirle a Nogales que un testigo cree haberle visto con Valdés, o quizá a alguien que se le parecía? Se nos reirá en la cara.

—Es posible que si el testigo piensa las cosas con calma, llegue a la conclusión de que declarar eso no le compromete a nada.

—La mayor parte de reflexiones de los testigos acaban igual; todos concluyen que les es más rentable no meterse en líos.

—De acuerdo, ¿qué sugiere que hubiera podido hacer?

—Meterle un poco de miedo en el cuerpo.

—¿Amenazándolo con un mamporro? ¡Ni hablar, subinspector, eso es abonar el terreno a un abogado para que alegue que su cliente ha sido intimidado!

—Puede que lleve razón, pero no estoy nada conforme con lo que acabamos de hacer.

—Ni yo tampoco. Crucemos los dedos y juguemos bien nuestras cartas.

—¿De qué manera? ¿Va a decirle a Nogales que le ha reconocido el dueño del bar?

Ésa era la pregunta, ahí radicaba la cuestión. Si se lo decíamos, Nogales podía tener distintas reacciones: confesar sintiéndose atrapado, no hacer nada y confiar en que fuera una trampa para cazarlo, no darse por perdido hasta que no se le sometiera a una identificación directa, y, en última instancia, podía optar por comprar la voluntad del testigo, o contratar a alguien para que lo intimidara y, en el peor de los casos, para que lo asesinara. Si él había sido el culpable directo de los dos crímenes anteriores, ¿qué más le daba otro con tal de que ayudara a borrar las escasas evidencias que había en su contra?

—Siempre tendríamos la solución de enviar vigilancia al bar La Gloria. Sería una manera de pringar a Nogales si se le ocurre intimidar al testigo.

—¿Cree que lo haría de modo que se le pudiera echar el guante con facilidad? ¡Hay mil maneras de intimidar al testigo sin acercarse siquiera al bar!

—¡Pues hagamos vigilar al testigo también, fotografiemos a todos los clientes que entran en su establecimiento! ¡Intervengamos su teléfono particular!

—Este comisario nos va a enviar al carajo.

—Digámosle que en Barcelona se hacen diariamente cosas así; se picará en su honor profesional.

—Está bien, intentémoslo, hable con él. De todas maneras, con esas precauciones no cubrimos todas las posibilidades. Podría funcionar si enviara a un matón que estuviera fichado, pero ¿y si no es así? Puede tener un chico de los recados particular, alguien a quien no podamos distinguir de un cliente normal.

—No existe nunca nada que cubra los riesgos al cien por cien, inspectora, usted lo sabe perfectamente. Hay que confiar en el error del contrario, y hasta las mentes más privilegiadas cometen errores.

—¡Cierto! Sin ir más lejos, yo misma cuando acepté formar equipo con usted.

Soltó una carcajada espontánea.

—Para que vea que soy un santo y no le guardo rencor por su característica mala uva, yo mismo iré a la comisaría para pedir todos esos extras. Si mandan a alguien al carajo, que no sea usted.

—De acuerdo, le espero en el hotel. En cuanto lo tenga todo listo, avíseme, iremos a hacer una visita a *El Universal*.

Un rato más tarde subí a mi habitación, intentando encontrar un rato de calma que me permitiera preparar una estrategia de cara al interrogatorio de Nogales. Me serví un whisky del minibar y consulté los mensajes de mi teléfono móvil. Tenía dos, uno de Maggy, que estaba impaciente por saber, y otro del marido de mi hermana. Me pedía que contactara con él tan pronto como pudiera. Lo llamé a regañadientes, algo me hacía pensar que no encontraría paz y sosiego en aquella llamada. Enrique contestó enseguida.

—Petra, he intentado mantenerte al margen de todo esto, pero las cosas no pueden seguir así. ¿Qué pasa con Amanda?

—Puede que no me creas, pero no lo sé. Ella está en mi casa, pero yo me encuentro desde hace unos días de servicio en Madrid. Poco puedo decirte.

—Ya sé que se aloja en tu casa, pero últimamente no quiere ni ponerse al teléfono. Las pocas veces que la localizo cuelga en cuanto se da cuenta de que soy yo.

—¿Qué supones que puedo hacer yo para ayudarte?

—Llámalas y habla con ellas. No puede largarse por las buenas. No hemos tenido ninguna conversación sobre el futuro, no hemos hecho ningún plan, no sé qué piensa hacer ni cuánto tiempo se quedará en Barcelona. Los niños están atónitos, igual que yo. Marcharse y dejarnos plantados con esta incertidumbre no es lo normal. Habrá que ver qué hacemos, cómo nos organizamos. Tendrá que enfrentarse con la realidad de la situación.

—¿Tienes prisa por marcharte?

Se quedó callado. Noté que daba un suspiro profundo.

—Petra... por favor, ¿tendré que justificarme delante de ti?, ¿haremos bandos de familias, de amigos que están a favor del marido y otros de parte de la mujer? ¿No podríamos evitar todo eso ni siquiera contigo?

—Supongo que sí. De todas maneras, Amanda tampoco quiere hablarme.

—¿Por qué?

Dudé un instante antes de contestar.

—Pues... imagino que por sermonearla y jugar a la hermana experimentada que sólo busca su bien.

—¿Cuándo vuelves a Barcelona?

—No tengo ni idea. De momento, seguiré en Madrid.

—Esto es desesperante, de verdad.

—Dale un poco de tiempo, no puede prolongar mucho más esta tregua en falso.

—De acuerdo, pero prométeme que intentarás convencerla de que vuelva, al menos para saber si quiere la custodia de los chicos.

—Lo intentaré —dije desfallecidamente.

¿Era yo, acaso, el prototipo de mujer neutral? ¿Acudirían a mí todos los individuos en proceso de separación que había en España? ¿Había equivocado la profesión y hubiera debido hacerme psicóloga matrimonialista? Antes de que hubiera podido depositarlo sobre la mesita de noche, el teléfono volvió a sonar, sobresaltándome. Era Garzón.

—¿Inspectora? Todo listo.

—¿Ya?

—Ha sido muy fácil. Cubrirán por completo el bar La Gloria, y ni siquiera me han mandado al carajo. ¿Sabe qué estoy por decir? Pues que en nuestra comisaría cuesta más que te den apoyo. Coronas es un hueso duro de roer. ¿Paso a recogerla?

—No, espéreme en *El Universal*, enseguida llegaré.

Miré el dedito de whisky que teñía de hermoso color el fondo de un vaso. Me encaminé al lavabo para tirarlo por el desagüe. Debía estar bien

despierta. El interrogatorio de Nogales carecería de estrategia previa, tendría que confiar en mis dotes para la improvisación, en mis conocimientos de la psicología de individuos como él. Pensándolo mejor, me bebería el brebaje sagrado: enfrentarse al lobo sin inhibiciones quizá hubiera sido la única salida de Caperucita. Me lo bebí de un trago. Tenía todas las de ganar, Caperucita ni siquiera contaba con un aguerrido Garzón junto a ella.

Se volvió a repetir el rito de la espera frente al despacho del director. Estaba reunido. Al parecer, la gente importante vive en una reunión. Es como una especie de sesión de espiritismo. Una hora y cuarto después de haber llegado al periódico, Nogales nos recibió por fin. Se le veía bastante menos amable que el día anterior.

—¡Vaya! ¿Tanto necesita la policía de los periodistas?

Comenzaba la esgrima verbal, no podía permitir que se me escabullera por el conducto ingenioso. Disparé a matar.

—Señor Nogales, usted afirmó ayer que no conocía personalmente a Ernesto Valdés. ¿Se ratifica en su declaración?

—¡Ah! Pero ¿era una declaración? No tenía ni idea. Si la cosa es tan seria será mejor que llame a mi abogado para que esté presente en esta entrevista. Eso es lo legal, ¿no, inspectora?

Sonrió con un cinismo perfectamente dosificado. Aquel tipo inteligente y mundano aprovecharía a su favor todos mis fallos, y ya había cometido el primero nada más empezar.

—Puede hacer lo que le parezca. En realidad, poco necesitamos hoy de usted. Somos nosotros quienes queremos aportarle datos.

—¡Perfecto! ¿Son publicables? Yo nunca me desví de la labor de un buen periodista. Supongo que ustedes harán lo mismo como buenos policías.

—No sé si son publicables o no, usted decidirá. Quizá a sus lectores les interese saber que hay un testigo que asegura haberle visto con el difunto Valdés.

No se inmutó. Soltó una risita de suficiencia.

—Inspectora, ya se lo dije, este mundo de la información es pequeño y absurdo. Cualquiera pudo verme junto a Valdés en una fiesta multitudinaria, una inauguración, algún sarao político. Es incluso posible que yo intercambiara un par de palabras con él, aunque no lo recuerdo. Eso no alteraría mi declaración, como dice usted, simplemente yo no tenía contactos con ese señor. ¿Le gusta más así?

Intervino Garzón, tal como habíamos planeado, mientras yo intentaba recoger cualquier mínima alteración del rostro de Nogales.

—No se trata de eso, usted solía desayunar con él en un bar llamado La Gloria. Allí charlaban e intercambiaban papeles. Se vieron al menos una docena de veces en un año, suficiente como para que el camarero le haya reconocido.

Hubiera jurado que sus ojos se achicaron mínimamente, pero eso fue todo lo que pude registrar.

—Oigan, eso sí es una novedad. ¿Me conoce ese señor, de dónde, de qué, tomó mi fotografía mientras desayunaba con Valdés? ¡Dios santo, no debía poner muy buena cara teniendo que soportar a semejante individuo! Veamos, supongo que si ese señor está seguro de lo que dice estará también dispuesto a reconocerme frente a un juez. Pues bueno, ya me citarán, nos veremos ese día. No me hará mucha gracia perder una mañana, pero ¡qué le vamos a hacer! A un director de periódico le pasan muchísimas cosas raras en su carrera y ésta será una más.

—Muy bien, señor Nogales, pues eso es todo. Si de repente recuerda algo imprevisto, llame a esta comisaría y pregunte por mí.

—Inspectora, un momento, ¿puedo saber cuál es la teoría?, ¿qué se supondría que he hecho desayunando con Valdés? ¿De qué se trata, cotilleábamos sobre los personajes del gran mundo, lo asesiné porque conocía secretos inconfesables sobre mí?

—Preferiría guardarme la teoría para mí misma. Cuando pase al terreno de la práctica, ya se enterará.

Salimos en plan chulo, como dejando tras nosotros una bomba de relojería que en cualquier momento podía estallar. La verdad era muy distinta, Nogales había encontrado instantáneamente nuestro talón de

Aquiles. ¿Estaba el testigo dispuesto a reconocerlo frente a un juez? Y en caso de que así fuera, ¿constituiría ese reconocimiento una prueba suficiente para que el posible caso de venta de información comprometedora saliera a la superficie? Todo estaba cogido con alfileres, y aquel tipo lo sabía tan bien como nosotros. No era probable que lo cazáramos en una investigación económica, sin duda lo tendría todo bien atado. Resultaba desesperante, como tener un hermoso pastel al alcance de la mano y no poder siquiera olerlo. Nuestras pruebas ostentaban una pátina virtual, necesitábamos hechos para hacer que se materializaran, y esos hechos eran reacios a aparecer.

—Dejémosle que caiga en el dispositivo que hemos montado alrededor del dueño del bar —dijo Garzón.

—Tengo poca fe en eso —repliqué.

—Esperemos al menos un día antes de forzar al testigo para que declare.

—Está bien, ni un minuto más.

Y, dicho aquello, nos fuimos a almorzar a un restaurante típico. Quizá la comida mitigara mi preocupación. Desde luego mitigó la del subinspector, que se enzarzó con una ración de callos como si comérselos fuera el único anhelo de su alma inmortal. El ambiente era tan animado como el de todos los locales de Madrid. Había ruido, vocerío, y los alaridos de los camareros ponían el punto máximo de agitación. Cantaban las órdenes de los clientes con un ímpetu tal que parecían consignas revolucionarias, gritos de ánimo hacia la multitud sedienta de justicia y tapas de jamón. Tanto era el estrépito general que a duras penas oí el timbre de mi teléfono, que sonaba como loco dentro del bolso.

—¿Sí? —dije formando una cuevecilla insonorizada con mis manos.

—Petra, soy Moliner. Quiero que me escuches atentamente.

—Escucharte te escucho, Moliner, pero te oigo fatal. ¿Puedes llamarme dentro de media hora cuando hayamos acabado de comer?

—Lo siento, pero no. Vete al lavabo, sal de ese follón.

Me levanté como una autómatas, le hice una seña a Garzón y salí a la puerta del restaurante. Tenía una sensación imprecisa, entre la alarma y la curiosidad. ¿De qué se trataba, mi hermana, Coronas...?

—Petra, he encontrado muerta a Marta Merchán.

No pude contestar, todos los alimentos que había ingerido pugnaban por convertirse en vómito y aflorar abruptamente. Respiré hondo varias veces, Moliner se impacientaba al teléfono.

—¡Petra!, ¿me oyes o no?

—Te oigo, te oigo, Moliner, pero ¿estás seguro de que es ella?

—Petra, ¿estás bebida? ¡Por supuesto que es ella! Yo mismo la he encontrado. La llamaba por teléfono y no había nadie en su casa, hasta que decidí visitarla sin previo aviso y... Petra, debes venir inmediatamente, ya te contaré lo demás.

Tomé el siguiente puente aéreo. Garzón se quedó en Madrid. No podíamos dejar a su aire la situación que habíamos creado. Si los planes del subinspector funcionaban, Nogales quizá actuaría en cualquier momento.

El vuelo me pareció eterno. Las hipótesis iban formándose en mi cabeza como las cambiantes imágenes de un caleidoscopio. Creí que iba a enloquecer. No había sido una buena idea relegar el dato económico que obraba en mi poder sobre Marta Merchán. Obviamente, se encontraba implicada, pero ¿en qué?, y ¿cómo? Hice un esfuerzo de yogui por apartar el caso de mi mente, pero era inútil, cuando los intentos de explicación dejaban de fluir, aparecía en mi pantalla personal la cara de Coronas, y oía su voz: «Un muerto más, Petra, un muerto más. ¿Cuándo piensan resolver el caso, cuando haya expirado el último sospechoso?» Si decía algo parecido, no le faltaría razón. Aquello era como una epidemia de fiebre bubónica, como el paso de un ciclón tropical. Si las cosas seguían así, hallaríamos al culpable por eliminación, el último que quedara vivo, y el último que quedaba vivo era Nogales.

Saqué un lápiz de mi bolso y empecé a garabatear sobre la servilleta que la azafata me había dado junto con un vaso de zumo. Nogales. Nogales. Nogales. Me encontraba en estado hipnótico obsesivo. Nogales. Nogales. Nogales. De repente lo vi: No-ga-les. Les-ga-no. Una simple inversión de sílabas. El misterioso Lesgano acababa de emerger. ¿Qué más evidencias necesitábamos? Sin duda, Nogales había contratado a otro matón, pero ¿por qué Marta Merchán?

Llamé a Moliner en cuanto llegué al aeropuerto de El Prat. Me esperaba en casa de la Merchán, adonde acudí en taxi. El cirio policial que habían montado empezaba a tener visos de calmarse. Ya estaba todo hecho: fotos, huellas, recogida de pruebas... lo habitual. El juez había levantado el cadáver y se preparaba una autopsia de urgencia en el Anatómico Forense. Coronas no tardaría en llegar, y Moliner se paseaba como un zombi por el escenario del crimen. Estaba más alterado de lo que correspondía y enseguida supe por qué. La había encontrado él mismo. Por muchos muertos con los que se tope un policía, siempre suele ser avisado cuando alguien ya ha hallado el cuerpo. Pero Moliner había aparecido por allí sin tener la mínima sospecha de lo que le aguardaba, y eso produce siempre un trauma especial.

—La puerta de la cocina estaba abierta. Me di cuenta por casualidad. Llamé, volví a llamar... el caso es que entré. Estaba en el salón, tirada sobre el suelo todo lo larga que es. Había sangre por todos lados. Se le veían las heridas al kilómetro: en el pecho, en el cuello... tenía también sangre en la cara.

—¿Qué ha dicho el forense?

—Son puñaladas. Cree que llevaba muerta desde las once de la mañana; al menos tres o cuatro horas.

—Esto no ha sido un trabajo muy profesional.

—No, parece uno de esos crímenes pasionales chapuceros y sangrientos, nada de profesionales. Ha dicho el médico que cree que hubo resistencia. Después de la autopsia lo precisará.

—¿Cosas en desorden?

—Lo que ves y el despacho. Ahí detrás hay un escritorio con todos los cajones abiertos. Algo buscaban y fueron directamente allí, el resto de la casa no lo han tocado. O encontraron el botín o el asesino no quiso pasar más tiempo en la casa y, asustado, se largó con las manos vacías.

—¿Has hablado con los vecinos?

—La señora del chalet de al lado vio a la hija esta mañana temprano. Según ella, iba a la facultad como cada día. La asistenta libra hoy, es el único día que lo hace.

—¿Puertas forzadas?

—No.

—Es decir que quien se la cargó la conocía a ella, la casa y las costumbres generales.

—Eso parece.

Llegó Coronas, serio como un rabino. Moliner le contó lo mismo que a mí. Me pregunté por qué motivo podría abroncarme esta vez. Afortunadamente, llevaba al día los informes por ordenador y, obviamente, el comisario los había consultado antes de venir. La bronca no se produjo.

—¿Qué esperanza hay de que Nogales confiese? —preguntó.

—No lo sé, señor.

—A eso se le llama sinceridad.

—¿Cómo relacionar a Nogales con este asesinato, lo sabe usted?

—No. El dueño del bar La Gloria dijo que Valdés y Nogales estuvieron un día acompañados de una mujer.

—Está bien, Petra, déjese de zarandajas y vuelva a Madrid. Tome una fotografía de la muerta y enséñesela a ese puto testigo del bar. Haga que se dé cuenta de la trascendencia que esto está tomando. Amedréntelo diciéndole que vamos a acusarlo de complicidad si no se ratifica ante un juez de haber visto a Nogales con Valdés. Haga lo que le pase por los cojones, pero quiero que podamos interrogar a Nogales teniendo algo en contra suya. Hay que destapar el juego, ¿me entiende?

—Pero ¿y si ese hombre en conciencia no está seguro de que...?

—¿Cree usted que lo reconoció cuando usted le mostró las fotos?

—Sí, pero en conciencia...

—Coja la conciencia de ese hombre y póngala al lado del soporte de papel higiénico. Quizá alguna vez se equivoque y haga con ella lo que debe hacerse, ¿entendido?

—Pero señor, si vuelvo a Madrid no podré interrogar a la asistente ni a la hija de Marta Merchán.

—Lo hará Moliner. ¿No querían convertir sus dos casos en uno? Pues sigan por ahí.

—En Madrid ya está Garzón.

Me miró cargando de paciencia sus ojos oscuros.

—Si alguna vez consigo darle una orden que usted cumpla sin poner inconvenientes me sentiré feliz. ¿No desea hacer feliz a su jefe?

—Más que ninguna otra cosa en el mundo.

—Entonces... ¡lárguese!, hay que obrar con celeridad. Uno de los errores policiales más comunes y espantosos es tener a la presa en el punto de mira y dejarla escapar. La mantendremos informada del resultado de la autopsia y de los interrogatorios a la chacha y a la hija de Valdés. De momento, procuraremos mantener esta muerte en secreto.

Me volví hacia Moliner, que estaba tan impotente como yo. Coronas esperaba a pie firme que me largara.

—Moliner —dije—. Echa tú mismo otra ojeadita al resto de la casa, ¿de acuerdo?

—Descuida —dijo bajando la voz. Coronas volvió a mirarme.

—Petra Delicado, ¿sabe usted cuántos años lleva Moliner como inspector? Me permito recordarle que cuando usted entró en la policía las cosas iban funcionando bastante bien sin su presencia. ¿Cree de verdad que es imprescindible?

—No era mi intención...

—¡Márchese de una vez!

Salí con el rabo entre piernas y la misma sensación de olvidar algo que experimentas cuando haces el equipaje precipitadamente. Pero órdenes eran órdenes y, como en el ejército, oponerse a ellas resultaba impensable.

Volví a coger el puente aéreo, que ya era como el puente de los suspiros para mí. Me dormí en pleno vuelo, ajena al trasiego de azafatas que ofrecían café. Ni siquiera había tenido la ocasión de hablar con mi hermana y darle la oportunidad de mandarme al infierno de nuevo. No, los policías no sólo fracasan en sus matrimonios, tampoco pueden tener familia. Deberíamos ser una raza aparte que se reprodujera por esporas y creciera como las matas, agrestes y dispuestas a dejarse llevar por casualidades como el tiempo atmosférico. Así, al menos, nos evitaríamos la mala conciencia y el estrés.

8

Encontré a Garzón decepcionado. Nuestro hombre no había hecho ningún movimiento que nos permitiera aprovechar el dispositivo policial. Ni llamadas comprometidas, ni mucho menos visitas al bar La Gloria para intentar una intimidación. Sólo se había citado con su abogado, al que había ido a ver a su bufete. Según mi compañero, nos encontrábamos en un *impasse*, pero debíamos saber esperar con cierta confianza. Le conté mi descubrimiento silábico No-ga-les, Les-ga-no, que le fascinó, aunque no supo cómo podíamos utilizarlo.

—Ya ve cómo están las cosas, Fermín. Esta noche, en cuanto el camarero vaya a cerrar el bar, le haremos una visita de cortesía. Hay que apretarlo para poder acusar formalmente a Nogales. Son órdenes del comisario.

—¡Siempre pasa igual! Aparece un muerto y todo el mundo se pone histérico. Es como si nadie supiera que los muertos ya han dejado de dar problemas.

—Habla usted como si la aparición de Marta Merchán apuñalada no cambiara la situación.

—¿Y la cambia? ¿De qué manera?

—Me veo obligada a decirle lo mismo que le dije a Coronas: no lo sé. Y sabe Dios que me jode tener que reconocerlo. No hay nada peor que moverse a ciegas, Garzón, avanzar esperando que algo de lo que se hace permita dar el paso siguiente.

—Usted prefiere tener una hipótesis perfectamente elaborada desde el principio, en plan Sherlock Holmes.

—Búrlese lo que quiera, pero es así.

—Ya lleva suficiente tiempo siendo inspectora como para saber que las cosas no funcionan de esa manera. Hay que arrastrarse entre los hechos como un gusano, no ir rellenando de color un dibujo ya hecho.

—Pero ¿cómo puede decir eso si hemos llegado a Nogales partiendo de una hipótesis que usted elaboró? Lo que debería hacer es intentarlo de nuevo.

—¿Qué?

—Haga una hipótesis sobre el asesinato de la ex de Valdés.

—Tendría que echar mano de la imaginación.

—¡Adelante!

—Pues... lo más sencillo es pensar que Marta Merchán se enteró tarde de que Nogales se había cargado a su ex. No le pareció demasiado bien, lógicamente, y le amenazó con contárselo a la policía. Entonces el pájaro la ha mandado matar también para que no se vaya de la lengua.

—Esa hipótesis hace aguas por todos lados. Primero y principal, ¿cómo se ha enterado la Merchán de algo semejante? ¿Conocía a Nogales? ¿Estaba al tanto de las actividades de Valdés y Nogales?

—¡Se beneficiaba de ellas! Valdés la hacía partícipe de las ganancias.

—¿Por qué? Paso porque cenaran juntos algunas veces, porque tuvieran una buena relación tras su fracaso sentimental, pero ¿llegaba eso hasta el punto de compartir un botín sustancioso? No lo creo, mi fe en las relaciones posruptura tiene un límite.

—¿Usted no compartiría sus ganancias con sus ex maridos?

—Puede apostar a que no, y mucho menos si fueran fraudulentas.

—No se me ocurre ninguna hipótesis mejor. Además es tarde, inspectora. Ya que no hay más remedio, ¿por qué no nos vamos acercando al bar La Gloria? Estaría bueno que hoy cerraran más pronto por alguna razón extraña.

—No sé ni en qué hora vivo. Con tanto viaje Barcelona Madrid he perdido la noción del tiempo. Empiezo a comprender el estrés de esos

ejecutivos que se pasan el día en un puente aéreo.

—¿Ve?, ya ha encontrado una profesión peor que la de policía, claro que a éstos les pagan más.

—Pueden quedarse con el dinero, no creo que compensara.

—Eso es lo que más me gusta de usted, Petra, que tiene clase. Me encanta la cara que pone cuando se cita el dinero, es como si algo le hubiera sentado mal de repente, o como si alguien pusiera un insecto pestilente sobre la mesa.

—Sí, con un poco de entrenamiento se consigue, ya le enseñaré.

Pedimos un coche en nuestra comisaría auxiliar y nos apostamos casi en la esquina del bar La Gloria. A partir de las diez la entrada de clientes se hizo muy espaciada. No era un local de ambiente nocturno.

A las once vimos salir a una mujer que debía de ser la cocinera. No parecían quedar parroquianos en el interior, de modo que nos dirigimos hacia allí con paso ligero.

La cara del tipo al vernos fue toda una lección de expresión facial. Pude advertir en su rostro la sorpresa, el miedo, el deseo de desaparecer en el aire.

—Hola, señores, me han asustado, ya iba a cerrar.

No le contestamos. Con unos modales detestables, eché las fotografías de Marta Merchán muerta sobre la barra.

—Adolfo, mire esto.

Aquel hombre era transparente como un cristal. Nuevamente sus rasgos interpretaron sus sensaciones: pánico, horror, piedad.

—¡Dios mío! —musitó.

Garzón puso en funcionamiento el bulldozer. Dio un golpe tremendo con el puño sobre la superficie de madera que hizo vibrar dos copas aún sin recoger.

—¡Ni Dios ni hostias consagradas! ¡Conteste clarito de una puta vez! ¿Es ésta la mujer que vio con Valdés y el otro hombre desayunando en este bar?

El camarero se replegó sobre sí mismo, como si hubiera temido recibir aquel puñetazo en su cuerpo. El subinspector volvió a la carga con aquella

voz fuerte y cavernosa que yo ya conocía.

—¡Hable, joder! A esa mujer acaban de matarla porque a usted no le ha pasado por los cojones asegurar que reconoció al hombre de la foto. ¿Qué pasa, alguien lo ha amenazado, le han ofrecido dinero? ¡Eso es un delito, por si no lo sabía!

Empezó a farfullar:

—No, nadie me ha dicho nada ni me han ofrecido nada, yo les dije que no tenía la seguridad...

—¡Me cago en tu seguridad! Primero llegamos aquí y te sabes la jeta de ese tío de memoria. Luego empiezan a llegarte las dudas. Oye, o dices la verdad o te vamos a meter una emplumada que vas a tener que vender el bar para pagar los abogados.

Estábamos al borde de la legalidad, o quizá por completo fuera de ella. A Nogales nunca le habiéríamos hablado así. Simplemente, nos aprovechábamos de la sencillez de aquel pobre hombre. Así es la vida.

El tipo estaba tan asustado que no conseguía razonar con coherencia.

—Yo nunca he hecho nada ni estoy metido en nada raro, de verdad. Sólo trabajo, tengo familia, si hasta pago las multas de aparcamiento. Si hay que colaborar con la policía yo colaboro, ¿eh? Creo que se han formado una idea equivocada de mí, por un malentendido.

—¿Declararás ante el juez que reconociste a ese hombre?

—Sí, claro, si no hay inconveniente, si yo nunca dije que no pensara declarar. Las cosas son como son y en paz.

—¿Qué me dices de la mujer?

—Sí, creo que es la que vi con ellos.

—¿Crees?

—Era ella, sí. La esposa de ese hombre.

—¿Estás seguro de que no llegó con Valdés?

—No, no, llegó con el otro; de eso me acuerdo muy bien.

—Quizá te libres de una buena, pero no estés muy seguro. Yo que tú, declararíate ante el juez, lo digo por tu bien.

—Declararé, lo haré. Yo siempre quise declarar.

Si aquello no era una clara intimidación policial a un testigo, que bajara Dios y lo viera. Salí asqueada del bar.

—Como a este tío se le ocurra contar algo de lo que acaba de pasar, se nos caerá el pelo, Garzón.

—No lo hará, estaba acojonado. Además, qué sabe este tío de la diferencia entre un juez y nosotros. ¿No ha oído lo de las multas? Para él todo es la ley.

—Me avergüenzo un poco.

—Pues no se avergüence; al fin y al cabo, la parte más bestia siempre me toca hacerla a mí.

—Eso no me hace menos culpable.

—No me hable de culpabilidades, inspectora. No hay más culpabilidad que la que puede demostrarse. Por esa razón estamos pringándonos, ¿o no?

Lógica policial. La que yo también debía aplicar.

Garzón se encargó de que todo su dispositivo de vigilancia se convirtiera en otro de protección del testigo. Sólo faltaba que, tal y como estaban las cosas, lo convirtieran en uno más de la lista de fiambres.

Llamamos a Coronas, dándole cuenta de nuestra sucia gestión, que le pareció perfecta.

—Señor, el testigo declarará ante el juez.

—Muy bien, Petra, muy bien. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Mañana a primera hora interrogaremos a Nogales, esta vez en otro plan.

—Te llamaré antes, me han prometido resultados de la autopsia para las ocho. Puede ayudar.

Bien, ya habíamos dado un empujón a la realidad, y la realidad nos ponía sus datos al alcance de la mano, escuetos, inexplicados. Marta Merchán conocía a Nogales. Nada más. El trabajo burdo no facilitaba sino esa aportación hecha a granel. Las conexiones internas del artefacto deberían ser examinadas con un sistema de mayor complejidad.

Me acosté llena de alarma e inquietud. Estaba segura de que el teléfono me despertaría a media noche, pero no fue así. Dormí con el mismo abandono que unos viejos zapatos en un armario. Cuando me desperté tuve

la impresión de que estaba llegando tarde a mi propio entierro. Sin embargo, no había motivo para sobresaltos; todo transitaba por la senda de la más absoluta normalidad. Eran las siete y nadie se había interesado por mi suerte, hubiera podido morir en paz.

Garzón, durante el desayuno, me alejó de un pensamiento tan fúnebre con su tranquila actitud. Mojaba churritos en el café con la misma unción que un integrista hubiera dedicado a las primeras oraciones del día.

—¿Ha dormido bien? —le pregunté.

—Como un leño —confesó—. Pocas cosas en esta vida me han provocado insomnio. Duermo siempre como un bebé. ¿Y usted?

—De un tirón.

—No me lo creo, tiene mala cara, seguro que se ha pasado la noche dándole vueltas al caso, ¿es usted tan poco práctica! Ande, por lo menos desayune bien, estos churritos están de muerte. ¿Quiere que se los reboce un poco más en azúcar?

Sonreí.

—¿Se propone cuidarme?

—Los solitarios tenemos la obligación de cuidarnos los unos a los otros. ¿Sabe qué le digo, Petra? Que usted debería casarse otra vez.

Mi carcajada espantó a los pocos madrugadores que había en otras mesas.

—¿Tiene alguna idea de con quién?

—¡Ah, eso usted sabrá!

—Esperaré a que se case usted primero.

—Pues entonces está lista.

—¿Sólo aconseja usted el matrimonio a los demás?

—Soy demasiado viejo para nuevas experiencias.

Ya estábamos de nuevo instalados en el terreno de lo personal, y yo no deseaba seguir en ese tercio. Tenía el teléfono móvil sobre la mesa, lo miré y le dije a Garzón:

—¿Qué se juega a que ese teléfono empezará a sonar dentro de un instante? El comisario dijo que llamaría a las ocho en punto.

—¡Otro que debería casarse!

—¡Pero si está casado desde hace un montón de años! Él y su esposa tienen cuatro hijos. ¿Cómo es posible que no lo sepa?

—Los hombres no nos hacemos confidencias.

—Pero sí se las hacen a las mujeres.

Se quedó sorprendido.

—Quizá.

A las ocho menos un minuto sonó el teléfono. Coronas, expeditivo desde que abría los ojos al nuevo día, me espetó:

—Petra, voy a resumirle el resultado de la autopsia de Marta Merchán. Son siete puñaladas dadas al buen tuntún. Sólo una resultó mortal. Descartado un sicario. La agresión se produjo a las ocho de la tarde. Dice el forense que las puñaladas no estaban asestadas con mucha fuerza. Ninguna sobrepasaba la línea superior del tórax. Deduce, pues, que el asesino fue un hombre de escasa corpulencia y altura o bien una mujer. Hubo cierta resistencia con rastros de lucha, pero evidentemente la víctima fue sorprendida, por lo que tuvo escasa reacción. El equipo de rastreo ha hallado un pelo que parece no ser de Marta Merchán, pero puede ser de su hija, de la asistenta o vaya usted a saber. Ha pasado a analítica. En cuanto a los vecinos, ninguno vio llegar ningún coche ni oyó nada raro. No es sorprendente porque los jardines que rodean las casas son bastante grandes. De momento, no hay nada más. ¿Se ha quedado con todos los datos?

—Sí. ¿Qué hay de los interrogatorios de la hija y la chacha?

—Moliner empezará esta misma mañana. Ayer a Raquel Valdés le dio un ataque de nervios cuando volvió de la facultad y se encontró el panorama. Ha pasado la noche sedada y bajo vigilancia médica. ¿Cuándo van a ir a por Nogales?

—En cuanto sean las nueve, comisario.

—Echen el resto.

—Lo haremos, señor.

Informé al subinspector de mi conversación y salimos hacia la redacción de *El Universal*. Antes de entrar le dije a mi compañero:

—Voy a guardarme, de momento, el dato del asesinato de Marta Merchán. Veremos si sirve de algo soltárselo cuando menos lo espere.

—Usted verá, inspectora. Yo a este tío no sé por dónde entrarle.

—Nos fiaremos de la improvisación intuitiva.

—Dudo de que, con tan pocos churros como ha comido, la intuición vaya a funcionarle bien.

—En ese caso esté atento. Si veo que no estoy inspirada, le pasaré a usted el peso del interrogatorio. Si el quid está en la cantidad de churros ingeridos, usted lo hará perfecto.

«El director aún no ha llegado», dijo la recepcionista. «En ese caso le esperaremos aquí», contesté. Y eso hicimos. Durante más de una hora contemplamos el trasiego matutino de un periódico, las continuas llamadas telefónicas, la entrada de empleados provistos de tarjeta magnética, las estrictas medidas de seguridad para los visitantes que no eran de la casa. En el momento en que más entretenidos estábamos, entró Nogales e inmediatamente nos vio. Se dirigió hacia nosotros. Nos pusimos en pie y no le dejamos hablar.

—Señor Nogales, le esperamos a usted. Debe venir a comisaría para un interrogatorio.

—¿Estoy detenido?

—No, pero obra un testimonio en su contra y queremos clarificar la situación.

—Bien, dígame qué comisaría es y llamaré a mi abogado para que se persone allí.

Había una parada de taxis en la puerta del periódico. Cuando Nogales comprobó que nos dirigíamos a ella dijo de pronto:

—Si no les importa, prefiero coger mi propio coche.

Hubo un instintivo momento de indecisión, pero sin duda no iba a escapar, y su teléfono móvil estaba intervenido. Asentí con un golpe de cabeza.

En la comisaría estaba lista la sala de interrogatorios. Nogales tardó cinco minutos más en llegar y su abogado lo hizo tras media hora. No comenzamos hasta que no estuvo presente.

—Señor Nogales, detrás de ese cristal está el encargado del bar La Gloria. Se encuentra seguro de que fue a usted a quien vio repetidas veces desayunando y charlando con Ernesto Valdés. Hoy se ratificará y firmará una declaración en ese sentido.

Intervino inmediatamente el abogado:

—No daremos ese hecho por sentado hasta que no veamos firmada tal declaración.

—Está bien —dije. Me levanté y salí. En la sala de al lado estaba el testigo con varios compañeros policías. Lo saludé y, sin mediar palabra, pregunté—: ¿Es ése el hombre a quien vio?

Adolfo, nervioso, con una fina capa de sudor cubriéndole el rostro, afirmó gestualmente.

—Diga sí o no.

—Sí, sí que lo es. Estoy completamente seguro.

Respiré con enorme alivio interior.

—De acuerdo, firme aquí y rellene los datos de su carnet de identidad. No descartamos que el juez le llame para una rueda de reconocimiento.

Firmó la declaración ya preparada con mano temblorosa y caligrafía inculta.

Tomé una copia y volví a la sala de interrogatorios. Le pasé el papel a Nogales, pero su abogado se adelantó y sólo tras una ojeada, dijo:

—Quiero ver el original.

Sin hacer ningún comentario ni ningún gesto de impaciencia, recogí el documento y me ausenté de nuevo. Un minuto más tarde estaba de vuelta con el original.

—Aquí tiene.

Garzón cambiaba su peso de un pie al otro, demostrando cierta inquietud. Le rogué con la mirada que se sentara y enseguida me entendió.

—Bueno, ya ve cuál es la historia. ¿Qué tiene que decir sobre esta declaración?

De nuevo contestó el abogado.

—Mi cliente responderá de modo oficial cuando exista una citación judicial y una acusación concreta. De momento, se ratifica en su postura de

afirmar que nunca visitó el tal bar La Gloria, ni mucho menos se entrevistó en ese lugar con el difunto señor Valdés, al que no conocía.

Sin perder la calma un instante respondí:

—De acuerdo. Me permito comentarles también, para su información y actuaciones posteriores, que el mismo testigo dice haber visto en una ocasión a la señora Marta Merchán, ex esposa de Ernesto Valdés, en compañía de éste y del señor Nogales. Es más, afirma que la citada señora llegó a su establecimiento no en compañía de su ex marido, sino del señor Nogales.

El abogado, que de repente puso cara de andar perdido, reaccionó sin embargo como un autómatas legal:

—¿El testigo recuerda esos detalles sólo habiendo visto a esa señora en una ocasión? ¡Es evidente que estamos frente a un hombre muy observador! ¿Los vio acaso alguien más?

Me encogí de hombros.

—Sólo puedo informarles de las evidencias legales con las que cuento —dije en tono neutro.

El tipo tenía de improviso prisa por largarse. Nogales asistía a la escena sin mover ni un músculo de la cara.

—Está bien, señores, si no desean nada más de mi cliente, nos retiraremos en espera de la pertinente citación. Buenos días.

Ambos se levantaron y caminaron hacia la puerta. El abogado iba detrás, como si temiera que le asestáramos a su cliente una puñalada por la espalda. Y eso fue justo lo que intenté hacer. Cuando casi habían alcanzado la puerta, dije en voz clara y serena:

—Señor Nogales, quizá le interese saber una primicia. Y puede que a su abogado le interese conocer la magnitud de los hechos en los que se encuentra usted presuntamente implicado.

La comitiva había parado, pero ninguno de los dos giró la cara hacia mí, permaneciendo de espaldas. Continué en un tono coloquial:

—Marta Merchán fue hallada ayer en su casa de Barcelona. Estaba muerta. Alguien la asesinó, aún no sabemos quién fue.

Se hizo un silencio aparatoso. Vi que Nogales, siempre de espaldas, se llevaba una mano a la cara. Cuando se volvió, sus gafas se habían movido y estaban torcidas, descomponiendo por completo la armonía y rigidez del rostro. Me miró intensamente, transmitiendo una intensidad salvaje. Su boca se contrajo y los labios empezaron a temblarle. El abogado no comprendía nada y se alarmó. Tomó a su defendido del brazo y empezó a empujarlo hacia la salida de modo evidente.

—Vamos, Andrés, vamos. Eso no te incumbe para nada. Ya te dirán oficialmente lo que tengan que decirte.

Se lo llevó ejerciendo sobre él una presión innegable. Nogales parecía conmocionado, pero se dejó arrastrar.

Una vez fuera, le dije a Garzón:

—¿Ha visto eso?

—Sí, es la primera vez que ese cabrón se ha inmutado por algo, aunque lo ha disimulado bien.

—No ha disimulado en absoluto, el abogado le ha obligado a salir, pero él estaba patidifuso.

—Es evidente que la conocía, y probablemente muy bien. Por alguna razón, Marta Merchán es un eslabón de esta cadena.

Alguien llamaba a mi teléfono móvil. Contesté con verdadera ansiedad. Era Moliner.

—¿Petra? Alguien ha telefonado hace un par de minutos al móvil de Marta Merchán. Han localizado el número y pertenece a Nogales.

—¿Quién tenía el aparato?

—Lo llevaba yo en mi cartera.

—¿Le has dicho algo?

—No he descolgado.

—Bien, me pregunto si debo detenerlo ya.

—Hazlo inmediatamente. Hay algo más. Raquel Valdés me ha contado que su madre y Nogales formaban pareja desde hace más de dos años.

—¿Eso quiere decir que eran amantes?

—Sí.

—¿Qué más ha dicho?

—No me agobies de momento, estoy interrogándola y se encuentra muy nerviosa. No debo precipitarme. Cuando acabe te llamaré.

No hizo falta transmitirle ningún dato de esta conversación al subinspector, los había captado al vuelo.

—¿Cree que Nogales habrá vuelto al periódico?

—No lo sé, Fermín, vaya pitando al juez que esté de guardia y pídale una orden de detención. Dígale que el juzgado que instruye el caso en Barcelona es el número 11.

—¿Y usted?

—Esperaré a ese cabrón en el periódico.

—¿Y si no va?

—Irá. Su abogado le habrá aconsejado que dé una apariencia de normalidad absoluta.

—También le habrá aconsejado que no llame al teléfono de Merchán y sin embargo lo ha hecho.

—Cierto. Quizá hemos encontrado su punto flaco.

Salió disparado, y yo también, en otra dirección; pero no hubiera sido preciso correr tanto. Nogales estaba en su despacho de *El Universal* y esa vez no me hizo esperar ni siquiera un minuto, en cuanto la secretaria le anunció mi llegada me hizo pasar. Pero no estaba solo, el abogado seguía con él y se lanzó enseguida al ataque:

—Inspectora, no hace ni veinte minutos que le he dicho que...

Lo interrumpí con un placer insano.

—Abogado, mi ayudante, el subinspector Garzón, está tramitando una orden de detención para su cliente.

—¿En razón de qué?

—Raquel Valdés acaba de declarar en Barcelona que su madre, Marta Merchán, ha sido amante de su cliente desde hace dos años, y que aún lo era antes de morir.

—¿De qué se acusa a mi cliente?

—De asesinato.

—Del asesinato ¿de quién?

—De la propia Marta Merchán.

—Pero inspectora, eso es absurdo. Mi cliente no se ha movido de Madrid.

—Por el modo en que ha sido asesinada Marta Merchán, tenemos la certeza de que lo ha hecho un profesional contratado por alguien. El mismo profesional que en su día mató también por encargo a Ernesto Valdés, y que más tarde asesinó a Higinio Fuentes, delincuente habitual y confidente de la policía de Barcelona. A su mujer también la mató.

Por la cara de terror que puso el abogado, comprendí que no sabía gran cosa del embrollo en que estaba metido su defendido, pero no cejó, si bien su inseguridad era a cada momento más evidente.

—Inspectora, todo eso habrá que probarlo; no se puede irrumpir aquí y...

De pronto, Nogales, que permanecía hierático en su mesa, levantó la voz.

—Agustín, déjame a solas con la inspectora.

El otro entró en pánico al oír semejante pretensión. Se dirigió a él.

—Andrés, por favor, no me parece conveniente. De hecho, no estás obligado a...

Lo interrumpió con violencia contenida.

—Agustín, sal de aquí.

—Pero esto es una locura, soy tu abogado y creo que...

Nogales se levantó y su silla giratoria salió despedida sobre las ruedecillas hasta dar un golpe en la pared:

—¡Fuera! —chilló con una fiereza que me dejó helada.

No sé qué cara puso el persistente abogado, porque mis ojos seguían fijos en Nogales. Sólo oí la puerta al cerrarse tras él. Estábamos solos. Yo había jugado fuerte y el resultado estaba allí, pero el juego era peligroso y no podía cometer el más mínimo error.

Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa. Estuvo masajeándose los párpados y después me miró. Sin aquellos cristales montados en el aire no parecía la misma persona. Su aspecto cambiaba sorprendentemente, como si estuviera desnudo. Sin embargo, comprendí enseguida que no se encontraba hundido ni se iba a desmoronar en el transcurso del interrogatorio. Era

firme como una roca. Había que seguir por el tortuoso camino que había iniciado. Se colocó las gafas de nuevo. Había sido un breve instante de debilidad. Como si fuera él quien manejaba la situación, comenzó a interrogarme a mí.

—¿Cómo puedo saber que Marta Merchán está de verdad muerta?

—¿Cree en serio que la policía pone trampas como en las historias de ficción?

—Contésteme.

Saqué mi teléfono del bolso. Se lo pasé.

—Marque el número del móvil de Marta Merchán. Está usted utilizando un teléfono de línea especial para la policía. Cuando alguien conteste, devuélvame el teléfono.

Lo hizo. Esperó un instante y me lo devolvió. Oí la voz de Moliner.

—Petra, ¿eres tú? En este momento no puedo...

—Moliner, quiero que le digas a una persona que tengo delante cuál es tu nombre y tu graduación, y a qué comisaría perteneces.

—Pero, Petra...

—Hazlo, por favor.

Puse el auricular en la oreja de Nogales y escudriñé su expresión. Sus ojos se achicaron levemente. Asintió.

—Gracias, Moliner, te llamo luego.

Me dirigí al sospechoso con toda calma.

—¿Quiere que llamemos también a su casa? Alguien contestará, hemos dejado un retén allí.

Negó. Había recibido un golpe directo en plena cara, pero se recompuso, aunque su voz ya no sonaba igual.

—¿Cómo la mataron?

—De un tiro certero en la frente, con una nueve milímetros semiautomática. Luego, le seccionaron la yugular; la degollaron.

Ahora el golpe le hizo tambalearse. Guardó un silencio de muerte, luego musitó:

—¿Por qué?

Enseguida me di cuenta de que se dirigía la pregunta a sí mismo. Había empezado a sudar con una rapidez increíble, por todos los poros de la cara al mismo tiempo.

—Dígame quién ha sido, Nogales, aún podemos cogerlo, dígame quién.
—Yo también sudaba, y el corazón me batía tan fuerte en el pecho que creí que iba a cortarme la respiración—. ¿Quién la ha asesinado tan salvajemente, Andrés? Debe decírmelo. Ha sido el mismo profesional que usted contrató, ¿no es cierto? Porque usted es Lesgano, ¿verdad? ¿Dónde podemos encontrar a ese sicario? Dígamelo, el tiempo pasa rápido, no le demos la oportunidad de escapar.

Abrió la boca y rápidamente le pasé un papel:

—Escríballo: nombre, dirección...

—Sólo sé su nombre de guerra y su teléfono de contacto.

—¡Anótemelo, rápido!

Lo sabía de memoria y lo escribió. Cogí el papel. Debía cortar allí. Sabía que la estrategia era cortar allí. Me levanté con toda teatralidad y salí casi corriendo. No miré atrás.

En la puerta del periódico pedí un coche celular con urgencia y esperé. Cinco minutos más tarde llegó Garzón con la orden del juez. Los guardias tardaron un poco más. Les pasé a ellos la orden.

—Detengan a Andrés Nogales. No armen demasiado escándalo, no opondrá resistencia y es el director. Llévenlo a la comisaría de Tetuán, le estarán esperando.

De buena gana me hubiera parado en un bar y hubiera tomado una cerveza de un solo trago, sin respirar. Pero no había llegado el momento de relajarse, aquella carrera estaba aún en línea de salida.

Miré a Garzón con ojos de loca.

—¿Le gustan a usted la acción y el peligro?

—Más lo primero que lo segundo.

—Pues creo que tendrá ocasión de disfrutar.

—Cuénteme cómo coño ha conseguido que confiese.

—Por un procedimiento muy personal. Le he dicho que el asesinato de Marta Merchán tuvo las mismas características y la misma munición que el

de Valdés. Se quedó pensando un instante.

—¡Coño, inspectora, lo engañó vilmente! ¿Ha confesado después?

—Me ha dado las señas del sicario a quien él contrató. ¿Quiere una prueba más contundente?

—Se vino abajo.

—No, es muy frío, pero se da cuenta de que el círculo se ha cerrado demasiado en torno a él. Está perdido.

—Y afectado por la muerte de su amante.

—Quiere saber por qué el sicario se la cargó, y quiere que lo atrapemos.

—¿Cómo se llama el sicario?

—Toribio, es un nombre de guerra. Tenemos su teléfono. ¿Qué sugiere que hagamos?

—Averiguar a quién pertenece y presentarnos allí. Sería un error llamar.

Pedimos el dato en la comisaría de Tetuán y, mientras esperábamos el resultado de la gestión, Garzón sugirió que nos fuéramos a un bar. Después de una cierta reticencia, me avine a acompañarle. Bebí mi cerveza absorta y reconcentrada en lo que había sucedido, en lo que faltaba por suceder. De repente, Garzón hizo un gesto violento frente a mis ojos:

—¡Vuelva de sus pensamientos, inspectora, descanse un momento, le va a estallar el cerebro!

—No puedo dejar de pensar. Lo tenemos todo cogido con alfileres y tengo miedo de que se desmonte.

—Tenemos al culpable.

—Tenemos a un culpable: ¿él ha sido el único asesino de tanta gente?

—Al menos a Marta Merchán parece no habérsela cargado él.

—Puede estar seguro de eso. Llamaré de nuevo a Moliner, quizá esa chica ha dicho algo más.

—No lo haga, inspectora, tiempo al tiempo. Tal vez otra interrupción pueda ser negativa.

—Lleva razón, usted siempre lleva razón.

—Soy un hombre tranquilo y razonable.

Sonrió con complacencia. Sí era un hombre tranquilo, y aquella tranquilidad nos vendría muy bien como equilibrio, ya que yo me

encontraba realmente excitada. La mandíbula me dolía de tanto apretar.

Media hora después teníamos lista nuestra información. El teléfono venía a nombre de una mujer: Concepción Argentera. Lo intervinieron inmediatamente. La dirección no nos dijo gran cosa. Pedimos un coche con dos policías de refuerzo, sin uniforme. Pasó delante de nosotros y le seguimos.

El barrio era de clase media, impersonal, igual que el bloque de pisos frente al que nos detuvimos. Hubo que dar tres vueltas a la manzana hasta encontrar aparcamiento. Nuestro coche nodriza ocupó una discreta segunda fila a diez metros del portal.

Descartamos el ascensor y subimos a pie. Era un sexto. Oía resollar a Garzón mientras su pecho se agitaba con violencia. Paré en el descansillo.

—Subinspector, ¿cómo vamos a hacerlo?

—Yo llevaré la iniciativa si usted me autoriza.

Asentí.

—Inspectora, ¿quiere que lo haga solo?

—Desde luego que no.

Llamó al timbre. El estómago se me retorció como si me hubiera tragado una serpiente. Una voz de mujer contestó desde dentro.

—¿Quién es?

—Queremos hablar con Toribio —dijo Garzón.

Siguió un silencio absoluto. La puerta no se abría.

—¡Abra, por favor!

—Aquí no vive ningún Toribio.

—¡Policía, abra la puerta inmediatamente!

Oímos manipular un cerrojo y en el quicio apareció una joven de aspecto aniñado. Llevaba un vestido de flores, una cinta en el pelo. Noté enseguida el miedo en su expresión.

—Creo que se han equivocado —dijo, casi susurrando.

Garzón dio un innecesario golpe en la puerta y la abrió del todo. La chica, asustada, reculó. Entramos y el subinspector cerró tras nosotros. La había cogido de un brazo y la empujaba por el pasillo. Acabamos en un

salón lleno de humo de tabaco. La televisión estaba encendida. Garzón derribó a su presa sobre el sofá con una violencia que me pasmó.

—Venga, nena, vamos a tener una charla.

—No tengo nada que decir.

Al verla a plena luz observé que llevaba los ojos muy maquillados, la boca perfilada con rojo sangriento, en contraste brutal con su rostro infantil. A pesar del temor que sentía, me miraba con curiosidad.

—¿Dónde está él? —gritó el subinspector.

—Vivo sola aquí.

Garzón, lleno de furia, empezó a mirar a su alrededor. De pronto salió de la sala y lo oí moverse por la casa. La muchacha no rechistó, siguió sentada como si algo la atenazara. Hundió los ojos en el cenicero lleno de colillas y esperó. Yo tampoco me moví, estaba fascinada por la mezcla de fragilidad y envilecimiento de aquella mujer. Los altos tacones, el sujetador negro que sobresalía por el escote... era como una niña a la que hubieran disfrazado de prostituta para una función teatral.

Regresó el subinspector con un montón de ropas en la mano. Las tiró a la cara de la chica y gritó:

—¿Y estos trajes de quién son, del perro?

En el informe montón que quedó desmadejado sobre el sofá pude distinguir camisas y pantalones de caballero. Garzón había guardado en su mano un par de gruesos zapatones que dejó para el final. Los echó a los pies de la chica. Sus movimientos eran muy histriónicos, se trataba de un ballet que mi ayudante había ensayado muchas veces con anterioridad.

—¡Dinos dónde *coño* está!

La joven, aterrorizada, se limitó a negar con la cabeza.

—Muy bien, esperaremos.

¿De verdad nos disponíamos a quedarnos en aquella habitación? Me acometieron unas terribles ganas de largarme. Sentía claustrofobia e incomodidad. Pero el subinspector parecía decidido a cumplir su amenaza. Lo miré, casi esperando indicaciones, y vi cómo se sentaba frente a la chica con toda calma. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Busqué un acomodo que me permitiera soportar la situación sin perder el poco temple que me

quedaba. Coloqué una silla junto a la ventana y observé la calle. Era una jornada tranquila para el resto de la gente. Los autobuses se detenían en las paradas y recogían a los viajeros. Un joven paseaba tres perros de raza pequeña. Se oía el griterío de niños en el patio de un colegio. Envidié a los ciudadanos normales que iban o volvían del trabajo, compraban en las tiendas, se reunían en un bar. Pero no tenía derecho a quejarme, para no hacer toda aquella clase de cosas cotidianas me había convertido en policía. Y había acabado sentada absurdamente en una casa oprimente frente a una joven en estado de pánico. Sufrí una extraña crisis de identidad, ¿quién era yo, qué hacía allí?, ¿quién era aquel hombre voluminoso empeñado en maltratar psicológicamente a una niña que podía ser su hija? Me adormecí, quizá para huir del horror, apoyé los brazos en la ventana, me dejé ir. La voz de la chica me despertó un rato más tarde. ¿Qué había dicho? Vi cómo Garzón la cacheaba, salía con ella, volvía un rato después.

—Ha ido al lavabo —me dijo.

—¿Hasta cuándo nos quedaremos aquí?

—Hasta que ese tipo aparezca.

—¿Y si no aparece?

—Aparecerá. De lo contrario, ella hubiera dicho algo, no hubiera soportado tenernos aquí indefinidamente. Además, estaba arreglada para salir.

—La que no sé si lo soportaré soy yo misma.

—Váyase, puedo hacerlo bien solo.

—Me quedaré.

—Vigílela ahora usted. Voy a echar una ojeada por el piso. No creo que encuentre nada pero...

La joven estaba ya a nuestra espalda, frágil y arrugada como un papel. Se sentó de nuevo y levantó los ojos hacia mí. Le alargué un cigarrillo y se lo encendí. Me sentía incapaz de hablar con ella. Entonces sonó el teléfono que había sobre una mesita auxiliar. Garzón corrió, precipitándose hacia la sala.

—¡No lo coja! —gritó.

Ella no había hecho indicación de moverse siquiera. Se mordió el labio.

—¡No lo coja! —volvió a chillar Garzón.

La chica, mansamente, empezó a llorar. Las lágrimas le caían por la cara, manando desde los ojos y la nariz.

—¿Puedo ir a buscar un pañuelo? —preguntó.

Garzón le hizo un gesto negativo. El teléfono enmudeció. Dos minutos más tarde, volvió a sonar de nuevo. Hasta tres veces se repitió la misma escena. Después no hubo más llamadas. Pensé que quizá no contestando estábamos alertando al asesino, pero debía confiar en Garzón, parecía muy seguro de lo que estaba haciendo. Ahora, la chica se limpiaba con el borde de la falda. Busqué en el bolso un pañuelo de papel y se lo tendí.

Y esperamos, esperamos, esperamos. Garzón tomó el mando de la televisión y cambió de canal. Escogió un programa de deporte en el que se mostraban fragmentos de partidos de fútbol. Se abstraigo por completo. Era increíble, de vez en cuando emitía pequeñas exclamaciones ante una jugada fallada, mugiditos de placer frente a un gol. ¿Lo hace de verdad o está disimulando?, pensé inocentemente, hasta que en una ocasión subió el tono de voz y me dijo como si estuviéramos en La Jarra de Oro:

—¡Ya lo creo que ha sido penalti! ¿Lo ha visto usted, inspectora?

Lo hubiera asesinado allí mismo, pero me limité a soltarle una mirada reprobatoria, ya que la situación estaba en sus manos y había testigos.

Pasó más de una hora. Garzón se había servido una cerveza de la nevera y yo creí que iba a enloquecer, pero entonces se oyó una llave en la puerta. La joven irguió la espalda, los ojos se le salían de las cuencas. Oímos abrirse la puerta de la entrada, pero no se volvió a cerrar, una voz de hombre dijo:

—¿Patricia, Patricia, estás ahí?

Cuando pude reaccionar comprobé que Garzón le había puesto una pistola en la cara a la chica y le dijo en voz baja:

—Contesta, contesta con calma.

La chica se esforzaba pero de su garganta parecía no poder salir ni una palabra. El subinspector le hincó el arma en la mejilla.

—¡Contesta, hija de puta!

Emitió un «¡Hola!» espantado y siniestro. Nadie contestó, nadie entró. Garzón se precipitó hacia fuera. Empezó a gritar:

—¡Deténgase, policía, deténgase!

Corrí tras él. Descendía a toda prisa por las escaleras, sin dejar de dar el alto a una sombra que huía y que yo no podía distinguir. Se oyó un disparo. Me agaché y miré por los barrotes del pasamanos, pero el automatismo de la luz saltó y quedó todo a oscuras.

—¡Garzón! —grité—. ¡Garzón!

No hubo respuesta. Blasfemando entre dientes volví tras mis pasos y entré en la casa. Volé hacia la ventana y la abrí. Disparé al aire. Inmediatamente los policías del coche salieron y corrieron hacia la entrada. Paré un instante mi loca carrera, respiré hondo. La chica estaba sentada en el suelo, se tapaba la cara con las manos y lloraba.

Intentando conservar cierta calma bajé por la escalera. En el segundo descansillo estaba Garzón, en el suelo, encorvado sobre su estómago. Me arrodillé a su lado.

—Fermín, ¿qué le pasa?, ¿le ha dado? Levantó la cara, sudorosa y dolorida.

—No se asuste, inspectora, es en el brazo. No se asuste.

Se habían abierto algunas puertas. Una vieja gritaba como un loro:

—¿Quién hay? ¿Qué pasa ahí?

Desde abajo sonó fuerte la voz de uno de nuestros agentes:

—¡Lo tenemos, inspectora, lo tenemos!

Me senté junto a mi compañero. Hubiera matado por un cigarrillo.

—¿Por qué no se callan todos de una puta vez? —murmuré. Y, contra todo pronóstico y lógica, Garzón se echó a reír.

9

Agustín Orensal. No quise interrogarlo yo misma. Olía a muerte como un zorro después de cazar. Un profesional, un auténtico profesional. Lo negó todo, pero llevaba encima la semiautomática con la que se cometieron los crímenes, había empleado la misma munición. No hacían falta más pruebas. Al parecer, podía formar parte de un grupo organizado de sicarios, pero no quería hablar.

Garzón, con el brazo en cabestrillo, sí asistió a los interrogatorios, junto a dos inspectores de Madrid. Debieron de ser muy duros. Al tercer día cantó: Nogales le había contratado para matar a Ernesto Valdés. Al confidente se lo cargó él por propia iniciativa. Había cometido la equivocación de hablar con él durante una borrachera. Le contó que se había cargado a Ernesto Valdés y que Valdés conocía a Rosario Campos. Sin duda, Higinio Fuentes pretendía vendernos esa doble información a mí y a Moliner y cobrarnos por separado. La intuición de Moliner fue certera.

Alguien había informado a Orensal de que la mujer de Higinio Fuentes había hablado conmigo. Tuvo que actuar. En su profesión no podían permitirse indiscreciones y él había cometido una. Era un fallo que debía reparar. Juraba no haber tenido nada que ver con las muertes de Rosario Campos ni de Marta Merchán. Los compañeros habían sido incapaces de sacarlo de ahí.

—¿No tiene curiosidad por hablar con él? —me preguntó el subinspector.

—Ni la más mínima.

—Van a seguir interrogándolo para ver si le sacan algo más, aparte de los nombres de la presunta red.

—¿Le han pegado?

Garzón me mostró su aparatosa venda.

—Yo soy un mutilado, a mí no me mire.

—¿Y la chica que encontramos en el piso?

—Vivían juntos, es una putilla juvenil.

—¿Sabe ella algo?

—Sólo ha hablado con el juez. Supongo que estaría al tanto de las actividades de su amado, pero poco más.

—Se llevan mucha edad.

—El amor es ciego, Petra.

—Eso dicen. ¿Qué pasará ahora con ella?

Garzón se volvió abiertamente hacia mí, empezó a cabecear con cara de pitorreo.

—Es usted cojonuda, inspectora, con el debido respeto. Me pega un tiro que hubiera podido enviarme al otro mundo un tipo que ni siquiera sabemos aún a cuánta gente se ha cepillado, y ¿qué hace usted? Se interesa por si han golpeado al agresor, teme por el futuro de su amante... ¡Petra, debería haberse hecho asistente social, o incluso monja!

—No me joda, Fermín. Usted sabe que, en el fondo, no tengo sentimientos.

Se quedó muy parado, luego rió:

—Lo malo es que igual habla en serio.

No sé si hablaba en serio o no, pero es cierto que nunca me ha gustado maltratar al animal capturado, quizá porque todos lo somos un poco, y es terrible saber que no podemos escapar. No haría lo mismo con Nogales, a él pensaba estrujarlo como a una bayeta hinchada de agua sucia. Sólo teníamos pruebas para inculpar al matón de dos muertes, las que había confesado. De modo que alguien más había cedido a la tentación absurda de matar.

—¿Cómo contactó Nogales con él?

—Uno de los periodistas de investigación de *El Universal* sabía cómo hacerlo.

—Informe de eso al juez por si es delito.

—Invocarán el secreto profesional.

—Ya no es problema nuestro, pero hágalo.

—Sé que soy un poco insistente, pero yo creo que debería interrogar también usted al sicario.

—¿Sabré hacerlo mejor que tres fornidos policías que se han dedicado a hostiarlo?

—Decir eso es exagerar.

Mi mente y mi voluntad se decantaban hacia otro lado, lo teníamos todo listo para cargar contra el principal sospechoso: órdenes judiciales, estudios de balística, declaraciones firmadas... y ahí sí picaba como una víbora mi curiosidad: quería interrogarle yo antes de que fuera formalmente acusado por el juez. Tenía derecho a hacerlo, faltaban dos muertes por clarificar: la primera y la última, como en un caprichoso juego ideado para pasar las tardes de domingo.

Hice que lo trajeran a comisaría. El pelmazo de su abogado vino acompañándolo. Yo ya no tenía ninguna prisa, estaba tranquila, podía dedicarme a ponerlo nervioso, todo mi tiempo estaría destinado a que completara una declaración que presentaba lagunas tan profundas como para contener dos cadáveres.

Había hablado largamente por teléfono con Moliner y me encontraba informada de la situación en Barcelona. Raquel Valdés no reveló más datos que pudieran interesarnos. Mi compañero estaba convencido de que no sabía todos los detalles de la vida de su madre, pero conocía a Nogales, lo conocía y lo apreciaba. Él había pasado fines de semana en su casa, charlaban a veces por teléfono... en una ocasión, ella viajó a Madrid, donde los tres lo pasaron bien visitando lugares turísticos. Saber eso era importante para mí antes de entrar en la sala de interrogatorios. Tenía abundantes informaciones y el convencimiento de que no tardaría en hallar la verdad.

Al entrar, descubrí enseguida el rostro de Nogales. Unos días de estancia en la cárcel de preventivos habían hecho mella en sus facciones, pero seguía pareciendo un ciudadano distinguido que acude a una cita. Achicó un poco los ojos tras sus gafas: descubrí en él curiosidad al volver a verme. No estaba alterado, no estaba hundido, no parecía triste. Una indiferencia grave y altiva se había instalado en él. Se permitió una levísima sonrisa desencantada. El abogado saltó instantáneamente sobre mi pobre cerebro dolorido de tanto pensar.

—Inspectora. Mi cliente no ha sido informado de...

Garzón estaba cerrando la puerta. Atajé con una mano el discurso del letrado. Me senté. En voz completamente relajada le dije:

—Abogado, tiene usted derecho a estar presente en este interrogatorio, también a indicarle a su cliente, con toda brevedad, lo que considera que el Derecho le exime de contestar. Todo eso usted lo sabe bien; lo que quizá no sepa es que a la primera interrupción que yo considere injustificada, a la primera frase innecesaria, pienso echarlo de aquí y no volverá a entrar. Entonces puede usted ir a protestar frente a un juez, llamar a los periodistas o mentar a la madre que me parió; pero le aseguro que lo haré, como me llamo Petra Delicado que lo haré.

La sorpresa no dejaba que el odio saliera por sus ojos a plena intensidad. Abrió la boca de par en par y luego la contrajo en un rictus cabreado. Garzón estaba disfrutando con todas las células de su cuerpo, ni siquiera se molestó en disimular la sonrisa. Me dirigí a Nogales.

—Señor Nogales, voy a decirle todas las cosas que ya no puede negar a estas alturas. Después le preguntaré y usted contestará. Así de fácil.

—Inspectora, un momento. He sabido por mi abogado que han detenido a ese hombre, y que ha confesado, pero no sé cuál ha sido su confesión.

—¿Qué quiere saber?

—¿Por qué mató a Marta?

—Jura no haberlo hecho. Dice que hace tiempo que no sale de Madrid.

—¿Y...?

—Están comprobándolo, pero parece que es verdad.

—¿Cómo se justifica entonces que Marta muriera con la misma munición que Valdés y de la misma manera?

—No sé, ya se verá.

Subió el tono de voz.

—¿Es eso todo lo que hace la policía, decir ya se verá?

—Señor Nogales, quizá usted no se haya dado cuenta, pero quien pregunta aquí soy yo.

—Tengo derecho a saber...

El abogado intervino brevemente.

—Calla, Andrés, por favor.

Lo miré con sorna y dije:

—Muy bien, abogado, muy bien. Creo que todos vamos comprendiendo cuál es nuestro papel en esta habitación.

Mis maneras eran buenas, mi estado de ánimo también. Me sentía orgullosa por mi modo de comenzar aquella difícil sesión. Sin embargo, las cosas pronto se torcieron. No había calculado el impacto emocional que provocaría en Nogales la falta de noticias sobre la declaración del sicario. Perdió la tranquilidad, se levantó y empezó a dar cortos paseos. Hubiera debido imaginarlo, no sólo operaba en él la pérdida sentimental, sino el síndrome de la falta de poder. Nogales debía de saber habitualmente todo cuanto quería en cuestión de segundos. Le bastaba con llamar a cualquiera de los redactores a su despacho. Y ahora yo lo sometía a la presión de la ignorancia. De pronto se revolvió contra mí lleno de violencia:

—Inspectora Delicado, ya puede marcharse por donde ha venido. Acúseme de lo que le dé la gana, porque yo no hablaré. Usted está ocultándome datos de la investigación.

—¿Qué derecho tiene a conocer datos de la investigación? No está aquí como periodista, sino como acusado.

—¡Me da igual, no hablaré, no lo haré! No me utilizará como a uno de esos desgraciados a los que detienen cada día.

El abogado intentaba aplacarlo tomándolo del brazo, llevándolo hacia su silla. Sin duda, se encontraba consternado por el cariz imprevisible que estaba tomando la actitud de su defendido. Yo, por el contrario, empecé a

ver entrar luz por las fisuras de su carácter. Miré a Garzón, que se mantenía hierático e inexpresivo. Quizá era el momento de atreverse a otro procedimiento heterodoxo.

—Nogales, ¿quiere pactar conmigo?

La sacudida que dieron Garzón y el abogado fue de las mismas características. Luego, ambos se tensaron a la vez. Nogales levantó la vista hacia mí y recuperó su cordura.

—¿Qué pacto quiere hacer?

El abogado intentó interrumpir, pero Nogales le mandó callar. Yo tenía los ojos fijos en él.

—Usted me lo cuenta todo desde el principio y yo le informo sobre la confesión de ese hombre.

—¿Confesión significa que...?

—Atienda a lo que le digo, por favor. En el fondo, no tiene nada que perder. Sólo le pido que me facilite el trabajo de deducción; la parte básica del caso ya está resuelta, y usted va a ser acusado de la muerte de Valdés.

—Está bien —susurró.

—Inspectora, debo advertirle que... —dijo el abogado.

—Y que su abogado salga de esta habitación; eso también está incluido en el trato —añadí.

—Él también debe marcharse —dijo Nogales señalando a Garzón.

No había ningún motivo para que atendiera semejante exigencia, pero accedí. Fue innecesaria cualquier orden; sólo ante mi mirada indecisa, el subinspector salió sin hacer el menor comentario. La mirada de Nogales a su abogado resultó más demorada y amenazante. Al final, abandonó también la sala de interrogatorios con el miedo y la alarma pintados en la cara.

—Puede empezar —me autorizó Nogales. Yo sonreí:

—¿Es posible que aún no se dé cuenta de cuál es su situación? Adelante, Nogales, puede empezar y recuerde que aquí las órdenes las doy yo.

—Hubiera confesado lo que sé de todas maneras, porque la explicación de lo que sucedió me exculpará en gran parte.

—Estoy en ascuas por conocer su exculpación.

Acusó mi ironía con un levísimo plegamiento de labios y prosiguió.

—Conocí a Marta Merchán en una fiesta, en la embajada de Francia. Ella había ido desde Barcelona representando a la marca comercial para la que trabajaba. Nos enamoramos en muy poco tiempo. Tengo casi cincuenta años y soy soltero. Nunca antes me había enamorado. Cuando me enteré de que era la ex mujer de Ernesto Valdés, me fastidió: mucha carnaza para mis enemigos. Decidimos dejar pasar un tiempo antes de dejarnos ver juntos en público. En ese lapso, Marta tuvo ocasión de conocerme como soy en realidad.

—¿Cómo es en realidad?

—Un hombre ambicioso, inspectora, ¿no se había fijado?

—Supongo que sí.

—A Marta se le ocurrió un plan que podría ayudarme profesionalmente. Su ex marido trasegaba una gran cantidad de basura informativa. Ella pensó que quizá ciertos datos sobre la vida privada de personajes políticos podrían interesarme, y me puso en contacto con él.

—Y usted le pagaba por cada información.

—Tanto si la utilizaba como si no.

—¿Eran chantajeadas las personas implicadas? —Se quedó callado—. Conteste, por favor.

—En última instancia, sí.

—No le entiendo, explíquese mejor.

—Yo quería los datos sólo para fines profesionales; pero si decidía no publicar la información dejaba que Valdés les sacara dinero. Por el contrario, si los datos pasaban al periódico, sólo le pagaba yo.

—¿Con fondos de *El Universal*?

Introdujo una pausa muy larga y luego dijo escuetamente:

—Sí.

—En cualquier caso, usted ya había obtenido lo que quería, ¿verdad Nogales? Podía controlar a esos personajes que tenían algo que ocultar. Se convertía usted en un hombre todopoderoso en la sombra. Las posibilidades de influencia en políticos y empresarios eran ilimitadas: nombramientos,

alianzas, incluso derrocamientos de gobiernos enteros... Han corrido rumores de que la finalidad última de su actuación de denuncia periodística era entrar en política.

—Eso excede el ámbito de esta declaración y no le contestaré.

—Digamos sólo que su interés no era el dinero.

—Mi interés era en el fondo el bien de este país, evitar que políticos corruptos llegaran al poder o se perpetuaran en él, yo he sacrificado muchas horas y mucho bienestar...

Lo interrumpí con toda la frialdad de la que fui capaz:

—Como muy bien ha dicho antes, sus motivos exceden el ámbito de esta declaración.

—Lleva razón, dudo que a la policía le importen las razones de nadie.

—Siga, por favor.

—Valdés me dijo que podíamos establecer un cerco de presión en torno al ministro de Sanidad. Había contactado con Rosario Campos y ella incluso se avino a colaborar, por dinero, naturalmente, no le pida ideología a según quién. Algo se torció entre ellos y esa chica amenazó a Valdés con destapar todo el tinglado. Me lo comentó, le aconsejé que le ofreciera alguna cantidad superior a la establecida, pero esa bestia de Valdés, ese hijo de la gran puta, sin decirme nada, sin avisarme, sin contar conmigo, se la cargó. ¡Hubiera querido morirme cuando me enteré!

—¿Cómo se la cargó? ¿Contrató a alguien?

—¡No lo sé!

—Piense, por favor; eso es importante.

—Creo que lo hizo algún colaborador suyo en quien tenía confianza, pero no me dijo quién. Daba igual, el mal ya estaba hecho. Debía parar a aquel tipo, era un asesino, era un peligro, había sentado un precedente terrible, ¿no se da cuenta? Yo no tengo entre mis planes matar y Valdés era incontrolable.

—De modo que, para no convertirse en un asesino, le asesinó. Puso a uno de sus periodistas a investigar en el mundo de los matones profesionales y, cuando tuvo bastantes datos, usted mismo contactó con uno y le encargó el asesinato de Valdés. Ya no era su cómplice, ya no podía

hablar, casi todo quedaba enterrado. Sólo le faltaba saber quién había sido el ejecutor real de Rosario Campos, dato que Valdés no había querido pasarle. Ésa ha sido su espada de Damocles, ¿verdad? Fuera quien fuese, no habló. Todo limpio, sin sospechas y con un solo cabo suelto, un riesgo que debía correr.

—El que haya matado a un asesino para impedirle que continuara en una dinámica de muerte me exculpará en gran parte, ya lo verá.

—Sí, apuesto a que le condecoran. ¿La Gran Cruz del mérito civil sería suficiente para usted? Y dígame, ¿qué papel ha desempeñado Marta Merchán en este asunto?

—Absolutamente ninguno; a no ser ponerme en contacto inicial con su ex.

—Parece mentira, amigo mío, a lo mejor es verdad que es usted un idealista incapaz de ver la realidad.

—¿Qué está insinuando?

—¿No ha pensado usted en la posibilidad de que su maravillosa amante también estuviera obteniendo beneficio económico de las transacciones que usted hacía con Valdés?

—¡Eso no es cierto!

—Tenemos pruebas de que existía un pacto entre los dos. Marta Merchán ha estado haciendo inversiones extrañas de cantidades de dinero que sus ingresos no pueden justificar.

—No la creo.

—Es indiferente que me crea o no. Sospechamos que tiene más dinero escondido en alguna parte. Estoy convencida de que pronto aparecerá.

—Es ridículo, ella no hubiera hecho eso jamás.

—Acabemos de una vez, Nogales. Ahora, atendiendo a nuestro pacto entre caballeros, yo le contaré lo que debo contarle. Le diré que es improbable que el sicario a quien hemos detenido haya asesinado a Marta Merchán.

La inquietud afloró a su rostro con enorme fuerza.

—¿Por qué?

—Su hombre sí se cargó a nuestro confidente y a su mujer; pero no hay pruebas para atribuirle la muerte de Marta.

—¿Cómo que no hay pruebas, y el método, y la munición? Usted me dijo...

—Me equivoqué. Marta Merchán murió apuñalada por alguien de complexión mucho menor que la de su profesional. Lo siento, me equivoqué.

Un rubor súbito apareció en su rostro. Los ojos, también enrojecidos, se le licuaron. Apretó las mandíbulas y se lanzó sobre mí. Intenté repelerlo, pero me apretaba el cuello con fuerza inusitada. Inmediatamente entró un policía seguido de Garzón. Lo agarraron, le golpearon los brazos, pero tuvo que entrar otro policía y desenganchar aquellos dedos como garfios de mi garganta. Lo atenazaron, me separé; sin embargo, nada pudo impedir que, en el último instante, me escupiera en la cara.

—¡Zorra, zorra! —murmuró.

Garzón hizo ademán de darle un mamporro con su puño sano, pero se lo impedí:

—¿Está loco, Fermín? ¡Ni lo toque! ¡Llévenselo!

Los policías lo flanquearon. Entonces, Nogales abandonó la ira de improviso, perdió también la compostura, se aterrorizó:

—Inspectora, la chica, Raquel, tengan cuidado, pueden matarla a ella también. Cualquiera puede hacer cualquier cosa, ya no comprendo nada, ya no sé...

—Las cosas se le han escapado de las manos y ya no puede rectificar. Es uno de los riesgos que sufre un manipulador.

Di orden de que se lo llevaran. El subinspector me tendía desde hacía un buen rato un pañuelo de papel. Yo estaba alterada, resollante, sin haber aterrizado aún en mi estado normal.

—Límpiese, inspectora, venga conmigo.

Me condujo del brazo por el pasillo hasta llegar frente al lavabo de señoras.

—Entre ahí y lávese la cara, Petra, se encontrará mejor.

Le obedecí. Me aboqué a la pileta bajo el grifo. Dejé correr el agua largamente, me restregué. La sensación de asco remitió levemente. Me incorporé y el espejo me trajo la imagen de una mujer con arrugas marcadas, tensa, pálida como la muerte, el cuello surcado de marcas rojizas. No era yo, nada tenía que ver conmigo aquel rostro alterado, aquella locura insinuada de los ojos. Yo debía de estar en algún otro lugar, atractiva, serena, dueña de mí.

Garzón y yo tomamos litros de té, como primera providencia, antes de empezar nada, antes de darles tiempo a nuestras neuronas de ejercer la menor reacción. Té verde, té ruso, té de roca... El camarero de aquel establecimiento especializado pensó que debía avisarnos de las propiedades excitantes de la teína, pero era justo lo que necesitábamos, un poco de excitación. Yo, después de reportar con Coronas, me había quedado lánguida como una hoja de sauce. El muy cabrón, en vez de felicitarnos por lo bien que nos habíamos movido, aludió a que el caso quedaba aún sin cerrar. «Sólo faltan los flecos», me atreví a responder. Entonces él montó en cólera como un jinete monta en su corcel: «¿Los flecos, los flecos dice? ¿A dos muertos les llama usted flecos? Más de uno se haría con esos flecos un bonito mantón.» «Del asesinato de Rosario Campos únicamente debemos averiguar el autor material», argüí. No recuerdo muy bien qué contestó, pero sé que hizo alusiones a nuestros planes o más exactamente a qué coño pensábamos hacer. Luego, en el colmo de la horterada y la ingratitud, comentó lo caro que resultaba mantenernos desplazados en Madrid. Le pedí que nos diera una tarde para decidir nuestra estrategia, y de esa tarde ya habíamos empleado dos horas baldías tomando té.

—¿Qué vamos a hacer, Fermín?

—¿Se encuentra ya en condiciones de pensar?

—Deje de preocuparse, estoy bien.

—Si falla la mente, fallará todo lo demás.

—¿Se ha vuelto usted un gurú?

—Hago mis pinitos en meditación.

—Pues medite sobre a quién pudo contratar Valdés para quitarse de en medio a la amante del ministro.

—Nogales mencionó a un buen colaborador.

—¡Vaya usted a saber, Valdés pudo decirle cualquier cosa! Quizá incluso la mató él personalmente.

—No creo que tuviera huevos. No, para hacer algo así haría falta alguien que estuviera más en contacto con la realidad callejera, alguien que tuviera facilidad para encontrar una pistola y usarla.

—¿Volvemos a la hipótesis de otro asesino a sueldo?

—Si es así, ya puede echarle un galgo por siempre jamás. Nunca descubriremos quién fue.

Garzón pidió un té árabe y se puso a mirar cómo subían y bajaban los piñones que llevaba en suspensión. Llamaron a mi móvil.

—¿Petra? Soy Moliner. La chacha cantó en el interrogatorio de ayer por la noche. La Merchán le pagaba por esconder dinero negro en su casa.

—Ese dinero ha pringado a todo cristo.

—El dinero pringa siempre.

—¿Hay algo más?

—Volveré a interrogar a Raquel, pero creo de verdad que estaba fuera del jaleo.

—¿La estáis protegiendo? Nogales insinuó que podía correr peligro.

—Se lo comentaré al comisario, pero anda cabreado.

—Ya lo sé.

—De momento, la chica vive en casa de su tía, no creo que pueda pasarle nada.

—Depende de quién matara a su madre, y de por qué.

—¿Vais a venir pronto? Me gustaría que le dieras una ojeada a todo el asunto.

—Volveremos, Moliner, volveremos, no pensamos quedarnos en la capital para toda la vida. Sentimos gran añoranza pero aún quedan cosas que resolver.

Garzón seguía absorto en la contemplación de los piñones.

—Y digo yo, inspectora...

Conocía bien aquel inicio de frase, era el de las grandes deducciones, el de las consecuencias sacadas a contrapelo, el de las frases que aspiran a convertirse en historia.

—Y digo, en fin, se me ocurre decir que... nosotros conocemos a una colaboradora de Valdés, quizá la única. Además, ésta sí conocía la calle.

—¿Maggy?

—No tenía otra. Según nos dijo la directora de la cadena, Maggy era su brazo derecho, la persona en quien confiaba plenamente, su factótum. Él la puso donde estaba.

—¿Maggy le era fiel hasta el punto de matar?

—No creo que contara con más posibilidades de trabajo que las que Valdés pudiera ofrecerle; a no ser volver a ser camarera en un bar o limpiadora nocturna. Él pudo amenazarla con el despido.

—Pero Maggy nos ayudó a atrapar a Nogales.

—Eso no prueba nada. Nogales no puede perjudicarla. Es posible incluso que haya querido que atrapáramos al asesino de su jefe.

Nos miramos con intensidad.

—No hay pruebas contra ella, a no ser la mención imprecisa del colaborador —dije, intentando eliminar cualquier falsa ilusión.

—Inspectora, por lo que llevo visto, sabe usted mentir con extrema pericia, ¿por qué no intentarlo una vez más?

—Mentir no es muy ético.

—No.

—Ni siquiera estoy segura de que funcione.

—Siempre se puede intentar.

—¿Qué me dice de una trampa?

—¿Mortal?

—Maggy nunca ha visto a Moliner, ni tampoco sabe que el sicario que mató a Valdés ha sido arrestado.

—Comprendo qué quiere hacer. ¿No serviría alguien de la comisaría de aquí?

—¿Está loco, Garzón? No es un tema para que lo lleve alguien que no cuente con nuestra más absoluta confianza.

—¿Y si Coronas no le permite salir de Barcelona?

—Transigiré. Estamos apuntalando la resolución de un caso complicado; no se trata de que andemos tocándonos las pelotas.

—Puede que acepte, pero su cabreo aumentará.

—Eso da exactamente lo mismo: el cabreo, como el amor, es imposible de medir.

Mi pensamiento era estrictamente cierto, pero aun así, podía hablarse, en cuanto a cabreos, de una cierta gradación: cabreo, cabreo intenso, cabreo del demonio y cabreo universal. Pues bien, el que agarró Coronas excedía toda la escala de cabreos de uso habitual. De haber sido un terremoto, hubiera barrido los cimientos de toda una urbe de tamaño medio. ¿Cuál era el epicentro de semejante devastación? No sabría precisar, los jefes tienden a ponerse nerviosos cuando algunos elementos de la organización escapan a su control directo. Obviamente, no habíamos pasado tanto tiempo en Madrid porque nos gustara su ambiente acogedor; incluso podíamos exhibir resultados que demostraban un aprovechamiento de los recursos que se habían puesto en nuestras manos. Pero daba igual; no estábamos, no figurábamos, no entrábamos ni salíamos de comisaría ni se nos veía a las once de cada mañana haciendo cola frente a la máquina de café. Eso nos daba un halo de independencia, una posibilidad siquiera teórica de libertad que casaba mal con la idea de equipo cohesionado que tenía el comisario.

Encima, no dijimos cuál era exactamente la ayuda que Moliner debía prestarnos en Madrid, remitiendo a un posterior informe todos los datos vistos en detalle. Coronas se explayó, utilizando la retórica típica de un jefe cabreado: andaba justo de personal, justo de presupuesto, no informábamos a tiempo de las pesquisas, practicábamos el escaqueo como un arte de pesca y parecía que sembrábamos muertos a nuestro alrededor como otros siembran coles. Si me hubiera dicho todo aquello recién llegada al departamento, al día siguiente hubiera presentado mi dimisión. Pero yo había generado ya las defensas que da el conocimiento y, por tanto, representaba mi papel en la obra preescrita, que no era otro que aguantar, negar brevemente, repetir cien veces la misma explicación rutinaria y soltar

al final del parlamento de Coronas un «a sus órdenes» que en otros tiempos me hubiera parecido una gilipollez.

Moliner llegó a las tres y fuimos a recogerle al aeropuerto. Se le veía contento. Supuse que alejarse otra vez de Barcelona le hacía tener menos presente su pequeño drama personal, su casa solitaria.

—De modo que queréis que me haga pasar por un sicario. ¡Joder, como en los viejos tiempos! Hacía años que no me metía en un follón de ese tipo.

—Me temo que no es lo que imaginas. No se trata de que te infiltres en una organización ni de que corras grandes riesgos. Sólo tienes que intimidar a una chica.

—¿Para que cante?

—Como prueba, sería mejor que te enseñara el dinero que cobró.

—¿He de pasar a la acción?

—Ten cuidado, no estamos cubiertos en absoluto ni tenemos la seguridad de que sea culpable. Si la tocas, puedes buscarte un jaleo. Bastará con que le metas el miedo en el cuerpo.

Asintió, calibrando las posibilidades de lucimiento y diversión que el tema presentaba. Lo admiré, era un policía integral, un todoterreno incapaz de pensar sin la placa incrustada en el cerebro. Hacían falta hombres como él en nuestro servicio. Era más que probable que olvidara pronto el abandono de su mujer, su vida parecía completa con el trasiego constante de escarbar en la muerte. ¿Era yo muy diferente de él? Quizá me encontraba en vías de convertirme en un espécimen de la misma familia. La absorción por el trabajo no era consciente, ni siquiera se advertía en lo cotidiano; pero sin duda operaba en el interior como una insidiosa carcoma.

Me di cuenta cabal de ese peligro, o quizá de esa suerte, cuando sonó mi teléfono y oí la voz de Amanda saludándome desde el otro lado del hilo.

—Petra, ya que te has largado y no das señales de vida, te llamo para decirte que me voy de Barcelona.

La había olvidado por completo, y había olvidado su problema, su existencia, su petición de auxilio y cariño, mi torpe reacción... todo. Ni siquiera supe disimular.

—¿Adónde te vas?

Se rió fugazmente.

—A mi casa. Yo vivo en Gerona, ¿recuerdas?

—¿Por qué te vas?

Soltó otra carcajada.

—Petra, ¿hay algún espejo por ahí? Mírate, por favor, y si tienes los ojos desencajados y la cara verdosa es que deberías descansar unos días.

—Sí, seguro que sí; pero aparte de eso, me gustaría saber si has decidido volver por alguna razón especial.

—Supongo que debo enfrentarme a las cosas. Enrique se marchará y yo me quedaré con los chicos y entonces pensaré lo que voy a hacer con mi vida, ¿se dice así?

—Algo por el estilo. ¿Puedo confesarte que me parece una buena solución?

—¿Hay alguna más?

—Bueno, enfrentarse a las cosas siempre es mejor que...

—¿Andar follando policías?

—Yo no he dicho...

—Ya lo sé, sólo estoy bromeando, y pidiéndote perdón. Creo que mi reacción fue bastante intempestiva, pero estaba nerviosa, ya sabes cómo son estas cosas del abandono conyugal.

—Yo tampoco anduve muy afortunada. Oye, estoy a punto de acabar mi trabajo aquí.

—¿Caso cerrado?

—Cerrado o no, voy a tener que volver como máximo pasado mañana. ¿Por qué no esperas un poco y nos despedimos de un modo más digno?

—¿Crees que me dará tiempo a irme a la cama con otro de la pasma?

—Prueba con el comisario, me harías un favor. Últimamente está de un humor infame.

Se echó a reír de verdad y sus carcajadas me tranquilizaron.

—Está bien, te esperaré; pero si algo fallara y tuvieras que quedarte, no vuelvas a olvidarte de mí.

—¡No te había olvidado! Sólo estaba intentando no crear interferencias.

Naturalmente, no me creyó. No había puesto en la mentira suficiente aire de verosimilitud. Claro, como no se trataba de forzar la declaración de un asesino, carecía de interés para mí. Aunque ¿a qué venían aquellos reproches internos, estaba autoinculpándome por no ser lo suficientemente familiar? Quizá era verdad que necesitaba un espejo en el que advertir mis ojeras verdosas, demostración clara de que podía perder el juicio. ¿Me sentía mal por haberme olvidado de mi hermana? ¿No se consideraba peor olvidarse de un caso en el que había tantas muertes terribles? Sentí un cansancio profundo, absurdo, como siempre que intento poner la conciencia a funcionar con parámetros ajenos. La familia y el deber, un tándem que me daba náuseas y en el que estaba sin embargo instalada.

Aquella noche, cené en un mesón con mis dos compañeros policías. No tenía ganas de hablar, lo cual no representó ningún problema: ellos estaban animados a más no poder. Les encantaba planear la estrategia para el engaño de Maggy. Hacerla cantar. Amedrentar a una chica de veintidós años, ¡toda una hazaña detectivesca! Claro que aquella chica de aspecto cutre y desvalido había podido matar. Matar a sangre fría, por dinero, a una mujer que ni siquiera conocía. A aquellas alturas de mi carrera policial, ya tenía formada una clara conclusión: daba igual el ámbito donde se produjeran, casi todos los crímenes descansaban sobre un fondo de interés. El puto dinero era el móvil universal. Era evidente que, para investigar un asesinato, no había que echar mano de la nómina de sentimientos de William Shakespeare; podías apañarte con uno o dos. Quizá por eso el caso de Nogales tenía ribetes de originalidad. A él le había movido el ansia de poder, si bien la historia se veía ampliamente estropeada por el hecho de que creyera que hacía un servicio al país. Yo hubiera preferido que se volviera consciente de su enorme paranoia.

Noté que Moliner y Garzón me miraban alarmados. Había dado una notoria cabezada. El primero fue muy discreto cuando preguntó:

—¿Te encuentras mal, Petra?

Garzón fue mucho más al grano al sugerir:

—Váyase a la cama, ahora no hay mucho que hacer.

—Quiero saber cuál es la estrategia.

—¡Pero, inspectora, si acabamos de exponerla!

—Está bien, Garzón, seguro que al inspector Moliner no le importa explicarla de nuevo.

Moliner sonrió. Pensé que se encontraba un poco sorprendido por el tipo de familiaridad especial que existía entre el subinspector y yo. Seguramente no la aprobaba. Él estaría acostumbrado a la camaradería un tanto brutal, pero a veces Garzón y yo nos comportábamos como un matrimonio de jubilados, y debíamos provocar una impresión jocosa, para decirlo con suavidad.

Fui informada someramente de algo que ya imaginaba, y que difícilmente se podía planear punto por punto. Moliner aparecería en el apartamento de Maggy y le diría que quería una parte de la pasta que había recibido por matar a Rosario Campos. Ella, lógicamente, aseguraría no entender semejante petición. Entonces empezaría el baile, según tónica expresión de Moliner. Él le confesaría que era el sicario que se había cargado a Valdés y que iba a matarla por contrato de Nogales, su amo y señor. Le despejaría la duda que siempre debía de haberla atormentado: Valdés le había confesado a Nogales antes de morir el nombre de su cómplice asesina. Este sabía que ella lo había entregado a la policía y quería vengarse. Entonces, Moliner afirmaría ser todo un profesional y, aprovechando que su pagano estaba en chirona, le ofrecería la vida a Maggy a cambio de más pasta.

El quid del plan residía en ver cuál era su reacción. Me temí que sería de pavor, por cuanto estaba convencida de que Moliner sazónaría su actuación con cierta violencia. Era mejor que le hiciera caso a Garzón, debía irme a la cama. Por muy asesina que fuera Maggy no podía evitar sentir cierta piedad por ella.

—¿Seguro que no les hago falta? —pregunté, pidiendo permiso en realidad.

Como una madre preocupada, el subinspector insistió:

—Déjenos solos, inspectora, de verdad. No tiene por qué preocuparse. En cuanto el inspector Moliner acabe el asunto, la llamaremos con lo que haya.

—¿Aunque sean las tres de la mañana?

—Le doy mi palabra de honor.

Me levanté pesadamente. No me hubiera quedado por nada del mundo. Garzón me había dado la clave al decir. «Déjenos solos.» Por supuesto, estábamos desplazados en Madrid y faltaba aún un tiempo para que la «acción» diera comienzo. En cuanto yo saliera por la puerta del restaurante, mis dos compañeros varones correrían a tomarse varios whiskies en un topless. Realmente, el subinspector no había tenido mucha suerte emparentando profesionalmente conmigo. Me hice el propósito de compensarlo algún día acompañándolo al más libidinoso strip-tease que se anunciara en la ciudad. Les saludé con la mano antes de traspasar la puerta. La libertad acudía a su encuentro.

El recepcionista del hotel se quedó mirándome como si fuera una aparición. Tendría sus razones. Por si acaso, yo debía evitar a todo trance contemplar mi imagen en un espejo. Pero vivimos en una civilización profundamente narcisista, de modo que tuve que sortear un buen montón de ellos: uno en el ascensor, otro en el pasillo, a la entrada de la habitación, en el interior del armario y en el lavabo. Mi resolución era muy firme, y mantuve baja la mirada. Como dice la leyenda que les sucede a los vampiros y a los muertos vivientes, mi reflejo había desaparecido de las cosas terrenas.

Moliner y Garzón tuvieron un detalle protector conmigo y me dejaron dormir. Se lo recliné cuando bajaron a desayunar. No me hicieron el más mínimo caso. Estaban contentos. Maggy había cantado con suma facilidad. Se aterrorizó. Quiso darle doscientas mil pesetas a Moliner, y cuando éste la atenazó por el cuello diciéndole que debía de tener escondido mucho más, se vino abajo por completo. No tenía más, había gastado el resto en alquilar una casa decente. ¿El resto, qué resto? La miserable escoria de Valdés le había dado un millón de pesetas por matar a Rosario Campos de un tiro. Lo que en realidad la había convencido de convertirse en asesina fue la promesa de continuidad en su trabajo. Fácil, un motivo banal, cotidiano. Cualquiera puede convertirse en un asesino a sueldo.

—Dijo que encontrar un currelo serio está muy difícil —ironizó Moliner.

—Sí, joder, hoy en día para tener un trabajo respetable hay que lanzarse a asesinar.

Se reían los dos como si aquello tuviera alguna gracia. Maravilloso, con una farsa burda y quizá algún golpe que no me había sido comunicado, los duros detectives habían conseguido desenmascarar a la sangrienta asesina, una pobre diablesa sumida en la más absoluta miseria moral.

—¿Qué dijo cuando le descubriste que eras policía?

—¡No veas qué lengua tiene la niña! Me soltó una parrafada en cheli que de poco me quedo sin entenderla. Pero ya te lo puedes imaginar; los policías somos unos hijos de puta y demás delicias. Tuve que contenerme para no darle una hostia.

—¿Y lo conseguiste?

—¿Qué?

—Contenerte.

—Petra, no hubo violencia, creo que te lo he dicho ya.

Garzón vio el cielo abierto para colar las ironías que normalmente debía reprimir.

—Usted no sabe, inspector Moliner, que la inspectora Delicado es una defensora acérrima del delincuente, algo así como una madre Teresa de cara al criminal.

Lo miré tristemente.

—¡Joder, Garzón, me hago cargo de cuánto debe sufrir junto a mí!

Se quedó parado y decidió tomárselo a broma.

—No lo crea, inspectora, la mayor parte de las veces no está tan mal.

Suspiré. Sin duda, Garzón y yo formábamos un dúo algo alejado de la realidad policial, y sin duda él debía lamentarlo en más de una ocasión. Pero tal y como acababa de confesar bajo apariencia jocosa, no siempre era desagradable. Por ejemplo, en aquellos momentos podíamos marcharnos a Barcelona, reencontrar nuestras abandonadas casas, recuperar ciertos hábitos gratos y dejar de dormir en una fría habitación de hotel. ¿Qué más podíamos pedir? Todas las mínimas briznas de optimismo que había

logrado sacarle a la situación se desvanecieron ante aquella pregunta mental. Un dictamen de «caso cerrado», eso es lo que podíamos pedir, y por desgracia nada parecía indicar que fuéramos a llegar en breve a ese punto. Quedaba pendiente la misteriosa muerte de Marta Merchán.

OceanofPDF.com

10

El equipaje de Amanda estaba preparado en el salón. Su plan era cenar conmigo y marcharse inmediatamente, de vuelta a su devastado hogar. En cuanto me vio aparecer con mi bolsa de viaje, soltó una exclamación y me condujo frente a un espejo.

—Mírate bien.

Me miré. Tenía el pelo desordenado en guedejas difíciles de dominar, la cara cansada. El somero jersey negro que llevaba formaba arrugas en torno a los hombros. Iba sin maquillar.

—¿Qué me dices?

—Pues... no sé.

—¿Crees que esa pinta que exhibes es un *look* adecuado?

—Oye, Amanda, perseguir a un asesino es una actividad absorbente, no permite pensar en nada más.

—¿Algo así como un enamoramiento?

—Algo así, aunque mucho más cutre.

—Pero el aspecto propio no debería descuidarse jamás.

—Cuando investigo un caso, dejo de tener conciencia de mí misma, me abstraigo, vivo otra realidad.

—Suená bien. ¿Crees que yo también podría llevar un caso?

—Tu realidad no es tan catastrófica.

—Cuando me enfrente a ella, te lo contaré.

—Sólo con que me cuentes qué has hecho estos días, creo que tendré suficiente distracción.

Se echó a reír.

—Sí, será mejor que se lo cuente a alguien porque seguro que dentro de unos meses ni yo misma me lo podré creer. Oye, ¿sabes qué deberíamos estar haciendo? Venga, dúchate y ponte guapa; luego te invitaré a cenar en el mejor restaurante de la ciudad.

No esperaba encontrar a mi hermana de un humor tan festivo. Me alegré. Quizá había dado con la manera de manejar su situación de cara al futuro.

Me duché, me lavé la cabeza y después me embadurné el cuerpo con una crema perfumada. Amanda insistió en pintarme los ojos, pero no lo consentí. Puede parecer poco amable pero, en realidad, no me apetecía cenar con ella. Lo que le había dicho era muy cierto: cuando tenía la mente enfrascada en un caso, cualquier distracción me caía mal. Y en aquellos momentos no estaba para nada; en mi cerebro seguían percutiendo las mismas preguntas, como golpes: «Marta Merchán, ¿quién, por qué?»

Cenamos en la Villa Olímpica. Pescado. Amanda me observaba complacida:

—Así estás mucho mejor.

—Tú sí estás mucho mejor con respecto a cuando viniste.

—Es verdad. Cometer unas cuantas locuras me ha sentado de maravilla.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Bueno, pues lo que no hay más remedio que hacer. Volveré a casa, hablaré con Enrique, quedaré de acuerdo con él sobre custodias y problemas económicos y... lo veré marchar.

—Nada de eso es muy agradable, pero aun así...

—¿Aun así...?

—Aun así, procura quedar en buenos términos con él. No te servirá de mucho ganar un enemigo.

—Supongo que estás en lo cierto, pero las tentaciones de mandarlo al infierno son grandes.

—En el caso que estoy llevando, he podido comprobar que hay separados que siguen en buenas relaciones.

—El mundo de la delincuencia siempre ha sido ejemplar.

—Ese mundo está más cerca de lo que parece; cualquiera puede convertirse en un delincuente, lo he comprobado también.

—Después de todo, quizá decida cargarme a Enrique. Un auténtico crimen pasional que ponga los pelos de punta.

—Con los buenos amigos que has hecho entre la policía, tal vez puedas permitírtelo. Siempre encontrarás un encubridor. —Soltó una carcajada espontánea—. Amanda, hablando en serio, dime qué piensas hacer.

—¡Eres tan divertida, Petra! De repente recuerdas que eres mi hermana y dices lo que crees que estás obligada a decir; pero en el fondo, todo eso te trae sin cuidado.

—Me importa que no te lances a la ninfomanía, o que te vayas al lado contrario y te entierres en vida...

—¡Bah, despreocúpate! Haré lo que me dicte el sentido común. Para tu tranquilidad, te diré que la época de follar policías la doy por concluida.

—Me alegro. ¿Te ha servido de algo la experiencia?

—Sí. Me sentía tan humillada, tan dejada de lado... estos días de desmadre, pletóricos y locos, han sido como una vuelta a la juventud.

La miré sonriendo y temí por ella una vez más. Le faltaba lo peor, el momento real de la partida, ver la casa vacía, la cama... recordé lo que me dijo Moliner el día en que le ocurrió.

—Vuelve a trabajar, Amanda, eso será importante para ti.

—Lo haré, no te inquietes, lo haré.

A mí también me dio la impresión de que la casa estaba vacía tras la marcha de Amanda, pero era porque había faltado mucho de allí en los últimos días. La nevera contenía un triste trozo de queso camembert y una manzana pocha. Daba igual, aún podía darme el lujo de beberme dos dedos de whisky escuchando a Beethoven. Y lo hice, antes de dormir, como cuando era civilizada, llevaba casos que implicaban un solo asesino y no me pasaba la vida trotando en el puente aéreo de Barcelona a Madrid. Sin embargo, fue un intento baldío, no conseguí relajarme ni un instante porque

las malditas cuestiones inconclusas seguían voceando en mi interior: «¿quién y por qué?».

La primera entrevista con Coronas fue mortal. No habíamos tenido tiempo de preparar nada y nos presentamos en su despacho cargados de papeles e informes sueltos que necesitaban a todas luces una ordenación. Para colmo de descoordinaciones, Moliner asistió también, de modo que aquello se asemejaba mucho a una especie de *collage* policial en el que cada uno aportaba su trocito de cuadro que en apariencia nada tenía que ver con el contiguo.

Dada la mala uva que había demostrado el comisario en los últimos tiempos, yo estaba temiendo que en cualquier momento nos mandara al mismísimo infierno. Pero no sucedió. El estado anímico del jefe había variado por alguna razón misteriosa. Parecía beatífico como el superior de una orden monástica, paciente como un parvulista. Nos atendió con el rostro calmado y no se impacientó ni una sola vez ante nuestras dubitaciones. Repetía la pregunta cuantas veces fuera necesario y esperaba. Nosotros revolvíamos en los expedientes recién sacados de la computadora y procurábamos armar ante él todas las piezas del complicado caso.

Concluyó preguntando:

—¿Tienen la menor idea de quién ha podido matar a Marta Merchán?

Era justo lo que temía que fuese a hacer. Intentando evitar los monosílabos rotundos, me adelanté a contestar:

—Verá, señor, aparentemente el caso acaba aquí. Están todas las piezas y no hay nada que haya quedado sin explicación. Todo concuerda; no hay fleco alguno cuya sospecha pueda cargarse sobre este último asesinato.

—¿Lo han estudiado todo bien?

—Falta labor de despacho y recopilación —dijo Moliner.

—Muy bien, en ese caso, háganlo. Aclaren los informes, ordénenlos, todos los interrogatorios, los expedientes de balística, los económicos, las copias de los registros. Pónganlo todo en común y enciérrense después con el material completo. Esto, tal y como lo tienen, es un cristo de muchísimo cuidado. Lo raro sería que encontraran ahí la manera de seguir adelante.

Salimos los tres del despacho con cierta parsimonia, quizá pensando que Coronas había aflojado en su mal humor. Me atreví a comentarlo en voz alta y Garzón respondió:

—Corren rumores de que tenía problemas conyugales, pero de que la cosa ha amainado ya.

—¡Cómo es posible que la gente pretenda saber eso!

Moliner terció, amargando el gesto.

—Aquí las intimidades enseguida salen a relucir. Imaginaos cómo debieron de ponerme a mí: ¡Dios, abandonado por su esposa!

—¿Eso te importa?

Se adelantó demasiado como para poder creerle mascullando un escueto:

—No.

—Parece que nos ataca un virus matrimonial —dijo Garzón.

—Eso a usted no debe importarle demasiado.

—Un buen día me casaré, inspectora, aunque sólo sea para intrigarla.

—No conseguirá intrigarla, Garzón, los cotilleos de comisaría enseguida la pondrán al corriente —remachó Moliner.

Nos despedimos. El trabajo que nos esperaba empezaba por unas cuantas horas de reclusión individual.

Que el comisario ordenara labores de despacho en los momentos en los que habíamos tocado techo en la investigación parecía sorprendente, pero sólo con echar una ojeada a mi mesa se comprendía su criterio. Aparte de los papelotes, estaban los informes de ordenador, y más tarde vendría la laboriosa fase de confrontar los datos que los tres teníamos.

Comencé la tarea con escasos ánimos, pensando siempre en que es difícil encontrar una joya esplendorosa en un camino por el que ya has pasado más de una vez. Pero ése es un modo de razonar que un policía no puede permitirse. Nadie se topa con una joya por mucho que afine la investigación. Lo habitual es ver de pasada el reflejo de la joya en un charco. Un buen policía se para y observa. Uno malo sigue caminando en espera de hallar el tesoro entero.

Al cabo de buen rato, llamó Garzón desde su despacho.

—Inspectora, ¿qué me diría de un café en La Jarra de Oro? Esto del trabajo de mesa es insoportable.

—Se lo diré escuetamente: no; y eso quiere decir que tampoco vaya usted.

—¡Carajo, como para volver a invitarla!

—Trabaje, subinspector, trabaje. Acabo de llegar a la conclusión de que las pequeñas pistas ocultas en la hojarasca son la materia de los buenos policías.

—Parece un manual de Confucio para la bofia.

Colgué. Tampoco estaba tan segura de la máxima como para explayarme en comentarios.

Dos horas después fui yo quien llamó a Garzón.

—Más o menos ya tengo las cosas listas, ¿cómo anda usted?

—Hace una hora que he terminado, pero no he querido decirle nada; es usted capaz de ponerme a fregar los suelos para que no pierda el tiempo.

—¿Sabe algo del inspector Moliner?

—Ahora mismo lo llamo.

Nos encontramos los tres en la sala de reuniones media hora más tarde. Todos habíamos finalizado la labor. Empezamos a cotejar datos y a intentar elaborar una historia objetiva de los hechos. Era difícil, nos despistábamos, íbamos adelante y atrás. La gran cantidad de materiales que acumulábamos entorpecía su dilucidación. Sacamos tres fotocopias de todos los documentos y aplazamos la reunión hasta el día siguiente. Resultaba imposible intentar avanzar si antes no se habían estudiado los informes de las tres partes.

Coronas observaba estas maniobras a una cierta distancia, sin duda preguntándose hasta dónde llegaba nuestra inoperancia o qué parte de ella era en realidad trabajo concienzudo.

Las reuniones se prolongaron durante un día más, sin llegar a ninguna conclusión que no hubiéramos visto ya en el primer abordaje del caso. La joya esplendorosa no apareció, y para los reflejos no teníamos ni charcos. Sólo quedaba un minúsculo cabo sin atar: ¿le habían pagado algo últimamente a Valdés como remuneración de su «trabajo» con el ministro?

Las cuentas de Valdés no lo reflejaban, pero eso no constituía ninguna novedad. ¿Era significativa la percepción o no de ese último asunto, justamente el que había provocado toda aquella carnicería? ¿Aportaba alguna sombra que pudiera proyectarse sobre el caso? No parecía que así fuera, pero de cualquier modo era un punto sin aclarar. Tal y como habían quedado mis relaciones con Nogales tras el engaño que le había infligido dudaba mucho de que se aviniera a contarnos si había habido o no pago postrero por parte del ministro. ¿Cambiaría las cosas que ese dinero hubiera existido? Probablemente, no. ¿Qué más daba que Valdés guardara un poco más de dinero en el caletín, o que la asistente de Marta Merchán lo tuviera en el armario?

Sin embargo, la formulación en voz alta de estas preguntas casi retóricas me picó la curiosidad:

—¿Dónde pensáis que guardaba el dinero Valdés antes de llevárselo a Suiza?

Mis compañeros me miraron como si un ejercicio tan prolongado del deber me hubiera entontecido de repente.

—Pues en su propia casa, o en casa de la asistente de Marta Merchán, o en casa de su amante —respondió Moliner.

—Bien, en su propia casa debía de darle miedo, vista la presión a la que continuamente estaba sometido: alguien podía indagar o alguno de sus enemigos contratar un detective. Además, no tenía caja fuerte ni nada que le ofreciera la mínima seguridad. Es posible que se lo guardara la asistente de su ex. En cuanto a Pepita Lizarrán, no creo que estuviera enterada de estos fregados.

—Eso nos pareció cuando la interrogamos. Sus cuentas no dieron nada raro, pero si quiere podemos ir a revisar su domicilio —se ofreció servicialmente Garzón.

Moliner me miraba con cierta condescendencia.

—Petra —dijo por fin—. ¿No crees que saber quién hacía de cajero temporal es algo irrelevante? Si alguien hubiera tenido dinero oculto, ¿no crees que le hubiera dado tiempo a deshacerse de él?

Asentí. Pensé que había dicho de un modo muy directo que estaba yéndome por las ramas. Garzón debió de percibir algo de eso también, porque me miró con cierto embarazo y dijo:

—Si se queda más tranquila, voy a casa de Pepita, no me cuesta gran cosa.

Le agradecí que pusiera los puntos sobre las íes en cuanto a la fidelidad de su obediencia y negué con la cabeza.

—No, déjelo. Es muy posible que sea irrelevante. Claro que... el asesino de Marta Merchán empezó a registrar su casa. Quizá pensara que el dinero estaba allí porque no conocía la tesorería de la asistenta.

Moliner saltó, impetuoso y alarmado como el muñeco de una caja de sorpresas.

—Mira, Petra, comprendo que no estés convencida e insisto en que volvamos a interrogar a todo el mundo. Es mucha responsabilidad que sólo lo haya hecho yo. ¿Qué haríamos si esto fuera el inicio de un caso? ¡Pues interrogar varias veces a todos los implicados! Hay que iniciar la ronda una vez más.

Suspiré y puse cara de asco frunciendo la nariz.

—Sólo oírte decir que esto es el inicio de un caso, se me arrugan las carnes.

—Pues si lo que acabas de decir es cierto, bien puede ser así. Si Marta Merchán se fue de la lengua y metió en la historia a alguien de su entorno de quien no tenemos ni idea, se *jodió* el invento. Habría que comenzar casi desde cero. Sería otro caso.

—¿De verdad crees que el mundo está lleno de asesinos?

—Creo que el mundo en el que se movían todos estos individuos está lleno de tipos que viven por encima de sus posibilidades. Y eso sí puede inducir a matar por dinero.

Me rasqué la cabeza como un vulgar mono no evolucionado. Ahora no ponía cara de asco, sino que la tenía de verdad.

—¡Dios! ¿Puedo dimitir y te haces cargo tú? Te presto al subinspector Garzón.

—Ni lo sueñes. ¡Y no vayas a Coronas con esa pretensión! A lo mejor le pido permiso para que Rodríguez se incorpore al grupo.

Asentí varias veces en un silencio desganado.

—De acuerdo. Empecemos de nuevo el jodido caso de una jodida vez.

—¿Qué más te da un muerto que otro? ¡Todo es investigación!

—Me gusta variar.

—Déjate de frivolidades. Voy a pedir que nos hagan un informe del entorno laboral de Marta Merchán. Rodríguez y yo preguntaremos por sus amistades personales. Investigaremos en la familia. Mientras tanto, vosotros repetiréis los interrogatorios que hice yo solo. Ahora vuelvo.

Salió del despacho. Miré a Garzón.

—Éste ya ha empezado a mandar —exclamé.

Vi que hacía un gesto compungido y distante:

—A mí, igual me da, soy como un aspirador que se presta al vecino del cuarto.

Comprendí que había herido su sensibilidad al ofrecérselo como ayuda a Moliner.

—¿No comprende que sólo estaba soltando ironías? ¡No sea remilgado, Fermín! Creí que formábamos un equipo con mayor cohesión.

Supongo que le convencí, porque después de renegar cien veces sobre la cantidad de horas que llevaba sin sorber un maldito café, me invitó a tomar uno y salimos. Que Moliner quisiera galvanizar los proyectos del «nuevo caso» no significaba que tuviéramos que tomar sus palabras al pie de la letra como si fuera Napoleón. El presunto nuevo caso podía esperar media hora más.

No era sólo por frívola pereza y sensación de claustrofobia por lo que me negaba a considerar el asesinato de Merchán como un nuevo caso. En el fondo, estaba convencida de que tenía relación directa con el caso Valdés. ¿Qué era aquello si no, una película barata donde todo el mundo resuelve sus diferencias a hostia limpia y tiro en el corazón? Podíamos estar de acuerdo en que el dinero genera asesinatos de por sí, pero tampoco en Wall Street van saltando por entre ríos de sangre. De modo que abordé aquella

parte de la investigación con un talante distinto al de mi compañero Moliner.

Naturalmente Coronas aprobó nuestra estrategia de trabajo dándose a los mil diablos. No tenía otra alternativa de momento. Sin embargo, si pasaba un tiempo prudencial y no habíamos sacado nada en claro, nos apartaría a Moliner o a mí de la investigación y se acabarían los montajes paralelos.

Metidos en el plan de la revisitación de testigos, teníamos que interrogar de nuevo a Raquel Valdés. Necesitamos permiso del juez para ver a la chica. Era una menor y estaba muy protegida. Se nos negó la opción de llevarla a comisaría y tuvimos que desplazarnos hasta la casa de su tía, la hermana mayor de Merchán.

La frialdad que nos recibió era llamativa. Margarita Merchán nos hizo la serie de recomendaciones y protestas que ya esperábamos: cuidado con la chica, acababa de pasar por un trauma difícil de superar, no debíamos remover imágenes que sin duda la perturbarían, ni violentarla con preguntas demasiado conmocionantes. Asentíamos a todo con una educación tan esmerada como la que ella mostró. Pero el excesivo guante blanco propició que la elegante señora se dispusiera a explicarnos sus condiciones por segunda vez. En ese momento, la atajé con una pregunta muy directa:

—Dígame, ¿qué le interesa más, preservar a su sobrina de un posible trauma o averiguar quién ha matado a su hermana?

Era una refinada mujer de mundo y mi disparo no la desconcertó. Contestó con voz clara y sin perder la compostura.

—Inspectora Delicado, yo nunca aprobé la manera de vivir de mi hermana, ni su funesto matrimonio, que quizá la haya conducido hasta la muerte. Esa chica es lo único bueno que hizo Marta, y no pienso dejar que se hunda.

Tras esta andanada nos hizo saber que un psicólogo asignado por el Tutelar de Menores asistiría al interrogatorio que se celebraría en el salón de la casa. Cojonudo. Según como fuera el tipo, corríamos el riesgo de convertir todo aquello en una sesión infantil. Al menos, me había quedado claro que la hermana de la muerta pensaba como yo, el que la mató

pertenecía a la esfera de Valdés, nada conseguiríamos siguiendo rastros en su mundo laboral.

El psicólogo que estuvo presente durante el interrogatorio de Raquel era un joven con pinta de cantante de los años cincuenta. No abrió la boca ni una sola vez. Hubiéramos podido causarle a la chica un trauma indeleble y él no se hubiera enterado. Pero daba lo mismo, la hija de Valdés tampoco se mostraba muy elocuente. No sabía nada, y si algo le quedaba en la mente, parecía resuelta a olvidarlo. Nos remitió todo el tiempo a la conversación que había sostenido con Moliner. Imaginé que era inútil lo que estábamos haciendo y decidí dejarla en paz.

Teníamos de nuevo las manos vacías, y muy pocas ganas de seguir. Aún sentíamos el cansancio terrible de los días pasados a caballo entre Madrid y Barcelona, las incidencias de un caso lleno de vericuetos y culpables.

Garzón observó:

—Bueno, sólo nos falta hablar con la chacha. ¡Si se muestra tan comunicativa como la chica, vamos a terminar enseguida!

—¿Está detenida?

—No, pero el juez la ha considerado implicada en el caso y tendrá que declarar. —Suspiré profundamente—. ¿Ha perdido interés por saber quién es el culpable de la muerte de Marta Merchán?

—Lo que he perdido es fuerza, subinspector. Necesitaría unas vacaciones. Pero que nadie diga que somos negligentes, ¡prosigamos! Creo que las fotos del cadáver pueden ayudarnos en la entrevista con la asistenta. La impresionarán.

—Pues vamos a buscar el expediente a comisaría. Lo malo es que...

—¿Qué?

—Que Coronas puede vernos por allí y pensar que estamos escaqueándonos.

—¿Escaqueándonos? ¿Y quién dice que estamos haciendo algo semejante? ¡Hay que tener convicción, Fermín!

—En el fondo, lo que vamos a sacar en claro es que Moliner y Rodríguez se llevarán todos los méritos del caso si dan con el final antes que nosotros.

—¿Quiere que le diga lo que eso me importa?

—Sí, ya sé, lo sé muy bien, inspectora. Tres carajos es lo que le importa, ¿me equivoco?

—Exacto, tres carajos, un número impar. ¿Y a usted, le importa a usted?

—Hombre... pues yo... hemos trabajado muchísimo en este caso como para que en última instancia...

—Tranquilícese, amigo mío, ¿qué son para los buenos policías las glorias de este mundo?

Arqueó las cejas significativamente y resopló con resignación.

Las fotografías que habían tomado nuestros hombres sobre el cadáver de Marta Merchán eran realmente impresionantes. La sangre contrastaba violentamente sobre la piel muy blanca de aquella mujer hermosa. Llamaba la atención que toda la concentración de puñaladas se hallara en el pecho y el cuello, quedando el resto intacto. La expresión de la muerta no era de dolor, sino de sueño profundo. Tenía las manos crispadas y, al caer, se había golpeado la frente, sobre la que destacaba una mancha morada. La contemplé con detenimiento.

—Una muerte absurda —dictaminó mi compañero.

—Todas lo son. Pero debemos suponer que ella hizo algo que llevó a que la asesinaran. Me pregunto qué fue.

Nos mantuvimos en silencio durante un buen rato.

—¿Hablar, querer contar la verdad? —aventuró Fermín.

Negué con la cabeza, sin ningún entusiasmo.

—¿Nos vamos?

—Sí, antes de que llegue el comisario. ¿Qué hacemos ahora?

—Llévese las fotos, y no quiero saber si sacarlas de comisaría es correcto o no.

Encarnación Bermúdez, la asistente-cajera, no se extrañó al ver dos policías de nuevo en su casa. Tenía muy claro que su libertad era provisional. Eso no significa que nos recibiera con los brazos abiertos. Más

bien diría que la primera mirada que nos lanzó hubiera podido dejarnos tiesos en su puerta.

He de afirmar que acabé disculpando su actitud. La vida que llevaba aquella mujer no era de las que predisponen a la cortesía. La vivienda parecía oscura, gélida, pequeña y agobiante. De su vida, algo figuraba en nuestros informes. Sola, trabajando diariamente más de diez horas, lo único que le faltaba para completar un destino infame era la amenaza de aquella condena judicial.

En realidad, no sabía qué hacer frente a ella, si echarle un chorro inicial o intentar la vía de la comprensión. Me hubiera largado de allí sin mediar ni un saludo.

—Encarnación, necesitamos que nos ayude.

—La que necesita que la ayuden soy yo, señora.

—Todo se puede intentar —dije, y yo misma quedé escandalizada por mi arranque incierto.

La mujer nos hizo pasar a su exiguo salón invadido de muebles. Del interior de una de las habitaciones salía música *heavy* puesta a máxima potencia. Cerró la puerta para que no se oyera y los tres nos sentamos sobre un tresillo de plástico.

—¿Cómo pueden ayudarme?

—Puedo hacer un informe diciendo que ha prestado usted la máxima cooperación y pedir que lo lleven al juez.

—¿Y eso me ayudará?

—Más que si no hacemos nada.

Se miró tristemente las manos que tenía posadas sobre el regazo.

—Más me hubiera ayudado no nacer —dijo con la teatralidad asumida con que la gente sencilla expresa sus desgracias.

—Encarnación, queremos saber qué pasó con una última cantidad de dinero que le dieron a Marta Merchán. ¿Se la trajo ella para que la guardara?

Se alteró, juntó ambas manos en petición de clemencia.

—Sus compañeros no se fiaron de mí y buscaron más dinero por toda la casa. La pusieron patas arriba y no encontraron nada. ¿Qué más van a hacer

ustedes, díganme?

—Nada, tranquilícese. Nosotros sí creemos en su palabra. Lo que necesitamos saber es si Marta le habló de que le pasaría una última cantidad para que la guardara, si de alguna manera se la anunció.

Se quedó callada, con la vista baja. Por fin dijo en un susurro:

—Si les digo que sí, enseguida sospecharán de que lo tengo escondido. ¿Quieren que me eche piedras sobre mi propio tejado?

—Sí, Encarnación, eso queremos, porque justamente el que se eche piedras sobre su propio tejado demostrará que no miente en nada de lo que dice. Saber si ella le anunció una nueva entrega puede ser un dato crucial para descubrir quién la mató.

—Está bien, pues así pasó. La señora, unos días antes de morir, me dijo que me haría otra visita, ésa era la manera que tenía de decir que me traería dinero, pero nunca lo trajo, es la pura verdad.

—¿Le dijo si había existido algún retraso, alguna dificultad, si se lo traería después?

—No dijo nada de nada ni yo le pregunté. Normalmente me comentaba que vendría a visitarme y unos días después me decía: «Esta tarde no salgas, que voy a ir.» También pedía que no hubiera gente en la casa, ni siquiera mis hijos. Pero esta vez sólo comentó que vendría en los días siguientes y no dijo más. Yo pensé que tarde o temprano vendría, pero tampoco pensé más. Y no se volvió a hablar del tema.

—¿Quizá porque la mataron?

—No lo sé.

Se echó a llorar y dijo entre sollozos:

—A veces me despierto en mitad de la noche y pienso que todo esto ha sido un mal sueño, que la señora está viva aún.

—Pues no es así, Encarnación, no es así.

—¿Le dará buenos informes míos al juez?

—Se lo prometo, lo haré.

—En el fondo, no creo que sirvan. Me mandarán a la cárcel y meterán a mis hijos más pequeños en alguna institución. Y todo por querer ganar unas pesetas más.

Una vez en la calle, también oscura y pequeña como el piso, le dije al subinspector:

—Ni siquiera ha hecho falta enseñarle las fotos.

—¿Cree que dice la verdad?

—Puede apostar a que sí. Es alguien fiable, de lo contrario Marta Merchán no hubiera confiado en ella.

—Pero alguien realmente fiable imagina que el dinero tiene un origen ilegal y avisa a la policía.

Lo miré con sorna.

—¿Qué porcentaje de la ciudadanía cree que hubiera reaccionado de esa manera?

Contestó con sorna idéntica a la mía:

—No sé, ¿qué le parece?, ¿un ochenta por ciento?

—¿Es que no tiene usted fe en los españoles, Garzón, por qué no ha dicho un cien?

—Me parecía exagerado.

—Quizá.

—Pues bueno, inspectora, ya tiene lo que quería. Un envío de dinero flotaba en el aire, ¿qué sucedió con él?

—Puede que nunca llegara a Marta Merchán, a lo mejor ni siquiera a Valdés, puede que esa mujer mienta o incluso podría darse el caso de que ese dinero estuviera aún en algún lugar de la casa de Marta. ¿Qué le parece si volvemos por allí?

—¡Pero el chalet ya ha sido registrado! —se opuso Garzón.

Daba lo mismo; de todas maneras, no tenía ganas de encontrarme con Moliner y Rodríguez a la vuelta de su quizá infructuoso día.

El primer problema que planteaba el registro era que la casa estaba precintada por el juez. Hablamos con Coronas, que era justo lo que el subinspector quería evitar. Ya no le quedaban vocablos malsonantes que lanzarnos. Le argumenté que habíamos decidido repetir todos los pasos que Moliner había dado en nuestra ausencia. Tenía ganas de enviarnos al infierno, pero se contuvo. Parlamentó con el juez que instruía la causa por la muerte de Marta Merchán, el cual autorizó una nueva inspección ocular

pero no un nuevo registro. Es decir que fuimos advertidos de que ninguna prueba podía ser extraída de la casa, ni adjuntada al expediente en curso sin que fuera inspeccionada *in situ* por el juez.

—Está bien —le contesté, mirándolo cansadamente a los ojos. Y luego añadí—: Gracias, señor, tiene usted una mano estupenda con los jueces.

Creo que se apiadó de mí por primera vez en todo aquel jodido embrollo porque me vio exhausta y al borde de perder la moral. Garzón me estiraba de la manga para que nos largáramos antes de que el comisario recapacitara y reaccionara con más contundencia.

Se había hecho muy tarde y yo seguía arrastrando conmigo el cansancio. Me dormí en el coche, con la cabeza caída sobre el respaldo. Tan entregada me vio mi compañero, que decidió no despertarme hasta llegar a San Cugat. Abrí los ojos en la oscuridad y no reconocí los jardines de la urbanización donde estábamos parados.

—Inspectora, ¿quiere que entre yo solo? Quizá si es únicamente para una nueva inspección ocular usted pueda seguir descansando un rato.

—No, gracias, vamos los dos.

La humedad me caló hasta los huesos mientras nos acercábamos a la puerta de Marta Merchán. Se oía música que venía de alguna parte del vecindario. Atravesamos el pequeño jardín sin ninguna luz, y nos plantamos frente al precinto policial que nuestros propios compañeros habían colocado. Garzón lo abrió, y buscó las llaves de la puerta con dificultad. Pudimos entrar por fin, y el subinspector batalló aún otro rato con los contadores eléctricos. Un minuto más tarde encendía al pasar todos los interruptores con los que nos cruzábamos. El salón se mostró a nuestros ojos, fantasmal, y también los corredores por los que flotaba un leve olor dulzón, indefinible.

Ver el escenario del crimen me sobrecogió. Las manchas de sangre sobre el sillón y la alfombra, la quietud cubierta de polvo. Una lámpara seguía derrumbada sobre el sofá. El desorden que había generado la breve búsqueda del asesino estaba también ensimismado en el tiempo, revistas abiertas, sobres vacíos...

Garzón se movía por la estancia sigiloso como un gato. No hablábamos. Era como si el espíritu de la muerta estuviera aún en el aire, quizá también el aura de su asesino. Un libro yacía en la mesita de centro, con una señal de punto colocada más o menos hacia la mitad. Era una novela americana de misterio. Marta Merchán no llegó a enterarse de quién era el asesino. Así vivía Marta Merchán, con refinamiento y sofisticación. Mantener su tren de vida había sido primordial para ella, por encima de la tranquilidad que hubiera conseguido no mezclándose en asuntos oscuros.

Seguí curioseando.

—¿Qué hay arriba? —le pregunté a Garzón.

—Los dormitorios, pero el informe de Moliner dice que nada hace pensar que el asesino entrara en ellos. Sólo se metió en el estudio.

No contesté. Ascendí por la escalera dejando al subinspector absorto revolviendo un archivador que había sobre una mesa de despacho. En la pared se veían cuadritos fabricados con flores secas.

Quedé en el distribuidor, frente a tres puertas cerradas. Abrí la primera, encendí la luz. Era el dormitorio de Raquel Valdés, lleno de libros, de pósters juveniles, algunas muñecas... una vida infantilizada a la que necesariamente debería decir adiós. De pronto, sentí una gran curiosidad por ver la habitación de Marta Merchán y me percaté de que lo que estaba haciendo no tenía más definición que la de simple cotilleo. Volví sobre mis pasos y entré en la segunda habitación. Accioné el interruptor. Una gran cama de matrimonio me demostró que había llegado a donde quería. Entonces, en un solo golpe de vista, me di cuenta con toda claridad. Miré y volví a mirar, me moví por el cuarto para convencerme de que era verdad lo que tenía ante mis ojos. La excitación no dejaba que la voz me saliera de la garganta. Despacio, luchando con el nerviosismo, me acerqué a la escalera y grité:

—¡Suba, Fermín, venga inmediatamente!

El subinspector llegó en dos segundos, resollando y con la pistola en la mano.

—¿Qué pasa?

—Mire esto —dije haciendo un gesto amplio que abarcaba toda la habitación.

Garzón miró hacia todas partes, un poco mosqueado.

—¿Qué? —dijo con total incompreensión.

Me metí por entre los muebles y, como en una danza ensayada y precisa, empecé a tocar los borlones que pendían de todos lados: en el dosel de la cama, en el sillón de lectura, en el tocador, en las cortinas, en los cojines que había sobre el cobertor.

—¿Se da cuenta, Fermín? ¡Borlones de color canela, horribles borlones por todas partes! Le apuesto a que hace menos de un año que Marta Merchán cambió la decoración de su dormitorio. ¿Ha visto algo entre sus facturas?

—Pues no sé, ni siquiera me he fijado.

Bajamos a toda prisa y empecé a revolver en el archivador doméstico en el que el subinspector trajinaba momentos antes. Las facturas diversas iban cayendo al suelo en un montón informe. Por fin di con una que me interesó:

—Mire esto: una factura de cortinas. Veamos la fecha... ¡Hace seis meses! ¿Se da cuenta? —pregunté, enloquecida por mi hallazgo. Mi compañero aún me observaba con la boca floja y los ojos perdidos. Le puse ambas manos en los hombros y dije muy satisfecha de mi sagacidad—: Creo que la entente cordiale entre estos dos divorciados era mucho mayor de lo que habíamos sospechado, subinspector. ¡Se trataba de una auténtica familia!

Había que pensar con detenimiento, con cuidado, cualquier paso en falso lo pagaríamos caro. No podíamos salir pitando en busca de Pepita Lizarrán y presentar los borlones como prueba consecuente para su detención. Si se me ocurría hacer algo así, Coronas se comería mi hígado mojando pan en los jugos. Debíamos idear una estrategia, y ésta no incluía el comunicarle nuestra casi certidumbre a Moliner. Sinceramente, no era un plato de gusto aparecer frente a un policía avezado y remontarte a los orígenes de la historia de las artes decorativas. Si yo estaba remisa a adoptar semejante solución, no digamos nada del subinspector. A él todo aquel

asunto de los borlones seguía pareciéndole una temeridad de la que podíamos salir trasquilados. Daba igual lo mucho que yo ponderara el buen resultado que nos había dado la vez anterior; Garzón temía que nos precipitáramos sobre Pepita Lizarrán sin una base más sólida que unos amasijos de flecos hilados. Se lo expliqué con todo lujo de detalles para que comprendiera hasta qué punto casaba todo a la perfección. Por fin, debió de cansarse, o lo convencí, el caso fue que se parapetó tras sus manos abiertas y dijo:

—Está bien, inspectora, está bien, partamos de esa posibilidad y elaboremos un plan, si es que es posible algo semejante, pero por lo que más quiera, no diga a nadie lo de los borlones a no ser que resulte estrictamente necesario.

Creo que incluso lo comprendí: los hombres tienen una escala de valores que intenta siempre evitar el ridículo, aunque sea aparente. De modo que no dije lo de los borlones, sino que informé a Coronas sobre mis sospechas muy fundadas de que Pepita Lizarrán había decorado el dormitorio de Marta Merchán. Coronas estuvo a punto de quitar importancia al hallazgo, pero yo rematé:

—Y si lo decoró es que se conocían, señor, cosa que nadie había pensado. Y si se conocían, pudo matarla. La envergadura física del asesino coincidiría con la de esa mujer.

—¿Cuál sería su móvil?

—Cobrar. Pensó que el último dinero pagado a Valdés debía pasar a su poder. Sin duda, conocía el funcionamiento de toda la organización, lo cual en su día negó.

La detención de Pepita Lizarrán en base a sus gustos decorativos resultaba rayana en la imposibilidad jurídica, pero Garzón y yo fuimos a su casa y estuvimos hablando con ella. Le temblaban las manos al negar todas nuestras imputaciones, pero tampoco se puede procesar a nadie partiendo de su reacción en un interrogatorio. Mucho más definitivo fue el hecho de que se negara en redondo a que le fuera practicada una prueba de ADN. Eso dio motivos para que el juez se interesara en nuestras sospechas. Finalmente, amenazada por esta evidencia, se avino a la comprobación médica. Quizá

confiaba en que se tratara de una estratagema contra ella para obligarla a confesar.

Unos días más tarde, el análisis de ADN demostró que el cabello ensangrentado encontrado en el lugar del crimen le pertenecía claramente. Sólo entonces, segura de que no estábamos tendiéndole una segunda trampa, Pepita confesó lacónicamente que había matado a Marta Merchán.

Como todas las cosas después de conocidas, su culpabilidad parecía ahora evidente. Era la única pieza de todo aquel mosaico complejo de quien no se nos había ocurrido sospechar. A nadie le pasó por la cabeza que su versión inicial no fuera verdadera. Finalmente, ¿por qué dudar de que un hombre intente preservar a su amante de los manejos sucios en los que anda metido? ¿Por qué pensar siquiera que su nuevo amor conoce a su ex esposa? ¿Cómo llegar a imaginar que ex esposos y nuevos amantes andan todos revueltos en franca camaradería? Al fin y al cabo, estamos en España, y nunca hasta entonces se había conocido semejante promiscuidad. Pepita Lizarrán había visto en más de una ocasión a Marta Merchán, y sabía cuál era su papel en la cadena del delito. Sólo desconocía un pequeño detalle: ¿dónde escondía la tesorera el dinero cobrado? Eso le costó la vida a la ex esposa de Valdés, aunque la Lizarrán se encargó de recalcar en su declaración que había matado a Marta porque siempre había creído que era también culpable en la muerte de Valdés, que ella le había llevado por el mal camino, que siempre la detestó, que nunca perdonaría a quienes habían matado al hombre que había sido la única pasión de su vida.

—Es posible que sea cierto que la mató más por venganza que por interés —concedió el subinspector—. Al parecer, Valdés y Pepita se profesaban un profundo cariño.

—Eso nos importa una leche; el caso es que, intentando sacarle el último plazo de dinero que Nogales le había pagado, Lizarrán se cargó a la ex —cortó Coronas de un tajo.

—Haber amado al mismo hombre no consiguió enfrentarlas, pero el dinero sí las hizo enemigas.

—¿Quiere dejar de soltar cursiladas propias de un folletín, Garzón?

—Disculpe señor, me pareció una frase adecuada.

Tuve que reprimir un ataque de risa que pronto se disolvió. Coronas seguía de un humor del demonio.

—¡Pues no lo es! Dígame usted si estamos para frases amorosas en un caso que ha sido la hostia: ramificado, con varias víctimas y varios culpables, con implicaciones oficiales en las altas esferas por las que aún andan tocándome las bolas...

—Pero todo ha quedado resuelto, comisario —intervine.

—¿Quieren que me arrodille a sus pies testimoniándoles mi mucha admiración?

—Tampoco creo que nos merezcamos una bronca —apunté.

El comisario aceptó mi llamada de atención y redujo gas.

—Perdónenme, reconozco que no paro de bramar, pero es que llevo una temporada de mucho trabajo y tensión. Lo cierto es que, tanto ustedes como el inspector Moliner, han realizado un trabajo muy bueno.

—Gracias —dijo el subinspector.

—Por cierto, Petra, espero que me cuente cómo carajo llegó a sospechar de la tal Pepita Lizarrán y en qué *coño* consistía todo eso de la decoración.

Miré a Garzón. Antes de que mencionara los borlones, se apresuró a decir:

—Intuición femenina, señor.

—Por cierto, comisario, hay algo que quiero comentar con usted. Me temo que nos hayamos visto obligados a prometer un pequeño pacto policial a Encarnación, la chacha de Marta Merchán; y sería conveniente que fuera usted quien hablara con el juez, indicándole que ha tenido una buena cooperación con nosotros. En el fondo, es una pobre mujer.

—¡Coño, lo que faltaba! ¡Petra Delicado, a veces tengo la sensación de que no se queda usted contenta si no me mete a mí en el jaleo!

—Hablando de jaleos, lamento recordarle que tiene usted a toda la prensa esperando una palabra suya, como si fuera su salvador.

Me miró, furibundo, mientras el subinspector contenía la respiración a mi lado. Luego se alejó farfullando denuelos que debía de considerar demasiado fuertes para una mujer. Garzón resopló con cierto alivio.

—¡Menos mal!, no hubiera soportado que le contara lo de los borlones. Imagínese además cómo hubiera podido ponerse. El comisario siempre tiene paciencia con usted, pero temo que algún día se le acabará.

—Espero que esté usted al quite para defenderme.

—Llegado el caso, lo pensaré.

—Le quedo muy reconocida.

El subinspector se largó con ciertas prisas. Según me contó más tarde, debía aplicarse a fondo para que Moliner no detentara todos los honores de nuestra investigación. Sostenía la idea de que yo no era suficientemente competitiva en esos aspectos, y quizá llevara razón. Seguir batallando por los laureles de un caso después de haber trabajado denodadamente en él, siempre me ha parecido un exceso. No creo que se trate de humildad, sino de simple sentido de lo práctico.

Yo, por mi parte, me fui directamente al peluquero sin siquiera haberme mirado en un espejo. ¿Para qué? Ya sabía que estaba espantosa, determinar la gradación del espanto me resultaba indiferente.

Disfruté como una loca en el salón de belleza. Me abandoné. Cuando la chica que enjabonaba las cabezas me preguntó: «¿Quiere que le dé un masaje?», le contesté que lo quería triple. Y fue un placer. Dejé que sus manos sapientes me apretaran el cuero cabelludo, y enseguida noté cómo el efecto de aquel movimiento ritmado iba calando hacia el interior. Me olvidé de Valdés, de Rosario Campos, del ministro, de Marta Merchán, de todos los muertos que del mundo han desaparecido alguna vez. Y me sentí en paz, porque si uno se encuentra a gusto en su propia piel, ¿qué le importa lo que suceda fuera de ella? Ése ha sido siempre el principio que rige la belleza y el arreglo personal, el deseo de gustarse a sí mismo, la autosuficiencia del glamour. «¿Le doy una revista de cotilleo?», me dijo la operaría. «¡No!», contesté quizá con un poco más de ímpetu que el natural. Se encogió de hombros y comentó filosóficamente: «Mejor para usted, sólo cuentan bobadas.»

Me maquillaron, me pintaron los ojos, me limaron las uñas y luego metí las manos en un baño de vapor. A cada minuto me notaba más reconfortada, más segura de mí. Pero no acababa todo en la peluquería.

A la salida, visité un par de boutiques. Y compré, compré con empecinamiento, con afición: un suéter, una falda, medias negras, zapatos de tacón... Todo eran prendas discretas y efectivas, de las que estaba convencida que me sentaban bien. Más tarde llegué a casa, deposité los paquetes sobre el sofá y me preparé un baño. Me bañé, me embadurné de arriba abajo con crema olorosa y me sulfaté con perfume del caro. Después me vestí. Cuando estaba mirando al trasluz la belleza de las medias llamaron al teléfono. Era Moliner.

—Petra, no hemos podido hablar ni un momento.

—Si se trata de trabajo más vale así, estoy intentando una desconexión de máxima urgencia.

—¡Ah, perdona, lo siento, te llamo mañana! Claro que si lo que buscas es una desconexión... yo estoy solo esta noche. ¿Y si salimos a cenar?

—Estar solo no suele ser nunca una mala opción, Moliner. Te lo digo por propia experiencia.

—Supongo que a los hombres no se nos da demasiado bien la soledad.

—¡Es algo que se aprende, créeme!

Me comprendió. Salir con él aquella noche hubiera demostrado por mi parte una enorme necesidad. ¡Ah, era perfecto estar bien arreglada! Aumentaba la confianza en uno mismo, las posibilidades de decir no sin violentarse. Me serví un whisky para celebrar mi determinación.

El último capítulo del *atrezzo* fue calzarme. Zapatos de terciopelo negro. Elegantes, cómodos, preciosos. Ligera elevación sobre el nivel normal de las cosas.

Una vez concluida la labor, me senté. Tomé el teléfono.

—¿Amanda?

—¡Petra, creí que no volverías a llamarme nunca más!

—¿Por qué?

—Por todo el latazo que te he dado.

—¡Bah, olvídate! Por cierto, ya hemos resuelto el caso.

—¡Ah, qué bien, podrás descansar!

—No creo que demasiado. Pero quiero que sepas una cosa; he pasado toda la tarde en un salón de belleza, he comprado ropa nueva y estoy hecha

un brazo de mar.

—¡Eso sí es una novedad en ti! ¿Vas a salir a cenar?

—No te quepa ni la menor duda. No sé si sola o acompañada, pero saldré.

—Me gusta que estés en tan buena disposición.

—¿En qué tal disposición estás tú?

Hubo un largo silencio de mi hermana. Por fin dijo:

—Estoy bien. Enrique se marchó. Fue un poco duro verlo llevarse sus cosas pero... en fin, lo superaré. Estoy buscando trabajo.

—Es una gran idea.

—Sólo espero que el trabajo no me absorba tan completamente como a ti.

—¡Seguro que no, el tuyo será un trabajo normal! Ser policía no es un trabajo normal, es el colmo de las abominaciones, es... bueno, ya viste lo que es.

—A mí los policías no me parecieron nada mal.

—¡Ya sé, no me lo recuerdes!

Amanda se echó a reír. Me alegró que riera, era lo mejor que podía hacer. ¿Para qué emborronar la vida con manchas de tragedia si al final todo acaba por ser cotidiano, repetido, habitual?

Mi siguiente llamada telefónica tuvo como destinatario a Fermín Garzón. Tal y como había imaginado, estaba aún en comisaría.

—¿Se puede saber qué coño hace en su despacho si son cerca de las nueve?

—¡Joder, pues trabajar! Arreando con el informe de los hechos antes de que lo escriba a su manera el inspector Moliner.

—Serénese, Fermín; este caso es nuestro aunque tengamos que linchar a los culpables como demostración.

—¡Joder, no estaría tan mal! ¿Por qué me ha llamado?

—Para invitarlo a cenar. ¿Qué me dice?

—Que sí, a ver qué demonio le voy a decir.

—Si tiene que hacer un sacrificio...

—Usted sabe que un sacrificio de vez en cuando temple el carácter, fortalece el espíritu, anima a ser mejor.

—En ese caso, hágalo, creo que es usted francamente mejorable.

Oí su aguardentosa risa intentando ser reprimida.

—Le recojo en media hora —dije, y colgué.

Bueno, ¿me había puesto tan elegante para cenar con un compañero de trabajo con el cual jamás se me ocurriría ligar? La respuesta era: no. Me había puesto tan elegante porque necesitaba limpiar de mí los últimos retazos de delito, de muerte, de sospecha y culpabilidad. Y oler bien, también necesitaba oler bien.

El hecho de cenar con el subinspector no era en absoluto circunstancial. Los dos vivíamos solos y nos conocíamos desde hacía tiempo. Habíamos conservado sin embargo la costumbre de intentar intimar lo menos posible; lo cual es absolutamente civilizado. Aquella noche hablaríamos sin duda de la complejidad existente en las relaciones humanas. Nuestros comentarios se extenderían sobre los ex esposos que se avienen a colaborar, las amantes justicieras, los maridos abandonados, las esposas despechadas en trance de recuperación. Con temas semejantes, era casi seguro que no llegaríamos a ninguna conclusión, a no ser aquella tan obvia de que en el mundo es creciente la soledad. Por supuesto, la soledad del subinspector y la mía no tenían nada que ver con las soledades forzosas que la gente se ve obligada a aguantar. No todo el mundo podía entrar en nuestro selecto club. Ni hablar, para eso es imprescindible un cierto *back-ground*, un soplo de *savoir-faire*, una pizca de *numerus clausus*. No forma una parte de la élite de los solitarios así como así.

En fin, sea como fuere, resultó una velada divertida. Garzón ponderó mi belleza y yo ensalcé su sentido del deber. Después, acabamos comiendo jamón ibérico en una tasca de la Barceloneta, siguiendo su elección. Dijo que si llegaba a encontrarse con alguien de la jet, le sentaría mal la cena, y en un restaurante popular parecíamos estar a cubierto de tal riesgo. De cualquier manera, el vino era glorioso, la concurrencia honesta y el jamón exquisito. Habíamos resuelto un caso y salvado la piel. La noche estaba tibia y cerca se encontraba el mar Mediterráneo. Me llegaba el olorillo

amable del perfume que me había puesto en las muñecas mezclado con los efluvios del vino y el café. Nunca se me hubiera ocurrido aspirar a algo más.

Barcelona 19-11-1999

OceanofPDF.com